NOIR

Nicolás Díez

Una fábula sueca



AdN

Nicolás Díez

Una fábula sueca

AdN

Para Christina.
Para Luis.

… lo que ya no existe o solo existe en el recuerdo o en las conjeturas ahora está allí, encima de nosotros iluminando las montañas y la nieve y no podemos hacer nada para evitarlo

Roberto Bolaño

Este libro contiene una historia de ficción inspirada en sucesos reales publicados en prensa local a finales de los años noventa. Más allá de la información aparecida en dichas notas periodísticas, el resto del relato que aguarda tras esta página proviene únicamente de mi imaginación.

El autor

1

«Putas y brujas». Esa fue la primera referencia que Gabriel tuvo de ellas, unos meses antes de que todo ocurriera. Fue a través de los albañiles que habían contratado para hacer una pequeña obra en el jardín. Ingrid y él habían decidido instalar un aseo junto a la piscina, algo pequeño donde poder ir al baño o quitarse el cloro sin tener que atravesar toda la casa dejando aquellos irritantes senderos de gotas y pisadas. Así que se pusieron en contacto con una empresa de reformas que les había recomendado Michael, un vecino inglés con el que de vez en cuando salían a pasear por la zona montañosa que se levantaba tras la urbanización, y la obra empezó dos semanas después de la fecha de inicio que le habían prometido.

Fue al segundo o tercer día de trabajo, mientras los albañiles se tomaban un descanso y se comían aquellos bocadillos de tres palmos que acompañaban con un litro de cerveza que bebían directamente de la botella y a los que seguían un par de cigarros. Un cúmulo de nubes veloces bajaba de la sierra y empezaba a atravesar el pueblo, dejando el jardín en una especie de penumbra irreal. Gabriel bajó para charlar un poco con ellos, básicamente para preguntarles cómo iba la obra, plazos, dificultades y demás, más que nada porque Ingrid le había encargado que los tuviera controlados. Pero el capataz, un tipo recio y velludo, de bigote, cuello y manos descomunales, mientras apuraba su litro de cerveza y fumaba mirando extrañado hacia las nubes, como el chamán que espera una revelación de algún dios de nombre imposible, sacó a las primeras de cambio el tema de que Ingrid, la mujer de Gabriel, era sueca.

—Su mujer es sueca, ¿verdad? —preguntó en cuanto Gabriel se puso a su lado, apoyándose sobre el muro exterior de la casa.

—Sí —contestó él—. Es sueca, pero ya lleva muchos años aquí.

En cuanto terminó esa frase, Gabriel pensó en que con ese «pero» parecía intentar exculparla de algún tipo de acusación y barajó la posibilidad de hacer alguna aclaración, pero el capataz no le permitió defender a su mujer de lo que fuera que se la estuviera acusando porque continuó diciendo que en La Umbría, el pueblo donde estaba la sede de la empresa de reformas, también había unas suecas. Lo dijo tal cual:

—Allí también hay unas suecas, ¿sabe?

Gabriel asintió con indiferencia, intentando dirigir de una vez el tema hacia la obra, pero el capataz continuó, diciendo con cierto regusto sarcástico y oscuro:

—Todo el mundo las conoce. A las suecas, ¿sabe?

Y ante un nuevo «ajá» indiferente de Gabriel, que ya pensaba en rendirse y subir a casa a seguir trabajando, aquel tipo con manos de coloso y sonrisa oscura, sonrisa del barroco tardío, de pintura negra de Goya, de gótico sureño, de soldado yugoslavo, apagó el cigarrillo en una jardinera, cerró con parsimonia la botella de cerveza enroscando el tapón rojo que entre sus manos parecía un minúsculo dedal, y le proporcionó a Gabriel los dos primeros datos sobre ellas, unos meses antes de que todo ocurriera:

—Son putas, las suecas. —Hizo una pausa, miró de nuevo al cielo y finalmente se giró hacia Gabriel para decir—: Y brujas, ¿sabe?

Gabriel no dijo nada más. Posiblemente hiciera algún gesto confuso, pero decir, no dijo nada. Dándose la vuelta, el capataz echó definitivamente a andar con aire pesado hacia las cajas de azulejos que se acumulaban bajo la buganvilla, atiborrada de flores de un color violeta sanguíneo, y Gabriel lo escuchó musitar una última frase, una especie de oración jaculatoria que parecía poner fin a la conversación, sellándola bajo los nublos rápidos de octubre:

—Son brujas, las suecas.

Esa misma noche habló de ello con Ingrid durante la cena. No era un tema que Gabriel hubiera sacado delante de los niños, pero Ingrid llamó a media tarde diciendo que el acompañamiento a la delegación japonesa se iba a alargar y que llegaría muy tarde a casa. Desoyendo aquel «cena tú con los niños que a saber a qué hora llego porque esta gente no parece tener fin», Gabriel les preparó unas tortillas con cebolla y queso a Adam y a Camilla, les dio una infusión de melisa con menta, les leyó la mitad de una historia de aquel libro de fábulas suecas que los niños adoraban y los metió en la cama sobre las nueve. Después bajó a la cocina, se abrió una lata de cerveza rubia casi congelada y preparó una cena fría a base de salazones y fiambres que acompañó con encurtidos en vinagre y una pequeña ensalada verde bien cargada de pepino fresco. Cortó algo de pan y lo llevó todo a lo que la familia llamaba «el Rincón» (una esquina del salón con una pequeña mesa redonda y un par de sillones junto a una cristalera. Al ser una casa en altura, desde el Rincón podía verse el porche en primera instancia y, a partir de este, la entrada a la casa, la calle y el pueblo con la sierra al fondo). Se sentó a esperar a Ingrid apurando la cerveza y mirando las luces pálidas y gaseosas del pueblo, sumiéndose en el letargo tibio que amodorra al mundo en las noches de otoño.

Desde que Ingrid había aceptado el consulado aquello se repetía más o menos una vez al mes, como si los diversos países del mundo hubieran establecido turnos secretos en alguna asamblea fantasma. Normalmente en torno a los días quince o veinte del mes, cuando se rematan las agendas para el mes siguiente, alguna delegación diplomática solicitaba una visita oficial a la cónsul sueca para tratar algún asunto trascendental que exigía de manera relativamente urgente un despacho en Granada. Y claro, ya que viajaban, ya que activaban la maquinaria diplomática, pedían —«más que nada por estrechar y estimular las relaciones de cordialidad entre nuestros países»— entradas para la Alhambra, alguna cena con espectáculo flamenco, quizá un baño árabe o un buen paseo por el Albaicín; eso sí: añadiendo siempre la coletilla «en caso de que nuestra labor

diplomática nos deje tiempo para ello, por supuesto». Ingrid, por supuesto, ya sabía por experiencia que la tarea diplomática les iba a dejar tiempo. Muchísimo tiempo. Así que llamaba con diligencia al Patronato de la Alhambra para sacar las entradas, reservaba las mejores mesas en las zambras flamencas del Sacromonte y diseñaba con meticulosidad los itinerarios de los paseos, teniendo en cuenta que pasasen por comercios de sedas y de artesanía que pudieran interesar a las consortes, por mezquitas en caso de tratarse de cónsules musulmanes e incluso por locales de comidas de sus países, como el bar de sushi al que llevó a los japoneses aquella noche de octubre, la noche en que supo por boca de su marido sobre las putas y brujas. Toda aquella disciplina, aquella atención y dedicación a cada cosa que hacía, independientemente de si se tratase de una labor ingrata o no, era algo que Gabriel admiraba de ella: que su éxito no tuviera una clave, sino un método sustentado sobre los cimientos de la persistencia.

Y a cambio, ella admiraba de Gabriel su dulzura espontánea, aquella imprevisible y dócil manera que tenía de tratarla. Como aquella noche, cuando la hizo sonreír mientras subía las escaleras del porche agotada y arrastrando un dolor de pies sordo y afilado y, justo antes de llegar a la puerta, esta se abrió y su marido apareció con una copa de vino, un «por fin estás aquí», una mesa puesta en el Rincón con ternura y torpeza, y una cena que no le apetecía pero que le desbordaba el corazón.

—Gracias, cariño —dijo ella, derrumbándose en sus brazos de escultor.

Pero claro, esto fue meses antes de que todo ocurriera.

Antes de que Gabriel se las mencionara, a las suecas, hablaron de muchas cosas: del dolor de muelas de Adam, al que iban a llevar al dentista al día siguiente; de los japoneses, completamente descolocados con el espectáculo flamenco al que Ingrid los había llevado y cuyos rostros se habían enrojecido de forma incendiaria, según Ingrid en una especie de divertida capilaridad causada por la descomunal cantidad de vino tinto que habían metido en sus

pequeños cuerpos nipones; del trabajo de Gabriel, que se encontraba algo estancado y le rondaba la preocupación de no acabar *La hija* a tiempo; de Berta, la socia de Ingrid, que la había llamado esa mañana diciendo que se había estropeado la caldera de uno de los apartamentos del Odysseus y que tocaba lidiar (una vez más) con el seguro; y finalmente, ya con un par de vinos aletargando aún más sus mentes agotadas, a raíz de que Ingrid sacara el tema de la obra del jardín mientras se asomaba desde su asiento y miraba el porche oscurecido, Gabriel le habló de que el capataz parecía tener algún tipo de fijación con las suecas.

—¿Putas y brujas? ¿Y dice que son suecas? —Gabriel asintió e Ingrid se echó a reír—. Pues tengo que saber quiénes son, porque hay pocos suecos en la provincia que se me escapen.

—Eso es lo que he pensado —dijo Gabriel—. Que deben de estar en el censo, o incluso habrán tenido que solicitar aquí algún papel, ¿no?

—¿Te interesan? —preguntó Ingrid con una sonrisa provocativa.

—Creo que al capataz le interesan más. —Gabriel se acercó a Ingrid y la besó mientras le acariciaba un pecho y se decepcionaba ante la esponjosa rigidez del sujetador—. Además, yo ya tengo mi sueca.

Lo que Ingrid no sabía era que, con respecto a las suecas de las que el capataz hablaba, se encontraba en un punto intermedio, en una especie de cámara de aire entre dos muros. Porque en aquel momento, antes de que todo ocurriera, Ingrid ya había oído hablar de ellas, solo que no caía en la cuenta. Sabía de ellas incluso por más de una vía, pero no era capaz de asociar lo que sabía a aquellos dos adjetivos sin rostro ni cuerpo proporcionados por el albañil de manos elefantiásicas. Y luego está la otra parte del muro, la de delante. Ingrid iba a volver a saber de ellas en apenas unos días por Klaus, por Matilde e incluso por sus propios recuerdos y, aun así, a pesar de todo, tardaría un tiempo en relacionarlas con las mujeres del capataz, las suecas de La Umbría, las putas y brujas.

Pero aún faltaban meses para que todo ocurriera.

2

Después de la cena en la que Gabriel le dio aquella referencia, aquellas dos palabras que el capataz con manos de Goliath había puesto en su boca, Ingrid tardó un tiempo en atar cabos. A veces, al igual que ocurre cuando se quiere hacer un nudo de pesca sencillo entre dos sedales de grosor muy diferente, resulta complicado asociar y entrelazar lo fino con lo grueso, lo trivial con lo trascendente, por muy evidente que pueda ser su relación.

Ocurrió nueve o diez años antes. Once como mucho. Sí, tuvo que ser en el año noventa, pensaría después Ingrid, antes de rebuscar entre las cajas dormidas de su archivo y verificarlo en su agenda de aquel año. Mil novecientos noventa. Recordaba que hacía una mañana clara y fría, así que buscó en los primeros meses del año. No tardó mucho en encontrar la anotación: «10 de febrero. Viene una muchacha, Hilda. Apenas es una niña. Asustada. Aterrada. Casa. Policía». Por entonces, Ingrid acababa de aceptar el consulado honorífico en lo que supuso un nuevo giro inescrutable, otro meandro en el turbulento río que fue su vida en aquellos años, años en los que había hecho tantas cosas por amor que algunas noches, mientras contemplaba las estrellas desde la buhardilla, sentía cómo el corazón le hablaba con una voz tan cálida y tan cercana que llegó a convertir la voz de su cerebro en un susurro ronco, confuso, lejano, como las pisadas de un zorro tras la endeble valla de una granja en una noche de tormenta.

Ingrid siempre fue un alma urbana, una *stockholmer* de raza que amaba aquella ciudad compuesta de islas domadas desde la Edad de Piedra, aquel entramado de agua y reflejos de luces plateadas y

aquella densa humedad de la zona vieja. Ingrid amaba Estocolmo, sobre todo en esa época en la que su corazón aún luchaba contra la mordaza que conseguiría romper apenas un tiempo después. Adoraba ir en bicicleta hasta Långholmen, una isla verde y arenosa desde donde contemplaba el anguloso perfil de la ciudad mientras leía en estricto orden de publicación todas las novelas de William Faulkner, sentada en un banco que alguien sin ningún tipo de sentido común había colocado medio escondido tras unos matorrales y al que Ingrid llamaba «el banco secreto» o directamente «mi banco», ya que jamás vio a nadie más en aquel frondoso rincón de la isla. Era un lugar creado para ella y para William Faulkner, rodeados de insectos nerviosos en verano, de niebla helada en invierno.

La mordaza de su corazón se rompió en 1978, el año en el Ingrid terminaba sus estudios de economía y empresas en la Stockholms Universitet, un lugar que siempre le pareció luminoso y cruel a partes iguales, donde se enamoró de Horace con un salvajismo mayor del que jamás hubiese podido leer en una novela de Faulkner. Vivieron unos meses el uno en los brazos del otro: Ingrid completamente extraviada en aquella melena rubia y ensortijada, en su retórica de cantautor, en su pecho de madera de barco nórdico; y Horace… Horace quedó atrapado en el nudo irresoluble que formaban aquellos ojos verdes y aquella sonrisa, mitad melancólica y mitad símbolo del triunfo de la hermosura sobre todos los infiernos posibles. Y por eso, porque el corazón cuando se desboca necesita asentarse en un lugar caprichoso, cuando salieron por la puerta de la universidad, Ingrid con su título en Economía, Horace con su diploma en Humanidades, decidieron marcharse de Estocolmo y reformar una casa en ruinas que una anciana coja y medio ciega les vendió a un precio de risa en Mölle. El minúsculo pueblo de pescadores incrustado en un cabo de Escania les pareció un lugar de ensueño, maravillosamente hostil por sus vientos salvajes y su costa pedregosa, melancólico y revelador como la sonrisa de Ingrid que Horace contemplaba sin sosiego alguno. Ninguna de las familias

estuvo de acuerdo en nada de aquello, pero a ellos les dio igual. Quizá aquella hostilidad fue algo que incluso les reforzaba aún más en sus decisiones, pues a sus ojos los asemejaba a dos personajes de tragedia dionisíaca, shakespeariana incluso.

Con el dinero que aún quedaba en sus cuentas universitarias y el extra que Ingrid conseguía llevando la contabilidad de algunos comercios de Mölle, apenas tardaron un año en terminar la reforma de la casa, llevada a cabo casi exclusivamente con sus propias manos. La licencia de hotel tardó un mes en llegar, los primeros clientes, dos meses, y el intento de Horace de destrozarle el corazón a Ingrid enamorándose de una mujer de treinta y ocho años, se demoró seis meses más. Pero nadie contaba con que un corazón cuya voz es más poderosa que la voz de su cabeza es prácticamente indestructible. Horace regresó a Estocolmo e Ingrid se quedó en Escania, sola, despeinada por el viento del Báltico y gobernando aquel hotel de fachada rojiza y vistas a un acantilado lleno de enormes aves marinas en el que Gabriel se alojaría tres años después.

Pero tres años es mucho tiempo. Mil noventa y seis días, para ser precisos, bisiesto mediante. Durante ese tiempo, Ingrid se convirtió en una habitante de pueblo, en una de esas personas que van saludando por su nombre a todo aquel con quien se cruza mientras camina por las calles estrechas y ventosas al tiempo que, sin detenerse, le hace un comentario del tipo: «Eh, August, ¿qué tal tu rodilla?» o «Me encantó la mermelada, Lena, pero la próxima vez me la cobras o no te la acepto, ¿eh?». En lo relativo a su corazón roto, solamente hizo una cosa: no pronunciar nunca más el nombre de Horace. «Lo que no se nombra, se olvida», se repetía constantemente. Además, Ingrid fundó un club de lectura que se reunía todos los jueves por la noche en una cervecería poco iluminada que había enfrente de su hotel. Al principio fue un auténtico fiasco, pero cuando Ingrid comprendió que quizás William Faulkner no era la mejor puerta de entrada a la lectura rural recreativa, empezó a encargar y a distribuir en la recepción del hotel

libros de escritores suecos que por entonces empezaban a escribir novela negra, historias sencillas y atractivas que animaron a algunas personas del pueblo a interesarse por los carteles que Ingrid colgaba en todas partes. Varios vecinos empezaron a acudir a la cervecería a hablar sobre el asesinato y el asesino, sobre el pobre policía estresado y sus traumas. El boca a boca hizo el resto, y aquellas charlas de los jueves se convirtieron en todo un acontecimiento social en Mölle, hasta el punto de que hoy, décadas después, se celebra allí un prestigioso festival nacional de literatura en el que ya nadie recuerda a Ingrid.

El hotel, al que Ingrid cambió el nombre en cuanto Horace lo abandonó —eliminó aquel nombre sin alma elegido por Horace para llamarlo Ithaka, una palabra que le recordaba a hogar, a regreso, a esperanza marítima y rocosa—, con la maleta en una mano y una mujer de treinta y ocho años en la otra, iba cada vez mejor. Lo había redecorado con mucho esmero y, todo sea dicho, con bastante mejor gusto. También inauguró en una salita anexa a la recepción una pequeña librería donde vendía los libros del club de lectura y una selección de grandes novelas —Sthendal, Flaubert, Woolf, algo de Thomas Mann y una preciosa edición ilustrada de *Casa de muñecas* que se convirtió en su gran *best seller*—, empezó a ofrecer desayunos, compró una bañera de hidromasaje e incluso instaló en el sótano una sauna de quince metros cuadrados, lo que hizo que la clientela del Ithaka, durante esos mil noventa y seis días —bisiesto mediante—, fuera creciendo progresivamente mientras Ingrid forjaba aquel rasgo de su carácter que se quedaría con ella para siempre: su férreo talante de alma libre. Eso la hizo desarrollar un tesón rocoso y tenaz que, aplicado a su negocio, se tradujo en una infatigable promoción del Ithaka. Grabó cuñas publicitarias para las emisoras de radio locales, puso anuncios en periódicos y revistas, escribió cartas a empresas turísticas en las que incluía fotografías polaroid con las vistas del hotel e incluso contrató una avioneta que llevaba grabado el nombre del hotel, el logotipo —un barco griego cuyo mástil formaba una «I»— y el teléfono de reservas, que se paseó por la

costa de Escania un tormentoso sábado de agosto y que probablemente no alcanzara a ver ni un solo huésped en potencia.

Transcurrida una buena porción de esos mil noventa y seis días, Ingrid tuvo que volver a Estocolmo a presentarse al examen de la licencia para manipular y servir alimentos en el hotel. Preparó el temario, preparó su ánimo para reencontrarse con la ciudad, una ciudad habitada por Horace y la mujer que en su pensamiento siempre tendría treinta y ocho años, y preparó una maleta mediana que llenó con mil doscientos folletos del Ithaka que había encargado a una imprenta de Malmö. Eran trípticos en los que aparecían fotografías de las vistas del hotel (portada), de las habitaciones y zonas comunes (interior) y del pueblo con los acantilados al fondo (contraportada). Llegado el día, dejó a Helsa a cargo del Ithaka —Helsa fue su gran amiga en aquel tiempo en Mölle, una rubia fuerte y nerviosa que moriría apenas dos años más tarde fulminada por un tumor en el páncreas y a la que Ingrid lloraría hasta quedarse sin lágrimas, seca como una esponja abandonada al sol— y se plantó en Estocolmo con una nueva mirada, más ancha y comprensiva, que la llevó a volver a casa de sus padres con la humildad de quien abandonó el hogar y retorna buscando la calidez de Ítaca y la reconciliación con quienes se quedaron allí, siempre esperando los regresos. Ölle, su padre, le dio un abrazo impregnado de aquel olor mentolado de su *aftershave* que Ingrid solo podía definir como el aroma de «lo seguro», mientras que Nora sollozaba y decía constantemente «mi niña, mi niña ha vuelto». Esa noche, echada sobre la cama de la universitaria que ya no era, pensando en cómo y por qué se marchó de allí, Ingrid se vio fuertemente impresionada por la certeza de que un corazón desatado puede ser el motor que nos lleve a los lugares que ni tan siquiera soñábamos con visitar, y al mismo tiempo epicentro de las mayores injusticias que cometamos en la vida.

Aprobó el examen y tuvo que esperar una semana en Estocolmo a que le expidieran la licencia, ya que si se solicitaba el envío postal el trámite circulaba por, según le había dicho la funcionaria de

Sanidad, «cauces diferentes», algo que Ingrid tradujo como «burocracia lenta y desesperante». Así que aprovechó la semana para reencontrarse con la ciudad, con los cafés bohemios del Södermalm, con las calles adoquinadas del Gamla Stan, con sus adoradas librerías de segunda mano, con el bullicio de los tranvías y, por supuesto, con «su banco» de Långholmen, al que iba todas las tardes a leer aquel manoseado ejemplar de *Las palmeras salvajes.* Era julio de 1985 e Ingrid, al contemplar la vista marítima y calmada de Estocolmo, sentía que la ciudad ya no era la misma; pero consiguió reconducir ese pensamiento para llegar a la conclusión de que quien había cambiado era ella. «Los lugares no cambian, cambiamos las personas», pensó mientras se montaba en la bicicleta y empezaba a pedalear rumbo a la casa que desde ese día empezó a llamar «la casa de mis padres» en lugar de «mi casa».

Dos días antes de regresar a Mölle, mientras volvía a casa de sus padres de visitar una exposición temporal de Louise Bourgeois en el Moderna Museet, un muchacho cruzó la calle y la interpeló. A Ingrid le costó reconocer a Tomi Hintikka, un compañero finlandés de la universidad con quien había tenido bastante relación en los primeros cursos. Tomi estaba completamente cambiado; parecía otra persona. Ella lo recordaba como un *hippie* desarrapado, una bola de pelo rubio y lacio, siempre colocado, y no como aquel tipo trajeado y en perfecta forma física que le dijo:

—Eh, Ingrid, ¡Ingrid! ¿Qué tal?

Ante la reticencia de su antigua compañera de estudios, que entornaba los ojos en un gesto de desconfianza mientras aceleraba el paso, Tomi tuvo que señalarse el pecho con la palma de la mano y decir con el tono simple y exageradamente amigable con el que se les habla a los niños:

—Soy yo, Tomi. Tomi Hintikka. De la facultad. ¡Tomi!

—¡Madre mía, Tomi! —dijo Ingrid sonriendo y echándose una mano de afectación al mentón—. ¡No te había reconocido!

Tras un «Tranquila, suele pasar» que sonó preparado por parte de Tomi, quien parecía acostumbrado a que su pasado y su presente no

ensamblaran con facilidad, le contó a Ingrid —que llevaba algo de prisa porque quería llamar a Helga para controlar cómo iban las cosas por Mölle— que ahora trabajaba para la universidad en el departamento de relaciones internacionales.

—De hecho —dijo a la vez que, por algún motivo, señalaba su maletín de piel—, me voy en unos días a España. Voy a hacer promoción de Suecia entre el profesorado de la Universidad de Granada, para fomentar que soliciten estancias aquí, que nos visiten más. ¡Por fin me marcho al sur! —dijo Tomi, posiblemente haciendo una referencia a sus años *hippies* que Ingrid no entendió.

Aun así, Ingrid también sonrió y lo miró en silencio con los ojos entornados mientras su cabeza procesaba ideas. Veinte, treinta segundos.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Tomi al final.

—¿Te apetece un café? —De repente, a Ingrid se le había quitado toda la prisa.

Y así fue cómo la maleta con los mil doscientos folletos del Ithaka voló apenas unos días después a España. Ingrid se ofreció a pagarle la facturación, pero Tomi dijo que solamente la llevaría con él a cambio de dos cosas: su número de teléfono y la promesa de una cena juntos. Ingrid aceptó y le apuntó el número de Mölle —que era el del hotel— en una servilleta y le dijo sonriendo:

—No obstante, lo tienes mil doscientas veces en esa maleta.

Esa cena nunca tuvo lugar, e Ingrid la recordaría mucho tiempo después, demasiado tarde como para intentar ponerse en contacto con Tomi y cumplir con aquella promesa que el tiempo había borrado como si fuera una minúscula pisada en la orilla de una playa solitaria y ventosa. Dos días más tarde se despidió de sus padres, que prometieron visitar Mölle un mes después, cuando Ölle terminase un tratamiento de rehabilitación del hombro por la caída que había sufrido en el aparcamiento de un supermercado. Después recogió sus cosas, echó un vistazo a su habitación a modo de despedida y cogió el tren a Escania; como Odiseo, regresó a Ítaca más tarde de lo esperado. De vez en cuando pensaba en aquella

maleta llena de folletos y la imaginaba como esas sondas espaciales que la NASA envía al cosmos simplemente para que lleguen lo más lejos posible, para que quizás colisionen con algo, para que transmitan a la fría inmensidad que hay alguien haciéndose preguntas en un diminuto rincón.

Y justo cuando se había olvidado de la maleta, esta dio sus frutos. Pasados unos meses de calma en los que Ingrid se compró un pequeño bote de pesca, consiguió llevar al club de lectura *Las uvas de la ira,* enseñó a sus padres con ilusión toda aquella vida que llevaba en Escania junto al mar y se acostó con un huésped noruego que la trató como —según le contó a Helsa al día siguiente— «una cosa donde meterla», Ingrid recibió una llamada que sonaba lejana, impregnada en esa frialdad distante con la que suenan las voces de los astronautas cuando hablan con Houston. La voz remota explicó en un inglés torpe y robótico que su nombre era Saúl, Saúl Martín, y que llamaba desde España porque había llegado a sus manos un folleto del hotel. Ingrid tardó unos segundos en caer en la cuenta de que la sonda espacial había sido encontrada por alguien en mitad de la oscuridad del universo.

—Verá —dijo—, soy pintor. Y lo que me interesa es… ¿Me escucha?

—Sí, sí —dijo Ingrid.

—Ah, vale, disculpe, creía que se había cortado. Pues como le decía: me gustaría reservar una habitación en su hotel. Pero querría pedirle, específicamente, que sea la misma que aparece en el folleto. La que tiene justamente esas vistas a la bahía. ¿Cree que es posible?

Ingrid abrió el libro de reservas.

—No hay problema —dijo—. Se me queda libre el sábado.

—La llamo en un rato —dijo el pintor.

Y en efecto, llamó a los diez minutos para explicar que ya había conseguido un vuelo y un coche de alquiler y para solicitar la reserva de la habitación para diez días, de sábado a miércoles. Concluyó con un:

—Tengo que pintar esa vista como sea.

Durante los cinco días que faltaban para que llegara el pintor de voz lejana, Ingrid se sintió muy emocionada ante la idea de que allí, en su Ithaka, se fuese a pintar un cuadro. Le parecía algo hermoso y a su vez —Ingrid no podía distanciarse de su sentido práctico de las cosas— útil para la promoción del hotel. Así que se lo fue contando absolutamente a todo el mundo. A los dueños de las tiendas donde compraba, a los repartidores que le llevaban el pescado o la leche y a los participantes del club de lectura. Por ello, el sábado que Saúl aparcó su Ford de alquiler al final de la calle Harastolvägen, todo el mundo sabía que aquel tenía que ser el pintor. Lo que nadie esperaba es que fuese tan joven, ya que la palabra «pintor» por algún motivo había generado en el pueblo la imagen colectiva de señor de mediana edad, quizás rondando los cincuenta, melenudo y extravagante. Pero de aquel Ford se bajó un muchacho de veintitantos a quien los niños que empezaron a arremolinarse en torno a su condición de forastero ayudaron a llevar hasta el hotel, a modo de minúsculos porteadores, un enorme caballete y varias maletas pesadas que sonaban al moverse como si estuviesen llenas de cachivaches de buhonero.

Obviamente Ingrid también se sorprendió, y quizás se decepcionó un poco, porque la obra de un pintor tan joven —pensó— no debía de ser muy relevante. No obstante, la presencia de unos rasgos morenos y arabescos en el hotel siempre era algo agradable. Saúl pasó dos días casi encerrado en su habitación y pidió que nadie entrara para nada, ni siquiera para limpiar. Necesitaba concentrarse. A partir del tercer día, Saúl empezó a salir. La gente lo veía pasear por la bahía, muy despacio, escuchando el melancólico murmullo del mar y contemplando cada detalle como si quisiera recordarlo para siempre. A veces se sentaba en la playa, sobre la arena templada al sol, y allí dibujaba en un cuaderno durante más de dos horas. En uno de esos ratos fue cuando conoció a Helsa, que bajó a la playa a comprobar si el bote de su hermano estaba bien amarrado, ya que

había pronóstico de temporal y Gustaf estaba en Malmö cerrando un trato con un mayorista de pescado.

—Tu cuadro está quedando precioso —le dijo Helsa a Saúl en su magnífico inglés, ya que su madre había vivido durante quince años en Londres y había criado a Helsa y a Gustaf en inglés.

Saúl levantó la vista del cuaderno y preguntó:

—¿Mi cuadro?

—Sí, el que estás pintando. —Helsa sonrió—. Tengo poderes psíquicos. Ya sabes, el don de la traslación psíquico-sensorial. Así que he podido echarle un vistazo.

Saúl sonrió también.

—Está bien —dijo—. Dime qué aparece en él. Traslada tu psique hasta allí ahora mismo.

—Espera. —Helsa se puso la mano en la frente, se orientó hacia el Ithaka y cerró los ojos—. Voy… voy… Abro la puerta… Sí, ya lo veo. No es exactamente esta bahía, pero se parece mucho. La esquina izquierda aún no está pintada, pero la parte derecha sí que tiene muchos detalles. Agua que rompe en las rocas, una gran nube color violeta y un barco al fondo. El barco todavía no tiene la vela pintada. Hay una boya roja flotando en el mar. Una cresta de espuma la tumba hacia la derecha.

Saúl puso cara de extrañeza. Helsa no pudo seguir con aquello y se echó a reír a carcajadas.

—Soy la que limpia el hotel —dijo—. Vengo de hacerte la cama.

Nunca se llegó a saber si hubo algo entre ellos. Ni siquiera Helsa dijo una sola palabra a Ingrid durante sus largas charlas de los sábados por la noche tras el turno de tarde del hotel, medio borrachas y con la lengua suelta. Solo trascendió una cosa de la cantidad de horas que Saúl y Helsa pasaron juntos esos pocos días: ella apareció en el cuadro. Salía de perfil en aquella parte izquierda que aún estaba sin pintar, caminando por la arena contra el viento que arremolinaba su melena de color maíz, casi blanca en las puntas. Décadas después, cuando ya Ingrid era cónsul en España y Saúl un pintor famoso a nivel internacional, coincidieron en una

exposición de sus cuadros en la Alhambra. Se reconocieron, se abrazaron, e Ingrid le contó al pintor que Helsa había muerto dos años después de su estancia en Mölle. Apenas unos días más tarde llegó un paquete al consulado que contenía aquel cuadro frío y luminoso que Saúl pintó en el Ithaka, colocado en un marco sobrio y bien elegido y acompañado de una nota que decía: «Aquí siempre vivirá». La primera vez que las suecas, las putas y brujas, entraron en casa de Ingrid, aquel cuadro ya presidía su estudio, una habitación abuhardillada que tenía el estatus de consulado honorífico de Suecia en Andalucía.

Ella lo llamó «el efecto maleta». A partir de la estancia de Saúl en Mölle empezaron a llegar artistas españoles sin descanso. Al principio, de uno en uno. Más tarde, en grupos organizados que Sigrid, la dueña de la carnicería que había enfrente del Ithaka, definía como «barbudos en furgoneta». Según decían todos ellos, Saúl Martín, un pintor que empezaba a estar muy de moda y que ya daba conferencias y montaba exposiciones por toda España, proclamaba incansablemente que no había en el mundo un sitio para inspirarse mejor que aquel. Que «llegar al Ithaka es sentirse Ulises», decían que decía. Y como no hay lugar en el que guste más la aparición de un mesías que en el mundo del arte, empezaron a seguir sus pasos. Pintores, cineastas, fotógrafos… Hasta que, mil noventa y seis días —bisiesto mediante— después de que Horace se marchara de vuelta a Estocolmo —amante mediante—, llegó al Ithaka un grupo de amigos, cinco navegantes extraviados en busca de las musas: dos escultores y tres pintores. Ingrid no los había visto porque entraron al hotel en su día libre, así que fue Helsa quien los recibió. La noche siguiente, un matrimonio de franceses llamó a la recepción para quejarse del ruido que había en la habitación contigua. Ingrid escuchó los golpes en cuanto llegó al pasillo de la segunda planta y tuvo que aporrear la puerta un buen rato porque la persona que ocupaba la habitación armaba tal estruendo que era imposible que la escuchase. Empezó a enfadarse en grados crecientes, y para cuando los golpes cesaron, Ingrid sacudía la

puerta con una furia completamente desaforada, dispuesta a hacer parar a esa persona como fuese. Pero no contaba con que, detrás de aquella puerta, iba a aparecer la viva encarnación de su deseo. Aquel torso desnudo, aquellos brazos sudorosos e impregnados en polvo de yeso, aquella barba negra y descontrolada.

—Disculpa —dijo, sosteniendo una espátula en la mano y sin dejar hablar a Ingrid a quien, por otra parte, no le salía la voz del cuerpo—. Creo que estoy haciendo mucho ruido.

Era imposible calcular cuantas sustancias empezó a bombear el cuerpo de Ingrid en ese momento, delante de aquel hombre de talante fehacientemente despistado, ajeno a su encanto, ajeno al mundo, ajeno a todo lo que no fuese la fuerza por consumar su creatividad irrefrenable. Solamente acertó a decir, mirando la escultura a medio hacer que había delante de la cama:

—Qué preciosidad.

El escultor miró hacia atrás. Su barba y sus ojos tenían el color tibio de los cereales tostados.

—¿Te gusta?

—Mucho. ¿Qué es? —preguntó tras recuperar la compostura.

—Aún no lo sé. Ahora solamente es una forma. Estoy pensando en qué puede ser. —Se giró hacia Ingrid y le preguntó—: ¿Qué podría ser?

Ingrid escrutó aquella forma sugerente y después miró a aquel hombre a los ojos. Sabiendo que estaba completamente perdida, respondió lo primero que le vino a la cabeza:

—El viento.

Y esa noche fue la primera que durmieron juntos.

Tres días después, la nave que había llegado a Ítaca con cinco viajeros retornó a casa con uno menos, pues Gabriel se quedó en Mölle con el firme propósito de enamorarse con calma. Y así transcurrió un año. Un año en el que Gabriel aprendió sueco y ayudó a Ingrid en el Ithaka haciendo de cicerone y traductor de los artistas españoles que, todo sea dicho, empezaron a disminuir considerablemente. «Todo pasa», decían algunas noches mientras

repasaban el menguante libro de reservas en la terraza, mientras tomaban una copa de vino tinto y se exploraban mutuamente con la fuerza de quienes se entregan sin freno a una pasión, de quienes saltan a hacer acrobacias sin que les coloquen una red que los libre de la caída, de quienes cruzan la jungla de noche solamente para contemplar el amanecer en la montaña. Además, Ingrid habilitó para Gabriel una sala en el hotel a modo de taller, donde él podía trabajar en sus esculturas, que por aquel entonces todas trataban sobre el mismo tema: el viento. Ingrid disfrutaba muchísimo de verlo crear, de ver cómo en su labor escultórica se combinaba el uso sudoroso y apabullante de la fuerza bruta con la delicadeza artística del detalle.

Y así, la vida hizo lo que suele hacer: ir pasando, hasta que, cuando llevaba año y medio en Mölle, el Centro Cultural del pueblo invitó a Gabriel a exponer sus obras en la sala principal durante un mes. Ingrid y Gabriel se volcaron en la preparación de la muestra con una ilusión desaforada y, evidentemente, fue un gran éxito. Todo el mundo acudió a la inauguración vestido con sus mejores galas; hubo *champagne,* admiración por el artista y aplausos tras los discursos.

A partir de entonces, y gracias a dos periodistas que estuvieron donde había que estar en el momento preciso, Gabriel empezó a tener lo que suele conocerse como *una carrera*. El primero era un cronista de arte de un periódico de Malmö que se alojó con su esposa en el Ithaka durante un fin de semana en el que intentaron —sin éxito— arreglar su matrimonio. El sábado por la tarde, después de discutir con su mujer por cuarta vez ese día, dio una vuelta por el muelle, entró en el centro cultural y quedó muy impresionado por la obra de Gabriel.

—Me ha dicho —le dijo Gabriel a Ingrid aquella noche, en la cama— que quiere hacer una reseña de la exposición en su periódico.

—¿Te imaginas —dijo Ingrid con ojos de ilusión, sentándose a horcajadas sobre su abdomen— que te invitan a exponer en el Moderna Museet?

No hizo falta imaginárselo durante mucho tiempo. Apenas dos semanas después, el Museo de Arte Moderno de Malmö llamó a Gabriel para solicitarle el catálogo fotográfico de sus obras —tuvieron que prepararlo entre Ingrid y él a toda prisa, carrete velado mediante— porque pensaban que podrían encajar en una exposición temporal que iba a titularse «Europa i Skåne». Todo salió de maravilla: el museo eligió tres esculturas de Gabriel y cinco días después aparecieron en el Ithaka varios empleados en una gran furgoneta para llevarse las piezas a Malmö. Ingrid y Gabriel asistieron a una inauguración lujosa, de regusto intelectual-urbano-cosmopolita en la que conocieron a decenas de personas, Henning Mankell (pre-Wallander) incluido, todas amables, todas con las mejillas arreboladas y los ceños levemente fruncidos, según Gabriel, «de tanto pensar». Después se emborracharon en un bar del puerto e hicieron el amor sin protección en un minúsculo callejón sin salida mientras volvían al hotel, adonde regresaron tan embriagados que se quedaron dormidos con la ropa puesta.

El segundo periodista que estuvo cuando y donde había que estar se llamaba Joaquín Gil y trabajaba para la sección de cultura de *El País Semanal.* Había ido a Malmö a hacer un reportaje sobre Ingmar Bergman y, en su día libre, un miércoles que se había reservado para hacer un poco de turismo antes de volver a Madrid, se topó con las tres esculturas expuestas de Gabriel. Ya en España, según le contaron más tarde a Gabriel, Joaquín tuvo que cubrir una exposición en Granada y le comentó a Sebastián San Juan, dueño de la prestigiosa academia Artium y comisario de la muestra que Joaquín tenía que reseñar, que se les había fugado un granadino de talento a Suecia. Y Sebastián San Juan, persona curiosa y tenaz como pocas, se puso en contacto con Malmö. Y cuando el museo de Malmö lo remitió a Mölle, al hotel Ithaka, una sonrisa iluminó su rostro: el propio Sebastián había sido uno de los primeros en alojarse allí, un par de años atrás, por recomendación de su querido Saúl. Durante aquella estancia en el Ithaka, Sebastián se había prendado perdida y silenciosamente de Ingrid, y se había marchado

de allí con la certeza de que algún día un compatriota viajero conseguiría la mano de aquella luminosa Penélope. Así que se moría de ganas por conocer al afortunado Ulises. Llamó a Gabriel y le solicitó el catálogo, Gabriel se lo envió por correo aéreo y no tuvieron más noticias hasta que, a finales de junio, Sebastián San Juan apareció por segunda vez en el Ithaka, dispuesto a sufrir el dolor por la contemplación de su amada y el gozo por el descubrimiento de su nuevo artista.

La oferta generó la primera desavenencia entre Ingrid y Gabriel. Tras una semana de observación del método de trabajo de Gabriel y de compartir largas conversaciones sobre el arte y la creación, el prestigioso Sebastián San Juan le ofreció dos cosas: una exposición temporal en su prestigiosa galería y una plaza como profesor en su prestigiosa academia a partir de septiembre. Así que Gabriel se vio acosado por la fuerza del prestigio e Ingrid y él tuvieron que enfrentarse a lo que parecía un hachazo entre ellos, conscientes del calibre de la oportunidad y también de lo implicaba aquello para Ingrid y su hotel. Hubo un enfado y una reconciliación, un tira, un afloja, unos pros, unos contras, unos quizás y algunos ojalás, hasta que finalmente tomaron una serie de decisiones encadenadas que pueden resumirse de manera básica en que Gabriel aceptaría todo lo propuesto por Sebastián, pondrían el Ithaka en venta y se mudarían a España, al menos «para probar». Y allí Ingrid, después de efectuar la venta, en una especie de camino de vuelta, intentaría montar algo similar: un hotel donde intentar llamar la atención del turismo sueco. En un principio, para Gabriel el plan eran todo luces, y para Ingrid, todo sombras, bultos siniestros que intentó esconder tras aquella montaña de ilusión que se intuía en el horizonte de su vida en común.

Fue el tiempo quien se encargó de mezclar las luces y las sombras. Sorprendentemente, el Ithaka se vendió en apenas unos meses. Gustaf, el hermano de Helsa, harto de la vida en el mar y respaldado económicamente por su familia, decidió comprarlo y seguir con el negocio de forma similar a como lo venía haciendo

Ingrid; además, abrió en la planta baja un pequeño restaurante de guisos marineros que apoyaba su menú en el bacalao local. Años después, cuando Ingrid y Gabriel volvieron a Mölle y se alojaron en el Ithaka, sintieron el desagradable zarpazo del desencanto que provoca el reencuentro con lo idealizado: nada brillaba igual. La pátina de encanto de aquel lugar se había desvanecido. «No cambian los lugares, cambiamos las personas», se repitió Ingrid, echada sobre la cama de la segunda planta del viejo Ithaka, una cama en la que se había arrastrado a aquella pasión sin medida unos años que ya empezaban a ennegrecerse. Por otra parte, la carrera de Gabriel como escultor nunca terminó de despegar. Su acogida en la galería de Sebastián San Juan fue tibia y sin entusiasmo por parte del ambiente cultural de la ciudad. Por contra, toda la escuela de artes comenzó a valorar de inmediato sus dotes como profesor, y el número de matrículas empezó a crecer a partir de que el boca a boca comenzara a trabajar en su favor. Es decir, todo discurría justo al revés de lo que Gabriel deseaba, pues su sueño pasaba por ser respetado y conocido como un escultor egocéntrico e inaccesible que daba algunas clases de manera provisional, por acercarse al vulgo más que nada. Esta inversión de sus deseos supuso para Gabriel el nacimiento de una frustración que únicamente dejaba salir cuando se emborrachaba y se definía a sí mismo como «un fracaso de artista, el típico profesor que nunca llegó a nada».

El nuevo hotel de Ingrid, el Ítaca, logró un éxito rotundo. La idea inicial fue exactamente la misma porque si en Escania —razonó Ingrid— había funcionado, en un lugar realmente turístico y solicitado como Granada el fracaso sería impensable. Así que llevó a cabo la misma operación: compró una casona antigua con vistas a Sierra Nevada y destinó el dinero sobrante de la venta del Ithaka al arreglo integral del edificio y a comprar un minibús para excursiones. Con su persistencia habitual, Ingrid se puso en contacto con toda la comunidad nórdica de la provincia de Granada, que resultó ser más amplia de lo esperado, y poco a poco su radio de influencia fue creciendo hasta convertir el Ítaca en una referencia, en un punto de

encuentro de suecos, noruegos y finlandeses —también daneses y alemanes—, no solo a escala local, sino a nivel de toda Andalucía. Más o menos al año de su apertura, en 1986, ocurrieron tres cosas que cambiaron la vida de Ingrid y que nos llevan por fin al año noventa, a la primera vez que supo algo de las putas y brujas sin saber que se trataba de ellas. Lo primero fue la aparición de Berta, la mujer más lista que Ingrid había conocido en su vida. Se alojó en el Ítaca durante tres noches para espiar el modelo de negocio de Ingrid, ya que ella intentaba hacer algo similar con su hotel, el St. James, que estaba destinado a británicos —Berta había nacido y crecido en un barrio residencial del norte de Southampton— y que se ubicaba en el centro de Granada. Tras el espionaje, se sentó con ella en la recepción y le arrojó sin ningún tipo de ambages una retahíla de argumentos para que se hicieran socias. Al principio, todo aquello le sonó a Ingrid a retórica de vendedora, algo así como un timo hostil similar a la televenta, pero Berta sacó documentos —cuentas bancarias, hojas de gastos, balances— sin pudor alguno e hizo una propuesta en firme: comprar un tercer hotel, un inmenso refugio medio abandonado en pleno parque natural de Sierra Nevada que ya tenía más que visto, y convertirlo juntas «en un *resort* de naturaleza y nieve». Por entonces, Ingrid estaba embarazada de Adam, y cuando el pequeño cumplió seis meses, Ingrid y Berta firmaron juntas la compra de aquella locura en la montaña a la que Gabriel —a quien no le hacía gracia el proyecto pero que no pudo oponerse dado el infalible instinto de su mujer— llamaba «el Overlook granadino» en referencia al siniestro hotel de *El resplandor,* pero que ellas llamaron Odysseus por continuar con las referencias homéricas; un lugar, todo sea dicho, que no tardaría en darles más preocupaciones que otra cosa.

Si contamos con que el primer embarazo de Ingrid y el posterior nacimiento de Adam fue el siguiente evento importante, el tercero llevaba el nombre de Therese Lindgren. Therese era en aquel momento la cónsul general de Suecia en España, toda una eminencia de la diplomacia europea que eligió el Ítaca durante

cuatro noches intersemanales para resolver la tensión sexual que arrastraba desde hacía un par de años con su secretario. Llegaron de Madrid en coches separados, reservaron habitaciones separadas y mantuvieron una discreción digna de una pareja de espías. Durante años, Ingrid y Therese bromearon sobre cómo Therese y su amante desbarataban cada mañana una de las habitaciones para que las chicas de la limpieza no sospechasen que en ella no dormía nadie. Uno de esos días, durante el desayuno, Therese se acercó a Ingrid, que por entonces estaba aún embarazada de Adam, y le preguntó en un sueco exquisito y refinado:

—¿Niño?

—Pues sí —respondió ella sonriendo y sirviéndole la taza de café. Therese siempre bajaba a desayunar muy temprano y su secretario lo hacía un rato después—. Qué buen ojo tiene usted.

—Mi hermana tiene seis hijos y acerté el sexo de los seis. En uno de ellos —Therese volcó el azucarillo muy despacio en el café—, la ecografía me contradijo. Obviamente, la ginecóloga estaba equivocada.

—Vaya —dijo Ingrid mirándola—, es impresionante.

—¿Te tomas un café conmigo? —preguntó la cónsul mirando el salón de desayuno aún vacío.

—Tengo diez minutos —dijo Ingrid—. Y la verdad es que esto —dijo a la vez que se tocaba la barriga y se sentaba a cámara lenta frente a Therese— ya empieza a pesar.

Por supuesto, el café duró más de diez minutos, pues se extendió hasta que Ingrid no tuvo más remedio que irse a exprimir los zumos que demandaban con vehemencia una pareja de alemanes que eran la representación física y tangible de la palabra «prepotencia». Ese día, Ingrid y Therese almorzaron juntas, y cuando Ingrid preguntó por el hombre que la acompañaba, Therese, echándose a reír y a punto de atragantarse con la espuma de la cerveza que bebía mirando a la sierra, dijo:

—No sé de qué me habla, señora. Sus hormonas de embarazada le juegan malas pasadas.

Pero para cuando llegaron los postres, Therese ya le había contado a Ingrid todo sobre su desastroso matrimonio, perfecto e idílico a los ojos del mundo, y todo sobre la pasión que había perdido en algún punto del pasado nuboso y opaco, una pasión que necesitaba recuperar con urgencia para sentirse viva.

—Para no volverme definitivamente loca.

Esa noche fue con su secretario a cenar a la casa que Ingrid y Gabriel acababan de comprar —que ya era la casa en altura a la que acudirían años después las putas y brujas—, y Therese, durante los años que duró aquella amistad, siempre le agradeció a Ingrid aquella invitación, aquel rato en el que Erik —pongámosle nombre de una vez al secretario— y ella se sintieron libres de prejuicios, ajenos al mundo, absurdamente acaramelados como dos adolescentes con el juicio completamente desbaratado.

La amistad entre Ingrid y Therese cristalizó de manera extraordinaria. Tras la vuelta de Therese a Madrid comenzaron a llamarse unas tres veces por semana, y aquellas llamadas parecían servirles a ambas como algo parecido a una terapia psicológica. En ellas expresaban sus inquietudes, sus miserias, sus alegrías y sus miedos, ya que la una sabía perfectamente, como si se conociesen desde niñas, cómo aconsejar a la otra y viceversa.

Adam nació, Ingrid compró junto a Berta el Odysseus y un par de años después, cuando la empresa hotelera marchaba a la perfección, ya que el Ithaka y el St. James eran todo beneficios y el Odysseus se encontraba en la fase final de la reforma, Therese apareció en casa de Ingrid a ofrecerle un consulado. El sueldo era muy discreto, pero a Ingrid la idea la atrajo desde el primer momento; no obstante, se vio obligada a mostrar reticencias por toda la incertidumbre que aquella oferta acarreaba en su ya de por sí inestable realidad.

—Gran parte de la comunidad sueca de Andalucía te conoce y te respeta. Eres perfecta para que acudan a ti cuando lo necesiten. Siempre ayudas a todo el mundo, ¿no?

—No sé —contestaba Ingrid a todos los argumentos de Therese—. No sé. Tengo una empresa, una socia, un bebé… No sé.

La propuesta estuvo en el aire una semana en la que Ingrid tuvo larguísimas conversaciones con Gabriel, conversaciones similares a las que surgieron tras la oferta que Sebastián San Juan le había hecho a Gabriel cuando vivían en Mölle (tira, afloja, pro, contra, sí, no, pero, tú, yo) y que había removido y agrietado por completo la tierra que Ingrid y Gabriel pisaban, algo que aún palpitaba en el aire cada vez que las cosas se ponían serias, una especie de «por ti lo dejé todo» que se decía sin decirse. Las conversaciones con Gabriel se solaparon con las reuniones con Berta, que se lo tomó bastante bien tras el impacto inicial. Al final, le propuso a Ingrid redistribuir los beneficios «en un setenta-treinta» que compensaría la mayor presencia laboral que ella asumiría si Ingrid decidía aceptar el consulado. Ingrid hizo cálculos con Gabriel: el sueldo del consulado, el sueldo de profesor y el treinta por ciento de los beneficios de los hoteles les daba de sobra para vivir holgadamente.

—No te arrepentirás —dijo Therese cuando la recibió en Madrid un mes después para que iniciase su curso de formación en protocolo, diplomacia y función administrativa. La propia Therese fue la encargada de impartir parte de los módulos formativos durante aquellas tres semanas de julio del 89 en las que Ingrid se hospedó junto a Gabriel, que estaba de vacaciones, en un pequeño apartamento que había dentro de la embajada.

El acto de aceptación de los nuevos cónsules fue embriagador: etiqueta, mayordomos, autoridades, cubiertas imposibles, copas de *champagne* con un centímetro de oro rodeando el borde y lámparas de araña cuyos destellos le provocaban a Ingrid una especie de excitación infantil. Lo que más le llamó la atención fue ver la soltura con la que se comportaba Therese Lindgren en aquel ambiente diplomático, dándole un giro más a su sofisticación, ya de por sí innata, convertida en un animal social que parecía funcionar por una especie de pulsión que Ingrid no comprendía pero admiraba. Y por otro lado, la conmovió en extremo la imagen de

Erik, el amante agazapado entre las sombras, en cuarto o quinto plano, contemplando a Therese con deseo ansioso y a su marido con un intrigante velo de admiración y desprecio al mismo tiempo.

Todo acabó con un baile que hizo sentirse a Ingrid torpemente vulgar y con una noche de sexo con Gabriel en la que ambos dieron rienda suelta a ciertas cosas que no sabían que llevaban dentro. Al día siguiente volaron de vuelta a Granada tras unas semanas sumidos en un lujo que les pareció pretencioso y artificial, como si el mundo de 1989 se hubiera fusionado con algún siglo de emperadores y palacios, con un siglo radiante y decadente al mismo tiempo.

Los primeros meses fueron duros para Ingrid, ya que la apertura de un consulado en Andalucía provocó que gran parte de la comunidad sueca, que solía postergar e incluso abandonar ciertas gestiones administrativas por no desplazarse hasta Madrid, se lanzó en masa a solventar todo aquel papeleo atrasado. Así que Ingrid se vio de inmediato desbordada con toda aquella carga de trabajo repentina que se entremezclaba con la atención asfixiante que demandaba Adam y con los remordimientos por haber dejado sola a Berta en un momento tan crucial para la empresa. Y fue en esos meses de locura y tensión, a principios del año noventa, cuando aquella chiquilla, Hilda, llamó al timbre. Años después, cuando Ingrid consultó la agenda porque pensaba que ellas, las putas y brujas, podrían haber tenido algo que ver con la visita de Hilda, apenas pudo recordar su rostro. Le venía a la cabeza, de forma borrosa, una muchacha rubia y menuda que arrastraba una gran mochila y que a Ingrid le recordó a un molusco transportando a cuestas su hogar. Leyó de nuevo la anotación de la agenda, aquellas palabras apuntadas once años atrás: «10 de febrero. Viene una muchacha, Hilda. Apenas es una niña. Asustada. Aterrada. Casa. Policía». Al leer aquella letra de una Ingrid más joven, de una Ingrid desbordada por la repentina responsabilidad que le supuso el cargo de cónsul, sintió un pinchazo que solamente podía ser el eco de un remordimiento silenciado a conciencia, prácticamente a presión, que intentaba

aflorar de su escondite remoto. Porque Ingrid se dio cuenta de que apenas la escuchó, de que no la tomó en serio, de que le dio a aquella niña asustada una taza de té y la dirección de la comisaría, de que la suma de ambas cosas constituía algo parecido a un empujón. En definitiva, Ingrid tomó conciencia, once años después, de que no supo tratar a Hilda como se merecía y sintió que la inundaba el peor sentimiento que puede sentir una persona que se debe a los demás: la negligencia.

Con la agenda en la mano, salió al porche y miró la verja de la casa. Intentó recordar el rostro de aquella chica, de Hilda, pero se dio cuenta de que no lo estaba recordando: lo estaba inventando en ese momento. Entró de nuevo en casa y se sentó en el sofá. Cerró los ojos. Pensó en aquella mañana fría y luminosa. Allí estaba la muchacha sin rostro y allí estaba Ingrid, desbordada, ofreciéndole una taza de té de supermercado y deseando que se marchase.

—Lo siento, pero no veo en qué puedo ayudarte.

—Verá, es que… todo… —Ingrid recordaba a Hilda casi incapaz de hablar, desorientada—. Todo es muy raro. Muy raro. No puedo… César…

—Necesito que te expliques mejor, Hilda. Dices que es una casa que se ofrece para alojar jóvenes que viajan con mochila, bicicleta y cosas así. Que lo viste en una revista. Que llamaste.

—Sí. Llamé. Y vine, y allí… allí. César… César…

—¿Tienes pasaporte, Hilda?

—Sí, aquí lo tiene, espere… Tiene que estar…

—No, no. No lo necesito. Solo quiero averiguar cómo puedo ayudarte.

Hasta el momento, Hilda solamente había mirado al suelo. Tras un minuto en silencio, se enjugó con la manga de su sudadera color mostaza dos lágrimas que se habían acumulado en la parte inferior de sus ojos y levantó la cabeza para mirar a Ingrid y decirle:

—Creo que algunas de esas personas han desaparecido.

En ese momento sonó el teléfono diplomático. Ingrid esperaba una llamada de Therese Lindgren, que estaba en San Petersburgo y

necesitaba saber los datos de un pasaporte retenido que Ingrid tenía en su poder. Además, justo al mismo tiempo, alguien llamó al timbre del consulado, que estaba al otro lado de la casa —Ingrid hizo una pequeña reestructuración para dejar una zona de la casa aislada del resto, que tenía dos habitaciones: una era despacho de la cónsul y la otra una especie de salita para reuniones— y al que se accedía por la parte contraria al jardín.

—Mira, Hilda. Tienes documentos, hablas español y puedes valerte por ti misma. ¿Llevas dinero?

—Sí. —Hilda sollozó. Su voz sonaba cada vez más nasal a causa de un exceso de mucosidad líquida que se entreveía en sus orificios nasales.

—Pues ten. —Ingrid anotó en una tarjeta la dirección de la comisaría—. Creo que deberías ir a la Policía. Cuando salgas por el jardín, baja la calle en dirección al bosque y gira a la izquierda en la rotonda. La comisaría está al final del camino. Creo que si te ha pasado algo en esa casa, es mejor que se lo cuentes a ellos.

En ese punto, los recuerdos de Ingrid volvieron a emborronarse, así que cerró la agenda de 1990 para devolver aquel párrafo al mundo del pasado y salió de nuevo al porche. Once años atrás el teléfono sonaba, ella se desesperaba y aquella chiquilla completamente aterrada se marchaba sin darse la vuelta, sin apenas musitar una palabra, sin recibir el calor ni la atención que buscaba. «César», pensó Ingrid. «¿Quién sería?». Miró la calle vacía y a tenor de aquel recuerdo triste y difuso, Ingrid se dio cuenta de que aquella melena rubia, tono cerveza pilsen, que cerraba la cancela y se perdía tras el seto podía haber estado en manos de las brujas, y que ella, Ingrid, la cónsul responsable de la comunidad sueca, la matriarca sonriente que ayudaba y recibía los elogios unánimes de todo su rebaño, la había abandonado cuando más la necesitaba.

Todavía faltaba algo más de un mes para que todo ocurriera, pero, de repente, asaltado por aquel recuerdo, el mundo de Ingrid se enrareció.

3

Apenas unos días después de aquella cena somnolienta en la que Gabriel le habló de las putas y brujas, Ingrid recibió la llamada de Karl, un viejo amigo de Mölle con quien nunca había perdido el contacto. Karl y su mujer Rose habían sido dos fijos en el club de lectura, dos miembros muy activos en aquellas tertulias de los jueves. Ambos suscitaban en Ingrid una enorme ternura, pues le parecía admirable el afán de aquellas dos personas, que apenas habían estudiado ni leído en toda su vida nada que no fuera la guía de la programación de la televisión por cable por participar activamente de aquel mundo cultural que nacía en Mölle y que les despertaba inquietudes sinceras.

Al principio, Karl y Rose adoptaron la estrategia de pasar por el Ithaka unos días antes de la tertulia con alguna excusa absurda para entrar y hablar con Ingrid. La más frecuente, además del típico «Cielo, te traemos un buen guiso que Rose ha preparado porque mira cómo te estás quedando de delgada, que a saber qué comes, etcétera», era que mientras paseaban por delante del hotel, Karl había visto algo raro en una ventana o en un toldo —Karl tenía una empresa de ventanas, aluminios y cerramientos—. Después de comprobar que todo estaba bien, se ponían a charlar con Ingrid en la recepción y poco a poco le sonsacaban sus impresiones sobre el libro que había que comentar el jueves, pues querían llevar a la tertulia algo seguro, algunos comentarios que les diesen tranquilidad para poder hablar en voz alta, ya que no se fiaban de sus propias conclusiones por considerarlas erróneas, torpes y simplistas. Poco a poco, Karl y Rose se convirtieron en grandes lectores y en dos de los

miembros más apreciados de aquellas reuniones por sus perspicaces opiniones y por la sagacidad de sus comentarios sobre aspectos sutiles que a la gran mayoría se les escapaban.

Por todo ello, Karl y Rose fueron, posiblemente, los que más sintieron en el pueblo la marcha de Ingrid a España. Ingrid siempre pensó que detrás de toda esa amistad y ese cariño quizá podía latir agazapado un sentimiento paternal hacia ella, ya que eran uno de esos matrimonios que parecían sufrir doblemente: por no haber podido tener hijos y, quizás incluso más, por no haber solicitado a tiempo una adopción. Desde la marcha de Ingrid, Karl había sido el portavoz de la pareja. Primero mediante cartas postales que enviaba sin falta el día nueve de cada mes y recientemente a través de correo electrónico, pues el gobierno sueco había lanzado un plan de digitalización y Mölle había sido uno de los primeros lugares en recibir Internet de forma globalizada, algo realmente novedoso en pleno año dos mil.

Ingrid ya sabía por los correos electrónicos que Karl había conseguido traspasar la empresa tras haberse jubilado unos meses atrás. Lo que no imaginaba era que iba a cumplir tan rápido lo que él siempre había llamado «el sueño de su jubilación».

—Pues como lo oyes, cielo. —Karl siempre la llamaba así—. El lunes de la semana pasada nos entregaron la autocaravana. Hemos pasado unos días preparándonos y mañana salimos para España.

—¡Qué alegría! —Ingrid se había pasado años en Mölle escuchando el gran plan de Karl y Rose: la autocaravana con la que recorrerían Europa «sin destino, solo navegando»—. ¿Vendréis a Granada?

Karl soltó una carcajada.

—¡Cielo, por Dios! ¿Cómo íbamos a perder la oportunidad de comprobar con nuestros ojos cómo te trata ese español barbudo?

En los días posteriores, Karl y Rose iban llamando por teléfono a Ingrid a medida que se acercaban a España, y a Ingrid le hacía mucha gracia que se fuesen parando en los lugares donde había algo universalmente típico por hacer o comer. Finalmente, tras

comprar una cámara de fotos en Andorra, comer butifarra y *calçots* en Barcelona y almorzar una paella en la Malvarrosa un domingo a medio día, le dijeron a Ingrid que llegarían a Granada al día siguiente. Ingrid estaba muy ilusionada ante la perspectiva de aquel reencuentro. Porque casi siempre que el pasado interfiere en el presente lo hace para causarnos inquietud, a veces incluso para hacernos daño, pero en este caso se aproximaba el pasado bueno, el de los años felices del Ithaka.

Ingrid insistió en que se quedasen en su casa, que tenía dos habitaciones para invitados, pero la respuesta de Karl y Rose, ilusionados ante su nueva condición de viajeros, siempre fue:

—¿Es que acaso no llevamos nuestra casa?

En aquella época la vida social de Ingrid y Gabriel estaba en su punto culminante. Los niños habían crecido y los trabajos de ambos se sustentaban sobre la interacción con otras personas, sobre todo en el caso de Ingrid, pues en ella se juntaban todos los contactos de su condición de diplomática con los que derivaban del mundo del turismo. Gabriel había hecho bastantes amistades en el entorno del arte, así que en aquellos años todo eran reuniones, cenas, quedadas, charlas junto a la gran chimenea de su salón, saunas multitudinarias —habían instalado una grande en su propio sótano— y un ir y venir permanente de amistades de todo pelaje y nacionalidad que compartían su admiración por lo buenos anfitriones que eran Ingrid y Gabriel, y que cumplían a rajatabla la regla básica de su casa: llevar «un plato de comida por grupo y un litro de bebida por persona».

Así que Ingrid despejó con mucho gusto su agenda social durante los días que Karl y Rose iban a pasar en Granada y preparó, tal y como hacía con cada visita diplomática, lo que ella llamaba «el *pack* completo»: Alhambra, paseos, tapas, flamenco y lo que surja. El reencuentro fue muy emocionante para Ingrid. Karl y Rose tenían un aspecto juvenil a pesar de haber envejecido, se los veía ostensiblemente relajados y mostraban una inesperada estética de *rock* duro: cazadoras oscuras, pañuelos en la cabeza, camisas de

franela y botas negras. Karl incluso se había dejado uno de esos bigotes en forma de herradura que le daba un aspecto de habitante de un club de moteros. Parecían dos personas que uno podría encontrarse en un área de servicio del Medio Oeste comiendo una hamburguesa doble a las nueve de la mañana. Llegaron el lunes por la tarde, aparcaron la autocaravana enfrente de la casa de Ingrid y Gabriel y allí pasaron una semana que todos recordarían después como maravillosa. En principio no tenían intención de quedarse tanto tiempo, ya que no querían comprometer a los anfitriones, que eran dos personas ocupadas, pero aprovecharon que estaban en un consulado para renovarse sus pasaportes y obtener unos nuevos con caducidad indefinida.

Durante el día, Ingrid los acompañaba a Granada —Ingrid y Gabriel vivían en un pueblo a veinte kilómetros de la ciudad— después de atender sus obligaciones consulares, y hacían algo de turismo. Tras el almuerzo, Karl y Rose recogían a los niños del colegio y pasaban la tarde con ellos. Adam y Camilla se sentían muy cómodos en su compañía, y aquellas tardes de juegos, meriendas y caprichos fueron para ellos una especie de vacaciones extrañas. Por las noches, como era octubre y aún hacía buen tiempo, Gabriel preparaba una gran barbacoa y todos cenaban juntos en el jardín. Allí charlaban sobre Suecia, sobre las nuevas vidas que todos estaban viviendo, sobre los proyectos personales de Ingrid y sobre la carrera de Gabriel.

—Sí, claro. Sigo con las clases. —Gabriel bebía una cerveza y el sol ya se había puesto tras los setos del jardín, por lo que estaban casi a oscuras, apenas iluminados por las luces anaranjadas de las farolas de la calle. Era una de las primeras noches que Karl y Rose estaban allí—. Y hago algunos trabajos particulares de escultura. Ya sabéis, encargos y cosas así que van saliendo.

—Qué bien, ¿no? —dijo Rose.

—Pero, cariño, no seas modesto —dijo Ingrid acariciándole un antebrazo a Gabriel—. Cuéntales lo del encargo que te han hecho.

Gabriel lanzó a Ingrid una mirada fría que Karl y Rose no supieron interpretar. Ellos no sabían que la pasión de su vida, la escultura, estaba empezando a frustrarle porque no había llegado a la gran cima que tanto ansiaba y veía como sus años se diluían entre clases a niñatos egocéntricos y encargos absurdos de nuevos ricos que se creían algo parecido a los Medici, y que a ojos de Gabriel no eran más que una panda de horteras acomplejados.

—Sí, bueno —dijo dando un trago a su cerveza—. No es nada. Un tipo con pasta ha perdido la custodia de su hija por darle una paliza a su exmujer cuando estaba drogado. —Gabriel miró a Karl con una especie de sonrisa irónica—. Fue a su casa de madrugada, entró con su antigua llave y le partió varios huesos con una fusta para caballos. —Gabriel miró ahora a Rose, que se echaba una mano a la boca—. Pues el tipo me ha encargado una escultura de la niña para ponerla en la entrada de su finca. Para no olvidarse de ella.

Todos guardaron silencio. Era una especie de buena noticia insertada en un horror. Como cuando uno de esos perros rescatadores salva a alguien bajo las ruinas de un descomunal terremoto. Karl cambió de tema echándole un brazo por encima a Ingrid, que encendía una gran vela de citronela.

—Por lo que veo, a ti te va genial, cielo.

—Pues sí, la verdad es que no me puedo quejar. Los hoteles funcionan bien, aunque el Odysseus nos está dando algunos problemas. Está en una zona árida y las instalaciones son antiguas, pero mi socia es toda una fiera. No obstante —dijo mientras Rose le servía un poco más de vino—, tengo un poco de cargo de conciencia por no aparecer tanto por allí como antes. Prácticamente me estoy limitando a hacer unas llamadas y a poner la mano a final de mes.

—Bueno, cielo —dijo Karl—. La vida son épocas. Y el consulado, por lo que veo, va fenomenal, ¿no?

—Me encanta —dijo Ingrid—. Viajo, conozco gente, ayudo a toda la comunidad sueca… Es fantástico. Si el sueldo fuese más alto, me plantearía incluso vender mi parte de la empresa.

En ese momento, Gabriel se levantó, visiblemente serio, y se retiró a dormir argumentando que tanto hablar en sueco le causaba dolor de cabeza.

—¿Todo bien? —preguntó Rose con aire discreto cuando Gabriel se hubo marchado.

—Sí, no te preocupes. Creo que últimamente está un poco… —Ingrid hizo una pausa para elegir una palabra que no parecía atreverse a usar— *frustrado* con su trabajo. El mundo de la cultura y del arte es complicado. Injusto y complicado.

Al día siguiente, Ingrid y Gabriel discutieron porque Karl le había intentado hacer un encargo a Gabriel. Un busto de su mujer. Gabriel se lo había tomado mal, como un gesto de caridad ante un pobre escultor muerto de hambre, y pasaron casi una hora de reproches en voz baja para que nadie los escuchara. Las discusiones entre ellos no eran algo frecuente, pero Ingrid estaba últimamente muy irritable ante la susceptibilidad de Gabriel cuando salía cualquier tema relacionado con el trabajo. Esa noche, la penúltima de Karl y Rose en Granada, Gabriel no bajó a cenar. Pero la noche siguiente, la de la de la despedida, Gabriel parecía haber cambiado por completo su actitud y se mostró extrovertido y agradable. Ingrid y él ofrecieron una barbacoa inmensa, todos bebieron vino caliente con especias y Karl y Rose les dieron a los niños un montón de juguetes que habían comprado aquella mañana en Granada.

Fue a mitad de esa última cena. Ingrid ya les había entregado sus pasaportes nuevos y hablaban sobre Sevilla, el próximo destino de los viajeros. Gabriel, que conocía la ciudad, planificó un itinerario y fue entonces cuando Karl hizo el comentario.

—Lo único que nos falta es un buen perro —dijo mirando a su mujer con aire de plenitud.

Adam, que estaba sentado entre Karl e Ingrid y masticaba un perrito caliente a rebosar de kétchup, sorbió un trago de su Fanta de limón y le dijo a Ingrid:

—Mamá, a ellos les pegaría tener un perro como el de Ruud.

—¡Es verdad! —dijo Camilla, que ya había terminado su perrito y mojaba un par de dedos en los restos de kétchup que quedaban en su plato de plástico—. Ese perro sería perfecto para ellos.

—¿Qué perro es? —preguntó Rose.

—Pues la verdad es que no sé la raza. —Ingrid se giró hacia Gabriel—. Cariño, ¿qué es el perro de Jutta?

Gabriel tecleaba un SMS en su teléfono móvil. Levantó en la cabeza y dijo:

—Un *rottweiler*.

—¡Me encantan! —dijo Rose.

—¿Cuáles son? —preguntó Karl.

—Sí, hombre —dijo Rose—. Como ese que tenía Lindstrom, el chico de transportes. Esos que tienen las cejas amarillas.

—Ah —dijo Karl—. Sí, sí. Muy bonitos. Imponen, ¿eh?

—Pues lo cierto es que os iría muy bien con vuestro nuevo… aire —señaló Ingrid.

—Pues sí —respondió él sonriendo y atusándose el bigote herradura con una mano cóncava.

Ingrid señaló al interior de la casa.

—Por lo que me dijo mi amiga Jutta, hay un criadero no muy lejos de aquí. Suelen tener camadas disponibles casi siempre. ¿Queréis que la llame y le pregunte?

Rose y Karl se miraron. Es posible que un vestigio de ese instinto paternal que los poseía estuviera haciendo de las suyas.

—Sí —contestó Rose—. Por qué no.

Así que Ingrid entró en casa, encendió un par de luces, se sentó en el sofá con una cerveza en la mano y llamó a casa de Jutta y Pablo. Jutta era una de las mejores amigas de Ingrid. Era holandesa, casada con un profesor de Literatura, y podría pensarse que Ingrid y ella se conocieron en los ámbitos internacionales de Ingrid, pero en este caso el consulado y los hoteles no tuvieron nada que ver: Ingrid y Jutta chocaron sus coches en una rotonda unos años atrás, y como no se ponían de acuerdo en quién tenía la culpa de las dos, aparcaron y se fueron a un bar a beber cerveza y chupitos de

tequila. Desde entonces se veían prácticamente cada fin de semana, ya que tanto los maridos como los niños habían encajado muy bien. Fue Ruud, su hijo de doce años, quien descolgó el teléfono.

—Hola, Ruud, soy Ingrid. ¿Está tu madre?

—Hola, Ingrid. —Ruud era un chico muy maduro y espabilado, socialmente muy adelantado a su edad—. Pues ha ido a urgencias con Sandra. —Se refería a su hermana.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, tranquila. Se ha torcido un tobillo en el entrenamiento. Tenía pinta de ser un buen esguince.

—Vaya por DSios —dijo Ingrid con voz afectada—. Bueno, mañana llamaré a tu madre para preguntar cómo ha ido. Oye, Ruud, ¿tú sabes dónde comprasteis el perro?

—Mmm. Fue mi padre el encargado de recogerlo, pero el teléfono del sitio tiene que estar aquí, en la agenda. ¿Te lo miro? Creo que la mujer que nos lo vendió era sueca.

—¿Sueca? ¿En serio?

—Sí, creo que sí. —Ruud guardó silencio unos segundos mientras se le escuchaba revolver papeles al otro lado del teléfono—. Mira, aquí lo tengo. Apunta, Ingrid.

Ingrid anotó el número, muy extrañada porque Jutta no le hubiese comentado que la dueña del criadero fuese sueca. Más adelante, cuando hablaron después del alud de nieve, Jutta le dijo que fue su marido quien llevó todo el tema del perro, y que probablemente el hecho de que fueran suecas se lo había comentado a Ruud como anécdota, pero no a ella. Jutta pensaba que la criadora de *rottweilers* era española «porque en España, por defecto, la gente es española».

Esa noche Karl llamó al criadero y, efectivamente le atendió una voz con marcado acento sueco. Karl se identificó como compatriota y cambiaron de idioma. La mujer, que hablaba con una lentitud que a Karl le pareció cercana al retraso mental, le dijo que tenían diez cachorros disponibles de dos hembras distintas. Que unos eran más caros que otros porque tenían «más apellidos». La verdad es que a

Karl le hubiera valido cualquier chucho, pero a Rose realmente le gustaban aquellos perros que costaban, según Karl, «como tres ventanas con cierre decente». Así que le pidió la dirección a la mujer, la anotó en un papel y quedó en pasar al día siguiente a primera hora.

—¿Podrá atendernos usted tan temprano? —preguntó Karl antes de colgar.

—No se preocupe —dijo la mujer con aquella lentitud que podía confundirse perfectamente con una lesión indeterminada quizás provocada por algún accidente cerebrovascular—. No solemos dormir mucho.

Extrañado, Karl se despidió y le enseñó la dirección a Ingrid y a Gabriel. El sitio parecía estar en una urbanización grande y apartada, en una zona montañosa cercana a un pueblo muy tranquilo que se llamaba La Umbría.

—Os pilla más o menos de paso camino a Sevilla —le dijo Gabriel a Karl. Ya estaban dentro de la casa tomando una copa antes de dormir. Los niños se habían acostado hacía un rato e Ingrid había puesto un CD de David Bowie a volumen muy bajo—. ¿Queréis que os acompañe?

—No, tranquilo, tiene pinta de ser fácil —dijo Karl—, y vosotros estáis muy ocupados. Ya os hemos robado bastante tiempo esta semana. Mañana temprano nos pasamos por allí Rose y yo, ¿verdad, amor?

Rose sonreía. Empezaba a notarse la ilusión que le hacía la idea de tener ese cachorro porque ponía aquella mirada tan suya, aquella mirada que Ingrid conocía tan bien y que para ella representaba la viva imagen del amor entendido como ese sentimiento absoluto del que hablan los libros sagrados.

Al día siguiente, tras el desayuno y los abrazos, Karl y Rose, mapa Michelin en mano, se pusieron en marcha. Su autocaravana era de un tono crema similar al helado de vainilla, con unos grandes paneles de madera cálida en los laterales. Al subirse, mirando a la

familia que los despedía, Karl bajó la ventanilla, tocó el claxon y gritó:

—¡Sin destino, solo navegando!

Rose asomó la cabeza tras el voluminoso cuerpo de su esposo y gritó:

—¡Os queremos!

La familia se quedó en la entrada de la casa haciendo gestos de despedida, agitando las manos y sonriendo. Desde la acera veían alejarse la enorme autocaravana, mientras la aurora se intuía como un velo púrpura que asomaba tras la sierra. Era la misma acera en la que, meses más tarde, ellas trazarían aquellos extraños símbolos imborrables, aquellos jeroglíficos siniestros con los que Ingrid soñaría recurrentemente el resto de su vida. Ellas, las putas y brujas.

Karl y Rose llegaron a La Umbría apenas media hora después. Era un pueblo luminoso y frío situado en una pequeña llanura al pie de tres enormes montañas encadenadas, cuya urbanidad se articulaba en torno a una avenida principal —en realidad una carretera nacional con el estatus de «travesía»— de la que salían a lado y lado unos pocos barrios de piedra y casas blancas. La mayoría de los comercios estaban o bien en el pequeño núcleo histórico o bien en la propia carretera principal. Karl y Rose se detuvieron en una gasolinera a tomar un café. El bar de la gasolinera estaba abarrotado de camioneros y de pueblerinos bebiendo café mezclado con alcohol. Karl se animó y pidió una cerveza y unos huevos con chorizo. Rose le dijo que apenas eran las ocho de la mañana y fingió un enfado que se disipó en unos pocos minutos. Cuando terminaron, Karl le preguntó al camarero si les podía indicar cómo llegar a la dirección que ponía en aquel papelito con la letra impoluta de Ingrid. El hombre hablaba con frases muy cortas y, entre una y otra, daba tragos a un vaso lleno de un líquido que tenía el color, la textura y el olor del whisky.

—Eso está en Los Picos. Es una urbanización. Se llega girando a la izquierda. Al final de la carretera. Son fincas grandes. —Cogió el

papelito y miró con atención la dirección. Hizo un rápido e indeterminado gesto bucal y dio otro trago—. ¿Para qué quieren ir ahí?

—Queremos comprar un perro —dijo Karl en un español rudimentario.

El camarero miró a Karl. Hizo amago de decir algo y permaneció un par de segundos más en silencio, como un sistema operativo de ordenador que se traba. Finalmente dijo con una media sonrisa:

—Cierto. Ahí venden perros.

Llegar a Los Picos no era tan sencillo, pues si se seguía el curso natural de la vía hacia la montaña, aunque se empezaban a vislumbrar algunas casas desperdigadas que parecían ser el inicio de la urbanización, el camino llevaba a una enorme masa de agua natural que reflejaba las nubes bajas impregnadas en la luz púrpura del final del amanecer: el lago Mamut. Se decía que aquella depresión había sido un cementerio de mamuts y que todo el fondo del lago estaba lleno de enormes huesos, una especie de lecho óseo prehistórico que suscitaba —según había leído Rose en la guía Michelin— «una gran cantidad de leyendas y supersticiones locales». Karl encontró de casualidad el camino que definitivamente los llevó a Los Picos, y al adentrarse en él pudieron comprobar que las casas, en efecto, estaban muy separadas entre sí porque cada propietario tenía lo que podría calificarse como una buena finca. La carretera transitaba por la urbanización bajo enormes y frondosos plátanos de sombra y se bifurcaba continuamente a lado y lado en nuevos caminos que conducían a las diversas parcelas. Karl y Rose tomaron una ruta al azar, ya completamente ajenos a las tibias explicaciones del camarero, dispersos ante aquel paisaje cada vez más de montaña, más vegetal, más árido y silencioso. Pero el azar les sonrió cuando pasaron por delante de una cancela junto a la que había un poste de madera pintado de blanco con el número cuatro.

—¡Es esa! ¡La cuatro! —dijo Rose.

Karl detuvo la autocaravana delante de la cancela, que tenía forma de mariposa y estaba formada por altísimas estacas de hierro

afilado que presentaban un estado de oxidación extremo que las hacía parecer carne desollada. Consultaron el papelito con la dirección y comprobaron que era correcta. Ingrid había anotado el nombre de la calle y debajo, «PARCELA 4». Desde el exterior se intuía que la finca era inmensa, de una extensión imposible de calcular a simple vista desde la posición de Karl, que se había bajado de la autocaravana y miraba a través de las rejas, infestadas de escamas rojizas que desprendían un olor ocre y ferruginoso. Tras la cancela solamente podía verse un solar basto y desolado y algunos árboles que parecían ser el inicio de un terreno boscoso. A lo largo de todo el solar se esparcían numerosos materiales de construcción y sacos de cemento y escayola que, junto al polvo que levantaba la brisa del suelo, creaban una escena de lugar abandonado y triste. No había rastro alguno de la casa ni se intuía presencia humana. El primer sol de octubre envolvía el silencio con un halo pálido y dulzón que de vez en cuando era quebrado por graznidos distantes de aves escondidas entre las ramas. Karl llamó al interfono.

Esperó.

Entonces se dio cuenta de que dentro había otra cancela, a apenas cinco metros de distancia de la que presidía la finca.

—Hay doble reja —le dijo a Rose, que había bajado la ventanilla y que con un gesto interrogativo instaba a Karl a que le diese algún tipo de información. Ella asintió y cerró de nuevo la ventanilla.

Pasados un par de minutos sonó un chasquido sordo proveniente del mecanismo automático y la cancela oxidada empezó a chirriar al tiempo que se introducía sin prisas tras el lateral del muro. Dos pájaros que Karl no había visto echaron a volar desde la tapia hacia los árboles y en apenas medio minuto la entrada quedó abierta. Karl dudó si pasar andando, pero en cuanto dio los primeros pasos comprobó que aquello estaba pensado para entrar únicamente en coche, pues la casa estaba ubicada a unos treinta metros tras salvar la segunda cancela, así que volvió a la autocaravana, arrancó y cruzó la primera reja. En cuanto avanzaron un poco pudieron ver la casa con total claridad y sacar por separado la misma conclusión: era

enorme. Estaba coronada por un inmenso tejado a dos aguas del color del desierto, mientras que la fachada, que mostraba dos plantas llenas de ventanas rectangulares, todas tapadas con cortinas oscuras, había sido de color blanco tiempo atrás, pero en aquel momento presentaba un aspecto pardo similar al humo beis que sale en cúmulos esponjosos de las chimeneas industriales. En cuando la caravana llegó al espacio intermedio, la primera cancela se cerró.

—¿Y ahora? —preguntó Rose, subiéndose las gafas de sol e inclinándose hacia adelante para mirar hacia la casa a través de la enorme luna frontal.

—Supongo que habrá que esperar —dijo Karl—. Son mecanismos semiautomáticos, así que alguien tiene que darle al botón para que entremos.

Y así pasaron dos, tres minutos. Atrapados entre las dos rejas mientras veían ascender el sol que vertía una luz de sodio amarillento sobre la arena del solar seco y polvoriento que antecedía a la casa y al bosque. Karl bajó la ventanilla y se asomó. Dijo tímidamente:

—¿Hola?

No era una persona que perdiera los nervios con facilidad, pero aquello se convirtió en una de esas situaciones en las que el silencio es una fuente de estrés más que de calma.

—¡¿Hola?! —insistió.

Decidió tocar el claxon. Tímidamente al principio, pero, a medida que lo hacía sonar, la ansiedad se iba adueñando de su cuerpo y su incipiente desesperación terminó por contagiar a Rose. Pasado un minuto, Karl ya aporreaba el claxon con la rabia de una presa recién capturada. Finalmente, desbordado por la impotencia, bajó de la autocaravana.

Se dirigió a inspeccionar los cierres de la primera cancela, ya que había vendido miles de cerramientos automáticos en su negocio de Mölle. Rose puso la radio dentro de la autocaravana y se limitó a mirarse las uñas para llevar aquello con un mínimo del estoicismo, una actitud vital que la definía bastante bien. Justo cuando Karl

llegaba hasta el cierre de la primera cancela y comprobaba que conocía perfectamente el mecanismo, un sonido descomunal, seco y áspero, quebró el silencio, provocándole a Karl un choque nervioso, una convulsión ante lo inconfundible que le resultó aquel estruendo, pues había pasado toda su infancia saliendo a cazar venados con su tío Vikingur: el brutal alarido sordo de un disparo de escopeta. Tras él, el aire se llenó de chillidos descontrolados de mujer, arañazos sonoros que se acrecentaron poco a poco y se solaparon con el segundo disparo antes de que se hiciera una tregua de silencio.

Dos disparos, gritos y una calma de pájaros asustados y hojas mecidas por la brisa.

Karl miró a la autocaravana, pero Rose tenía los ojos cerrados y movía la cabeza al ritmo de la música, que se escuchaba desde fuera como un eco lejano y amortiguado. Y de repente, empezó el movimiento en la casa. Más gritos, muchos golpes. Algo roto, quizá. La puerta principal se abrió y de ella salió un hombre prácticamente desnudo. Tenía un frondoso bigote y todo cuanto llevaba puesto era unos calzoncillos con estética de unos veinte años atrás y unas botas desatadas. Llevaba entre las manos algo oscuro que transportaba como quien sujeta un bebé.

Por instinto, Karl se agachó, pero el hombre no corría en dirección a las cancelas, sino que se dirigía a toda prisa hacia un lateral del muro donde se alzaba una zona de setos altos. El hombre se escondió detrás de la vegetación mientras se seguían escuchando gritos de varias mujeres que provenían de un punto concreto ubicado en la parte alta de la casa. Algunas palabras eran españolas, mientras que otras le sonaban a Karl a una lengua eslava. Cuando vio al hombre salir del arbusto reseco comprendió que lo que había llevado en las manos era el uniforme de la Guardia Civil que ya llevaba puesto. El hombre miró a la casa con aire asustado, escupió al suelo y se encaramó a la tapia, que era muy alta y tenía pocos puntos de apoyo por los que trepar.

Mientras buscaba la manera de agarrarse a la pared, la puerta volvió a abrirse y entonces salió la tromba negra como una gran

nube de tormenta. Antes de sucumbir al miedo, Karl contó uno, dos, tres, cuatro. Al quinto *rottweiler,* dejó de contar. Más de una decena de perros completamente fuera de sí se lanzaron hacia el agente que intentaba agarrarse de algún modo a la tapia, y la brisa tibia y aún vacía de la mañana se llenó de rugidos furiosos, de babas y de espumarajos colgantes, de dientes que se desplazaban en dirección a aquel hombre desesperado a tal velocidad que el movimiento constituía una forma de violencia en sí mismo. El agente era más ágil de lo que Karl había imaginado a simple vista y consiguió trepar un buen trecho, de tal modo que el estruendo de mandíbulas negras se quedó debajo de él como un enorme banco de pirañas esperando a que alguien les lance el siguiente trozo de algo que poder triturar. Karl, presa de un pánico paralizante, atinó a pensar en cómo se sentiría aquel hombre que trepaba por su vida, y que finalmente consiguió llegar hasta la parte alta del muro, cuyo perímetro estaba coronado por trozos de vidrio afilados que en su momento habían sido clavados en el cemento fresco, y que el agente tuvo que agarrar de manera inevitable para poder saltar a la parte exterior de la finca. Karl vio cómo las manos se le llenaban de sangre de manera casi mágica, sangre brillante que se deslizaba por las mangas del uniforme como si Dios le hubiera enviado uno de esos castigos bíblicos inmediatos y fulminantes.

La última imagen que Karl tuvo de aquel hombre fue cómo desaparecía tras la tapia dejando un rastro de palmas sangrientas en la parte alta y parduzca del muro. Volvió la vista hacia la caravana y vio a Rose, con el rostro lívido y la misma expresión vacía que él. Comprendió que también había visto la escena.

Y tras un minuto de calma tensa, los perros se dieron la vuelta. Lo primero que hicieron fue establecer contacto visual con Karl, que no sabía qué pensar, qué decir y, por supuesto, no tenía ni la menor idea de qué hacer.

La jauría lo tuvo muy claro: presa de una excitación atávica, todos los perros corrieron en tropel hacia la cancela.

Hacia Karl.

—¡Karl! —gritó Rose—. ¡Karl!

Él empezó a notar un tenue cosquilleo en la vejiga cuando aquella docena de bocas babeantes que rugía con un estruendo de huracán desatado chocó en masa contra las rejas. Las mandíbulas oscilaban arriba y abajo y los ladridos mantuvieron a Karl paralizado hasta que Rose bajó la ventanilla y le gritó con fuerza:

—¡Karl, joder!

Fue ahí cuando Karl se dio cuenta de que las enormes cabezas de los *rottweilers* no cabían entre los huecos de las rejas. Su mente se puso en marcha. Corrió hasta la parte trasera de la autocaravana, donde había un compartimento que era una especie de trastero. De ahí sacó la caja de herramientas y buscó una llave de tubo del número catorce y un destornillador plano.

—¿Qué haces? —dijo Rose. Tuvo que levantar la voz para que sonase mínimamente superpuesta a los rugidos de los perros.

—Desbloquear el cierre —respondió Karl mientras metía el destornillador en un agujero que atravesaba la llave de tubo y giraba con dificultad un tornillo al que accedió tras retirar la tapa del mecanismo—. Debería bastar con… esto… un poco más… ¡ahora!

Karl soltó la llave y el destornillador y empujó la cancela, que cedió con cierta reticencia oxidada, hasta introducirla por completo detrás del muro. Miró a los perros, que, completamente fuera de sí, chocaban las cabezas contra la reja que vibraba emitiendo sonidos roncos y metálicos. Karl subió a la autocaravana y arrancó.

—Mierda —dijo a modo de saludo.

Cuando empezó a echar marcha atrás se dio cuenta de que, con las ventanas cerradas y la música puesta, el ladrido de los perros no solo era casi imperceptible, sino que contemplar esa feroz masa animal rugiendo mientras dentro de la autocaravana sonaba *Wild World* de Cat Stevens era algo extrañamente bello y poético. La mañana había madurado y el sol proyectaba sobre los cristales de la caravana una burbuja de luz otoñal del color del pan tostado. Presa de la ansiedad, Karl descendió de aquella zona montañosa a una velocidad excesiva, con la vejiga apretada. No pudo evitar sentir un

cosquilleo en la barriga cuando se cruzaron con un coche de la Guardia Civil que subía hacia la urbanización.

Ni Rose ni Karl dijeron nada más.

4

Pasaron unos días en los que Ingrid se empezó a sentir como una exploradora que hubiese caído sepultada bajo un alud de nieve compacta y prehistórica en la falda de una montaña cualquiera. Adam necesitó cuatro nuevas visitas al dentista porque había algo en su dentadura (según la primera doctora) o quizás en su mandíbula (según la segunda doctora) que afectaba a su mordida y que a todas luces era un caso poco frecuente y que necesitaba un estudio más detallado para abordarse (según ambas doctoras). Camilla había tenido problemas en el colegio e Ingrid tuvo que ir varias veces a hablar con el director y el jefe de estudios, dos personas que, a juicio de Ingrid, irradiaban un tibio halo de mediocridad y que lo único que hicieron con sus gestiones fue agravar el problema social de Camilla, una niña que por algún motivo no encajaba en el colegio y solía ser objeto de todas las crueldades que se le ocurrían a un grupo de compañeras socialmente insaciables.

Por otro lado, Gabriel estaba muy raro, se mostraba ligeramente ausente e Ingrid lo había sorprendido un par de veces hablando por teléfono muy bajito y colgando con rapidez en cuanto ella había entrado a la cocina. La propia Ingrid, tendente a la hipocondría de manera moderada, creía tener un bulto en el pecho que le empezaba a generar una especie de angustia residual, como un programa de ordenador que consume recursos en segundo plano. También estaba el tema de los hoteles: el Odysseus había necesitado una reparación urgente en el sistema de calefacción de la cual el seguro solamente se había hecho cargo de una parte, pero en lo relativo a los clientes no podía quejarse porque estaba

remontando las malas cifras iniciales, mientras que el St. James había sufrido destrozos causados por un grupo de *hoolingans* del Manchester United que había viajado a Granada para asistir a un partido de Europa League.

Ingrid también se había enterado por su hermano de que su madre estaba desarrollando algo parecido a una adicción leve al Diazepam. Y, para completar el alud: su queridísima Therese Lindgren había decidido poner fin a su carrera diplomática; Ingrid no había quedado muy conforme con la obra del aseo junto a la piscina; Berta, su socia, había roto con su pareja y estaba últimamente eludiendo algunas responsabilidades; y el ordenador con el que tenía que hacer los pasaportes no paraba de estropearse, tanto que Ingrid le dio un golpe fruto de la frustración en un lateral de la CPU y desde entonces emitía un ronco zumbido de ventilador barato que sacaba de quicio a Ingrid, fanática del silencio absoluto y que se sentía condenada a una vida llena de ruido de fondo.

Adam, Camilla, ella misma, Gabriel, su madre, la CPU, Berta.

Todo se convirtió en un estruendo que culminaba en el sueño recurrente de prácticamente cada noche: aquella chiquilla, Hilda, o más bien su melena de trigo húmedo y esponjoso, saliendo de casa de Ingrid abandonada, inalcanzable por mucho que Ingrid estirase el brazo a través de la verja, por mucho que la llamase con una voz que no le salía de la boca hasta que despertaba con los labios secos y el pecho empapado en un sudor tibio y fresco al mismo tiempo, un sudor que se deslizaba por sus pechos al ritmo de su corazón desbocado.

Y lo malo de estar bajo un manto de nieve es que hay una gran parte del mundo que no se ve y que no se oye. Pero las metáforas, como las promesas de los amores de verano, terminan siendo volátiles porque la vida es más poderosa que ellas, y todo lo que Ingrid había eludido bajo el peso del frío se abalanzó sobre ella con la violencia que solo puede mostrar esa criatura salvaje y oscura cuyo nombre ha sido dulcificado bajo la palabra «realidad». Ingrid se había olvidado por completo de la conversación con Ruud, tampoco

había llamado a Jutta para preguntarle por el percance deportivo de Sandra y además —algo que luego le resultaría más grave y que excusaría para sí misma con el argumento de que la comunicación siempre la iniciaba él—, no llamó a Karl para preguntarle por la adopción del perro o por su viaje. Pero fue Karl quien la llamó a ella, dos semanas después.

—Te juro que hemos tardado en superar el susto. Diez días por lo menos. Rose ha estado… aterrada.

—Por Dios, Karl. No sabes cuánto lo siento. No sé ni qué decir. Es…

—No, no, cielo. Ya te he dicho que tú no tienes nada que ver en esto, que solamente echaste una mano, como siempre. Fue cuestión de mala suerte y ya está. Faltaría más.

—Sí, si eso ya lo sé. Pero no me deja más tranquila. —Ingrid hizo una pausa, pensó, se sobrepuso a un momentáneo hálito de emoción, quizás un leve inicio de llanto ahogado, y preguntó de forma retórica:

—¿Adónde? ¿Adónde os mandamos?

Así que después de colgar con Karl, que le contó que finalmente habían adoptado un cachorro de bodeguero andaluz de una protectora que habían visto desde la carretera, llamó a Jutta y, sin apenas mediar preámbulo alguno, le dijo:

—Háblame del criadero de perros de La Umbría.

Aunque la petición la sorprendió por lo inesperado y por el tono afilado impropio de su amiga, Jutta inmediatamente atinó a imaginar que, como las criadoras de los *rottweilers* eran suecas, unido a lo poco —aunque suficiente para formarse una opinión desfavorable— que sabía de ellas a través de una compañera de trabajo, Ingrid había podido tener algún problema de índole consular o administrativo con las susodichas, por lo que contestó:

—¿Ya te ha pasado algo con ellas?

Y entonces fue Ingrid la sorprendida. En un silencio que duró tres, cuatro segundos, analizó la respuesta de Jutta, cuyo «ya» —remarcando a juicio de Ingrid algo así como que era cuestión de

tiempo que ocurriese algo— y cuyo «ellas» —que también a juicio de Ingrid establecía una unidad identitaria compacta y plural— la inquietaron y le hicieron sentir un rápido escalofrío ante el recuerdo de lo que le había contado Karl: disparos, la caravana atrapada, perros rabiosos intentando llegar a ellos a través de la reja. Un agente de la ley que huye.

—Envié a unas personas a comprar un perro y tuvieron una experiencia horrible. Horrible…

Su pensamiento seguía fluyendo a través del mismo cauce: disparos, gritos, agente, tapia, vidrios rotos, sangre en las manos. «Y menos mal», se decía continuamente. «Menos mal que Karl conocía el mecanismo de aquel cierre». Agente, disparos. Dos. Dos disparos.

—¿A quién se le ocurre? —preguntó Jutta.

—Joder, Jutta. Tú compraste el perro ahí, ¿no? Además, fue Ruud quien nos dio la dirección del sitio.

Jutta hizo una pausa.

—¿Ruud? ¿Mi Ruud?

—Yo se la pedí —dijo Ingrid, quitándole la culpa al niño—. Llamé hace un par de semanas. Vosotros estabais con Sandra en el hospital o algo así. Por cierto, ¿cómo está?

—Bien, bien —respondió Jutta—. Una tontería. —Se la notaba pensar mientras hablaba—. Pues el caso es que el niño no me ha dicho nada.

—No tiene importancia —dijo Ingrid—. Lo que quiero saber es adónde mandé a mis amigos y a qué viene ese «a quién se le ocurre».

—Mira, no conozco mucho el tema. Pero Matilde, mi compañera, sí. Ella las conoce. Y, por lo poco que me ha contado alguna vez, si llego a ser yo la que te coge el teléfono ese día, ten por seguro que no te mando allí. Eso está claro. De hecho, Matilde me habló de ellas una vez que nosotros ya teníamos el perro; de haberlo hecho antes, tampoco… Espera un momento, Ingrid. —La voz de Jutta se

atenuó—. Sí, Sandra, dime. Claro, claro que sí. Voy, espera. Ingrid, cariño, te tengo que dejar. Si quieres hablamos más tarde.

—¿A qué hora tienes el descanso mañana? —preguntó Ingrid con avidez.

—A las once y media, ¿por qué?

—¿Está Matilde de turno?

—Sí, estamos las dos de mañana. Esta semana y la que viene.

—Nos vemos en la cafetería a las once y media. Tenemos que hablar de ese sitio. Esto no va a quedar así.

Cuando colgó, Ingrid se sentía realmente agraviada, insultada, avergonzada por lo que les había ocurrido a dos personas que gozaban de su cariño, y por eso quería saber más sobre aquel lugar frío y desolado donde había gritos, disparos y huidas a las ocho de la mañana. Aquella noche Gabriel había salido con la gente de la escuela de arte a celebrar una jubilación, así que dio de cenar a los niños, les leyó una historia del libro de fábulas suecas y bajó a la cocina, donde se preparó un plato de queso con un poco de salmón mientras escuchaba algo de *jazz* en el equipo de música. Se sentó a cenar viendo una película ya empezada mientras bebía vino tinto a un ritmo mayor del habitual, quizá fruto de un estrés que subyacía bajo su enfado por el incidente del criadero. Llevaba tres cuartos de la botella, estaba ya tumbada de lado, medio amodorrada por el sueño y el vino cuando un personaje de la película, una mujer que fumaba un cigarro y miraba una puesta de sol rosácea, casi fluorescente, le dijo a un muchacho que parecía ser su hijo: «Se necesita darle algo de sangre al diablo para que nos haga caso». Y dado el carácter práctico y simbólico de Ingrid, es posible que si no hubiese estado bajo la influencia del vino y del sueño embriagador que la envolvía como una densa manta de lana, hubiera reflexionado sobre esa frase que —precisamente esa noche— parecía un anticipo de lo que estaba por venir; pero la consciencia aletargada de Ingrid no daba para más y, sin escuchar la respuesta del hijo, que también miraba la puesta de sol que iba cobrando un tono pomelo oscuro, Ingrid apagó la televisión y se durmió.

5

En la cafetería del Hospital Clínico San Cecilio había un ruido constante de cucharillas que se mezclaba con el aire viciado y tibio de hospital, con la luz gaseosa de los fluorescentes encendidos en plena mañana y con las caras lánguidas e indescifrablemente tristes de los familiares de los enfermos, que comían sin ganas mientras miraban al gotelé de la pared. Aquella mezcla le causó a Ingrid un pellizco superficial de desazón mientras esperaba a Jutta y a Matilde. Llegaron unos minutos tarde porque, según explicaron mientras se sentaban y le hacían un gesto al camarero para que les trajese algo que él ya supo identificar, habían tenido que asistir a una operación de urgencia a un muchacho de veintiséis años que había terminado muriendo por algo relacionado con una arteria y un coágulo. Acto seguido pasaron a charlar animosamente de otras cosas.

—No lo entiendo —dijo Ingrid—. No entiendo cómo acabáis de ver morir a un crío y estáis tan tranquilas. —Inmediatamente se dio cuenta de que aquello podía sonar como una crítica hacia una especie de cinismo personal y no como lo que era: una alabanza a su entereza profesional. Así que añadió—: Os admiro mucho. Me parece increíble. Yo no podría.

—No es nada fuera de lo común —dijo Matilde—. Es lo que nos mueve a todos a hacer lo que hacemos: pura supervivencia.

Después de ponerse al día durante los primeros minutos del desayuno —Ingrid tenía con Matilde el tipo de relación cordial y de media distancia que se tiene con la compañera de trabajo de una buena amiga— fue Jutta la que encaminó la conversación.

—Como ya te he comentado —le dijo a Matilde mientras se ponía azúcar en el té—, Ingrid está interesada en las suecas del criadero de La Umbría.

—Me ha dicho Jutta que tú sabes algunas cosas sobre ellas.

—¿Algunas cosas? —preguntó Matilde sonriendo con aire irónico y manteniendo acto seguido una pausa que, de haber sido hecha en televisión, podría calificarse como «dramática». Después continuó—: Sé mucho sobre ellas. Demasiado. Y la verdad es que no quiero saber nada más.

Jutta sonrió porque ya conocía algunas de las «cosas». Ingrid esbozó una mueca de atención y, ante el silencio de Matilde, comentó de forma resumida lo que les había ocurrido a Karl y a Rose cuando habían ido a La Umbría a comprar el perro.

—No me extraña —dijo Matilde con gesto airado—. No me extraña para nada.

—Cuéntale, cuéntale —la animó Jutta.

—Yo las conocí de rebote —se arrancó finalmente Matilde—. Mi marido juega en una peña de fútbol. Ya sabes: va algunos domingos, se jode un poco más las rodillas y libera la escasa testosterona que le queda revolcándose por los suelos con un puñado de barrigones. —Ingrid y Jutta rieron—. Pues bueno, por allí por el fútbol solía ir, aunque muchas veces no aparecía porque era piloto de avión, un hombre que era vecino de las suecas allí en La Umbría. Su finca lindaba con la de ellas por el lado de más acá. —Matilde hizo un gesto con las manos convexas que intentaba ilustrar la situación limítrofe de las parcelas—. Este hombre que os digo, Juan Carlos, que además de revolcarse con mi marido era cliente y muy amigo de mi suegro, fue quien las terminó denunciando.

—¿Por qué? —preguntó Ingrid.

—Todo a su tiempo —intervino Jutta—. Que aún quedan muchas vueltas.

—Sí —dijo Matilde mostrando de nuevo esa sonrisa sarcástica—. Desde luego que quedan vueltas. Bueno —siguió a la vez que

colocaba muy despacio la taza de té sobre el platito circular que le hacía de base—. El caso es que Juan Carlos se las solía encontrar por el bosque cuando salía a pasear y se paraba a charlar con ellas. Incluso caminaban un rato juntos, según nos contaba cuando lo veíamos con mi suegro. Juan Carlos y mi suegro solían quedar bastante para tomar algo.

—¿De hace cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó Ingrid.

—Pues si Káiser, nuestro perro, tiene ahora tres años… Pues un poco más. Cuatro años, más o menos. No creo que llegue a cinco.

—Vale —dijo Ingrid.

—Juan Carlos siempre contaba que eran muy agradables, incluso de más. Que siempre estaban, como él decía, «en modo tonteo». Y doy fe. Esas mujeres son dos guarras sin remedio.

—¡Hala! —exclamó Jutta. Ingrid se echó a reír poniéndose la mano en la boca.

—¡Si es que es la verdad! —dijo Matilde encogiéndose de hombros—. Bueno, a lo que vamos. Que un día de esos que se encontraron en el bosque, Juan Carlos les alabó el magnífico ejemplar de *rottweiler* que llevaban. Y ellas se quejaron porque, a pesar de ser uno de sus mejores perros, no ganaba en los certámenes porque tenía un diente partido. Por lo visto, el tema dental es lo primero que miran los jueces caninos.

Ingrid interrumpió:

—Ellas son dos, entiendo.

—Sí, claro —dijo Jutta.

—Y lo curioso es que a veces dicen que son hermanas. Otras veces dicen que son amigas y otras, que son primas. Así que nadie sabe lo que son ni quiénes son. Pero mucha gente las conoce. —Ni Ingrid ni Jutta la cortaron, así que Matilde continuó—: Total, que Juan Carlos, como os he dicho, era muy amigo de Pepe, mi suegro, y da la casualidad de que, además de dentista al uso, Pepe era veterinario, así que tenía el título de odontología canina. Juan Carlos y él se conocían de toda la vida y se llevaban muy bien, así que les

sugirió a las suecas que se pasaran por la clínica a ver si podía hacerse algo con la dentadura del perro.

Matilde se quedó callada. Nueva pausa dramática.

—¿Y? —preguntó Ingrid.

—Que fueron. Y a mi suegro otra cosa no, pero las mujeres… las mujeres lo volvían loco. Así que aparecieron estas dos en minifalda y con esos maquillajes que llevan siempre. Se le metieron en la consulta y le dijeron, ojo, le dijeron, no le preguntaron, que él le iba a arreglar la dentadura al perro. Y que ellas le iban a pagar de una manera alternativa: le iban a regalar un cachorro de *rottweiler* con pedigrí y le iban a hacer algo que nadie le había hecho ni le haría jamás. Todo esto se lo contó mi suegro borracho perdido a mi marido una tarde de Navidad… ¡A su hijo! —recalcó Matilde con indignado énfasis.

—Por lo visto —dijo Jutta— es lo que hacen. Ellas nunca pagan con dinero, ¿no?

—Eso se dice —continuó Matilde con una mueca de fría certeza—. Desde luego, con mi suegro no soltaron un duro por el arreglo del perro. Cuando Pepe le dejó al animal la boca como nueva, se arrodillaron y se la chuparon las dos a la vez. Tal cual. Mi suegro cuando bebía tenía la boca como un buzón de correos, así que se lo terminó contando a Miguel, incluyendo detalles que nos vamos a ahorrar. Y en este punto entramos nosotros. Porque mi suegro no quería el cachorro, con lo otro le iba bien, y nos dijo que lo cogiéramos nosotros. A mí no me hacía especial ilusión, pero Miguel y los niños se empeñaron, así que fue mi marido quien se puso en contacto con ellas. Nosotros obviamente no sabíamos nada de lo que había pasado con mi suegro. Lo supimos hace relativamente poco, esta Navidad pasada.

El camarero trajo dos tostadas con tomate y virutas de jamón serrano por encima. Las tres mujeres volvieron repentinamente al mundo físico e Ingrid se dio cuenta de que toda la clientela había cambiado por completo y pensó durante unas pocas décimas de

segundo en lo mucho que la desconcertaban los lugares tan de paso, tan sin luz, tan sin alma como aquel. Matilde continuó.

—Tuvimos que esperar un par de meses a que nacieran los cachorros y tres meses más para que nos lo pudieran entregar. En aquella época no tenían tantas hembras como ahora. —Matilde mordió la tostada y se limpió las migas de las comisuras de la boca con la servilleta—. Y en ese tiempo de espera pasaron un par de cosas con ellas. Por un lado, volvieron al poco tiempo a la consulta de mi suegro, esta vez con su padre. No sabemos si era el padre de una o de las dos. O de ninguna. Pero ambas lo llamaban *pappa*. El hombre, según contaba Pepe, tenía unos dolores de cabeza insoportables que lo llevaban a gritar y a maldecir en sueco constantemente. Venía sucio, delgado, prácticamente parecía un indigente. Dice mi suegro que olía a basura húmeda y se empezó a referir al él como «la cucaracha», algo que no nos hacía gracia a nadie. Pepe le hizo unas radiografías y le exploró la boca. La tenía podrida. Completamente. Así que decidió sacarle unas cuantas muelas y pincharle antibióticos a ver si aliviaba presión sobre los nervios que le causaban el dolor. Dice mi suegro que en cuanto hizo salir a las suecas para operar al padre, el hombre se puso a hablarle en sueco con desesperación, como pidiendo ayuda, casi con lágrimas en los ojos. Pero claro, Pepe no entendía nada, y creo que ni quería entender, así que lo anestesió y le quitó las muelas. Dijo que eran bolas marrones completamente empapadas en pus.

—¡Ah! —dijo Jutta con cara de asco—. ¡Que estamos comiendo!

—Vale, vale —dijo Matilde.

—Sigue, por Dios —inquirió Ingrid, que estaba realmente intrigada.

—Pues nada, el hombre salió de allí con la boca medio arreglada y supongo que ellas le harían el trabajito de rigor a mi suegro. Ya está. Y lo otro que ocurrió es que un tiempo después, no sé, pongamos dos o tres meses más tarde, Juan Carlos, el vecino, necesitaba algo que les había prestado. Ya os he dicho que se llevaban bastante bien. Creo que era algún tipo de utensilio de

jardín. Un cortacésped, una manguera o algo así. No lo sé. Fue a la casa y allí no le abría nadie. Todo estaba en silencio. Nos dijo que no había ni siquiera perros por allí. Así que se coló por un agujero que él sabía que habían abierto los perros en la alambrada de la zona boscosa a base de años de excavación. Según le contó a Miguel, ya dentro, deambuló por la parte delantera, que es un solar horrible lleno de mierda, y al no encontrar lo que fuera que buscase se dio una vuelta por allí. No sé si habéis visto el sitio.

—No —dijo Ingrid.

—No, yo tampoco. Luis se encargó del tema del perro.

—Bueno, pues ellas tienen una finca enorme. Enorme de verdad, de esas que se miden en hectáreas. Como ya ha contado Ingrid, en la entrada hay una cancela doble. Al pasar la segunda reja, ya te encuentras con toda la zona asquerosa de solar, que está llena de cubos, sacos y cosas así, y que termina en la casa. Y detrás del edificio empieza un enorme bosque que se une a la sierra. Toda esa parte es preciosa. Dice mi marido que no sabe cómo han conseguido tantísimo terreno. Bueno, el caso es que Juan Carlos, antes de marcharse con las manos vacías, dio una vuelta a la casa. Y al llegar a uno de los laterales, vio unas ventanas muy pequeñas, como ojos de buey, a ras de suelo.

—Ventanas de sótano —dijo Ingrid.

—Exacto. Al pasar junto a ellas, notó movimiento. E instintivamente, se agachó. Cuando la vista se le acostumbró al contraste entre la claridad del día y la oscuridad del sótano, identificó lo que se movía: una persona. Estaba al fondo, por lo que no podía distinguirla bien. Se retiró, caminó unos metros y se asomó a la siguiente ventana, desde donde pudo ver perfectamente al padre, desnudo por completo y atado a un poste metálico que iba del suelo al techo, y que según le dijo Juan Carlos a mi marido cuando se lo contó, era posiblemente una barra de esas de hacer estriptis. El padre, por lo visto, decía cosas, ya que Juan Carlos podía verle los gestos de desesperación y los movimientos de la boca, pero el sótano estaba muy bien aislado y no escuchaba absolutamente

nada. Le contó a Miguel que el cuerpo del hombre era prácticamente un saco de huesos, infestado de moscas, con costras de suciedad por toda la piel.

—¿De verdad? —preguntó Ingrid.

—Eso dijo Juan Carlos. Desde luego, el hombre lo contaba muy afectado.

—Joder, es que es horrible.

Jutta asintió. Matilde puso la taza vacía de su té encima del plato vacío de su tostada.

—Completamente horrible. Por lo visto, Juan Carlos se fue de allí muy impresionado.

—Lógicamente —dijo Jutta.

—Pero no sabía qué hacer. Le quedó como un remordimiento. Lo comía por dentro la imagen de aquel hombre. Y un día, mientras pilotaba un avión sobre Suecia, pensó en que aquel lugar que desde las alturas parecía diminuto, era la tierra donde nació aquel hombre encadenado y sucio que ya iba dejando de parecer un hombre para convertirse en un puñado de sarmientos secos y sucios, en los restos de una poda. Dice que se lo imaginó de niño. Jugando, diciendo cosas inocentes. Haciendo que sus padres se rieran con sus ocurrencias. Durmiendo feliz y a salvo. Así que llegó a Madrid, aterrizó, cogió el coche y se fue directo al cuartelillo de La Umbría a denunciar aquello.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Ingrid.

—No lo sabemos. Pero aparentemente, nada.

—¿Nada?

—Esas tienen mano en todas partes, hacedme caso —intervino Jutta.

—Pues no lo sé —dijo Matilde—, pero, que nosotros sepamos, ahí no pasó nada. Y lo más raro viene ahora.

Ingrid puso cara de visto-lo-visto-no-me-quiero-ni-tan-siquiera-imaginar-qué-va-a-ser-lo-más-raro y Jutta dijo «madre mía» mientras negaba con la cabeza despacio, a un ritmo parecido al de un aspersor de jardín. Matilde continuó.

—Por un lado, Juan Carlos le contó todo esto a mi marido, pero él no me lo contó a mí porque aún teníamos que ir a La Umbría a recoger el perro y no quería meterme miedo, y también porque ellas se llevaban muy bien —dijo Matilde haciendo un gesto de comillas con los dedos— con mi suegro. Pero Juan Carlos le dijo después a mi marido que, pasado un tiempo desde la denuncia, las vio una tarde-noche merodeando por su puerta. Según Juan Carlos, iban vestidas con unas ropas poco habituales. Ya os he contado que normalmente ellas van medio en pelotas. Aquella noche llevaban una especie de túnicas o de togas. También me contó que llevaban unas velas, unos farolillos o algo así; Juan Carlos no estaba muy seguro porque las veía desde la casa, que está lejos de la verja de entrada, que es donde ellas se pusieron. Dijo que las vio hacer algo en el suelo, no sabe si hicieron marcas o algo por el estilo, pero cuando ellas se fueron y él salió a comprobar lo que habían hecho, no fue capaz de encontrar más que un leve rastro de un polvo que no supo identificar y que olía remotamente a fósforo. Y no sabemos mucho más. Por lo visto, y esto nos lo contó mi suegro, unos días después, ellas volvieron a casa de Juan Carlos. No sabemos si hablaron, discutieron, se pelearon… no sé. El caso es que no volvimos a saber de Juan Carlos. Vaya, ni nosotros…, ni nadie. —Matilde miró a Ingrid para rematar con un seco—: Nunca más.

—Pero ¿cómo va a ser eso? ¿No habéis denunciado? ¿O buscado familiares o algo así?

—Ten en cuenta que, debido su profesión, Juan Carlos pasaba mucho tiempo fuera. A veces incluso meses, porque además tenía una especie de relación con un hombre en Francia. Algo libre y sin compromiso, para de vez en cuando. Es otra de las piezas sueltas que nos ha regalado mi suegro en alguna borrachera. Pero no, nadie denunció porque, cuando llevábamos cosa de un año sin verlo y ya sí que empezábamos a preocuparnos, nos enteramos de que había vendido la casa. Así que nos imaginamos que había decidido cambiar de vida. Y lo dejamos tranquilo, suponiendo que algún día volvería.

Miguel lo ha llamado alguna vez. Pero nada. Ya no debe tener ese número, porque sale siempre apagado.

Matilde hizo una pausa a la espera de algún comentario, pero Ingrid y Jutta guardaron un silencio que transmitía abatimiento y una especie de pesadumbre de justificación ambiental.

—Y falta lo nuestro, que ocurrió entre la denuncia y la desaparición de Juan Carlos.

—El cachorro —dijo Ingrid.

—El cachorro —confirmó Matilde—. Nos enteramos por mi suegro que los perros ya se podían recoger. Ellas apremiaron a Pepe para que fuéramos allí pronto, ya que tendríamos entre más cachorros para elegir. Así que fuimos al día siguiente de que ellas llamaran. Recuerdo que era sábado y que los niños estaban muy emocionados. Total, que nos plantamos allí. —Matilde levantó la vista y sonrió—. La casa es… no sé. Es… de esos lugares que influyen en el ánimo. Pasamos la famosa doble cancela y aparcamos en un lateral del solar. Como os he dicho, todo estaba lleno de trastos y de sacos de cemento, grava y cosas así. Asqueroso. Pero para asqueroso, el interior. Nos llevaron a una especie de cuadra y nos explicaron que allí era donde tenían las hembras cuando parían. Abrieron la puerta y salió la hembra, y detrás todos los perritos. Ellas dijeron que lo ideal era que los niños jugasen un rato con los cachorros mientras los adultos tomábamos un café dentro. Y que cuando hubiéramos terminado el café, los niños sabrían perfectamente cuál elegir. Qué queréis que os diga, a mí me daba mucha cosa dejar a los niños allí, pero Miguel ya iba con ellas para adentro. No sé. Tenían algo. Como un magnetismo para los hombres. Así que tiré para dentro detrás de ellos.

—¿Y qué tal? —quiso saber Ingrid.

—Pues mira, la casa era horrible. Hortera, siniestra. Con esa decoración. Con esos cuadros. Qué horror. Estaba bastante sucia y olía muchísimo a perro. Recuerdo que era mayo y que tenían puesto el árbol de Navidad, con luces y todo. Ahí, brillando a media mañana. Casi en verano.

—¿Y ellas?

—Ellas bien. Muy bien. Ya te he dicho que son gente que se maneja de fábula con los demás. Son de esa clase de personas que sacan partido de todo. Y para saber hacer eso, hay que tener habilidades. Con nosotros fueron muy simpáticas en todo momento. Nos hicieron un café, nos preguntaron por nuestra vida y nos contaron algunas cosas, sobre todo acerca de criar perros. Y en lo del cachorro llevaban toda la razón: terminamos el café, salimos al solar, dimos la vuelta hasta la cuadra y los niños vinieron gritando de alegría y con Káiser en brazos. El resto de cachorrillos los seguían dando saltitos y se enredaban en sus piernas. Recuerdo perfectamente la imagen. —Matilde sonrió—. Como si fuera una foto.

El camarero se acercó a recoger los platos y las tazas vacías. Matilde le pidió un vaso de agua, petición a la que se sumaron Ingrid y Jutta. El hombre trajo los tres vasos de inmediato, en apenas treinta segundos en los que ninguna dijo nada.

—No obstante —continuó Matilde tras beber más de medio vaso de agua—, salimos de allí un poco desolados. Primero, por el ambiente en sí. Pero sobre todo porque, justo antes de montarnos en el coche, les preguntamos por el padre de los perritos. Y ellas, con toda la naturalidad del mundo, allí, delante de los niños, soltaron: «Ayer lo enterramos en el bosque». Los críos se quedaron helados. «¿Por qué?», les preguntó Miguel. Y ellas respondieron: «Porque el perro se ha muerto». Entonces, Susana preguntó, con toda su inocencia: «¿De viejo?». «No —dijeron—. Era joven, pero se cayó de aquel muro y se partió una pata. Cosas que pasan». Así que nos montamos en el coche en silencio y pensativos. Los niños no sé, pero Miguel y yo nos temíamos, como después confirmamos, que en el mundo de los perros de exhibición, romperse una pata podía salirle muy caro al perro en cuestión.

—¿Crees que lo mataron?

—No lo creo. Lo sé.

—¿Por tu suegro?

—Sí, claro.

—Joder.

—Total, que cuando volvíamos a casa, en el coche todo era silencio. Káiser se durmió en brazos de Susana y Miguel y yo íbamos pensativos. Y de repente, va el niño y pregunta: «¿La gente come pienso de perro?». Miguel y yo nos miramos extrañados y le dijimos que no, que las personas comen comida de persona. «¿Por qué preguntas eso, cariño?», le digo. Y el niño contesta: «Porque el viejo que había en el sótano estaba comiendo pienso de perro».

—No —dijo Ingrid—. No, no, no.

—Pues sí —dijo Jutta.

—No me lo puedo creer —insistió Ingrid.

—¿De dónde iba a sacar eso el niño? —preguntó Matilde—. Nos contó que un cachorro se había alejado y que había tenido que ir tras él. Y que había visto unas ventanas que daban «a un suelo, abajo». Y que en ese suelo había un viejo «comiendo bolitas de perro, las mismas que tenían los cachorros en la cuadra».

—Os quedaríais… —Ingrid hizo un gesto con las manos y el rostro con el que parecía querer indicar sorpresa/espanto.

—Imagínate. Ten en cuenta que Miguel ya sabía todo lo de Juan Carlos y algunas cosas que le había contado su padre. Así que él ya iba teniendo una visión más amplia. Y al poco tiempo, como ya os he contado, desapareció Juan Carlos. Y entonces fue cuando Miguel me contó todo lo que sabía. Pero claro, de todo lo demás, de lo del pago a mi suegro en sexo, como ya te he dicho, nos hemos enterado hace muy poco. La Navidad pasada.

—¿Las has vuelto a ver?

—Pues mira, la verdad es que las hemos evitado. De vez en cuando nos han llamado para preguntar por el perro, para ver si podían llevarlo a certámenes de belleza.

—Es que Káiser es precioso —dijo Jutta.

—¿Y qué les decís cuando llaman? —preguntó Ingrid.

—Al principio, que no podíamos. Que nos íbamos de fin de semana o algo así. Pero como insistían en que ellas se hacían cargo,

que se llevaban a Káiser y lo traían el domingo sin que tuviéramos que hacer nada, lo boicoteamos. Engordamos un poco a Káiser a propósito. Un día lo vieron y no volvieron a decir nada más.

Matilde introdujo un silencio que anticipaba el declive de la historia. Ingrid preguntó:

—¿Y tu suegro? ¿Sigue en contacto con ellas?

Matilde soltó una risa sardónica:

—Ya quisiera él. —Y, tras una pausa, hizo una aclaración—: Murió en febrero.

—Vaya, lo siento.

—Bueno, a todos nos toca.

Ingrid se quedó pensativa porque de repente le vino a la cabeza aquella premisa que hizo suya y que interiorizó como una plegaria sanadora y capaz de consolarla en los primeros tiempos de Mölle para dejar atrás a Horace: «Lo que no se nombra, se olvida». Tuvo que susurrarlo en voz baja sin darse cuenta porque Matilde le dijo:

—¿Qué, Ingrid?

Y ella dijo tímidamente:

—Que no nos has dicho sus nombres.

Así que Matilde dijo los nombres e Ingrid los anotó mentalmente. Sin caras, sin voces, sin miradas y sin pelo: solo sonidos, letras, sílabas que introducían a Ingrid en el terreno inexacto de la abstracción lingüística. Jutta miró el reloj y apremió a Matilde. Ingrid les dijo que se subiesen a su planta, que ya se encargaba ella de pagar. Se dieron besos y se prometieron una quedada «de verdad». Asediada por el turbio entrechocar de cucharillas, Ingrid sacó su agenda y apuntó los dos nombres en ella. Se levantó, pagó y se marchó de aquel lugar tenazmente inhóspito.

6

Entiéndase que el tono de Ingrid en la siguiente conversación es amable y cercano. Es el tono de una persona que ayuda a los demás, colaboradora, empática, deliberadamente atenta y compasiva. Flexible, moderada, permisiva. Es el tono de una mujer aliviada porque su hijo mayor está recibiendo un tratamiento que (gracias a la tercera doctora) está calmando sus problemas de mandíbula. Es el tono de una madre esperanzada que ve cómo su hija de nueve años, retraída y tendente a una melancolía solitaria claramente adulta, ha hecho una amiga en el colegio, una niña recién llegada a la clase y a la ciudad que parece haber encajado —«gracias a Dios», piensa Ingrid cada día, un agradecimiento meramente retórico que en realidad poco o nada tiene que ver con Dios— a la perfección con su hija, y por eso Ingrid hace todo lo que está en su mano para estimular esa amistad: lleva a Camilla en coche a la casa de la niña forastera, invita a sus padres forasteros a las cenas que suele dar en casa y aguanta su pedantería castellano-central por el mero y feliz hecho de ver a su hija tener a una amiga en su habitación compartiendo juguetes, libros, disfraces y confidencias. Y experimenta tal ternura por verla contenta, haciendo cosas tan de su edad, que a Ingrid le resulta cercana al dolor por algún motivo que no comprende.

El tono de Ingrid es educado, cosmopolita, a la altura de quien sostiene una responsabilidad diplomática; un tono de quien vive en una felicidad conyugal con flecos, con dudas e incertidumbres, pero que comprende y asume que lo conyugal implica un vaivén, una lucha, un regusto minúsculo de constante amargura. Un espacio

donde lo único que la asusta en lo referente a su hermético marido es esa nueva tendencia al secretismo, al subterfugio, a intentar ocultar algo indeterminado que parece estar haciendo o tramando. Y por eso el tono de Ingrid en la siguiente conversación —conversación que tuvo lugar una mañana de finales de noviembre— puede que sea también algo inseguro, quizá carente de una confianza que ella creía inmutable, una confianza granítica en su marido que ahora tiembla ligeramente como tiemblan las velas que iluminan los palios de las vírgenes tristes, arrebujadas en sus mantos bordados y mecidas bajo la brisa de la primavera.

Es el de Ingrid un tono prudente, quizás nacido de una nueva forma de prudencia que brotó de la conversación que tuvo unas semanas atrás en el hospital, una charla en la que Matilde narró sin inmutarse todas aquellas barbaridades que dejaron una muesca en su alma sensible, en su carácter incapaz de concebir la maldad. Una muesca que la llevó a conducir hasta La Umbría después del trabajo cinco o seis veces en esas semanas muertas, sin un motivo concreto salvo quizá la fuerte impresión que le causó el episodio de Karl y Rose y el relato de Matilde. Pero los viajes no fueron consumados: todas las veces se dio la vuelta antes de llegar, sudando tibiamente, y quizás por eso el tono de Ingrid en la siguiente conversación sea un poco sudoroso y tibio. Un tono inocente, pacífico. Un tono de no querer pisar lo fregado, de no querer traspasar ninguna línea invisible. Un tono de empresaria atosigada, de madre orgullosa, de esposa dubitativa, de cónsul entregada y de oyente asustada.

Y entiéndase que el tono de su interlocutora es un tono seco, astringente, tenazmente rígido. Es el tono de alguien que hace mucho tiempo tomó la decisión de no dejarse doblegar por el mundo, de doblegarlo ella misma en caso de ser necesario, de no rendirse ante nada ni ante nadie, de aprender a llevárselo absolutamente todo a su terreno para tener un control pleno de cada situación; un tono de aire triste, serio, pausado; un tono quizá amenazante, quizá de una inteligencia que pudiera confundirse con una amenaza; un tono plomizo de hija huérfana, de mujer viuda, de

perfecta manipuladora, de gestora de adversidades, de persona que se califica a sí misma con lo que para otros serían insultos y a lo que añade «a mucha honra»; un tono triste, gris azulado, frío, crepuscular, nórdico; el tono de alguien que toma decisiones sin pensarlo mucho, que no entiende de muescas en el alma porque todo lo que tiene por alma es una gran muesca, un profundo socavón de fosa abisal, de lecho magmático, de huracán fuera de control. El tono de la interlocutora de Ingrid en la siguiente conversación es desértico, es lento, casi cetácico, pausado y con un regusto triste, como el que emana de la melodía de un tango callejero que suena durante un anochecer de Buenos Aires; es un tono de quien ha renunciado a ciertos escrúpulos por necesidad, de quien tiene pensamientos sangrantes, de quien sueña con aquellos episodios lejanos de su infancia; de quien tiene un gran secreto guardado. Es el tono de alguien a quien se le podrían aplicar innumerables tópicos trillados: que no le tiembla la mano, que no le duelen prendas, que es fría como un témpano, que jamás va a permitir que alguien le pise lo fregado. Es el tono de una extranjera en todas partes, el tono de unas manos manchadas permanentemente de tierra y ocasionalmente de sangre. Un tono que inició la llamada en sueco diciendo:

—¿Hola?

—Hola, buenos días. Ha llamado al Consulado de Suecia en Andalucía. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Quiero un pasaporte.

—Estupendo, entonces sí que puedo ayudarle. ¿Se trata de una renovación o de un pasaporte nuevo?

—Es una renovación, sí. Es para mi padre.

—Ah, muy bien. Su padre vive aquí en España, entiendo.

—Así es. Pero está un poco mayor.

—Estupendo, no hay problema. No se preocupe. Pues lo que tienen ustedes que hacer es rellenar el formulario 171 y traerlo al consulado junto con una fotografía de su padre y el pasaporte antiguo. Cuando me lo entreguen todo, yo les doy una hoja de

tasas, ustedes la pagan en el banco y en un par de semanas les entrego el pasaporte nuevo. No es muy complicado. —Ingrid hizo un esfuerzo por mostrarse amable ante la fría neutralidad de aquella voz sin cuerpo.

—Vale.

La línea soportó unos quince, quizá veinte segundos de silencio.

—Recuerde —continuó Ingrid— que la fotografía debe tener el tamaño administrativo sueco, que es diferente al español. Dígalo en la tienda de fotografía donde se haga su padre las fotos. Cualquier tienda especializada conoce las medidas. Solo acuérdese de decirlo.

—Vale. No hay problema.

—Si quiere, me puede dar su dirección y le envío por carta el formulario 171.

Silencio.

—¿Tiene usted hijos?

—¿Disculpe?

—Hijos. Que si tiene algún hijo.

—Sí, bueno, tengo dos, pero no veo qué relevancia…

—Perfecto —cortó la mujer—. Hace usted bien. Es bueno. Es bueno tener hijos. —Hizo una pausa en la que se escuchó un cuchicheo indeterminado y apenas audible para Ingrid—. ¿Estará usted mañana en el consulado?

—Sí —contestó Ingrid. Pensó en su agenda y prosiguió—. Tengo un compromiso a las doce, así que para tareas administrativas estaré desde las nueve hasta las once y media.

—No es necesario que envíe los formularios. Mañana nos pasamos por allí nosotras a recogerlos. Adiós.

—Sí, claro, no hay problema. ¿Sabe usted dónde…

No hizo falta continuar porque Ingrid le estaba hablando al tono intermitente y lejano de línea telefónica, así que colgó. Y en cuanto colgó, lo supo. No había estado tan segura de nada en toda su vida. Hay situaciones donde no hay nada tan revelador como una sutileza puramente lingüística, gramatical, y ese «nosotras nos pasamos», ese femenino plural tajante e inexorable era la constatación de lo

que Ingrid supo sin que nadie se lo dijera: que eran ellas. Y que al día siguiente irían a su casa.

7

Esa noche Ingrid daba una cena en casa, así que tuvo que invertir gran parte de aquel día nuboso de noviembre en efectuar todos los preparativos. Y lo hizo con su mente debatiéndose entre la atención que le requería la organización del evento —que era importante para ella porque acudiría un diplomático belga acompañado de su mujer y un combinado de amigos de Ingrid y Gabriel como relleno— y la dispersión a la que tendía su cabeza tras la conversación con aquella mujer de tono seco y afilado. Sobre las doce de la mañana terminó las gestiones consulares que tenía programadas para ese día y se puso a elaborar una lista de las tareas que le faltaban por hacer de cara a la cena. Al mismo tiempo, sus pensamientos volaban como una cometa arrastrada sin compasión por un temporal de levante: analizaba cada palabra de lo que conseguía recordar de la conversación, intentaba averiguar la procedencia del acento —que claramente no era sueco central—, imaginaba la edad o el aspecto de la mujer… ¿Por qué le había preguntado sin venir a cuento si tenía hijos?

Mientras se maquillaba frente al espejo del cuarto de baño, se miró fijamente a los ojos a medio sombrear y le preguntó en voz alta a su reflejo:

—¿Por qué me ha preguntado, sin venir a cuento, si tengo hijos?

Antes de la hora de comer fue al centro comercial en el que siempre hacía la compra. Tenía el teléfono del encargado de la sección de pescadería y lo llamaba con antelación cada vez que necesitaba salmón, que por aquel entonces no era algo muy habitual en los supermercados. Lo había telefoneado la semana anterior para

encargarle varios lomos de salmón marinados, una docena de filetes finos y una lata de huevas. Una vez en el centro comercial, también se llevó de la pescadería unos cuantos trozos amarfilados y cremosos de bacalao noruego y dos latas de paté de erizos. Dejó las bolsas apartadas en la pescadería y fue a comprar el resto de las cosas que llevaba anotadas en la lista: quesos, encurtidos, vinos, verduras, chuletas de cordero lechal, pan de centeno y los ingredientes para la salsa de alcaparras y romero con la que acompañaría los filetes de salmón. También fue al puesto de flores y compró un gran ramo variado en el que predominaban los tonos blancos y rosas.

Almorzó en uno de los restaurantes de los pasillos exteriores del centro comercial intentando escribir en su cuaderno el borrador de un informe consular que debía enviar a Estocolmo la semana siguiente. Desconcentrada y dispersa, pagó el sándwich, se compró un café para llevar y volvió al puesto de pescado a recoger su compra. Cuando salió al aparcamiento, el cielo estaba completamente negro y descargaba una lluvia fina que repiqueteaba en los aleros metálicos del edificio. Ingrid condujo los veinte kilómetros que distaban entre Granada y su pueblo escuchando las noticias en la radio sin prestarles la más mínima atención. Ya en casa, colocó la compra, repartió las flores —a las que sumó un puñado de rosas de su enorme rosal, el orgullo de su jardín— entre los jarrones del recibidor y del comedor, encendió algunas luces bajas que tenía colocadas por todos los espacios, pasillos incluidos, y subió la calefacción; hacía una tarde más fría de lo habitual en esa época.

Antes de ponerse a hacer nada, se preparó un té negro muy fuerte y se lo tomó con parsimonia sentada en el Rincón, escuchando a Nina Simone a través del equipo estéreo y viendo caer aquella lluvia microscópica que dejaba puntitos en los cristales similares a cabezas de alfiler sin cuerpo. Su desazón era absoluta y el mundo le parecía un lugar que solamente se podía definir con

aquella palabra que tanto usaba su suegra para transmitir decadencia: «desangelado».

Viktor y Elise llegarían a casa a las siete, así que para esa hora debía tener lista la salsa del salmón y decididos los sitios que ocuparía cada comensal. Viktor y Elise eran una pareja de jóvenes a los que llamaba para que la ayudaran en las cenas y en las recepciones del consulado, ya que la embajada le asignaba para ello un presupuesto catalogado como «eventos y servicios asociados». Eran encantadores, e Ingrid siempre los llamaba a ellos —en lugar de contratar al *catering* sugerido por la embajada— porque además de ser extremadamente eficientes y discretos estaban pasando un mal momento: su restaurante se había incendiado y estaban teniendo problemas con el seguro. Habían acudido a Ingrid unos meses atrás buscando algo de amparo legal, pero el tema era complicado y burocráticamente laberíntico, y mientras siguiera estancado, Viktor y Elise no tenían nada salvo deudas. Tenían buena presencia, mano en la cocina y gran habilidad como camareros, así que Ingrid los había convertido en plantilla fija del consulado.

Gabriel llegó a las cinco con los niños. Cuando entraron a la casa, lo hicieron acompañados de una bocanada de aire húmedo y frío, una porción de brisa rápida y turbulenta como la página de un libro que se pasa de repente. Tras los saludos, besos y los qué tal os ha ido el día, los niños subieron a asearse y a descansar, e Ingrid, nerviosa y con un discurso deslavazado, le contó a Gabriel la conversación telefónica que había tenido por la mañana con la mujer de tono desértico y pedregoso. Es conveniente señalar que Gabriel no se había tomado muy en serio la gran inquietud con la que Ingrid había vuelto a casa tras la conversación con Matilde, y por su parte, Ingrid se sentía algo molesta porque parecía que la intranquilidad que le infundían aquellas dos mujeres extrañas le hacía mucha gracia a su marido.

—No creo que sean ellas, ¿por qué iban a serlo? ¿Le has preguntado el nombre?

—No me ha dado tiempo. Era una mujer muy cortante. Apenas he podido preguntarle nada.

—Bueno, cariño, ya sabes que la *malafollá* granaína se le pega a todo el mundo. Incluso a los suecos —dijo Gabriel en tono de burla y agarrando a Ingrid con ternura por la espalda.

—No sé. No sé. La mujer del teléfono no me ha dado buena espina.

Gabriel soltó a Ingrid y se puso frente a ella.

—Mira, es mejor que no te agobies con todo esto. Y si son ellas, que no van a serlo, pero si lo son, pues tú le haces su pasaporte y listo. Tome su pasaporte, hasta luego. Que tengan un gran día, señoritas —dijo Gabriel con aire teatral, como lanzando un pasaporte invisible al viento.

—Anda, ayúdame a poner la mesa —dijo Ingrid.

Ya en la cena y desesperado ante el ritmo lento y cansino de la velada, Gabriel decidió animar el ambiente sacando el tema de las suecas, que apasionó a la concurrencia de inmediato. Contó el relato de los albañiles, la visita de Karl y Rose a la casa de La Umbría y la conversación con Matilde, e Ingrid tenía que ir matizando continuamente la narración de su marido porque se desviaba de forma claramente tendenciosa, intentando crear la imagen de dos prostitutas que se enfrentan con dureza a la hostilidad de la vida, y de una mujer, Ingrid, medio paranoide y presa de una suerte de manía persecutoria. Aquel duelo de narradores que se pisaban las historias, como dos juglares que recitan dos versiones distintas de un mismo cantar de gesta, generó obviamente opiniones de toda índole entre los invitados, cuya variedad fue poco a poco polarizándose entre los que contemplaban a las suecas según la visión que aportaba Gabriel, es decir, como dos mujeres extrañas, posiblemente dadas al vicio extremo y a las que Ingrid debía quitarse de en medio haciéndoles un trabajo consular rápido y eficaz, un trabajo sueco, y entre los que no encontraban madera suficiente —algo exageradamente difícil en casa de Ingrid— para

tocar y disipar aquel vendaval de brujería y superstición que sentían en su interior gracias al relato de su anfitriona.

—¡Pero cómo se puede alimentar a un hombre mayor con comida de perro! —exclamó airadamente Nicolette, la esposa del diplomático belga, tras lo cual dio un elegante sorbo a una copa de cava rosado para continuar preguntando al aire pero mirando de reojo a Gabriel—. ¿Quién es capaz de hacer eso? ¿Quién?

—A ver —replicó Mateo, un arquitecto que trabajaba con Gabriel en la escuela de artes—. Tened en cuenta que estamos hablando de un niño que se asoma a una ventana oscura. ¿No podía estar ese hombre comiéndose un tazón de cereales? ¿De crispis de esos de chocolate? ¿No podía estar acaso ese hombre tomando un desayuno rico en hidratos de carbono y enriquecido con un indecentemente alto número de vitaminas?

Gabriel se echó a reír.

—¿Y el testimonio del vecino? —replicó Ingrid, airada—. Un vecino que, te recuerdo, ha de-sa-pa-re-ci-do.

Elise entró en el comedor con un una nueva botella de cava y un plato lleno de uvas.

—¡Elise! —dijo Gabriel—. Elise seguro que las debe conocer, si tan famosas son entre la comunidad sueca. Elise, ¿tú las conoces? ¿A las temibles brujas suecas de La Umbría?

Elise sonrió, y mientras colocaba la fuente con las uvas en el centro de la mesa, contestó con aire amable y tímido:

—Pues no, señor. No las conozco.

—*Voilá!* —dijo Gabriel mirando a Ingrid.

—No sé qué quieres demostrar, la verdad —replicó Ingrid con un tono serio y que pretendía hacer de contrafuerte a su pensamiento lógico y sereno, pensamiento que, por otra parte, según ella lo veía, se estaba poniendo seriamente en duda en aquella mesa.

Aquello se iba poco a poco trivializando y nadie era capaz de entender que estaba algo afectada por la llamada que había recibido aquella mañana. Y nada más. No era la obsesión neurótica que pretendía achacarle su marido, pero sí sentía una desazón con la

que nadie parecía empatizar. Simplemente era eso: desazón. Pero la sociedad es insaciable y no se conforma con los sentimientos tibios: su meta es siempre llevarnos a un extremo.

Carla, una vecina soltera que trabajaba como redactora en un periódico local y que además publicaba libros de ensayo sobre ética y medios de comunicación, a la que Ingrid solía invitar con frecuencia a las cenas porque su nivel de conversación era sencillamente excepcional, fue la encargada de cambiar de tema y desviar aquella extraña discusión hacia algo más práctico como la reforma del sistema educativo que acababa de anunciar el gobierno. El diplomático belga se interesó por el tema y comparó la situación educativa española con la de su país, pero lo hizo de una forma tan superficial e infantil que hizo que los demás perdieran interés por el tema casi de inmediato.

Ingrid pasó el resto de la cena sumida en una confusión turbia, en una naciente resaca emocional que la hacía sonreír sin ganas y soltar frases aleatorias y de sintaxis primaria para hacer ver a sus invitados que no se había desconectado de la conversación, frases como «totalmente de acuerdo» y «por supuesto que sí», todas ellas emitidas junto a un tosco y tibiamente sonriente asentimiento de cabeza. Por su parte, Viktor y Elise recogieron la mesa, ofrecieron café y sirvieron los licores. El diplomático belga pidió unas rodajas de limón para acompañar su ron Santa Teresa, y cuando la pareja se retiró a la cocina a preparar los limones y a rellenar una de las cubiteras con un buen puñado de hielo americano que Ingrid guardaba en un arcón congelador, fue Viktor quien le preguntó a Elise, que cortaba limón sobre una tabla emitiendo un seco y perfecto clac-clac-clac:

—¿Por qué les has dicho que no las conocemos?

Pero Elise se limitó a colocar las rodajas perfectas, como soles diminutos, en una pequeña fuente transparente, a darles un mínimo orden geométrico con los dedos y a atravesar la puerta de la cocina sonriendo de camino al diplomático belga, extendiendo la bandeja como una ofrenda preciosa. El resto de los comensales, animados

por los licores que perfumaban el aire del salón con un dulzor etílico, charlaban en pequeños grupos fragmentados. El ambiente auditivo se llenó con palabras como «inflación», «resort», «inversión», «producto», «pinacoteca», «bodega», «El Corte Inglés», etcétera.

La cena concluyó sobre las doce y los invitados se marcharon contentos y aletargados, arrebujándose en sus abrigos antes de salir al porche helado en donde ululaba un ave nocturna escondida en alguna parte. Elise y Viktor fueron los últimos en salir. Ingrid les dio dinero para el taxi —no tenían coche y, a pesar de su insistencia en coger el último autobús, Ingrid siempre se imponía y les daba un billete de dos mil pesetas para que bajaran en taxi al pueblo donde vivían— y fue a la cocina a comprobar si faltaba algo por recoger. Conectó el lavavajillas, enjuagó una copa de vino que había encontrado en un rincón de la encimera y juntó las ascuas de la chimenea al fondo para que se extinguieran con la calma de la madrugada. Cuando subió, Gabriel se estaba lavando los dientes. Ella se puso un camisón de algodón azul cielo y se aplicó crema hidratante en la cara. Gabriel se acercó a ella y la abrazó por detrás, apretando el pene erecto sobre sus nalgas.

—Necesito acostarme, cariño —dijo Ingrid con un tono cuidadoso y dulce—. ¿Te importa que lo dejemos para otro día?

Gabriel la soltó sin decir nada. Se dio la vuelta, salió del cuarto de baño y se echó en la cama. Sin mirarlo, ella sabía perfectamente la expresión que tenía su rostro en ese momento: la viva imagen de la pasivo-agresividad. Ingrid terminó de asearse y fue hasta la cama. Gabriel se había echado cara a la pared, como un niño que simula estar dormido.

—Lo último que necesito hoy es que te enfades conmigo —dijo Ingrid mirando la espalda de su marido, que permanecía rígida.

—…

—¿No me vas a contestar? ¿En serio?

Gabriel se dio la vuelta. Su gesto era de rabia acumulada.

—¿Por qué? —preguntó con agresividad—. ¿Por qué estás tan afectada, joder? ¿Por qué te dan miedo dos locas que consiguen

cosas a base de mamadas? ¿Por qué, Ingrid?

Ingrid permaneció en silencio. Mirándolo. Intentando insuflarse calma. Serenidad. Pausa. Pero no pudo, y por primera vez en su vida, le dijo a su marido:

—Vete a la mierda.

—Perfecto —dijo él—. Eso haré.

Y no ocurrió nada más. Ambos se durmieron y, a la mañana siguiente, se pidieron perdón de manera rutinaria, como obligados por un adulto con capacidad de mando sobre ellos. Gabriel se fue a la escuela de arte, los niños bajaron a la parada del autobús e Ingrid se sentó en el Rincón a tomar café y a reflexionar sobre el descontento, la infelicidad y la nefasta estructura de la vida contemporánea. Envió un par de faxes y llamó por teléfono a La Valetta para cotejar los datos de un pasaporte falso que había sido intervenido en un barco pesquero.

Y cuando por fin tuvo un respiro para colocar el lavavajillas, sonó el timbre. Pero no era el timbre de la cancela de la calle, sino el de arriba. El de la puerta de la casa.

8

—Estaba abierto abajo —dijo la alta.

—Abierto —replicó la otra.

Todo lo que Ingrid acertó a pensar en el primer segundo en que las tuvo delante fue que eran ellas. «Son ellas». Por fin. Y eso le causó un alivio inmediato. Solamente le faltaba saber cuál era cuál. La primera impresión era universalmente inequívoca: la alta era lista; la baja, lenta. Ambas vestían ropas horteras —estampados, volantes— y atrevidas al mismo tiempo —muslos al aire, escotes—. Iban muy juntas, como dos pájaros acurrucados sobre un cable eléctrico bajo la lluvia.

—Mi marido habrá dejado la cancela abierta al marcharse —dijo Ingrid sin convicción alguna: Gabriel jamás se había olvidado de cerrar la cancela—. ¿Vienen por el pasaporte? ¿El del padre de…? —Ingrid no supo a cuál mirar de las dos.

Contestó la alta, que parecía ser la portavoz. Tenía una gran melena rubia y rizada y los rasgos finos, ligeramente afilados.

—Somos hermanas.

—Ah, entonces el padre de ambas. Pues como les dije…

—Bueno, en realidad es el padre de Elina —dijo la alta, sonriendo y mirando a la otra—. Somos *como* hermanas. Yo fui quien llamó ayer porque ella es muy tímida, pero es su padre. Le hace falta renovar el pasaporte.

—Pasaporte —replicó Elina.

—Vale, de acuerdo, no importa —dijo Ingrid—. Ya le comenté que…

—No, no, cariño, por favor —cortó la alta—. No nos llames de usted, que nos vas a hacer parecer viejas.

—Sí, claro, de acuerdo. Bueno, pues tenéis que rellenar un…

—¿Cómo era tu nombre, perdona? —dijo la alta interrumpiendo de nuevo a Ingrid.

—Ingrid. Ingrid Sørensen.

—Qué bonito, nos encanta el nombre de Ingrid, ¿verdad, Elina?

—Ingrid —replicó Elina.

—Yo soy Katja. Y ella, como te he dicho, es Elina. Oye —dijo Katja dando un pequeño paso hacia el interior del rellano—, tienes una casa preciosa.

Ingrid atajó el movimiento cortando el paso y diciendo:

—Esta no es la oficina consular. La tengo en la otra parte de la casa. —Ingrid sonreía, pero su cordialidad sonaba forzada—. Pero como habéis encontrado la cancela abierta, habéis entrado a la zona familiar. Los formularios y la documentación están en el consulado.

Ellas no dijeron nada, pero sus pies iban moviéndose hacia adentro en distancias y tiempos casi imperceptibles.

—Si queréis podemos dar la vuelta por el jardín y vamos al consulado. Allí os explico todo bien.

Katja y Elina siguieron en silencio. Ingrid se sorprendió a sí misma diciendo:

—También podéis pasar y me acerco en un salto a por los papeles.

—¡Claro, perfecto! —dijo Katja invadiendo el rellano y entrando al salón.

—Perfecto —musitó Elina.

—Bueno… está bien… —dijo Ingrid con timidez, arrastrada por la fuerza invasiva de Katja y haciéndose a un lado—. Pues pasad y sentaos donde queráis. Yo vuelvo en seguida.

Ingrid salió al jardín y apretó el paso para llegar al consulado y coger dos formularios 113 (siempre lo entregaba todo por duplicado, por si acaso) y un dosier con las instrucciones de renovación de

documentos que había elaborado ella misma. Entró de nuevo al salón apenas un minuto después.

—¡Pero, cariño! —exclamó Katja al verla entrar—. ¡Qué hogar tan maravilloso! Es precioso, precioso de verdad.

—Gracias —dijo Ingrid sonriendo. Su respiración era entrecortada a causa de la prisa que se había dado.

—Precioso —replicó Elina.

Elina se había sentado en un sillón individual que había junto a la chimenea y escrutaba el salón, que estaba lleno de detalles, objetos decorativos, libros y pinturas, de una manera casi científica, con los ojos muy abiertos tras sus enormes gafas, cuyos cristales delataban una altísima graduación. Katja permaneció de pie, de brazos cruzados, y reparó en que Ingrid se había fijado en las gafas de Elina y en su mirada torcida y dificultosa. Dejó de observar una fotografía de Camilla que había sobre una balda entre dos ventanas y, sin perder en ningún momento la sonrisa, le dijo a la cónsul:

—Tiene una degeneración visual intratable —hizo mucho énfasis en el término «intratable»—. Se apaña, pero le cuesta mucho ver de lejos.

—Vaya —dijo Ingrid—. Lo siento.

—No, mujer, tranquila. Es algo… suyo. De ese tipo de cosas que definen a una persona.

—Ya —dijo Ingrid en tono neutro—. ¿Nos sentamos y os explico el papeleo?

—Claro, cariño —dijo Katja.

Aunque Ingrid la miró, Elina esta vez no dio la réplica.

Ingrid explicó de nuevo el procedimiento, recalcando que la foto cumpliese el estándar sueco y señalando con su minuciosidad habitual las entidades bancarias que colaboraban con la embajada para que no perdieran el tiempo acudiendo a otras. Pero Katja desvió la conversación en cuanto pudo. Le preguntó por sus hijos, por su trabajo, por Suecia; e Ingrid, sorprendida por la simpatía de Katja y la candidez de Elina, que ya parecía algo más lúcida, como si hubiera salido de un trance nuboso, entró completamente al trapo

de la voluntad de conversación de las suecas. Sin entrar en detalles, les contó su juventud en Mölle, sus dudas sobre el traslado a España, sus éxitos con los hoteles y la aparición de Therese Lindgren en su vida. Ellas la escucharon aportando comentarios tiernos, empáticos y compasivos que alentaron la voluntad de Ingrid por seguir hablando. Un rato después, estaban tomando un té de zarzamoras que a Ingrid le enviaban cada mes desde Estocolmo, y, una vez terminado el té, Ingrid abrió tres botellines de cerveza Carlsberg. En cuanto Katja dio el primer trago a la cerveza, emitió un «ahhh» de placer. Después miró a Ingrid y dijo:

—Vale. Hablemos de hombres.

Elina se echó a reír tapándose la boca con inocencia. Ingrid sonrió.

—No te fíes —dijo Katja—. Ahí donde la ves, es una auténtica zorra.

Ingrid se quedó callada y como ambas se echaron a reír, ella también lo hizo.

—Es broma, mujer. Estamos siempre bromeando. Quédate con eso.

—Broma, sí —replicó Elina.

—Las dos hemos estado casadas —continuó Katja—. Aunque por motivos diferentes.

Ingrid no supo interpretar ese comentario.

—¿Motivos? —preguntó extrañada.

—Todo amor tiene sus motivos, cariño. Elina se casó por conveniencia. Yo por amor verdadero, o quizás por algo que se le parecía. No lo sé.

—Ramesh —dijo Elina.

—Que sí. Que voy, pesada. Ella se casó con un pakistaní porque en aquel momento necesitábamos dinero para salir de Suecia. Y Ramesh tenía dinero, pero necesitaba entrar en Suecia. Éramos como el Ying y el Yang. Cada parte tenía lo que a la otra le faltaba. Así que lo casamos con Elina.

—Ramesh —dijo Elina.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados? —preguntó Ingrid por preguntar algo.

—Los seis meses que hacían falta para arreglar papeles, hacer transferencias y todo eso. Pero oye, que esta lo disfrutó de lo lindo, ¿eh? Ese tío tenía una polla como no hemos vuelto a ver en nuestras vidas.

Las tres se echaron a reír, aunque Ingrid lo hizo porque pensó que era lo que la situación demandaba, pero imaginarlas compartiendo a un joven pakistaní —según lo evocaba Ingrid, de piel tostada, delgado, quizás con las costillas marcadas y el entrecejo poblado, enarbolando un gigante y velludo miembro erecto— le resultó una imagen siniestra.

—¿Y el matrimonio por amor? —preguntó Ingrid.

—Ay, cariño. Mi Joaquín. El mayor hijo de puta que me he cruzado nunca. Y cómo lo quería.

—Ramesh —dijo Elina.

—No, ahora me toca a mí —replicó Katja mirando severamente a Elina y dando un trago a la cerveza—. Ya está bien de Ramesh.

—Vale —dijo Elina mirando al suelo.

—Mi Joaquín era picador. Picador de toros. —Ingrid sintió curiosidad de inmediato, pues en el imaginario femenino sueco el toreo es terreno fértil para la fantasía—. Por supuesto, era un puto sinvergüenza. —Katja emitió un amago de suspiro—. Lo que yo he disfrutado y sufrido con ese hombre no lo sabe nadie. Qué hombre —concluyó Katja mirando a ninguna parte.

—¿Ya no estáis casados?

—No, cariño. Está metido en un nicho en un pueblo de Sevilla. Un pueblo minúsculo y lleno de polvo y cabras donde pega el sol más fuerte del mundo.

—Vaya, lo siento.

—Nada, mujer. El muy gilipollas se puso a torear borracho en una fiesta. Lo hacían continuamente. Un ganadero juntaba en la finca a veinte sinvergüenzas y un puñado de putas. Bebían, se drogaban y toreaban. Pues allí se lo llevaron por delante. La cornada le entró

por la ingle y le salió por mitad del pecho. No sabes lo mal que lo pasé. Aquel cabrón era irresistible. Tenía el culo como esto —dijo dando dos palmadas en la superficie de la mesa.

—Joaquín —dijo Elina. Katja pareció no haberla escuchado.

—Eso sí, me quedó una pequeña pensión y la nacionalidad. Que no está mal. Y con lo que dejó en su cuenta, compramos la casa de La Umbría, un par de perros y un par de gatos. Criamos perros, ¿sabes?

Ingrid puso cara de sorpresa.

—¿En serio?

—Sí, y también gatos.

—Gatos —dijo Elina.

—A ella es que le gustan mucho los gatos. ¿Y a ti?

—Pues no soy muy de animales, la verdad. Pero diría que los gatos también. —Elina sonrió—. En mi hotel de Mölle tenía una gata preciosa que iba y venía.

—Nosotras tenemos gatos egipcios tradicionales.

—¿Y los perros?

—*Rottweilers*. Es la mejor raza que existe. Esos perros tienen dos cosas increíbles. La primera es que entienden exactamente lo que su dueño quiere que hagan.

—¿Y la segunda? —preguntó Ingrid.

—Pues que lo hacen, cariño.

La conversación se ralentizó y Ingrid miró el reloj. No fue por descortesía, ya que se sentía a gusto, sino porque a las doce tenía que hacer unas llamadas a Suecia.

—Elina —dijo Katja—. Ya hemos entretenido demasiado a esta mujer. Levanta.

—No, no —dijo Ingrid—. Es que necesito hacer unas llamadas dentro de un rato.

—Eres una mujer ocupada. Y nosotros aquí quitándote tiempo. Perdona.

—No, de verdad. Ya os dije que hasta las doce estaba tranquila.

Katja cogió los tres botellines vacíos de Carlsberg e hizo intento de llevarlos al interior de la casa.

—No, tranquila —dijo Ingrid arrebatándoselos con sequedad, lo que provocó un tintineo de vidrios—. Ya los llevo yo.

En ese momento, con las tres mujeres de pie e Ingrid rodeando con las manos tres cervezas, la puerta del salón se abrió y Gabriel entró. Llevaba su cartera de piel colgada y las gafas de sol aún puestas. Puso cara de sorpresa y saludó.

—¡Vaya! —dijo Katja en sueco—. No solamente tienes buen gusto para la decoración, cariño.

—Cariño —dijo Elina.

—Gracias, por la parte que me toca —dijo Gabriel también en sueco, sonriendo con picardía y soltando el bolso en un rincón del salón.

—Además de guapo, inteligente —dijo Katja tendiéndole la mano—. Katja.

—Gabriel —dijo Gabriel sin dejar de sonreír. Aquello le hacía mucha gracia, y se lo hizo saber a Ingrid con miradas cómplices que ella interpretó correctamente y que expresaban toscamente un «¿Ves como todo estaba en tu cabeza?».

—Gabriel —replicó Elina.

—Ella es Elina —dijo Katja.

—Encantado —dijo Gabriel dándole la mano.

—Elina —dijo Elina.

A Ingrid empezaba a no gustarle aquella situación, así que volvió a dejar los botellines vacíos sobre la mesa baja del salón e intentó poner fin a la conversación.

—Bueno —dijo—. Tengo que ir a hacer mis llamadas. Gabriel, tú tenías que ir al banco, ¿no?

Por el contrario, a Gabriel la situación parecía divertirle muchísimo y miraba a Ingrid con aire juguetón. Pensó en decir algo como «No, tranquila, puedo quedarme un rato a tomarme una cerveza con mis admiradoras», pero supuso que aquello no sentaría muy bien a Ingrid, así que dijo:

—Sí, cierto. Si me disculpáis —dijo mirando a las suecas—, voy a coger unos papeles y me marcho antes de que me cierren la oficina.

—No, no, perdonad vosotros. Os hemos robado mucho tiempo. —Katja cogió los documentos consulares de la mesa—. Ha sido un placer, de verdad. Sois encantadores. Vamos, Elina.

—Vamos —dijo Elina.

—Katja —dijo Ingrid cuando las dos mujeres ya atravesaban el jardín—. Avísame cuando vayáis a traer los papeles para que no vengáis para nada. Hay veces que estoy fuera, haciendo visitas y cosas así.

—Sí, claro —dijo Katja—. Yo te llamo, no te preocupes.

Ya casi salían por la cancela cuando Ingrid, dándoles alcance, dijo:

—Y recuerda que tiene que venir el padre para firmar la solicitud de renovación.

—¿Qué? —dijo Katja mientras se paraba en seco.

Elina no dijo nada, pero Ingrid intuyó una mueca amarga en la mirada de expectación que clavó sobre Katja. El cielo estaba lleno de nubes trasquiladas que desperdigaban por el aire filamentos blandos y grisáceos. Detenidas las tres justo en la frontera entre el jardín y la calle, Ingrid explicó:

—Claro, mujer. Todas las solicitudes de documentación consular son de carácter personalísimo. El padre de Elina… ¿Cuál era su nombre?

—Hans —contestó Katja.

—Eso, Hans. Pues debe venir aquí tanto a entregar los formularios como a firmar el pasaporte cuando ya esté preparado. Normalmente pasan unas tres semanas entre la solicitud y la entrega.

El rostro de Katja parecía haber cambiado en un lapso de apenas un minuto. Pero dicho cambio no estribaba solamente en la emoción que trasmitía su gesto, sino que sus facciones parecían haber mutado físicamente. Sus rasgos se habían afilado y sus ojos emitían un brillo pálido y energético.

—Verás, cariño. Como ya te hemos dicho, Hans está prácticamente impedido. Le cuesta mucho andar. El pobre casi no puede moverse.

—Entiendo —dijo Ingrid usando su registro más dulce, pero al mismo tiempo sin poder dejar de evocar la imagen que Matilde había sembrado en su cabeza, la de Hans atado a una barra de estriptis alimentándose a base de comida de perro—. Sé que es complicado, pero no hay otra manera. Si queréis, cuando ya lo tengáis todo listo, podéis traerlo en coche hasta la puerta y yo bajo a recoger los formularios y a que me firme la solicitud. Lo podemos hacer así.

—A ver —el tono de Katja se agudizó, como si hubiera adquirido propiedades metálicas—. Es que… es realmente difícil. Hans está fatal últimamente y, cariño, esto… —hizo una pausa emotiva— va a ser muy difícil.

—Difícil —dijo Elina.

—Ya, lo entiendo. Pero es que no hay otra…

—¿Y no podría hacerse una excepción? —cortó Katja—. ¿Que trajésemos nosotras los documentos rellenos y firmados por Hans?

En ese punto, Ingrid empezó a irritarse. Era muy seria y metódica con los procedimientos consulares, y jamás se había salido un milímetro de lo que marcaba cada protocolo, ya fuese un trámite sencillo como la renovación de un pasaporte o uno complejo como la repatriación de un cadáver, donde suele haber gente nerviosa y emocionalmente inestable con la que tratar. Ingrid siempre había sido una persona de naturaleza comprensiva, era algo inherente a ella, pero tenía muy claro que esa naturaleza no debía interferir con la seriedad en los protocolos establecidos.

—Katja, no es posible.

Ingrid notaba cómo la mandíbula de Katja se iba apretando y cómo Elina movía la punta de un pie con nerviosismo, como si quisiera cerciorarse de que el insecto que estaba matando estuviese bien destrozado. En ese momento, Gabriel salió de la casa. Se había cambiado la ropa que había llevado al trabajo por una camisa de cuadros y un pantalón vaquero. Llevaba unas gafas Ray-ban que le

daban un aire atractivo. Katja se giró hacia él en cuanto lo vio bajar la escalera.

—¡Gabriel! —lo llamó, y se volvió hacia Ingrid diciendo en voz alta—: Aquí está nuestro caballero. Seguro que sale en nuestra ayuda.

A Ingrid aquello empezaba a no gustarle, pero Gabriel bajaba la escalera sonriente y con ese gesto blando que solía dedicarles a las mujeres.

«Putas y brujas», pensó Ingrid.

—¿Qué sucede aquí?

Ingrid intentó hablar, pero la voz de Katja, crecida como una rambla desbordada, se impuso a la suya.

—Pues que nuestro pobre Hans está prácticamente incapacitado. Está tan mayor… —Ingrid no podía dar crédito a aquel aire teatral de niña caprichosa—. Y le estamos pidiendo a Ingrid que haga una excepción.

—Verás —cortó Ingrid—. Es que no hay excepción posible. El procedimiento marca que…

Pero fue Gabriel quien la cortó a ella.

—¿Qué tipo de excepción? —preguntó mientras se acercaba a las tres mujeres. Era incapaz de borrar de su rostro una sonrisa constante. Ingrid lo fulminó con la mirada.

—Padre —dijo Elina.

—Le estamos pidiendo a tu mujer que nos deje presentar los documentos a nosotras —y añadió con voz lastimera mirando a Ingrid—: ¿Es que la diplomacia no contempla casos de extrema necesidad? ¿De incapacidad o algo así?

Gabriel miró a su esposa, y esta atajó su mirada con un gesto grave y punzante que Gabriel conocía muy bien lo que significaba: «No serás capaz». Pero Gabriel dijo:

—Bueno, Ingrid. Podrías llamar a la embajada y preguntar si puede hacerse una excepción. Quizás sea un caso de fuerza mayor.

Ingrid no contestó, simplemente se limitaba a mantener su mueca de agresividad contenida, así que Gabriel añadió:

—¿No, cariño? Total, no perdemos nada.

Ingrid reaccionó y dijo:

—No. *No* perdemos *nada.*

—¡Ay, Ingrid, muchas gracias! ¡Muchas gracias, de verdad! —exclamó Katja. Su rostro se relajó. Elina sonrió.

—Ahora vengo —dijo Ingrid secamente y echando a andar hacia el consulado.

—¡Gracias, cariño! —le gritó Katja mientras la veía alejarse.

Se hizo el silencio. Gabriel no sabía si seguir su camino hacia el banco o si quedarse a contemplar el desenlace. Como aquello le divertía más, decidió darles un poco de conversación a las famosas suecas.

—Entonces… —dijo—. Vosotras criais perros, ¿no?

Resulta que Katja y Elina eran —quizás sería más preciso decir «no les quedaba más remedio que ser»— de ese tipo de personas que, cuando ven un camino, deciden esperar la oportunidad para explorarlo en lugar de lanzarse a recorrerlo sin conocer sus peligros. Por eso se mordieron la lengua y no preguntaron «¿Y cómo sabes tú eso?», sino que se limitaron a tomar nota mental y a contestar:

—En efecto. *Rottweilers*. Y también criamos gatos egipcios. ¿Sabes qué nos gusta de los gatos egipcios?

Gabriel se encogió de hombros. Katja prosiguió:

—Que son unos increíbles vigilantes.

—¿En serio? —preguntó Gabriel.

—Y no solo eso. Si uno los adiestra correctamente, son capaces de comunicar muchas cosas de las que han visto. En Tailandia los empleaban para vigilar los templos. Son… —Katja pensó—. Como tener una cámara.

—Vaya —dijo Gabriel con una sonrisa—, no lo sabía. A mí me gustan más los gatos que los perros, la verdad.

—Dan menos trabajo.

—Sí, y no solo eso —dijo Gabriel—. Me transmiten bastante paz, con esa calma y esa elegancia.

Katja hizo amago de añadir algo, pero se paró en seco y miró con gesto más serio a la escalera, por donde ya bajaba Ingrid de vuelta.

—¿Sabes algo? —preguntó sin esperar a que Ingrid llegara a la verja.

Ingrid no habló hasta que llegó abajo. Miró con aire cansado a Katja y dijo:

—Bueno, pues en la embajada me han dado autorización para que vosotras os encarguéis del papeleo, dadas las circunstancias.

Katja y Elina sonrieron.

—¿Ves como no era tan descabellado, mujer?

—Eso sí —puntualizó Ingrid con tono tajante y sin entrar al trapo de lo descabellada o no que había sido la propuesta—. Es obligatorio que Hans recoja el pasaporte en persona. —Miró a Elina—. Mantengo lo que os propuse. Si queréis, traedlo hasta aquí abajo y yo os lo acerco todo. Será cuestión de un momento.

Las suecas se mostraron agradecidas y acordaron con Ingrid que la llamarían unos días después para hacer entrega de la documentación. Sonrieron a Ingrid con calidez, a Gabriel con una ostensible picardía y dijeron antes de salir por la puerta:

—Cuidad bien de ese rosal.

Era un rosal majestuoso cebado de rosas en plenitud, y gozaba de una salud excelente.

—¿De este? —preguntó Ingrid extrañada, desesperada porque aquellas dos mujeres no se marchaban de su casa.

—Sí —respondió Katja mientras salía a la calle. Antes de dejar atrás la cancela y perderse bajo un cielo de nubes pesadas, añadió—: Las plantas son como los hijos: hay que estar muy pendientes de ellas. ¡Hasta pronto!

Elina musitó algo ininteligible que fue devorado por la luz pálida que descendía de la borrasca en ciernes.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gabriel tras cerrar la cancela.

—¿Estás de broma? ¿Eso? ¡Dirás que qué ha sido *todo*! ¡Todo! Y en especial tu numerito de la embajada. —El tono de Ingrid era

amargo y agresivo. Imitó la voz de Gabriel para decir—: «No perdemos nada por hacer una excepción, ¿verdad, cariño?»

Y sin más, echó a andar escaleras arriba.

—¡Eh, eh! ¿Qué pasa? —preguntó Gabriel abriendo cada vez más las manos, como un predicador.

—Pues pasa que yo soy la cónsul y llevo mi trabajo a mi manera. Y que yo no me meto en tus esculturas ni en tus proyectos ni en tus clases. Porque respeto que las lleves a tu manera. ¿Tan difícil es de entender?

Ingrid no esperó la respuesta. Subió las escaleras, entró en casa y se fue al consulado a hacer las llamadas que tenía en su agenda. Por la noche, Ingrid y Gabriel se pidieron perdón, se abrazaron desnudos en la cama e hicieron el amor a la luz de dos velas de jengibre situadas sobre las mesillas de noche. Mientras charlaban antes de dormirse y Gabriel daba pequeños tragos a un botellín de cerveza, fue Ingrid quien, mientras se limpiaba el semen de entre las piernas con un pañuelo de papel, dijo:

—¿Sabes lo que más me jode de todo esto?

Gabriel se incorporó y se echó de lado, apoyado sobre el codo izquierdo. La luz de las velas hacía que su barba pareciese del color de la cerveza rubia.

—¿Qué, cielo?

—Que ha sido entrar por la puerta y crear desavenencias entre nosotros. No me dan buena espina. Nada de buena espina.

—Bueno, mujer —dijo Gabriel antes de apagar su vela y sumir la habitación en una penumbra que únicamente se diferenciaba de la oscuridad por un tenue titilar de las últimas sombras, secas y débiles—. Tú limítate a hacer tu trámite, y hasta luego. ¿No?

Ingrid hizo un ruido tibio de asentimiento, sopló su vela y se giró hacia su lado de la cama.

Por la mañana, el rosal enfermó.

9

Las suecas tardaron algo más de un mes en volver al consulado a entregar la documentación. Durante ese tiempo, Ingrid seguía inmersa en el cúmulo de altibajos que era su vida en aquellos años en los que apenas ocurría nada tibio. «Me pasan solo cosas buenas o cosas malas», le dijo un día tomando un café a la Princesa Peruana, una mujer increíblemente hermosa a quien su marido sueco le había quemado la cara con ácido antes de suicidarse y que de vez en cuando acudía al consulado únicamente con el objetivo de mermar su soledad.

Por un lado, los hoteles habían recibido una subvención europea (cosa buena) que Berta e Ingrid iban a emplear en reparar definitivamente el maltrecho sistema de calefacción del Odysseus; además, la embajada de Suecia le había comunicado que estaba invitada a una cena de gala en homenaje a los cuerpos diplomáticos en el exterior que se celebraría en Estocolmo el próximo otoño, algo que a Ingrid le hizo muchísima ilusión (cosa buena). Camilla parecía algo más extrovertida gracias a Miriam, su amiga de padres insoportables (cosa buena), mientras que Gabriel había recibido un nuevo encargo que lo tenía bastante ocupado y de mejor humor (cosa buena). Ingrid había empezado a hacer deporte y se sentía con mucha más energía (cosa buena), a lo que se sumaba que un nuevo vecino que había llegado de Barcelona le decía cada vez que se cruzaban que estaba muy guapa (cosa buena, por qué no). Por último, la embajada le había sustituido el dichoso ordenador de los pasaportes por uno de última generación (cosa buenísima).

Por el contrario, Adam había comenzado, por primera vez en su vida, a traer suspensos, y estaba empezando a mostrar su nueva personalidad preadolescente (cosa mala, al menos para Ingrid). El cuarto de baño que les habían construido los albañiles de La Umbría apenas un par de meses antes tenía humedades y grietas (cosa mala), y la empresa de construcción no paraba de darles largas con desprecio y mala educación (cosa mala, y encima irritante). Pero, sobre todo, dos cosas malas condicionaron la realidad de Ingrid, la de aquel momento y la que estaba por venir.

Por un lado, Ingrid sacó a relucir una de las aristas más afiladas de su personalidad, esa obstinación tenaz de ser radicalmente independiente, de no reclamar ayuda hasta que no fuera imperiosamente necesario, lo cual era algo que la había llevado en ocasiones a conseguir grandes logros y a reforzar su espíritu libre y persistente, pero que en aquella ocasión la condujo a lamentarse durante horas una tarde de noviembre; la tarde en la que, pala y tijeras en mano, echó al contenedor de basura los restos inertes de lo que había sido su exuberante rosal.

Al poco de la visita de las suecas, las hojas empezaron a palidecer levemente. Unos días después, los capullos de donde brotaban aquellas rosas carnosas que llenaban los jarrones de todas las habitaciones, cebados y reverberantes durante años, se convirtieron en bolas pastosas que se secaron y se disolvieron como terrones de sal. Las espinas se reblandecieron y se fueron desprendiendo hasta caer sobre la tierra del parterre, como si el rosal hubiese depuesto sus armas, y los tallos se llenaron de manchas blanquecinas que supuraban una sustancia transparente que olía a putrefacción vegetal, a repugnante fermento. Y durante ese proceso de pasión y muerte, Ingrid ignoró todas las advertencias de Gabriel, que la apremiaba a llamar al jardinero que vivía apenas dos calles más abajo. Ignoró también todos los consejos y advertencias de los invitados que acudían a las cenas y comentaban «Eh, ¿qué le está pasando al rosal?», e ignoró a sus hijos que decían cada vez que volvían de la calle: «Mamá, el rosal huele que apesta». Lo ignoró

todo porque para ella aquello era una especie de guerra personal contra aquel vaticinio que habían formulado las suecas al despedirse y, sobre todo, contra aquella hiriente comparación del rosal con sus hijos. Así que se desvivió abonando y reforzando la tierra con materia orgánica y lombrices, pulverizando las hojas con plaguicidas naturales en primer lugar y con químicos cuando ya se intuía el desastre, aplicando remedios caseros que buscaba con desesperación en Internet y podando, retirando, amputando la putrefacción a medida que iba invadiendo aquel rosal que durante años había sido el gran coloso sobre el que se vertebraba el jardín, el habitante primigenio sobre el que recaía el origen, puesto que era la primera planta que Gabriel y ella habían plantado en su nuevo hogar, la misma semana en la que se mudaron, deseosos de establecerse en un nuevo territorio que necesitaba elementos que lo convirtieran en propio. Aquel rosal era una constante, algo seguro a lo que agarrarse durante aquellos años de crianza, de trabajo intenso y de laberintos emocionales de ese pedregal al que llamamos «mediana edad». Y al cabo de tres semanas de agonía, sus restos malolientes y livianos, prácticamente sin peso, acabaron una tarde de noviembre en un contenedor cuyo hedor hacía que la gente que caminaba por la acera cruzara la calle para evitarlo. Ingrid se había planteado aquello como una guerra, pero nunca tuvo opciones de victoria. Inmediatamente fue presa de remordimientos, tanto diurnos (leves, angustiosos) como nocturnos (intensos, palpitantes), ya que en su interior reverberaban los ecos de aquel: «Las plantas son como los hijos. Hay que estar muy pendientes de ellas».

No obstante, el duelo por la pérdida del rosal duró poco, ya que fue interrumpido a los pocos días por una llamada a las dos de la madrugada. La segunda de las cosas malas que hemos anticipado. Mientras Ingrid, insomne, alimentaba en la cama la ansiosa resaca de su derrota mirando la luz cambiante de la luna proyectada sobre la pared lateral de la habitación, en Estocolmo su madre había bajado a la cocina a coger un vaso de agua y había rodado escaleras

abajo. La llamaban del hospital. Nora se había roto las dos muñecas al apoyarse y la mandíbula al golpear el suelo con la cara.

Con las mismas, Ingrid pidió a Suecia uno de los pocos favores personales que solicitaría en toda su carrera como diplomática; un favor que, todo sea dicho, le sería cobrado con creces, ya que Ingrid era ese tipo de persona a la que, de base, se le piden cosas; pero en el momento en el que asumía una deuda, fuese del valor que fuese, Ingrid era alguien de quien poder abusar. Así que gracias a la intervención de una cadena de personas que se activó en cuanto llamó a Estocolmo, Ingrid volaba apenas unas horas después rumbo a Suecia en clase *business*, angustiada por no haber sabido interpretar los peligros que entrañaba la soledad de su madre en aquella casa de escaleras y esquinas y aún triste a causa del recuerdo de su rosal.

Tomó varias decisiones durante aquel vuelo lleno de turbulencias. En primer lugar, a rey muerto, rey puesto: plantaría otro rosal. Y si el anterior le había servido como símbolo de que todo tiene un origen que nunca debe olvidarse, independientemente de cómo transcurra la vida, el nuevo también serviría de recordatorio, de emblema de una nueva enseñanza que Ingrid pensó tal cual mientras sorbía un té negro de sobre a diez mil metros de altitud: «Recuerda que el mundo tiene una cara hostil dispuesta a entrar en tu casa».

La segunda decisión que tomó Ingrid antes de aterrizar fue la de pedirle a su madre que fuera a vivir con ellos una temporada. No ya por las lesiones con las que iba a tener que lidiar, que parecían ser bastante incapacitantes, sino porque Ingrid había llegado a la conclusión de que tenía abandonada por completo a Nora, a quien entregaba migajas de su cariño a través de llamadas tibias, breves y protocolarias cada diez o doce días; a quien no visitaba ni tampoco pedía que viajase a España «por temporadas», como hacían los padres de la mayoría de las mujeres suecas que conocía en Granada. Posiblemente, si su padre hubiera estado vivo, habría sido diferente. Pero Ölle había muerto hacía cuatro años de un infarto fulminante que solamente le permitió amagar una mueca de

sorpresa con los labios y poner cara rara antes de desplomarse sobre el asfalto descastado y sucio del aparcamiento de un McDonald´s. Era un pérdida que probablemente Ingrid no había procesado bien, pues se escudó detrás de absurdas frases hechas —«es ley de vida, las cosas son así, etcétera»— para evitar un duelo necesario que nunca llegó, por lo que había desarrollado secuelas basadas en la pena: sentía una especie de desasosiego universal cada vez que, algunas madrugadas de domingo, pensaba en su padre como una sombra, como un nombre desprovisto ya de significado, como una fotografía olvidada en el aparador de una casa en ruinas, como un olor, un tacto y una voz que una vez habían sido su seguridad y que ahora se encontraban dentro de ese fondo negro y silencioso que todos imaginamos con ansiedad al evocar nuestra propia muerte.

Nora se alegró tanto de ver a Ingrid que se echó a llorar y a decir «niña, niña» continuamente. Pero como tenía las manos enyesadas, no podía secarse las lágrimas. Ingrid, una vez que la hubo abrazado y calmado, tuvo que ir al baño a coger un poco de papel para secárselas. Allí estaban las cosas de su madre, que parecía haber tenido la entereza de coger una bolsa de aseo antes de subir a la ambulancia, con las dos manos y la mandíbula rotas. Era algo muy de Nora, esa fortaleza práctica, ese afán por ahorrarse problemas en un futuro próximo. La bolsa estaba abierta y medio desparramada porque las manos de Nora eran dos enormes pinzas gruesas como las de los robots de las cadenas de montaje, e Ingrid no pudo evitar fijarse en que en su interior, a medio salir, había algo que la impresionó mucho: una caja de Prozac. Fue entonces cuando tuvo que secar sus lágrimas antes de salir a secar las de su madre.

En el hospital pasaron un día completo, en el que Ingrid volvió a llamar a la cúpula diplomática para solicitar un segundo billete de vuelta, lo cual le fue nuevamente concedido casi en el acto, con el único coste de convertirse en deudora inmaterial en un grado superior al que ya lo era. Y a su madre, ni siquiera se lo preguntó: se lo impuso. Simplemente le dijo algo como:

—Mamá, te vienes a España conmigo.

Nora se quedó pensando un par de segundos, como procesando con especial cuidado las palabras que acababa de escuchar, a las que contestó con un receloso y seco:

—¿Por qué?

Ingrid le dio la vuelta a la argumentación lógica de que Nora era la que necesitaba ayuda, contándole a su madre que era a ella, a Ingrid, a quien le hacía falta tenerla a su lado. Nora aceptó sin hacer muchas preguntas ni requerimientos, dejando reposar aquella confesión de su hija durante unas horas para abalanzarse en el momento preciso, en ese instante de debilidad que solamente saben ver las madres en el corazón de sus hijas. E indagó. Indagó en el interior de Ingrid, quien se sorprendió a sí misma mostrándole a su madre pedazos de su interior a los que ni la propia Ingrid se había asomado, básicamente la maraña de incertidumbres frías que nublaban su mundo emocional. Hablaron durante un par de horas, ambas se emocionaron, rieron y se agarraron de la mano. Cuando la conversación se agotaba al mismo tiempo que sus cuerpos, exhaustos a la una de la madrugada, Nora solamente dijo una cosa:

—Tendremos que pasar por casa. Hay que hacer la maleta y cerrar el gas.

Nora había mantenido la casa de Estocolmo con esa dignidad de gobernanta implacable que Ingrid había heredado, aunque se notaba el paso del tiempo y la presencia de una única persona a cargo de una casa grande y antigua. Pasaron dos días ordenando y preparando la casa para el golpe que le asestaría la ausencia, y una mañana nubosa de diciembre, Ingrid y Nora tomaron el vuelo facilitado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Suecia con escala en Madrid. Fueron días de alegrías. Ingrid se alegró de volver a respirar el olor de su hogar, un olor a pino, a algodón, a lumbre fresca, más notorio e intenso por los días de ausencia. Nora se alegró mucho de ver a los niños, algo recelosos con una abuela a quien conocían de manera exclusivamente protocolaria, pero a quienes se ganó en apenas un par de tardes en las que hizo lo único

que necesitan los niños: escucharlos. Gabriel, a pesar de sus reticencias iniciales, también estaba contento de tener a su suegra con ellos, ya que su presencia parecía haber mejorado el ambiente de la casa y, además, los niños estaban plenamente atendidos, lo que le dejaba más libertad, el principal objeto de deseo de Gabriel en aquellos momentos.

Finalmente, Katja y Elina se alegraron de que, cuando fueron a entregar la documentación, casi un mes después de lo acordado, la única persona que hubiera en la casa fuese aquella señora cándida e inocente que llevaba las dos manos enyesadas.

10

Fue esa sensación que conocemos todos. Ese ácido que sube del estómago, ardiente, hasta la parte alta del pecho. Esa opresión que poco a poco satura los pulmones como una bocanada de hollín. Ese golpe de adrenalina que nos enrojece las mejillas y activa nuestras alarmas más primitivas. Ingrid lo sintió de inmediato, en cuanto Nora señaló con el yeso de la mano izquierda hacia la mesa del salón, donde había un sobre cerrado, y le dijo con una despreocupación que a Ingrid le resultó apabullante:

—Se acaban de marchar Katja y Elina. Ahí está la documentación del pasaporte de Hans.

Aquello pilló a Ingrid muy desprevenida y, tras el golpe ansioso que saturó todo su cuerpo, lo único que le dijo a su madre fue:

—¿Qué?

—Sí. —Nora hablaba con naturalidad y buen humor mientras intentaba alinear con los pies las cestas de mimbre donde guardaban las mantas que se echaban por encima cuando se sentaban en el sofá—. Han venido a dejar esos papeles. Sabes de quien te hablo, ¿no?

—Sí, claro. Claro que lo sé. —Ingrid no miraba a su madre, no podía levantar la vista del sobre que reposaba sobre el cristal de la mesa.

—Qué simpáticas son esas dos. Elina parece un poco boba, pero aun así creo que es buena gente. Katja es la que me ha caído fenomenal. Qué energía tiene esa mujer.

Era ese tipo de situación en la que una persona habla con indiferencia, con alegría, casi recreándose en lo que dice, sin darse

cuenta de que la otra persona está impresionada y casi paralizada por la conversación, una conversación que es intrascendente e incluso agradable para la primera interlocutora. En este caso, Nora seguía hablando y hablando mientras que Ingrid era incapaz de dejar de mirar al sobre:

—¿Y te ha contado Katja…

Mirada al sobre.

—… el pobre está muy mayor…

Sobre.

—… estuvieron casadas…

Sobre. Más sobre.

—… y para colmo viuda…

Sobre.

—… pues por lo visto con los perros sacan algo, pero…

Sobre. Siempre sobre.

—… no sé, las dos solas, y Elina parece tener problemas…

Y, en ese momento, la palabra «problemas» hizo de resorte, como esas contraseñas que se insertan en la cabeza de los animales amaestrados para que dejen de atacar con fiereza y se echen patas arriba como un gatito.

—Mamá…

—… pero, vamos, que yo creo que ellas lo que deberían hacer es…

—¡Mamá!

Nora se paró en seco. Dejó las cestas —indomables por otra parte; se estaba dando cuenta de que no podía colocarlas bien sin utilizar las manos, y en concreto sus pulgares oponibles, inutilizados por la rigidez de los yesos— y se giró hacia Ingrid. Percibió de inmediato el gesto atónito de su hija.

—Cariño…, ¿qué pasa?

—Mamá —dijo Ingrid recuperando la calma—. No me gustan esas mujeres.

Adam había entrado en el salón un instante antes. Venía de la calle comiéndose una manzana.

—Pero, Ingrid… —dijo Nora con aire sorprendido—. Si son encantadoras…

—Mamá piensa que son brujas —comentó Adam mientras atravesaba el salón y entraba en la cocina.

—¡Adam! —protestó Ingrid.

—¡Es cierto! —La voz de Adam era ya lejana, posiblemente iba cruzando el patio interior camino de su habitación.

—¿Esas dos? —preguntó Nora con una sonrisa.

—No, mamá. Eso son cosas del niño, no le hagas caso. Simplemente… no me gustan. —Nora guardó silencio, invitándola a justificar su respuesta—. No sé, no me dan buena espina. Me parecen retorcidas, como si escondieran algo. Ya está.

—Pues a mí me parecen encantadoras.

—Sí, y entiendo por qué lo dices, mamá. La otra vez que vinieron hasta me tomé una cerveza con ellas, pero hay algo que no me cuadra. —Ingrid caminó hacia su madre, se agachó, colocó correctamente las cestas con las que Nora llevaba minutos batallando y añadió—: Que no me gustan, mamá.

—¿Sabes? —dijo Nora caminando hacia el Rincón y dejándose caer sobre uno de los sillones—. Te has vuelto desconfiada.

—Mamá —intentó protestar Ingrid.

Pero Nora la atajó:

—Y creo que deberías darles el pasaporte. Que lo firme el padre en su casa y ya está. ¿Qué tiene de malo hacer una excepción con un anciano inválido? ¿Qué va a hacer con el pasaporte? ¿Huir de la justicia al extranjero? ¿Un hombre impedido y sus cuidadoras, una boba y la otra medio ciega?

—Oh, no, mamá. —Ingrid abrió los brazos con gesto de desesperación—. ¿A ti también? —Miró de frente a Nora para lanzar un último—: ¿Tú también?

Simplemente, Ingrid no podía creer aquello, y echó a andar hacia la cocina con un vaso sucio que recogió de la mesa baja que había frente al televisor, dejando a Nora allí sentada. Sus pasos, rápidos y airados, rezumaban resentimiento.

—¡¿Yo también qué?! —gritó Nora.

En ese momento, Gabriel llegó de la calle con Camilla. Venían abrigados y sonreían con placer ante el golpe tibio que les dio la calefacción al entrar al salón. A él se le borró la sonrisa en cuando escuchó a Ingrid gritar —algo inaudito— desde la cocina:

—¡Que a ti también te han calentado la cabeza!

—Pero bueno —dijo Gabriel, incrédulo, mientras colgaba la chaqueta en el perchero que había en la entrada y se quitaba los zapatos—. ¿Qué pasa aquí?

—Pasa —Ingrid apareció de nuevo en el salón desde la cocina— que tus amiguitas han vuelto y le han metido en la cabeza a mi madre lo mismo que a ti. Que les entregue el pasaporte, que el padre está muy mayor, que por favor, que pobrecitas…

Gabriel miró a Nora. Intentaba sonreír para quitar algo de tensión a la situación, pero era difícil hacerlo sin que pareciese que se estaba riendo de su mujer. Nora hizo un amago de hablar, pero Gabriel se anticipó.

—Nora, es mejor dejar este tema, créeme —sentenció.

Nora no replicó a Gabriel.

—Entonces —dijo, ahora mirando a Ingrid—. Dejamos el tema. Lo que tú hagas, bien hecho está, hija.

—Gracias —dijo Ingrid volviendo a la cocina—. Muchas gracias —añadió su voz ya lejana.

Pasaron unos días en los que Ingrid se acogió a algo a lo que todos recurrimos cuando en una situación concurren el miedo y el hastío: al autoengaño. Y ello la llevó a representar un teatro cuyo único espectador era ella misma, y cuya actriz, ella misma también, hacía como si se hubiera olvidado de la documentación que las suecas le habían dejado a su madre. Puso el sobre en un cajón del salón —algo impensable en ella, que daba registro de entrada, clasificación y archivo exhaustivos a cualquier documento consular— y se abandonó a sus tareas habituales, a ese verdadero teatro que es la realidad que nos envuelve.

Porque la semana fue realmente de locos. Las suecas habían estado en su casa el lunes por la tarde, mientras Ingrid acompañaba a unos diplomáticos franceses a una exposición de pintura de profesores de la Facultad de Bellas Artes donde también exponían catedráticos invitados de La Sorbona. Allí había coincidido con Saúl Martín, el primero de los muchos que peregrinaron a su hotel de Mölle, a quien saludó con mucho cariño, siempre instalada en el recuerdo de aquellos tiempos lejanos de barcos de vela y playas azules de Escania que a él también le despertaban en su interior algo luminoso. Hablaron además sobre el cuadro de Helsa que Saúl le había regalado a Ingrid y que presidía su despacho en el consulado junto a la obligada fotografía de los reyes de Suecia, afables y augustos por igual. Saúl le presentó a una compañera llamada Martha que a Ingrid le cayó bien al instante. Con solo unos minutos de conversación, Ingrid se dio cuenta de su sagacidad y de que Martha tenía esa inteligencia innata que tanto anima una conversación. Alentada por el par de copas de champán que los camareros le habían puesto en las manos casi sin que se diera cuenta, Ingrid invitó a Saúl y a Martha a la cena que daba el sábado en su casa. Saúl se excusó de inmediato: tenía una cita con Esther, una mujer a la que estaba conociendo. Ambas mujeres sonrieron. Por su parte, Martha anotó el teléfono de Ingrid y quedó en llamarla el miércoles a más tardar, ya que tenía que consultar con su marido si tenían el sábado libre.

A mitad de semana se acercó hasta el Odysseus, pues por fin habían comenzado las obras del sistema de calefacción, que les llevaba dando quebraderos de cabeza desde la apertura del hotel. Ingrid pasó allí dos mañanas junto a Berta supervisando el inicio de las obras. Para llevarlas a cabo y mantener el negocio abierto al mismo tiempo, Ingrid había ideado la estrategia de cerrar solamente una mitad del hotel —pues cada mitad dependía de una bomba de gasoil diferente— y, cuando esta estuviera lista, cerrar la otra y acometer la segunda obra. Hacerlo así era bastante más caro, pero mantener parte del hotel abierto daría los beneficios suficientes

como para compensar las habitaciones cerradas. Así que, en ese par de días, Ingrid aprovechó para hacer de gobernanta y revisó registros informáticos, agenda, cuentas, limpieza, cocina… Toda una auditoría que terminó con una conclusión que le expuso a Berta mientras tomaban una cerveza en la terraza, mirando a Sierra Nevada y recibiendo la luz ámbar del sol de mediodía:

—Eres increíble, Berta. El hotel funciona como un reloj.

Berta empezó a explicarse con frases de modestia británica que Ingrid no escuchó porque su atención se desvió hacia el jardín. Allí, en una esquina, se reunían los albañiles para hacer el descanso, apartados de la vista de los clientes del hotel. Y entre ellos, Ingrid distinguió al capataz de manos gigantes que había liderado la nefasta obra de su cuarto de baño. Era inconfundible. Sin dejar de mirarlo, Ingrid cortó lo que estaba diciendo su socia con un suave:

—¿Me disculpas un momento?

—Sí, claro. —Berta miró hacia donde miraba Ingrid, a los hombres que descansaban a la sombra, y añadió—: ¿Todo bien?

—Sí, sí, tranquila. Vuelvo enseguida.

Berta se quedó mirando con curiosidad cómo Ingrid daba la vuelta por el comedor y salía al jardín. Al fondo, la lona que cubría la piscina emitía una suave vibración a causa del viento que bajaba de las montañas. Ingrid llegó hasta el capataz entre las miradas del resto de obreros, dirigidas básicamente a sus piernas y a sus tacones amarillos.

—Disculpe —dijo al llegar a donde el hombre descansaba—. No sé si se acordará de mí. Hará unos meses me hizo un baño junto a la piscina, era una casa que…

—Claro —cortó el obrero sin dejarla terminar—. Claro que me acuerdo.

Después, pensó con calma. Pareció procesar un bloque de información al que le costó acceder.

—Ya le dije a la empresa que tiene que reclamar a consumo. La empresa se lo dijo a su marido. —El hombre parecía incómodo, algo que intentó solventar dando un gran trago a su litro de cerveza.

—No, no. No vengo por eso. Déjelo. Quiero preguntarle otra cosa.

El albañil enroscó el tapón con sus enormes manos. La cerveza espumaba dentro de la botella a causa del continuo movimiento al que era sometida. No dijo nada. Ingrid prosiguió.

—Cuando estuvo en nuestra casa, usted le comentó a mi marido algo sobre dos mujeres. Dos mujeres suecas que viven en La Umbría.

El hombre apretó el entrecejo. Su cara de bobo adoptó un matiz de flagrante desconfianza.

—¿Qué pasa? —preguntó sin entonación alguna.

—Que quiero que me hable de ellas.

—No sé nada de ellas.

—Pero usted le habló a mi marido sobre ellas.

—No, no lo hice.

—Pues él me dijo que sí. Que usted las relacionó conmigo, al ser yo también sueca, ¿recuerda?

—Se equivoca, señora. Yo no hice nada de eso.

Ingrid no sabía cómo reaccionar ante semejante muestra de cinismo.

—Entonces… ¿Mi marido me ha mentido?

El albañil abrió con parsimonia la cerveza, bebió hasta dejarla prácticamente terminada y enroscó de nuevo el tapón. Miró a Ingrid a los ojos por primera vez y dijo:

—No tiene por qué haber mentido. Se habrá equivocado.

Y echó a andar hacia la sala de calderas.

Ya de regreso a la ciudad, mientras cruzaban la ronda sur de Granada, Berta le preguntó por el acercamiento al obrero. Ingrid solventó la pregunta explicando que aquel tipo había dirigido la obra del jardín de su casa y quería comentarle una cosa. Nada importante. Y para que Berta no continuase por ahí, ya que Ingrid la conocía lo suficiente como para saber que iba a seguir preguntando por el dichoso albañil a menos que consiguiera un buen cambio de tema, dijo en tono sonriente:

—Ah, por cierto. Cena el sábado en mi casa. Te esperamos, ¿vale?

Berta pensó. Lanzó una sonrisa de anticipación.

—Pues… en principio, he quedado.

Ingrid se volvió hacia ella.

—¡Pero bueno! ¿Con quién?

—Con… —Berta esbozó un gesto travieso— Andrés.

—¡Pero…! ¿Cómo te lo tienes tan callado?

—¡Eh, eh! ¡Tú mira a la carretera! —exclamó Berta echándose a reír.

—Pues empieza a hablar por esa boca —remató Ingrid.

Así que Berta le contó que estaba conociendo a un hombre. Que se lo tenía tan callado porque sabía lo pesada que se iba a poner. Que se llamaba Andrés, que eso ya lo había dicho, y que era cirujano traumatólogo. Que sí, que cirujano de verdad, de operar rodillas y caderas. Que sí, que habían quedado unas cuantas veces, sobre todo a cenar. Que sí, que le gustaba. Que no, que prisa no tenía ninguna. Que sí, que se había acostado con él. Que no sabía, que cinco o seis veces. Y que como siguiera metiéndose con ella no le iba a contar nada más.

—Pues claro que me vas a contar. Si en el fondo te encanta cuando te sonsaco, reconócelo.

Berta se echó a reír.

—Oye —continuó Ingrid—. ¿Por qué no vienes con él a la cena? Me encantaría conocerlo.

—No sé… —dijo Berta arrugando la boca en una mueca indeterminada—. No sé si estamos en ese punto.

—¿Qué punto?

—Pues el punto de llevarlo a cenas con amigos. Apenas nos hemos visto unas cuantas veces.

—Anda ya, tonta. Eso no es ningún punto. Todo es decirle: «Andrés tengo una cena, me encantaría que vinieras», y seguro que acepta. Anda, que lo vamos a pasar muy bien.

Berta parecía pensar. Sopesar.

—Y además, te sirve como prueba.

—¿Qué prueba?

—Pues la prueba de la gente, cariño. Si lo único que hacéis es quedar los dos solos para comer y follar, nunca vas a saber cómo se comporta con la gente. Y eso es *fundamental*. Venga, por favor… —Ingrid impostó un tono de súplica alargando las vocales—. Venid el sábado…

—Prueba de la gente… ¡Tú lo que quieres es cotillear! —dijo Berta riendo—. Que a mí no me la cuelas.

—¡Pero bueno! ¡Por quién me has tomado!

—Mira —resolvió Berta—. Yo le pregunto a ver si le apetece, pero sin forzarlo. Es un tío bastante sincero y directo. Así que, si prefiere el plan que teníamos, me lo dirá y lo mantendremos. ¿Te parece bien, doña cotilla?

—Perfecto —sentenció Ingrid.

Martha, la profesora de Bellas Artes que había conocido el lunes en la exposición, llamó el jueves por la mañana para confirmar su asistencia. Dijo que no iría acompañada porque su marido tenía un evento con su empresa y pasaría el fin de semana sola. Ingrid se puso muy contenta por contar con una artista entre sus invitados, máxime tratándose de una mujer que le pareció tan sumamente agradable. Ese sentirse exultante por la gente que convocaba era algo muy de Ingrid en aquella época, un comportamiento que Gabriel calificaba —siempre para sí mismo— de «acumuladora social»: tener gente que acudiera a sus eventos, gente de éxito, culta, de cierta posición; era para ella algo irresistiblemente excitante y que colmaba sus sueños de matriarca. Esa misma tarde, Berta también confirmó su asistencia junto a Andrés.

—¿Has sido convincente? —le preguntó Ingrid con sorna.

—Por supuesto, cariño. Le he dicho que la cotilla de mi socia está deseando cotillearle sin ningún tipo de compasión o reparo, y que, además, lo que nos importa no es su presencia en sí, sino que vamos a someterlo a la inexorable y necesaria «prueba de la gente». Le ha encantado la idea. Simplemente me ha dicho: «Pon fecha y hora».

—Sí, señor. Un hombre como Dios manda —dijo Ingrid entre risas ante las ocurrencias de su socia—. Pues veniros para las ocho, ¿vale? Es la mejor hora para el cotilleo.

El viernes, Ingrid apenas se puso trabajo en la agenda. Unas pocas llamadas a primera hora que solo sirvieron para apaciguar su conciencia y no verse a sí misma como una funcionaria vaga. Pasó el resto del día excitada, llevando a cabo los preparativos para la cena del sábado. Tenía grandes perspectivas, pues la nómina de invitados era magnífica: irían Naoko y Esteban, una pareja absolutamente encantadora —ella había sido diplomática japonesa y ahora trabajaba para El Corte Inglés en temas de importación y Esteban, marchante de vinos, era una persona que encajaba excepcionalmente bien con Gabriel—; Jutta y Luis; Carla, la conversadora; Michael, el vecino de la casa de atrás; y también Martha, Berta y Andrés. Un horizonte de satisfacción social que la mantuvo todo el día enérgica, optimista, excepcionalmente motivada en todo lo que hizo: bajar a hacer la compra, preparar la casa, llamar a Viktor y a Elise para que vinieran al día siguiente a ayudarla y acometer una docena de pequeñas tareas que se veían interrumpidas continuamente por un pensamiento que Ingrid se esforzaba en soterrar cada vez que emergía del oscuro subsuelo en el que se agazapaba: «Deberías encargarte del sobre de las suecas».

Gabriel llegó muy pronto del trabajo, algo que extrañó a Ingrid, ya que los viernes solía tomar algo con los compañeros a la salida de las clases.

—Qué pronto llegas —dijo tras oír la puerta del salón y sin mirar la entrada de Gabriel, pues estaba concentrada acomodando flores en un gran jarrón.

Gabriel no medió palabra. La agarró por detrás y ella notó su pene, duro y decidido, apretarse contra una de sus nalgas.

—Pero…

—He venido a follarte —le dijo Gabriel al oído.

Ocurrió de inmediato, al instante. En apenas una décima de segundo, Ingrid, que en cualquier otro momento se hubiera muerto de risa ante aquella frase de semental barato, sintió de repente que su cuerpo entero se inundaba de algo que solamente podía calificarse como oleadas de pasado, de ecos de sus años en Mölle, de la pasión de otro tiempo que justo en ese momento era capaz de recobrar por algún tipo de proceso que se escapaba a su entendimiento. Aunque quizá no sea preciso decir que aquello ocurría en su cuerpo, pues Ingrid notaba más bien que era algo espiritual, un sentimiento de trascendencia al tiempo, un golpe de nostalgia tan grande, tan verdadero, que lo único medianamente lógico que pudo hacer fue entregarse a la pasión que venía a visitarla directamente desde su juventud. Gabriel e Ingrid hicieron el amor espoleados por una sed salvaje, ansiosos, con afán de romper el sofá, el salón entero, la casa si fuera preciso. Al terminar, aunque aquel sentimiento de recobrar el pasado fue desapareciendo del interior de Ingrid, se sentía drogada, poseída por algo semejante a la trascendencia. No lo comentó con Gabriel, simplemente le dijo: «Me ha encantado». Gabriel respondió con sequedad y subió las escaleras camino de la habitación y del baño de matrimonio. Obviamente, Ingrid era absolutamente incapaz de imaginar los motivos que habían llevado a Gabriel a actuar así. De hecho, nunca los llegaría a saber.

El sábado, Ingrid y Gabriel quedaron con Naoko y Enrique un par de horas antes de la cena para darse una sauna y charlar un rato. Era algo que solían hacer: preparaban todo lo necesario para el evento durante el día, y cuando Viktor y Elise llegaban a primera hora de la tarde para dejarlo todo listo de cara al servicio —montar la mesa, hacer los cócteles, cortar y tostar el pan, sacar la cristalería, calentar las salsas, adecentar el salón para la llegada de los invitados, dejar la comida lista para servir—, Ingrid y Gabriel se metían en la sauna durante algo más de hora, normalmente con alguna pareja de amigos a la que citaban antes para compartir aquel ritual que para ellos era una especie de terapia, una purificación del

cuerpo y del espíritu. Naoko y Esteban eran unos de sus compañeros de sauna favoritos y además, Naoko solía cortarle el pelo a Gabriel antes de la sauna. Eran de ese tipo de matrimonios que parecían no pasar nunca por una crisis; no ya crisis de pareja, sino ni tan siquiera crisis personales. Reían, eran comprensivos, amables y atentos a los detalles. Siempre recordaban todo lo que se les contaba, cada una de las anécdotas y preocupaciones que suelen ser materia de olvido para la mayoría de interlocutores. Aquel día, Ingrid y Gabriel necesitaban especialmente la sesión de sauna. Llevaban un par de meses raros, relacionándose entre ellos a base de impulsos extremos, bien mostrándose una hostilidad de enemigos, bien arrebatados por una pasión desaforada como la del día anterior, así que ambos parecían requerir una dosis de calma y estabilidad emocional. Cada vez que Ingrid pensaba en ello, en la tormenta sentimental que estaba viviendo en su matrimonio, usaba a las suecas como chivo expiatorio: desde que aparecieron, todo era más gris, más hostil, más complicado. Y así lo expresó en la sauna mientras Naoko la miraba con atención:

—Sí, más complicado. Como más gris. No sé…, simplemente me siento así. Y no me gusta sentirme así.

E Ingrid volvió a escucharlo. Esta vez, de alguien que no esperaba. De la paciente, equilibrada y comprensiva Naoko.

—Ingrid, como veo que esto te afecta… —Gabriel hizo un amago de interrumpir, pero Naoko subió en poco la voz para imponerse—. Yo, poniéndome en tu lugar, tendría muy claro lo que hacer. Les daría el pasaporte sin firmar, y que lo firme el padre en casa si está enfermo. Ya está. —Naoko puso su mano sobre el antebrazo de Ingrid, sudoroso, resbaladizo—. ¿Que nos saltamos la norma? Pues sí, un poco. Todo se ha hecho bien menos una cosa. Pero es un hombre mayor, impedido. Y ellas parecen dos personas… complicadas, ¿no? —Naoko hizo una pausa antes de exponer su conclusión—. Yo les entregaría el pasaporte. Es lo que haría.

Ingrid no dijo nada. Se quedó seria, pensativa. Sus tres compañeros de sauna la miraban expectantes. Y todo lo que dijo,

por respeto a no quebrantar la paz del momento, fue:

—Bueno, ¿subimos?

Porque Ingrid tenía algo muy claro: su integridad no era negociable.

Subieron en silencio, se ducharon, se vistieron y los invitados empezaron a llegar. Las expectativas que Ingrid había depositado en aquel grupo estaban más que justificadas: ya en el cóctel que tomaron de pie en el salón, la conversación y el ambiente fueron excelentes. Animada por Martha y Berta, que obviamente encajaron entre sí al instante en una especie de conexión británica, Ingrid empezó a beber a un ritmo mayor del que estaba acostumbrada. Andrés, el cirujano, parecía un hombre sereno y amable que llevaba camino de pasar «la prueba de la gente» con nota, ya que iba presentándose a todos los invitados y daba conversación con una facilidad asombrosa. Ingrid sintió mucha ternura hacia él por lo bien que estaba tratando a Nora. Le había servido una bebida y hablaba con ella con atención y una enorme sonrisa. Ingrid se acercó a Berta y le dijo:

—Andrés parece fantástico.

—Pues claro que lo es —dijo Berta con sarcasmo—. ¿Qué esperabas?

—Llevas razón. No debería ponerte en duda.

—Y espero —dijo Berta levantando un dedo acusador— que nos pongas algo rico de comer. Porque Andrés me iba a llevar a cenar al Sevilla.

—Vaya… —dijo Ingrid—. Qué nivelazo, nena. Espero que podamos estar a la altura. Y hablando de la cena… —Ingrid levantó la voz para que la escucharan los comensales—. ¡Pasamos al comedor!

Todos cambiaron de estancia con las copas en la mano, charlando animosamente y con las mejillas arreboladas a causa de la calefacción. A medida que transcurría la cena, la conversación mutaba a temas cada vez más controvertidos, pues se pasó del cine y de la pintura a asuntos como la política, los derechos de los

animales —algo que parecía preocupar bastante a Enrique—, las medidas sociales del Ayuntamiento o los problemas de okupas que estaban surgiendo en las casas a medio urbanizar que había en la zona exterior el pueblo.

—Pues yo veo bien que ocupen casas que el banco tiene paradas —dijo Gabriel—. En este país, los bancos pueden hacer lo que quieran, pasar por encima de los derechos de los demás.

—Pero es legal —protestó Enrique—. Lo que hacen, nos guste o no, es legal. Y los niñatos que se meten en sus casas, la mayoría son una panda de vagos que se quiere aprovechar del sistema.

Gabriel y Enrique se llevaban tan bien que discutían sonriendo.

—Vale, puede que haya alguien así, pero también hay gente desesperada. Gente que no tiene oportunidades. ¿Y por qué no puede utilizar una casa vacía que una entidad usurera ha fabricado por cuatro duros y va a vender por una millonada? ¿Has visto a la familia que hay en los bloques de arriba del todo? Esa gente está desamparada.

—Mucho sinvergüenza es lo que hay aquí. Media España trabajando en negro. Con todo lo que no se declara en este país, la gente que menos tiene podría vivir mejor —apuntilló Enrique buscando una especie de frente común que parecía residir en la evasión de impuestos.

—Y a nosotros —dijo Luis, el marido de Jutta, que era funcionario— mirándonos con lupa. Hasta el último céntimo. No sabéis la que me ha dado Hacienda este año. Y eso que me pagan ellos.

—Pues solo tienes que ver cómo me cobraron los albañiles que me hicieron el cuarto de baño —dijo Gabriel con un gesto de dar la razón a Luis—. Más de la mirad en negro. Y ahora, que hemos tenido problemas con la mierda de obra que hicieron, a ver quién reclama. Pero vamos, que ahí el tonto fui yo.

—¿Esos son los que te hablaron de las suecas? —preguntó Jutta.

—Sí, el capataz. Un imbécil que parece un zombi.

—¡Coño! —exclamó de repente Berta mirando a Ingrid, como accionada por un resorte—. ¿Por eso te acercaste el jueves a hablar con ese tipo?

—¿Qué tipo? —preguntó Gabriel mirando a Ingrid.

—El albañil, el que estaba en el hotel —continuó Berta—. Dijiste que era el que te había hecho la obra del baño.

Ingrid estaba un poco bebida, y eso la hacía sentirse menos susceptible de lo habitual. Atravesaba una de esas ebriedades que conducen por la senda de la sinceridad extrema.

—Pues sí —dijo Ingrid mirando a Gabriel y a Jutta, que estaban sentados uno al lado del otro—. Vi al capataz, al de La Umbría, y me dio curiosidad. Así que me acerqué y le pregunté por las suecas.

—¿Y qué te dijo? —quiso saber Luis.

—Nada. Se hizo el loco. Me dijo que no te había hablado de ellas —dijo dirigiendo la mirada a su marido.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—¿Qué suecas? —preguntó Martha con curiosidad. Todos se estaban animando mucho con aquel tema que parecían compartir.

—¿Las dos que vinieron el lunes? ¿Las brujas? —preguntó Nora con sorna, también algo achispada por el vino. Le habían quitado los yesos un par de días antes y estaba sufriendo bastantes dolores en las muñecas mientras se le habituaban de nuevo a la vida activa.

—Sí, mamá. Las que vinieron el lunes. Y yo no he dicho nada de brujas. Eso lo dijo precisamente el capataz.

—Pero anticiparon la muerte de tu rosal —dijo Jutta.

—Eh, un momento —dijo Carla—. Yo quiero saber esta historia.

—¡Y yo! —dijo Martha.

—¿Qué pasó con el rosal? —preguntó Berta—. Es verdad que al llegar me he dado cuenta de que no estaba, pero se me ha olvidado preguntarte.

Así que, por aclamación popular, Ingrid y Gabriel tuvieron que contar la historia de las suecas. Era la primera vez que se hacía una recapitulación completa, una síntesis de todas las interacciones con

«las hermanas no hermanas», como las llamó Jutta. La parte narradora —Ingrid, Jutta, Luis, Gabriel— fue aportando datos sobre ellas que se amontonaban como los estratos de un corte geológico: encuentros, conversaciones, apariciones, escenas, cronología…, y, alimentados por la exposición conjunta, alentados por la experiencia compartida, se recrearon en motivos escabrosos: en cómo Karl y Rose tuvieron que salir huyendo tras los disparos, en los pagos sexuales al suegro de Matilde y en el padre abandonado en el sótano, atado a una barra metálica, alimentado con comida de perro. Finalmente, a modo de conclusión, Ingrid dijo:

—Así que mi rosal murió. Se pudrió sin que fuera capaz de salvarlo.

—Y ellas te lo advirtieron… —dijo Naoko, pensativa.

Ingrid había omitido deliberadamente la comparación del rosal con sus hijos porque si el hecho de pensarlo le causaba un daño agudo y agrio en todo su interior, no quería ni imaginar en qué se convertiría aquel dolor al verbalizar las palabras que Katja había grabado a fuego en sus estratos más profundos. En sus estratos de madre.

—Pero aún queda algo —añadió Gabriel—. El lunes vinieron a traer el sobre.

—Me lo dieron a mí —intervino Nora—. Ingrid estaba en Granada.

—De hecho, fue la tarde que nos presentaron, Martha —aclaró Ingrid—. En la exposición.

—Ah, cierto —dijo Martha.

En ese momento, a modo de conclusión, toda la estancia fue cubierta por una capa de silencio. Un silencio pensativo, un silencio amarillento a causa de la gran cantidad de luces bajas y de velas que había sobre los muebles y en los rincones. Únicamente lo quebraban, levemente, algunos ruidos lejanos de platos y vasos que provenían de la cocina, donde Viktor y Elise preparaban el postre. A través de las cristaleras del salón se veía cómo una leve brisa agitaba los árboles del jardín. Era una noche fresca, una noche agradable de otoño que arrastraba hojas, que renovaba vida y

presagiaba incertidumbre. Era una noche bonita, nada que ver con la noche que estaba por venir, la fatídica noche que todos recordarían para siempre y que prácticamente tendría como protagonistas a los mismos comensales. Una noche para la que aún faltaban unos meses. Y entonces, en mitad de aquel silencio gaseoso y reflexivo, a Andrés se le ocurrió algo. Con ello corroboró lo que parecía: una persona sagaz, rápida de pensamiento. Berta estaba agarrada a su brazo, como queriendo protegerse de todo lo que se había dicho en la narración de las suecas. El cirujano apuró su copa de vino, levantó la cabeza y dijo:

—Si te han traído el sobre con la documentación, dentro estarán las fotografías del padre. Podríamos echarles un vistazo, a ver qué aspecto tiene.

Todos levantaron la vista. Todos se miraron. Aparecieron algunas sonrisas. Sonrisas de travesura. Las miradas convergieron en Ingrid, que parecía debatirse internamente entre el veneno de la curiosidad que tanto Andrés como el vino habían introducido en ella y su inflexible responsabilidad en todo lo relativo a su tarea consular. Aferrándose a su naturaleza, Ingrid intentó luchar.

—Eso es privado —musitó en voz baja.

Pero inmediatamente, como si todos los comensales estuvieran esperando justamente esa respuesta, el aire se llenó de reproches en tono divertido, de «nooo», de «¡pero por qué eres así!», de «venga, mujer», de «vamos, mujer», de «¿pero es que no te da curiosidad?» que empezaron a sacar una sonrisa a Ingrid, a doblegarla como cuando a uno de los dos participantes en un pulso le fallan las fuerzas y empieza a dar su brazo a torcer. Finalmente, fue Nora quien dio la puntilla, acertando directamente en donde más dolía a Ingrid: en la obligación de la anfitriona de satisfacer a sus invitados.

—¡Pero, mamá! —contestó Ingrid, dando un último manotazo de ahogada. Todos se rieron al unísono, conscientes de su inminente victoria. E Ingrid claudicó—: Bueno, está bien.

La presión popular se tornó en euforia y Gabriel se levantó de la mesa y corrió hasta donde estaba el sobre. Se escucharon algunos «¡ábrelo!», pero Gabriel, sonriente, hizo un gesto de pedir calma.

—Tenemos las copas vacías —dijo entre risas—. Así no se puede. ¡Elise! —gritó—. ¿Puedes traer otra botella de cava, por favor?

En apenas unos segundos, Elise apareció en el salón con una botella y un enfriador lleno de hielo. La descorchó con gran habilidad y empezó a llenar las copas, terminando por la de Gabriel. Viktor llegó con una bandeja enorme que contenía un surtido de chocolates. La depositó en el centro de la mesa.

—Buen provecho —dijo sobriamente.

Pero todo el mundo miraba a Gabriel, que, ya con su copa llena, rasgó la solapa del sobre.

—Vamos allá —dijo, concentrado en su labor.

Es curioso cómo la mente es capaz de invadir los recuerdos insuflándoles circunstancias completamente artificiales, manipulándolos para engañarnos a su antojo: hay quien diría que somos juguetes en manos de nuestra mente, dueña de los retales del tiempo que permanecen en nosotros. Años después, cada vez que Ingrid recordara aquella cena —y posiblemente alguien más entre los comensales— sentiría frío de inmediato. Un frío que, según la manipulación de su mente, se adueñó de la estancia como un espectro invisible mientras Gabriel abría el sobre, mientras sacaba y descartaba de inmediato aquellos documentos insólitamente rellenos con bolígrafo verde y extraía el pequeño sobre en el que venían las fotografías. Frío. Mucho frío. Temblores, vaho, nieve, dolor de articulaciones. Hielo.

—¿No hace mucho calor? —dijo Naoko, pero eso Ingrid no lo recordaría jamás.

Lo que sí recordaría —cómo olvidarla— fue la cara de Gabriel al sacar las fotos de Hans del pequeño sobre marrón. Su gesto jocoso, su cara de niño travieso se convirtió de inmediato en una mueca pálida, congelada en el cauce del tiempo a causa de una sorpresa que aún no acertaba a descifrar y solamente intuía guiado por un

instinto primario. Acto seguido, masculló algo ininteligible y lanzó las dos fotos de Hans al centro de la mesa, y aquellos dos rostros idénticos quedaron esparcidos en silencio junto a los postres, junto a las velas, junto a las copas espumeantes de cava.

Y precisamente fue Andrés, el instigador de la broma, quien reaccionó, corroborando lo que Gabriel intuía sin siquiera saber que lo intuía, lo que todos encajaron como un golpe que les diera por la espalda una sombra indescifrable que se esconde en un desván oscuro, como un hálito de regusto frío, muy frío. Helado.

—Este hombre está muerto —dijo Andrés cogiendo una de las fotografías.

Es curioso cómo funciona el espectro emocional humano. De haber habido un observador externo, insensible, imparcial, que no participase sentimentalmente de la experiencia grupal de aquella mesa, habría contemplado cómo, en apenas una décima de segundo, todos aquellos rostros habían pasado de una euforia dulce y blanda, casi palpable en el ambiente, una euforia que ahondaba en los placeres atávicos de la experimentación colectiva, a unas muecas que reflejaban que sus almas, de repente, caminaban sin explicación sobre la milimétrica línea previa al precipicio de la desolación. Solamente habló Gabriel:

—No tiene por qué estarlo, ¿no?

Andrés cogió la otra fotografía. La miró fijamente y le dio la vuelta, mostrándola al resto de comensales como el voluntario que sale al escenario en un número de magia y al que le dicen: «Muestre su carta al público, por favor». Dijo:

—Por supuesto que lo está. Estas pupilas son las de un cadáver. He visto decenas, quizá cientos. Y este hombre, sí o sí, está muerto.

Nora, intentando pelear contra el elefante que acababa de colarse en la habitación, argumentó en su basto español:

—Es verdad que está pálido y tiene un gesto… raro. Pero a lo mejor él es así.

—El gesto —dijo Andrés con voz firme, rozando un tono deliberadamente pedagógico— es, evidentemente, el de una

persona muerta. Pero la evidencia no es ni su rostro ni su color. Son las pupilas. —Y, levantando de nuevo la fotografía y señalándola con el dedo índice de la otra mano, apostilló—: Las pupilas de un cadáver no se pueden disimular.

—Dios mío —dijo Naoko echándose la mano a la boca.

—Además —añadió Andrés mirando fijamente la cara color tiza de Hans y arrugando la frente—, diría, casi con total certeza, que, en el momento de hacer la fotografía, este hombre llevaba menos de dos horas muerto.

No había un observador externo aquella noche para ver cómo aquellas personas, que llegaron felices, conscientes de la seguridad de su mundo que podríamos llamar burgués o de clase media-alta, siendo acordes al vocabulario de la época, abandonaban en silencio la casa de Ingrid como si se hubieran introducido en una fotografía de tonos pálidos y, en ese momento, estuvieran atravesando el jardín, despidiéndose con besos tímidos y fugaces y poniendo rumbo al funeral de Hans, que los miraba indiferente con su presencia de momia fresca.

No, no había ningún observador externo que pudiese contemplar los restos desvencijados dejados por el torbellino que había emergido de aquel pequeño sobre marrón, pues los únicos ojos ajenos a la familia que quedaron en la casa tras las despedidas fueron los de Hans, quietos sobre la mesa ya recogida, vacíos, de un azul blanquecino similar a de la piel de un cachalote, unos ojos que según Andrés habían quedado congelados para siempre sobre un papel cuando apenas llevaban un par de horas navegando por el vacío oscuro de la muerte.

11

Fue similar a uno de esos procesos violentos que, tras un estallido furioso, de repente se detienen y pasan a un estado latente, un estado cuyo movimiento es casi imperceptible tras el arrollador choque inicial, como la fecundación de un óvulo en un encuentro sexual desesperado, o el crujido luminoso que inicia a una tormenta de verano en mitad de la noche, o la explosión cegadora que dio origen al cosmos y que comenzó a esparcir por el vacío el calcio que ahora forma nuestros huesos, el hierro que circula por nuestras arterias y, en definitiva, la materia de la que estamos hechos. Así ocurrió con las suecas: tras el estallido inicial de las visitas, las peticiones, las conversaciones y las fotografías, todo se detuvo durante los meses de invierno, como si hubieran entrado en una oscura y paciente hibernación, pero dejando en Ingrid el estado latente del óvulo, de la tormenta y de la explosión primigenia del universo. Solo que, en su caso, no fue un proceso físico, sino mental, pues ni Ingrid ni nadie de su círculo podía quitárselas de la cabeza desde que aquella noche de principios de diciembre abrieron el sobre con las fotografías de Hans. Proceso, latencia, espera.

Las fotos estuvieron sobre la mesa hasta la mañana siguiente, cuando Ingrid las metió en el sobre junto con la documentación y lo llevó todo al consulado, no sin antes echarles un último vistazo y darse cuenta, al mirarlas a la luz del día, de un detalle que guardaría exclusivamente para sí con el objeto de no alimentar más a la bestia del morbo que había nacido en su grupo de amigos: el fondo blanco sobre el que estaba la cabeza de Hans era, sin lugar a duda, una sábana. Esa tarde dejaron a Nora en casa, y Gabriel e Ingrid fueron

con los niños a patinar sobre hielo en una pista que acababan de inaugurar en Granada. Después pasearon por Puerta Real, dejándose conmover por la tenaz luminiscencia de la decoración de Navidad, por aquel ambiente frío y seco que arrastraba en su brisa el aroma nostálgico de las castañas asadas, por las oleadas de gente abrigada, encogida al atravesar las callejas del centro, deseosa de comprar y relacionarse. Cenaron en un restaurante mexicano prácticamente en silencio, alienados por una incesante música de mariachis que sonaba en el local a todo volumen. Al llegar a casa, Ingrid leyó a Camilla una de las historias de su libro de fábulas suecas. En ella, dos hermanas soñaban a diario con dos criaturas, una especie de trols que movían la boca para hablar pero que no emitían sonido alguno. A medida que las niñas soñaban con ellos, empezaron a cobrar forma poco a poco debajo de sus camas durante las noches. Cada mañana, cuando despertaban, las niñas se asomaban y los trols estaban un poco más completos. Un día amanecían con un brazo nuevo, o quizá con ojos, o se les había formado la nariz. Así, hasta la mañana en que cobraron vida y salieron de debajo de la cama para, sin mediar palabra, encerrar a las niñas en un desván bajo llave. Después bajaron a la cocina y se hicieron pasar por ellas. Las niñas, por mucho que gritaban y golpeaban la puerta, no encontraban respuesta. A base de asomarse por un ventanuco sucio que había en el desván —para ello tenían que subirse una encima de la otra—, se dieron cuenta de que sus padres también habían sido sustituidos por otra pareja de trols, ya que veían a las cuatro criaturas salir de la casa para recoger los huevos del gallinero o para ordeñar las dos vacas de la familia, siempre moviendo las bocas sucias y tenebrosas como si hablaran, pero sin emitir sonido alguno. A veces olía a pan a través de las rendijas del suelo del desván y, poco a poco, las niñas empezaron a sentirse débiles a causa de la falta de alimento y agua, ya que los trols no les daban absolutamente nada. Una noche, presa de la desnutrición e imaginando que no les quedaba mucho tiempo de

vida, la hermana mayor, desesperada, le pidió a la pequeña que soñara con los trols.

«¿Para qué?», preguntó la hermana pequeña. «Ya me basta con verlos a través de la ventana, con sufrir lo que nos están haciendo. ¿Por qué querría soñar con ellos?».

«No», contestó la hermana mayor. «Nosotras los hemos creado, así que nosotras podemos destruirlos. Soñemos eso. Que los destruimos».

Y las hermanas, a causa de su debilidad, se quedaron dormidas.

—¿Y qué pasa después? —dijo Camilla, incorporándose de la cama, prácticamente gritando.

Adam también se giró hacia Ingrid, que sostenía el libro bajo la lamparilla.

—No lo sé. La fábula termina así.

Los niños la miraron con asombro.

—¿Cómo va a terminar así? —dijo Adam con indignación.

—Sí, ¿qué pasa con los trols? —preguntó Camilla.

—Supongo —dijo Ingrid con voz dulce, cerrando el libro— que es una de esas historias en las que cada uno decide lo que pasa al final.

Los niños seguían mirándola con cara de no estar para nada convencidos con aquella explicación.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que imaginar yo el final?

Ingrid dudó.

—Supongo que porque es bonito que pase lo que tú quieras. ¿Qué crees que ocurre después?

—Pues claramente, que las niñas mueren —dijo Adam—. Que se duermen y no se despiertan.

—¡No! —exclamó Camilla—. ¿Cómo va a pasar eso en un cuento? Yo creo que las niñas sueñan con los trols, y que consiguen que les abran la puerta y justo después… se destruyen.

—¿Se destruyen? Qué estupidez.

—¡Adam! —dijo Ingrid.

—Se deshacen —replicó Camilla con voz de explicar una obviedad a alguien irritantemente obtuso—. Igual que se formaron. Pero al revés —concluyó la niña, haciendo una mueca de dignidad, como si hubiera resuelto un enigma lógico.

—Bueno, lo dejamos aquí. Como habéis visto, los finales abiertos son buenos para la imaginación. Y ahora, a dormir. —Ingrid besó a Adam, que recibió el gesto con reticencia, dada su nueva actitud preadolescente, y abrazó a Camila, que correspondió a Ingrid con dulzura—. Me quedo con tu final —le susurró mientras la abrazaba.

Tras dar las buenas noches, Ingrid apagó la luz de la habitación de los niños, cerró la puerta y recorrió la casa, que ya reposaba en calma, poniendo orden en pequeños detalles: algún cojín fuera de su sitio, un vaso con agua sobre algún mueble y cosas así. Mientras lo hacía, no podía evitar sentir el reflujo amargo de su propio cinismo, pues aún resonaba en el eco de su memoria reciente ese «Me quedo con tu final» que le había dicho a su hija, una frase de consuelo que se mezclaba en su cabeza con la imagen indeleble de aquel desván húmedo y apenas iluminado por un ventanuco en el que los cadáveres de las dos hermanas, con sus vientres hinchados, se empezaban a pudrir en una sucesión infinita de días lentos y pesados, días lluviosos, días de fábula sueca, para terminar siendo apenas un puñado de huesos brillantes y lechosos esparcidos por el desván, olvidados por la familia de trols que hablaba con palabras silenciosas que no podían ni tan siquiera ser arrastradas por el viento.

Y así transcurría el invierno. En un estado de latencia estable, con Ingrid balbuceando continuamente en sus pensamientos sobre si las suecas volverían, si la llamarían, sobre qué le dirían y qué contestaría ella… Eran las invitadas perpetuas a la fiesta mental de Ingrid. No obstante, tramitó el pasaporte de Hans, que tardó un par de semanas en llegar al consulado, e Ingrid no pudo reprimir un escalofrío al ver de nuevo la foto, esta vez enmarcada en la seriedad de un documento oficial. De hecho, Peter, el encargado de imprimir los pasaportes en Málaga, cuando la llamó para ofrecerle unas

entradas para un festival de música al que no podía asistir, le comentó: «Menuda cara de muerto tiene el del pasaporte que te envié el lunes. No creo que renueve muchos más ¿eh?».

Fue un invierno de cenas con invitados prácticamente cada sábado en las que tuvo que pedir a su marido que evitase o apagase el tema de las suecas, ya que se había convertido en una especie de catalizador del caudal conversacional de los grupos que Ingrid conseguía reunir. Gabriel, por cierto, apareció en casa un par de viernes más completamente fuera de sí, desaforado de pasión, como un hoplita tras sobrevivir a la feroz batalla de Platea, como un animal irracional en celo que arrastraba a Ingrid sin mediar palabra a la cama, al sofá, al suelo, y que la penetraba sin mediar palabra con un salvajismo casi doloroso, y que eyaculaba entre espasmos antes de desaparecer escaleras arriba, sin decir absolutamente nada, presa de una aparente desubicación cuya causa, como hemos dicho, Ingrid no llegaría a conocer nunca.

El invierno latente fue rápido, tranquilo, un transcurrir de mañanas afiladas, frías como lejanías de Velázquez, como cadáveres expuestos al sol a los que ya se les empiezan a ver los huesos. Fue también el invierno en el que Therese Lindgren enseñó al mundo lo que significa escuchar a un corazón que se declara en estado de rebeldía, ya que en un mismo día y sin ofrecer algún tipo de indicio o pista previos, un martes tosco de enero, dimitió de su cargo de cónsul general y de su cargo de esposa, agarró a Erik, su amante agazapado hasta ese día entre las sombras, y cogió un avión hacia Suecia prácticamente con lo puesto, arrojada por completo a vivir en paz su felicidad con aquel hombre a quien deseaba antes de que la oscura inercia de lo secreto marchitara su amor, consciente como nadie de que es imposible forcejear contra el tiempo. Ingrid habló varias veces por teléfono con ella. Se había incorporado a su antiguo bufete de abogados y Erik había encontrado trabajo en una escuela de auxiliares de vuelo en la que enseñaba protocolo. Habían alquilado una casa a las afueras de Estocolmo, una casita con valla y jardín donde vivir con fervor y dulzura la vida que merecen aquellos

que decidieron escuchar ese latido incesante que provocan los corazones apasionados cuando quieren que luchemos por un amor imposible.

Y, poco a poco, con la calma de un goteo silencioso que una roca cubierta de musgo vierte sobre un río, el frío dio paso a una primavera que resolvió por fin la latencia, y trajo consigo el producto generado por la explosión que había dado inicio al proceso que permanecía dormido: Ingrid recibió dos visitas que lo precipitaron todo. Absolutamente todo.

12

A principios de marzo, Gabriel tuvo que marcharse a Bilbao durante un fin de semana para hacer entrega de una escultura, un velero abstracto de bronce que iba a colocarse en la entrada de un club náutico que se inauguraba una semana después. El club había organizado un cóctel el sábado por la tarde para que se descubriera la escultura, donde Gabriel daría un pequeño discurso que había preparado a conciencia, repleto de frases grandilocuentes sobre el arte y la creación. Acudirían periodistas, políticos y gente bien de Bilbao, algo con lo que Gabriel se sentía, citando a Ingrid, «completamente en su salsa». Además, durante el invierno latente, Nora había hecho una gran amistad con Ana, la abuela de la amiga castellana de Camilla: salían a pasear, charlaban por teléfono y todos los jueves por la tarde habían tomado la costumbre de acudir al bingo del pueblo, cada una con su pequeña cartera de polipiel llena de monedas de doscientas pesetas y las bocas resecas a causa de la avidez que sentían por la copa de coñac que las esperaba. «Otras abuelas quedan los domingos para ir a misa, y nosotras lo hemos cambiado por el bingo, ¿qué pasa? En los dos sitios intentan engañarte, pero por lo menos en el bingo, si tenemos buena tarde, podemos volver con algo en el bolsillo», argumentaba Nora cada vez que Gabriel la advertía en tono de broma sobre la ludopatía geriátrica.

Ese fin de semana de principios de marzo en el que Gabriel estaba en Bilbao, Ana y su nieta habían invitado a Camilla y a Nora a una casa de campo. También estarían los padres de la amiga de Camilla y su labrador negro, Rayo. Para terminar la reubicación,

Adam decidió irse a dormir a casa de Naoko y Esteban, que habían comprado una PlayStation a su hijo y este había convocado a su grupo de amigos para celebrarlo con una noche de vídeojuegos y pizza.

Por lo tanto, aquella noche de sábado, a eso de las nueve, mientras una lluvia fina pulverizaba el jardín oscurecido, Ingrid recorrió el salón con la mirada y resopló: no recordaba cuándo había sido la última vez que tenía una noche para ella sola. Encendió la chimenea, se puso ropa cómoda —un viejo chándal Adidas y unas zapatillas de paño grises— y se preparó una cena a base de queso y embutido. Puso también un cuenco con pepinillos y otro con lechuga fresca. Cortó pan, abrió una botella de vino y se sentó frente al fuego a hacer un poco de *zapping*. Sin prisa, terminó la cena y abrió una caja de bombones que le habían regalado una pareja de cónsules suizos a los que había llevado a la Alhambra esa semana. La lluvia empezó a intensificarse, y su sonido, al caer sobre el tejado, se asemejaba al ruido blanco de un viejo televisor estropeado.

A eso de las doce, Ingrid se tumbó en el sofá, se echó una manta por encima y se dejó amodorrar por el sopor del vino y de la lumbre, que se reflejaba en los cristales y proyectaba sombras titilantes en el techo y en las paredes. Poco a poco empezó a sumirse en un sueño leve y pegajoso, de donde fue rescatada a los pocos minutos por una oleada ácida de excitación que se presentaba completamente por capricho y sin justificación alguna. Notó que su vagina se humedecía y que el aire del pecho se le entrecortaba al salir de sus pulmones. Apagó la televisión y se quedó a solas con el repiqueteo de la lluvia y con el crepitar de la chimenea, a solas con aquel rubor que empezó a satisfacer bajándose los pantalones y las bragas, asaltada por pensamientos inconfesables, acariciándose sin prisa los labios mayores y metiendo poco a poco su dedo índice en el interior de su vagina, completamente desbordada por un caudal de flujo acuoso y caliente. Ingrid siguió frotando y combinando diversas formas de estimulación que empezaron a abotargar sus sentidos, a

llenar su interior de un placer que se acumulaba esperando a poder liberarse, un placer que la llevaba a saturar su cabeza de imágenes prohibidas de hombres con los que apenas se permitía fantasear, pero que esa noche afloraban con la nitidez de la pasión desatada. Y cuando ya se aproximaba la explosión que Ingrid buscaba con una desesperación que prácticamente la disociaba de la realidad física, lo escuchó. Fue una especie de «clac» que provenía del patio trasero, lo suficientemente audible para sacar a Ingrid del trance en el que se encontraba. Sus manos quedaron paralizadas y el hechizo se empezó a disolver. Se quedó quieta, escuchando. Lluvia. Fuego. Nada más. Así que decidió darse una segunda oportunidad. Cerró los ojos, empezó a acariciar su clítoris muy despacio, con cuidado de no sobreestimularlo, pero a los pocos segundos volvió a sonar, quizá aún más fuerte: «clac». Ingrid paró de inmediato. Se subió las bragas y los pantalones y se incorporó, atenta. Aguzó el oído, pero no hizo falta. Un nuevo ruido se escuchó en la misma dirección, pero, a diferencia de los anteriores, que provenían claramente de fuera, del patio interior, este había sonado en la cocina.

Ingrid se levantó y empezó a pensar en qué hacer, pero no tuvo tiempo de tomar ninguna decisión: la puerta de la cocina se abrió y de ella salió un hombre. Ingrid emitió un grito involuntario que no escuchó y el hombre se quedó quieto, mirando a Ingrid. Tranquilo.

Se quedaron mirándose unos segundos, fijamente.

—No te acerques —dijo Ingrid con una voz nerviosa, muy diferente a la suya, una voz que parecía pulverizar adrenalina.

El hombre no dijo nada. Se limitó a seguir mirando a Ingrid. Quieto, con un gesto serio e inmutable.

—¿Qué quieres?

No hubo respuesta. Solo mirada. Sin gesto, sin alma.

—¡¿Qué quieres?! —gritó Ingrid.

Sin cambiar el gesto ni el aire serio, casi ausente, el hombre empezó a andar. Dos, tres pasos en dirección a la parte interior del salón. Miró levemente a su alrededor. Al techo, a la chimenea, a la mesa con los restos de la cena y a la botella de vino, iluminada por

el fuego ondulante, abandonada a medio beber. Ingrid también se movió, pero en sentido contrario. La mesa baja y el sofá mediaban entre ella y el hombre.

—Mi marido viene de camino —dijo Ingrid—. Es policía. Está a punto de llegar. ¿Me oyes?

Pero el visitante, sumido en su mutismo implacable, mostraba una absoluta indiferencia.

—¡¿Qué quieres?! ¡Di algo! ¡Qué!

Nada parecía turbarlo. Despacio, siguió andando hacia el interior del salón, e Ingrid también caminaba al mismo tiempo, dejando siempre entre ella y el hombre unos tres metros de distancia, como dos pistoleros esperando a desenfundar en una calle polvorienta y terrosa de *western*. En un fogonazo de raciocinio, Ingrid se obligó a tomar conciencia de su aspecto para recordarlo. Era rubio, de formas fuertes y robustas, más redondas que cuadradas. Llevaba una densa barba color corcho y una melena corta. Su cara daba la impresión de ser un óvalo dorado, como el sol que aparece en mitad de la bandera de Argentina. «¿Unos cuarenta años?», pensó fugazmente. Ingrid empezó a sudar, notaba de repente un calor asfixiante.

El hombre siguió andando, rodeando el salón, camino de la puerta que salía al jardín. Miraba los muebles, los cuadros de las paredes, los objetos que decoraban los rincones. Todo ello con un gesto de curiosidad despreocupada, con un cinismo tácito y parsimonioso. Ingrid no sabía qué hacer ni qué decir ante el silencio del visitante, pero empezó a intuir que no iba a hacerle daño, y tuvo la sensación de que todo aquello estaba ocurriendo a base de pulsos energéticos de baja frecuencia, como si la realidad que ella conocía hubiera cambiado de normas. El hombre terminó de dar la vuelta completa al salón, e Ingrid hizo lo mismo en dirección opuesta, dando exactamente los mismos pasos que él había dado. Llevaba un impermeable azul marino que dejaba un rastro de gotas por donde iba pasando, e Ingrid pudo fijarse en que llevaba una flor en su mano derecha: un crisantemo de color púrpura. Miró en dirección a la puerta y de repente se giró hacia Ingrid. Fue el único gesto rápido

que hizo, pues parecía provenir de una realidad en la que todo ocurría a cámara lenta. Ingrid le aguantó la mirada y el miedo empezó a aflorarle. Los ojos del extraño eran acuosos y distantes, de ese azul del que están hechos los hielos perpetuos que hay en los glaciares de Finlandia. Y ahí estuvieron. Quince, veinte segundos mirándose a los ojos, él junto a la puerta, ella frente a la chimenea; él, tranquilo e impasible, y ella, aguantándose las ganas de llorar de la impotencia.

Finalmente, el visitante se giró hacia la puerta del jardín, la abrió y salió. Un caudal de aire helado y húmedo a causa de la lluvia fina que caía en diagonal se empezó a colar por la puerta que el hombre había dejado entreabierta. Ingrid solamente tuvo un pensamiento: que aquello no había sido real; pero observó el rastro de gotas que había dejado el visitante y ahí, de pie, mirando hacia la puerta que dejaba entrar en su casa el aire de un invierno moribundo, tuvo que aceptar que un desconocido se había paseado por su salón un sábado por la noche como un gato que entra por una ventana abierta, como un fantasma que se desliza por el hueco de la chimenea y empieza a vagar por los pasillos.

Ingrid se quedó unos minutos —más tarde le sería imposible decir cuántos— completamente quieta, casi paralizada, como si el hombre le hubiera contagiado aquella calma imperturbable que parecía llevar puesta como un manto invisible. Después, caminando muy despacio, mirando a través de las cristaleras a la noche oscura llena de vegetación en movimiento, cerró la puerta y fue al teléfono. Como pudo, le explicó a Gabriel lo que había ocurrido. Él estaba de copas en Bilbao, y tuvo que salir del local para que pudieran entenderse, ya que el volumen al que sonaba *Wannabe* de las Spice Girls era atronador. Fue ese tipo de conversación telefónica complicada en la que el asunto es difícil de explicar y difícil de entender al mismo tiempo. Cuando consiguieron entenderse, Gabriel le dijo que llamara a la Policía de inmediato y que él a su vez iba a llamar a Iberia para intentar adelantar el vuelo. Ella masculló un «No importa, cariño, estoy bien, déjalo», y colgó. Marcó el número de la Policía, explicó

todo lo ocurrido —esta vez con más acierto, pues ya le había quedado claro con su marido que la historia no era sencilla de narrar y menos aún si empleaba un lenguaje completamente atropellado— al agente que la atendió y unos minutos después, una patrulla llamó a su puerta. Eran dos hombres calvos vestidos de paisano que le enseñaron la placa y pasaron. Ingrid les contó lo sucedido y los agentes le pidieron que encendiera las todas las luces posibles. Uno de ellos miró —con lo que a Ingrid le pareció cierto aire de desprecio— la botella de vino medio vacía. Fueron al patio interior, donde intentaron averiguar sin éxito por dónde había entrado el hombre. Había dejado de llover y la humedad del ambiente saturaba la respiración.

—¿Qué hay detrás de ese muro?

—La casa del vecino —dijo Ingrid—. Está bastante más alta que esta. En la calle de arriba. Por eso el muro es tan alto.

—¿Y dice que apareció por esa puerta? —preguntó uno de los policías señalando la cocina.

—Sí, exacto. —Los tres caminaron hacia la cocina y volvieron al salón—. Yo estaba ahí, en el sofá. Él entró, rodeó toda la habitación y salió.

—Y no dijo nada.

—Nada.

—¿Gesticuló?

—No. Se limitaba a mirarlo todo. Como si sintiera curiosidad.

—Y no le suena de nada.

—No, de nada. Estoy segura.

Los agentes salieron al jardín, ahora iluminado por todas las luces que Ingrid había encendido. Registraron absolutamente todo mientras Ingrid permanecía de pie en la entrada, muerta de frío, arrebujándose lo máximo posible la rebeca de lana que se había puesto encima del chándal.

—Señora —dijeron a modo de conclusión mientras entraban de nuevo al salón—. No hay señal alguna de la presencia de ese

hombre. No hay nada forzado. No hay huellas ni marcas de por dónde ha entrado o salido.

Ingrid miró hacia atrás, hacia el suelo de la habitación, pero el camino de gotas que había dejado el visitante a su paso ya no existía. Pensó involuntariamente en la palabra «efímero».

—¿Qué me recomiendan hacer?

—Bueno —dijo uno de los policías—. En primer lugar, si hoy no se siente segura, algo que me parece totalmente comprensible, le diría que durmiese en casa de alguien. De unos amigos, o de familiares si los tiene.

—Por otro lado —continuó el otro—, creo que su casa es segura, y creo que no es fácil entrar. Pensamos… —hizo una pausa; miró a su compañero y siguió—, y esto es solamente una conjetura, que es posible que ese hombre tuviera llave. Que haya entrado cuando usted no estaba en casa y se hiciera con ella. Porque, según nos ha dicho, por la tarde la casa estuvo varias horas vacía, ¿verdad? —Ingrid no contestó—. Señora, ¿sabe si hay alguien que haya podido copiar sus llaves? ¿O tener acceso a ellas de algún otro modo?

Ingrid se quedó helada. De repente imaginó al visitante agazapado en la parte oscura del patio interior, cubierto por su impermeable, esperando durante horas a entrar al salón a dar su paseo. Lo imaginó también mirándola en silencio mientras se masturbaba. Eliminó esos pensamientos para poder contestar.

—No, no sé. No sé quién… —A Ingrid le estaba costando trabajo hablar y procesar aquella información al mismo tiempo.

—Es normal. Tómese su tiempo. Piense en alguien que haya podido copiar la llave. Pero tenga en cuenta que esta idea es solamente una suposición. Quizá el hombre ha podido colarse de alguna manera. Es cierto que, *a priori,* no se nos ocurren muchas, pero, señora, créame que hemos visto de todo. En materia de asaltos a casas, ellos…

Ingrid dejó de escuchar porque un fogonazo de claridad había acudido a su mente enturbiada por la confusión.

—¿Será posible que…? —masculló en voz baja, y echó a andar hacia el recibidor.

Los policías la acompañaron, e Ingrid abrió un cajetín de madera que había junto a la puerta por la que había salido el visitante al jardín. En el cajetín se guardaban, colgadas sobre unos pequeños ganchos, todas las llaves de la familia que no solían usarse: las de repuesto del coche, las de los hoteles o la copia del mando de la cochera. Años atrás, Gabriel había puesto etiquetas junto a los ganchos para que no se extraviara ninguna, así que identificar cuál faltaba fue fácil, inmediato. Junto a la etiqueta «LLAVES REPUESTO CASA», lo único que había era un gancho vacío.

13

—Han sido ellas.

—Cariño, por Dios, no digas tonterías. ¿Cómo van a ser ellas? ¿Cuándo?

—Pues yo qué sé, Gabriel. Alguna de las veces que han estado en casa. Cuando les abrió mi madre, por ejemplo. Conque una la distrajera, la otra pudo haber cogido las llaves del cajetín perfectamente.

—¿La tonta o la medio ciega?

—¿Ya estamos?

—…

—Gabriel, ¿de verdad piensas que no han podido ser ellas?

—Pues es que lo veo muy retorcido, qué quieres que te diga. Veo más probable que las hayamos cogido alguno de nosotros y no nos acordemos.

—¿Las has cogido tú?

—No, yo no las he cogido… Espera, entra por esa calle. La comisaría está ahí. Creo que se puede aparcar al fondo, hay una especie de plaza.

—…

—…

—Pues yo tampoco las he cogido. Ni mi madre. Ni los niños.

—¿No usaste ese juego para hacer la copia de tu madre?

—No, la hice de las mías. Yo no he tocado esas llaves en años.

—…

—…

—…

—¿Sabes lo que me jode de todo esto?

—…

—Que ya están otra vez. Que han creado una incertidumbre continua dentro de mí. Dentro de nuestra casa, de nosotros. Que ellas…

—¡Ingrid!

—…

—¿No te das cuenta de que lo has creado tú sola? ¿De que ellas no han hecho nada? Ellas solamente han venido, han presentado una solicitud y te han pedido un favor. Un favor relativamente pequeño. Ya está. No es tan descabellado. ¿Que son raras? Sí. Son raras de cojones. Pero el ambiente no lo están contaminando ellas. Lo estás contaminando tú.

—…

—Ahí tienes hueco. Mételo de frente.

—…

—…

—…

—Ingrid, cielo, perdona. No, no te pongas así. Perdona. Solamente quería decirte que…

—¿Sabes… sabes cómo me sentí con un desconocido dentro de nuestra casa? ¿Con un hombre que salió de nuestra cocina y lo único que hacía era mirarme con esa cara de loco? ¿Con ese aire de… suficiencia? ¿De estar perdonándome la vida?

—No, cariño. No lo sé. Ven, anda. Lo siento, cielo. Lo siento muchísimo. Ven. Siento que te tuvieras que enfrentar a esa situación. Pero ahora vamos a poner una denuncia. Y en casa haremos lo que haga falta. Las cerraduras ya están cambiadas. Estamos seguros, cielo.

—Fue tan…

—Ya, cariño, ya. Pero ya ha pasado, y vamos a evitar que pase más. Pero, cariño…

—…

—Cariño, no puedes obsesionarte así con ellas. Era algo que ya estabas superando, que estábamos superando. Y no podemos volver ahí. ¿Vale? No podemos volver.

—…

—¿Vale, cielo?

—Vale. Sí. Está bien.

—…

—…

—Toma, suénate. Y vamos a ponerle la denuncia al hijo de puta ese.

14

Por mucho que Ingrid subrayara que aquello había sido un allanamiento a un edificio diplomático y por mucho que exigiese al agente que lo anotara explícitamente en la denuncia, Gabriel e Ingrid salieron de la comisaría con la sensación de que la Policía no les había prestado la atención que creían merecer. El agente que los atendió tomó nota de todo en un ordenador terriblemente antiguo que se bloqueó tres veces —tras las que hubo que empezar de nuevo el relato, provocando que a Ingrid cada versión le sonara más inverosímil que la anterior—, y después los hicieron pasar a una sala que parecía ser una especie de archivo donde le ofrecieron un álbum fotográfico lleno de retratos amontonados de asaltadores de casas. En cuanto Ingrid vio los rostros de la primera página —una mezcla de soviéticos con aire de haberse rebelado contra la miseria y de rateros de barrios marginales repugnantemente delgados y sin dientes—, supo que el visitante no iba a estar allí. Pasó las páginas con despreocupación y, cuando terminó el álbum, le dijo a Gabriel:

—No tiene nada que ver con esta gente.

Gabriel miró al agente apostado en la puerta, que dio un par de pasos hacia ellos y les dijo:

—¿Nada?

—No, nada —dijo Ingrid—. Aquí no está. ¿Qué hacemos ahora?

—Por nuestra parte, ya hemos terminado, señora.

Así que una hora después de haber entrado en la comisaría, Ingrid y Gabriel regresaban a casa con una copia de la denuncia redactada en un lenguaje tosco e infantil y una absurda conclusión que le había servido al Policía para levantarse de su silla e indicarles

con el brazo extendido la dirección de la puerta de salida: «Señora, no podemos denunciar a una persona si no sabemos quién es, ¿entiende eso?».

—Panda de inútiles —dijo Gabriel montándose en el coche.

Ingrid sonrió. Siempre le había gustado que a su marido le dolieran sus asuntos.

La noche del visitante, tras despedir a la Policía, Ingrid llamó a Berta para ver si podía ir a su casa, pero su socia estaba en un hotel de Barcelona con Andrés, que tenía un congreso de cirugía de tobillo. Sin darle detalles, le dijo a Berta —quien lógicamente se mostró preocupada por aquella llamada intempestiva en la que Ingrid hablaba apenas con un hilillo de voz frágil— que no pasaba nada, que se quedase tranquila, y se sentó junto al teléfono, agenda en mano, sin saber a quién llamar. Tras permanecer más de diez minutos en ese estado, se dijo a sí misma que no dejaba de resultar curioso que si la llamada fuese para invitar a una cena o para salir a tomar unos vinos, no dudaría ni un segundo. Pero al tratarse de una emergencia nocturna, comprometedora, violenta, no era capaz de marcar ningún número, y era consciente de que esa actitud brotaba de algún lugar cercano al que ocupa esa terrible sensación llamada «miedo al rechazo». Así que se limitó a meter algo de ropa en una bolsa de viaje, a montarse en el coche y a conducir hasta el Odysseus. Fernando, el recepcionista, se sorprendió muchísimo al verla cruzar el vestíbulo, toda ella rostro lívido y cara de espanto, pero Ingrid se apresuró a tranquilizarlo:

—Mi hijo ha invitado a casa a un montón de adolescentes y no me dejan descansar. Dame una habitación, por favor.

Y allí medio durmió, en su propio hotel, soñando con caminitos de gotas en el suelo, con miradas recias y cínicas, con chubasqueros azules que le decían palabras que no sonaban, igual que aquellos repugnantes trols de la fábula sueca. Cuando despertó, un sol rosáceo, medio ensangrentado, comenzaba a asomar detrás de Sierra Nevada, y la ventana mostraba una fila horizontal de gotas condensadas que provocaron en Ingrid un leve desasosiego.

Por su parte, Gabriel consiguió adelantar el vuelo y llegó a Granada sobre el mediodía. Condicionado por la llamada de su esposa, por el repentino sentimiento de alarma que se había instalado dentro de él, le fue inevitable sentir un leve extrañamiento cuando entró a la casa. Todo estaba absolutamente igual, pero había algo distinto en el ambiente, y es que todos reconocemos inmediatamente el aire de nuestro hogar, es algo que nos aporta una tranquilidad atávica y que nos une a la parte inmaterial del mundo. Y cuando Gabriel cruzó el umbral de la puerta, notó un aire diferente, «contaminado», según se dijo a sí mismo. Dio un paseo por toda la casa, expectante, como si aquel hombre estuviera todavía por allí, esperándolo agazapado para darle uno de esos crueles sustos de las películas de terror. Cuando terminó de recorrerla entera, tomó conciencia de que lo único que quedaba del visitante era una leve contaminación terrosa en el aire de su hogar.

Tras abrazarse y hablar durante más de una hora, copa de vino en mano, Ingrid y Gabriel acordaron no contar el incidente a la familia. Querían que los niños y Nora se ahorrasen esa sensación de intranquilidad que los estaba atosigando. Después fueron a la comisaría esperando que allí se ocuparan del asunto, que los recibiese un detective que encargara un retrato robot del visitante o algo por el estilo, pero todo fue rápido y ofensivamente superficial, así que en los días posteriores fueron tomando decisiones.

Por un lado, Ingrid habló con Klara Pålson, la cónsul general que sustituyó a Therese Lindgren —joven, seria, sofisticada— para comunicarle el allanamiento de manera oficial. Esta le solicitó un informe consular por escrito —en el que Ingrid tenía que jurar que ningún documento consular sueco ni de ningún otro país había sido sustraído— y, tras presentarlo, la embajada apenas tardó un par de días en instalar en la casa un servicio de alarma de máxima seguridad. Además, Ingrid y Gabriel recorrieron minuciosamente cada rincón de la casa y del jardín, cada linde con las parcelas vecinas y decidieron que Gabriel haría algunos ajustes en el jardín y en el patio trasero para aumentar la seguridad, como elevar la reja

del patio o poner un poco de espino en la verja que daba a la calle lateral, lo cual dio pie a que Nora y los niños hicieran preguntas que fueron atajadas por Ingrid siempre con la misma argumentación férrea e irrefutable:

—Es un nuevo protocolo estándar de protección diplomática.

Ante aquella razón inamovible, Nora ponía gesto de dudoso convencimiento y seguía haciendo sus cosas. Los niños, por su parte, se miraban con cierta incredulidad, pero al igual que su abuela, seguían haciendo sus cosas. Todos tendemos siempre a hacer nuestras cosas, no nos queda otra.

Hemos dicho que fueron dos visitas las que lo precipitaron todo. La primera fue la del desconocido del chubasquero, que puso a Ingrid y a Gabriel en un estado de tensa inquietud. La segunda tuvo lugar apenas unos días después, y fueron ellas, Katja y Elina, que trajeron además algo consigo. Algo para Gabriel.

15

Era domingo por la tarde. Uno de esos domingos de finales de marzo en los que el viento es frío y tibio al mismo tiempo, como si fuese presa de algún conflicto irresoluble. Ingrid había subido con Gabriel y Adam al trastero que tenían en una zona del torreón para buscar unas bolsas con raquetas de tenis que Adam necesitaba llevar el lunes al instituto. Como suele ser habitual cuando uno acude al pasado, se les fue la mañana embelesándose con la cantidad de objetos familiares que iban apareciendo en el trastero, todos ellos asociados a recuerdos casi olvidados que regresaban al mundo como cometas tiránicamente anclados a sus órbitas. Así que cuando escuchó el timbre, Ingrid gritó desde el torreón:

—¿Va alguien?

—¡Sí! —gritó Nora en sueco—. ¡Yo abro!

Y, como siguieron inspeccionando cajas con ropa de bebé impregnada en aroma de las bolsitas antipolillas, carpetas con dibujos del colegio, álbumes llenos de fotografías en blanco y negro, triciclos sin ruedas y muñecas con cara de estar sumidas en la crueldad del olvido, se olvidaron por completo de que un rato atrás había sonado timbre, hasta que por fin encontraron la bolsa con las raquetas de tenis y se decidieron a bajar del torreón, completamente sobrepasados por el embrujo de la nostalgia. Y abajo se encontraron con una escena que los dejó descolocados: Katja y Elina, sentadas en el sofá grande, juntas, pegadas la una a la otra como dos reses en una noche de frío y hablando con Nora y Camilla, que se habían sentado en el sofá pequeño. Las cuatro sonreían con sinceridad y despreocupación.

—¡Anda, ya están aquí! —dijo Nora señalando a Adam, que fue el primero en llegar al salón.

—¡Mira, mamá! —exclamó Camilla con una gran sonrisa. Luego, se giró hacia su abuela y le preguntó con tono ansioso—: ¿Lo puedo abrir ya?

—Espera, cariño —dijo Nora, también sonriendo—. Espera.

Ingrid bajó los últimos peldaños, vio las caras alegres de las mujeres y de Camilla y no pudo sino forzar una sonrisa de aire nervioso y preguntar:

—Vaya… ¿Qué pasa aquí?

—Katja y Elina me han traído revistas suecas —dijo Nora enseñando un ejemplar de Søra, una revista del corazón muy popular entre la clase media sueca de los noventa y los dos mil. Había unos diez ejemplares más sobre la mesa.

—¡Cotilleo! —gritó Gabriel caminando hacia la mesa.

Katja y Elina se levantaron al mismo tiempo y se acercaron a saludar a Ingrid. Su aspecto parecía mucho mejor que unos meses atrás y sus perfumes eran femeninos y penetrantes. Rotundamente almizclados.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal todo? —preguntó Katja besando en las mejillas a Ingrid. Llevaba una minifalda que Ingrid juzgó al momento como excesivamente corta.

—Bien… bien… —dijo Ingrid.

Pero toda la atención de la sala se centró de repente en Nora, que puso sobre el sofá un transportín del que salió un gato. Cualquier persona sin conocimiento alguno acerca del pedigrí felino hubiera dicho sin pestañear que era un gato de raza. Tenía un porte augusto, elegante. Camilla cogió el gato en brazos. Era incapaz de contener la emoción, una emoción que manifestaba dando pequeños chillidos de alegría mientas acariciaba al animal, que era absolutamente manso. Antinaturalmente manso, podría decirse.

—Nos lo han traído ellas —dijo Nora, exonerándose de cualquier responsabilidad.

—¿Por qué? —preguntó Ingrid.

Sorprendentemente, fue Elina la que contestó:

—Es un regalo. Un regalo para Gabriel. Nos dijo que le gustaban los gatos. Nosotras tenemos gatos. Le regalamos uno. Este.

Ingrid miró a Gabriel. Katja se adelantó:

—Es uno de nuestros gatos egipcios, un macho joven. Ha tenido un problema en un testículo, así que lo hemos castrado, por lo que ya no nos sirve para criar. Es tan manso y tan bueno que hemos pensado que es perfecto para que viva con una familia. —Katja se detuvo un momento para sonreír y acariciar la cabeza del gato, que seguía en brazos de Camilla. Ante la caricia de la sueca, el gato entornó los ojos con un gesto placentero—. En La Umbría ya no está bien, con todos los perros y el lío que tenemos. Allí no puede vivir un gato castrado, sin todos sus instintos. Se moriría de miedo.

—Lo mataría César —dijo Elina, pero nadie le hizo caso.

Adam se había sumado a su hermana y acariciaba también al gato, que mostraba una calma imperturbable mientras ronroneaba y miraba a todas partes con curiosidad, moviendo de vez en cuando la nariz para olfatear el aire.

—Desde luego, el gato es precioso —dijo Gabriel.

—Sí, sí —dijo Ingrid, viendo que estaba completamente sola—. Es precioso, pero creo que deberíamos hablarlo en familia. No sé, coger un animal así, por impulso…

—Vamos, Ingrid… —dijo Katja con un tono de voz nuevo que poseía un timbre algo más grave y persuasivo—. Nosotras provenimos del norte de Suecia. Ya me ha contado tu madre que una parte de tu familia también es de allí. Así que sabrás que en nuestra región está muy mal visto rechazar la ofrenda de un animal. Son lo más valioso en el norte. Aceptadlo, por favor. Significa mucho para nosotras.

Los niños le estaban poniendo un cuenco de leche al gato, que empezó a lamerla con timidez al principio y con fruición a medida que la iba saboreando. Fuera del cuenco caían minúsculas gotitas blancas que se integraban en el suelo, como los primeros copos de nieve tímida que deja el invierno en diciembre.

—¿De qué parte del norte sois? —preguntó Gabriel.

—Del campo —respondió Elina con aspereza.

La ternura de la escena empezó a contagiar a Ingrid, que bajaba la guardia por segundos sin darse cuenta y miraba a sus hijos sonriendo, y al mismo tiempo sucumbía al encanto de aquellas dos mujeres que tanto la habían atormentado. En un atisbo luminoso, se dijo a sí misma que no podía vivir en aquel estado de alerta, en tensión. Que eso deja marcas. Delante de ella tenía a seis personas sonrientes, que se relacionaban con normalidad, y empezó a entender las razones que todos le daban para que no fuera tan desconfiada con ellas. Mientras las suecas seguían hablando con Nora y los niños, comenzó a generarse un nuevo sentimiento dentro de Ingrid, una especie de velo compasivo que la llevó a verlas con un nuevo prisma, a verlas como dos mujeres peleando por su hueco en el mundo, y nada más. Empezó a pensar que quizás ellas no habían cogido el juego de llaves de repuesto, que no habían enviado al desconocido. Que su padre tal vez tenía una enfermedad degenerativa que le hacía tener ese semblante mortecino y que su rosal murió por una plaga inusual o por un repentino cambio en el PH del suelo. Así que dijo:

—¿A alguien le apetece un café?

Gabriel la miró con un gesto de perplejidad y Nora se giró hacia ella diciendo:

—¡A mí!

Las suecas también aceptaron e Ingrid echó a andar en dirección a la cocina. Nora se levantó y fue tras ella. Los niños se pusieron a hablar con Elina sobre los cuidados del gato. Ella les dijo, en un sueco rudimentario, lento y casi silabeado, que tenían que comprar una caja con arena y cepillarlo cada día. Que comprasen pienso con sabor a salmón, nunca de pollo. Mientras, Katja se acercó a Gabriel. Despacio y con un andar sigiloso. Retirados, al fondo del salón, Ingrid y Gabriel contemplaban la escena de la familia junto al gato, equiparable a una escena costumbrista de Murillo: «Familia sueca junto a gato».

—Ya veréis cómo os viene bien. Estos gatos cazan muchos ratones y pequeñas serpientes. —Hizo una pausa para sonreír al ver cómo Camilla movía un hilo y el gato lo perseguía—. Además, a los niños les dan mucha vida; y a los adultos, mucha calma.

Gabriel se giró hacia ella. Ella también se giró para mirarlo. Sus ojos eran globos llenos de vida, de mundo, de incesante actividad cerebral.

—Aquí no hay serpientes.

Katja se quedó unos segundos pensando.

—Sí, bueno, es cierto —dijo entrecerrando los ojos—. Es que estoy acostumbrada al campo. Siempre he vivido en el campo. En La Umbría tenemos bastantes culebras, ¿sabes? Y algunas, grandes… Suben del lago Mamut cuando viene el frío. —Katja hizo una pausa y miró a Gabriel—. En la ciudad hay otras cosas… ¿no?

—Sí, claro —dijo Gabriel por inercia. No sabía si le estaba preguntando algo.

Ambos se giraron y dejaron nuevamente de mirarse, pero se notaba que ella tenía ganas de añadir algo más. Permaneció un par de minutos contemplando un punto lejano, indeterminado, como si alguien de repente le hubiera susurrado al oído: «Katja, intenta encontrar el lugar donde termina el horizonte». Después se recompuso, volvió a la realidad y dijo:

—Creo que ya te lo comenté: los gatos egipcios son como cámaras de vigilancia. Es increíble, lo ven absolutamente todo. —Hizo una pausa y, de forma ostensible, cambió de tono—. Por ejemplo, si entrase un desconocido a casa.

Gabriel, que permanecía relajado, mirando la escena de Murillo y escuchando los desvaríos de Katja, se giró inmediatamente hacia ella, accionado como un resorte ante la palabra «desconocido». La miró con ojos interrogantes, pero justo en ese momento Katja esbozó una gran sonrisa y echó a andar hacia Ingrid, que entraba al salón con una gran bandeja sobre la que humeaba una cafetera italiana.

El resto de la visita transcurrió de manera cordial, con Nora contando —a requerimiento de las suecas— multitud de historias sobre Ingrid que avergonzaron un poco a la protagonista, quien se limitaba a reír con nerviosismo y a rescatar pequeños fogonazos de entre la amalgama opaca de sus recuerdos. Las suecas también contaron algunas anécdotas sobre sus maridos y sobre sus perros, de los que hablaban con auténtica devoción. Nadie hizo referencia alguna al pasaporte, pero indudablemente era algo que estaba presente de algún modo en el ambiente, como una sutil vibración telúrica en el suelo, como un lejano acúfeno que provoca un sentimiento de irrealidad en quien lo escucha.

Y es que, respecto al documento, Ingrid ya había recibido una advertencia por escrito por parte del equipo de Klara Pålson, la nueva cónsul general, una mujer joven y extremadamente seria, cordial a su manera, apremiándola a entregarlo, ya que —al igual que ocurría en la época de Therese Lindgren— a la diplomacia sueca no le gustaba nada que los documentos oficiales permanecieran en ese limbo legal que transcurre entre la expedición y la entrega. Pero Ingrid no dijo nada. No nombró a Hans ni preguntó por él. Todo transcurrió como si aparentemente no existiese un historial previo de obsesiones, como si ellas no llevaran meses siendo dos espectros agazapados en ese desván oscuro del pensamiento en donde habitan nuestros temores. Terminado el café, las suecas se levantaron y dijeron que tenían que marcharse ya. E hicieron una última pregunta:

—¿Cómo vais a llamar al gato?

Hubo gestos de duda e Ingrid dijo que ya lo pensarían. Fue Camilla quien se adelantó:

—¡Ya lo tengo! ¡Lo quiero llamar Vinbär!

—¿Grosella? —preguntó Adam traduciendo la palabra al español—. Menudo nombre estúpido.

—¡Eh! —exclamó Camilla, que tenía el gato en brazos.

—Oye, pues a mí me gusta —dijo Nora.

—A mí también —secundó Ingrid.

Todos menos Adam coincidieron en lo apropiado del nombre y el animal quedó bautizado por mayoría absoluta. Hubo despedidas aceptablemente cariñosas y la familia se preparó para cenar. Nora metió en el horno unos lomos de salmón regados con vino blanco y recubiertos de una capa de eneldo fresco y preparó una ensalada de pepino, espárragos y aceitunas. Mientras se horneaba el pescado, Gabriel e Ingrid se pusieron los pijamas y los niños no dejaron en paz al pobre Vinbär, que intentaba reconocer y olisquear la casa, pero que, dada su extrema mansedumbre, no tenía más remedio que sucumbir a las caricias y apretones de los niños, especialmente de Camilla. Fuera, el viento arreciaba y los cristales restallaban con vibraciones sordas.

Cenaron en la cocina, alumbrados por la luz tenue y levemente anaranjada que emitía la lámpara que colgaba sobre el centro de la mesa. El telediario informaba a volumen bajo en la pequeña televisión colocada sobre un mueble estrecho pegado a la pared de azulejos blancos. Apenas hablaron en toda la cena, y la Ingrid del pasado —la Ingrid de escasas horas antes— hubiera argumentado que aquel silencio, aquel evidente hastío que mostraba la familia mientras engullía el pescado y se empapaba de noticias trágicas, era fruto de la inevitable inquietud que las suecas introducían en la casa siempre que aparecían. Era, para la Ingrid del pasado, como si dejaran el abatimiento en el aire tras exhalarlo desde sus dos pares de pulmones. Pero la nueva Ingrid había decidido mirarlas con otra óptica, con ese filtro de benevolencia, algo de lo que tantas veces se arrepentiría en el futuro.

Tras la cena, la casa cayó en un sopor de domingo. Ingrid subió al cuarto de los niños a leerles una de las fábulas suecas (en esta ocasión, una familia de trols intercambiaba su bebé con el de unos reyes para que fuera criado como una princesa), Gabriel se puso en la televisión un partido de fútbol que acompañó con el último vino de la botella que habían abierto para la cena y Nora se fue a su habitación con la pila de revistas Søra a sumergirse en las miserias ajenas. Mientras tanto, Vinbär dormitaba sobre el sillón Poang en el

que siempre se sentaba Ingrid. Parecía que el animal llevara toda su vida en la casa.

—Mamá —preguntó Camilla mientras Ingrid cerraba el libro y lo colocaba en la librería—. ¿Podemos dormir con Vinbär?

—Pues, cariño… —Ingrid se sentó al filo de la cama y arropó a su hija—. No sé si él querrá. Supongo que tardará algún tiempo en acostumbrarse a la casa y no sé dónde le apetecerá dormir hoy. Lo mismo no quiere estar encerrado en una habitación que no conoce. —Pero, ante la mueca de decepción de su hija, Ingrid propuso—: ¿Quieres que lo intentemos?

—¡Sí, porfa!

—Está bien, voy a ver si puedo traerlo.

Ingrid bajó al salón y cogió al gato, que emitió un leve maullido modo de protesta.

—¿Te lo llevas? —preguntó Gabriel.

—Los niños quieren dormir con él.

—Pues podría pasar perfectamente por un peluche.

—No sé yo… adoptar un gato… —dijo Ingrid acercándose a las escaleras con Vinbär en brazos. Gabriel se encogió de hombros y sonrió con picardía. Ingrid añadió—: Cariño, me quedo ya en la habitación. Estoy molida.

—Yo subo pronto. Recojo esto un poco y me subo. El partido es un tostón.

Con el gato en brazos, Ingrid se quedó quieta contemplando el salón. Miró cómo las ventanas se movían con nerviosismo a causa de los latigazos del viento. Allí clavada, se dio cuenta de que estaba justo en el mismo sitio en el que el visitante se quedó de pie, mirándola a ella tras emerger de la cocina. Su imagen le vino a la cabeza con una nitidez inusitada. Gabriel se dio la vuelta.

—¿Te pasa algo?

Ingrid pensó un poco más. Cinco, diez segundos, y dijo:

—Acabo de recordar una cosa.

Gabriel arrugó la frente. Era un gesto muy suyo para mostrar curiosidad.

—El visitante…

—¿Sí…?

—Que llevaba una flor. Llevaba una flor en la mano. Lo había olvidado por completo y me ha venido de repente.

—¿Una flor?

—Sí, una flor.

—¿Te acuerdas de qué flor era?

—Creo que era un crisantemo. Estoy casi segura. Un crisantemo de color violeta. No, más oscuro. Púrpura.

—Qué raro, ¿no?

—Sí, no sé. Tampoco es que haya mucho de normal en la situación.

—No, desde luego —dijo Gabriel—. ¿Tenemos crisantemos en el jardín?

—No, qué va. *Nunca* hemos tenido.

—¿Por qué lo dices con ese énfasis?

—Porque no me gustan. Son las flores que se ponen en los cementerios.

Gabriel sonrió.

—Pues a mí sí me gustan.

Ingrid también sonrió antes de subir la escalera.

—Pues para ti todos.

Ingrid no tuvo más remedio que conmoverse ante la sonrisa de Camilla cuando apareció con Vinbär en la habitación. Soltó al gato sobre la cama y el animal olisqueó el aire tibio y se sentó cerca de los pies de la niña.

—¡Parece que le gusta! —exclamó Camilla.

—Bueno —replicó Ingrid—. Intenta no agobiarlo. Que esté tranquilo, ¿vale, cielo?

—Vale, mami.

—Buenas noches, mi amor —dijo Ingrid besando a Camilla. Adam ya estaba dormido. Ingrid le dio un beso en la frente y salió.

Ingrid encendió las lamparillas de noche de su habitación, se cepilló los dientes y se puso a leer. Tenía sueño. Estaba leyendo *La*

insoportable levedad del ser y, a pesar de que le gustaba la propuesta filosófica de Kundera, pensaba que el libro era realmente descorazonador, así que se le estaba pasando por la cabeza sustituirlo por algún *best seller* más amable. Al poco rato llegó Gabriel, que se echó en la cama de costado, mirando hacia su mujer:

—Cariño —dijo con voz serena.

Ingrid levantó la vista del libro y se subió las gafas. No contestó.

—Me gustaría saber cómo te has sentido hoy. Con las suecas, me refiero. ¿Estás bien? Te he visto… rara. Me has descolocado un poco.

Ingrid cerró el libro y lo dejó sobre la mesilla. El viento agitaba con fuerza la persiana, parecía ahogarse en su interior.

—Sí —confirmó Ingrid—. He estado rara. He estado rara también para mí misma. —Hizo una pausa—. No sabría explicarlo, pero, de repente… Te parecerá una tontería, con todo lo que he dicho sobre ellas. Pero…

—…

—He empatizado con ellas.

Gabriel levantó muchísimo las cejas. Ingrid se echó a reír.

—¡No te rías de mí! —dijo sonriendo.

—¡Pero si no he dicho nada!

—No sé, es que las he visto ahí, sentadas con mi madre, tratando bien a los niños, trayendo el gato… Y, ¿sabes?, solamente he visto a dos mujeres normales, a dos mujeres que luchan. Y me ha dado por pensar que quizás el padre no estaba en el sótano atado, que no está muerto, sino enfermo… En fin, yo qué sé. Que me he ablandado.

En ese momento, Gabriel saltó a horcajadas sobre ella. Ingrid gritó y se echó a reír al mismo tiempo, moviendo las piernas como un animal aprisionado. Gabriel presionó sus codos contra la cama, inmovilizando sus brazos y la besó.

—Así que… —La besó otra vez. Ella pudo oler el poso avinagrado del vino en su barba—. Mi chica dura se ablanda…

Ingrid trazó un gesto sonriente de inocencia, una cara de «pues sí, qué le vamos a hacer».

—¿Sabes lo que nunca se ablanda?

—¡Tonto! —dijo Ingrid dándole un manotazo en el brazo a Gabriel, que restregaba su pene, erecto y aprisionado por el pantalón, contra la barriga de Ingrid.

Y la situación desembocó en un arrebato de pasión. Gabriel empezó a besarla con verdadera desesperación, y la respiración de Ingrid se entrecortó, al igual que se entrecortó la sangre de sus venas. Notó cómo su vagina se lubricaba intensamente y cómo sus pezones se convertían en pequeñas rocas magmáticas. Empezaron a quitarse la ropa, primero la de ella, que se quedó totalmente desnuda en cuestión de diez segundos, iluminada por las luces anaranjadas de las lamparitas, y justo cuando Gabriel se sacaba la camiseta —a Ingrid le excitaba mucho ver el enorme bulto de su pene tallado en el pantalón del pijama—, se escuchó un ruido en la puerta de la habitación. Ambos se quedaron inmóviles y los gestos de pasión dieron paso a una tensa y pétrea escucha. Nada.

—¿El viento? —susurró Gabriel.

—Puede ser —susurró Ingrid.

Pero, justo en ese momento de falso convencimiento, se volvió a escuchar. Y es curioso cómo ese sonido es tan absolutamente reconocible, cómo una vez que lo hemos oído, nunca lo olvidamos: el sonido de un gato rascando una puerta. Ingrid se metió dentro de la cama a toda velocidad y Gabriel se puso la camiseta. Se desplazó el pene hacia abajo para minimizar la erección y abrió la puerta. En cuanto hubo abierto apenas un resquicio, Vinbär entró como una exhalación, con el cuerpo medio agazapado, y se metió debajo de la cama de matrimonio. Gabriel miró a Ingrid, que le devolvió un gesto incrédulo. Después se asomó al pasillo, donde Camilla estaba sentada con la espalda apoyada contra la pared.

—Vinbär quería salir de mi habitación. Le abrí y se vino aquí. Yo no quería molestar, pero él se puso a llamar a vuestra puerta.

—No pasa nada, cielo. Vamos a dejarlo hoy que se vaya acostumbrando, ¿vale? Quizá confíe más en los adultos porque se ha criado entre adultos.

Camilla puso cara de conformarse con la explicación.

—Vuelve a la cama, cielo. Que ya es tarde.

Camilla abrazó a su padre y echó a andar camino de su habitación. Cuando Gabriel volvió, vio que Ingrid le señalaba a un punto del techo mientras sonreía.

—Mira.

La habitación de matrimonio tenía el techo muy alto y abuhardillado; la parte inclinada terminaba en una viga horizontal de madera que recorría toda la pared opuesta al cabecero. Debajo de la viga ya empezaba la pared vertical. Y, encaramado a la viga, Vinbär miraba al matrimonio con ese inconfundible aire de estoicismo felino.

—¿Cómo ha llegado ahí? —preguntó Gabriel con incredulidad.

—Se ha subido a la silla y luego a la cómoda. Después ha saltado al armario… y listo. Ha sido impresionante.

—Joder con Vinbär… —dijo Gabriel.

Y así se disolvió la pasión. Hablaron un poco en la cama y decidieron dejar al gato ahí. De querer salir, pensaron, seguro que volvería a rascar la puerta.

—Dicen las suecas que transmiten paz —dijo Ingrid antes besar a Gabriel en la frente y de apagar la luz.

Poco a poco, mientras Ingrid caía en el sopor pastoso del sueño, Gabriel empezó a inquietarse. El viento había crecido hasta convertirse en un leviatán que rugía envolviendo la casa, que agitaba los árboles, el tejado, la corteza de la tierra. La habitación se había sumido en una penumbra grisácea de sombras y bultos, y mientras los primeros suspiros de la respiración recién dormida de Ingrid comenzaron a solaparse con los bramidos del vendaval, Gabriel fue presa de una sensación que al principio no supo definir, una especie de estado de alarma que, de primeras, parecía injustificado. Pero al cabo de un momento, sin poder evitarlo, se puso a pensar en las suecas. En aquello que le había dicho Katja

acerca de los desconocidos que acechan en las ciudades. ¿Había sido aquello una advertencia? ¿Una amenaza? ¿Una confirmación de lo que Ingrid siempre intuyó? ¿Un siniestro capricho de la casualidad?

Era como si se hubiera producido un trasvase de inquietudes desde Ingrid, que gracias a una especie de epifanía decía haber empatizado con ellas, hacia Gabriel, quien empezaba a sentir por primera vez un tibio regusto de desconfianza. ¿Y si en realidad su mujer siempre hubiera llevado razón? ¿Y si los ingentes esfuerzos de Gabriel por que disipara su acritud hacia aquellas dos mujeres, de su defensa a ultranza del espacio familiar, habían sido una manzana envenenada que Ingrid había terminado por morder? Se dio la vuelta y miró hacia la viga. Desde su atalaya, Vinbär lo miraba con unos enormes ojos verdes que emitían ese brillo tornasolado y ancestral de los felinos en su tránsito de la noche. Gabriel se incorporó y se sentó en la cama. Un caudal de ideas entremezcladas, similar al del viento que zarandeaba el jardín y atravesaba su pensamiento, de tal modo que acudían a su mente un sinfín de razonamientos que convirtieron aquella noche en un collage de ideas siniestras, agrias, un mosaico rasgado que le recordó a las obras que había visto hacía poco cuando acudió con Ingrid a una exposición de un taller de pintura y diseño que un compañero suyo había realizado con reclusos de cinco prisiones.

Finalmente, ante la seria amenaza de una noche en blanco, decidió abrir la mesilla de noche y echarse a la boca un diazepam de 10 miligramos. Y mientras la pastilla iba adueñándose de su sistema nervioso y apaciguándolo, al tiempo que ablandaba toda aquella amalgama de pensamientos turbios para sustituirlos por un tejido similar a la nieve que aparecía en aquellos televisores antiguos cuando se perdía la señal, a Gabriel se le cruzó una última idea, un latigazo que provenía de la boca de Katja, pero no de aquel día, sino de su primera visita, cuando Gabriel se puso de su parte para que Ingrid hiciese una excepción con el pasaporte. Katja le había hablado de sus gatos egipcios, de los que había dicho: «Son como

cámaras», y también: «Si uno los adiestra correctamente, son capaces de comunicar muchas cosas de las que han visto». Adormilado por los crecientes efectos del diazepam, Gabriel le echó una última mirada a Vinbär, que se erguía impasible sobre su viga, ojos luminosos y gesto indiferente, pura contemplación de los habitantes de la cama.

Antes de caer rendido al sueño, le asaltó una intuición borrosa: que el gato estaba encaramado en el lugar exacto en el que cualquier empresa de seguridad colocaría una cámara de vigilancia.

El mundo se apagó. El viento cesó.

16

Uno de los procesos emocionales más potentes que hay en el interior del ser humano ocurre cuando la aparición de un nuevo sentimiento se ve reforzada, bien por búsqueda consciente o por azar, con un agente externo que estimula dicho sentimiento, que le otorga apoyo en su nueva razón de ser. En ese caso, esa nueva sensibilidad se apodera tanto de nuestro interior que resulta abrumadoramente imparable. Esto es algo especialmente frecuente en el enamoramiento. Todo aquel que ha estado enamorado alguna vez es incapaz de olvidar el vuelco ácido y febril que provoca en el alma el simple hecho de recibir una llamada inesperada, un mensaje espontáneo, un roce furtivo bajo una mesa de la persona amada que confirma que hay alguien al otro lado, y que ese alguien está ahí, sintiendo lo mismo. Y, en ese momento, se experimenta tal incendio emocional, tal inflamación, que uno no puede evitar sentirse el ser más poderoso que pisa la faz de la tierra.

Pero este proceso, lógicamente, también puede darse en la otra orilla, en los terrenos del odio. En las zonas oscuras del alma. Empezar a odiar a alguien y que ese alguien diga o haga algo que sirva de contrafuerte a esa rabia naciente, que genere un mar de lava capaz de devastar cualquier resquicio de sentimientos positivos que quedasen hacia esa persona en nuestro interior.

En el caso de Ingrid, lo que brotó en su alma fue ese estado de empatía hacia el mundo en general y hacia Katja y Elina en particular, esa nueva forma de verlas que ya le comentó a Gabriel en la cama aquel domingo ventoso en que adoptaron a Vinbär. Y lo más curioso de la ecuación fue el estímulo potenciador, el combustible

que hizo que ardiera el pasto de la compasión; y es que Ingrid sucumbió ante la fuerza de lo ancestral, ante la manipulación del folclore primitivo. Ingrid se vio doblegada por algo a lo que se sentía completamente inmune: la superstición religiosa.

Hasta aquel año, y a pesar de que ya llevaba más de una década en Granada y de que, dada su condición diplomática, solía asistir a todos los eventos imaginables, Ingrid no había visto una sola procesión de Semana Santa. Solía utilizar esa semana, en la que el resto de los miembros de la familia tenían vacaciones, para tomarse también unos días libres y viajar, normalmente al extranjero, correspondiendo a las invitaciones de los diplomáticos a quienes había agasajado en Granada. La familia entera había aprovechado las Semanas Santas para visitar Roma, Londres, Dublín, Varsovia…, y así hasta más de una decena de ciudades. Pero aquel año, con Nora en casa y con Ingrid siendo presa de cierta inestabilidad emocional que la hacía tender a la inmovilidad, decidieron pasar las vacaciones en casa, organizando planes cercanos y descansando. El Domingo de Ramos hicieron una ruta por el campo en la que visitaron un paraje de Sierra Nevada donde se sacaron fotografías familiares, almorzaron sentados sobre un pedregal en el que aún quedaban tímidos restos de nieve agonizante y contemplaron enormes aves que los sobrevolaron emitiendo graznidos tristes, chillidos que reverberaban con intensidad en el eco rocoso de los barrancos.

Ir a ver las procesiones fue idea de Gabriel:

—Creo que no hemos visto una sola procesión en todo el tiempo que llevas en España —comentó tras apurar el vino que le había sobrado de la cena, ya de pie en la cocina.

—¿Seguro? —preguntó Ingrid mientras colocaba en el lavavajillas los platos sucios.

Los niños, agotados a causa de la caminata, habían subido a su habitación con Vinbär y Nora estaba cambiándose de ropa.

—Segurísimo. Piénsalo. Creo que esta es la primera Semana Santa que nos quedamos aquí.

E Ingrid pensó un momento mientras programaba el lavavajillas, que arrancó con un pitido seguido de un rugido mecánico, y finalmente le dijo a Gabriel que sí, que llevaba razón, que ahora que lo comentaba era posible, más que posible, de hecho, que nunca hubiera visto una procesión. Así que planificaron rápidamente bajar a Granada la tarde siguiente, el lunes, e Ingrid cogió el teléfono y llamó a unas cuantas personas por si querían ir con ellos. No consiguió mucha compañía, solo a Naoko y a Esteban les apeteció el plan, pero durante las llamadas, que Ingrid hizo sentada en el Rincón con una copa de vino tinto y un platito en el que había puesto unos bombones helados que mordisqueaba entre llamada y llamada, se empezó a gestar una cena. De tal modo que, para cuando terminó la ronda telefónica y subió a la habitación, donde hizo el amor de forma dulce con Gabriel antes de quedarse dormida, ya estaba en marcha la maquinaria social, y la cena del viernes contaba con un buen puñado de asistentes que, lógicamente, no sabían lo que les esperaba: ¿cómo iban a saberlo?

Ingrid empezó a notarlo el mismo lunes, aunque la culminación se llevó a cabo el martes. Era una especie de abotargamiento mental, un remolino de sentimientos confusos causado por la contemplación de la gente boquiabierta, los penitentes, el color dorado, las luces, el humo áspero de incienso, la música solemne, los pasos meciéndose bajo el aire tibio de la tarde, el barroquismo, las velas, las flores de muerte que rodeaban a las figuras, los sacerdotes rezando, las ancianas sobrecogidas, las caras lánguidas de las vírgenes, los rosarios cimbreándose en los varales de los palios. A la tercera procesión, Ingrid se empezó a sentir realmente impresionada, hasta el punto de que Naoko, indiferente, acostumbrada, posiblemente un poco hastiada, le preguntó si se encontraba bien. Ingrid respondió que sí, aunque reconoció que se notaba algo dispersa a causa del ambiente. Gabriel y Esteban lo achacaron al gentío, siempre agotador, así que propusieron ir a tomar algo y dar por concluida la jornada procesional. Decidieron caminar un rato para escapar del centro, donde era absolutamente imposible pedir porque la gente

rebosaba en las tabernas, y terminaron en un restaurante italiano en el que Ingrid, ausente, sentía los inicios de su epifanía particular, del refuerzo que todo aquel ambiente había causado en sus nuevos sentimientos compasivos.

Por eso volvió a proponerle a Gabriel salir de procesiones al día siguiente. Pero su marido, sorprendido, dijo que con un día había tenido bastante, y que además quería trabajar en una escultura que tenía completamente paralizada desde hacía más de un mes, una especie de Orfeo niño que tocaba un instrumento de viento indeterminado. A Ingrid aquella escultura le parecía un trasto horrible. Los niños dijeron que no les apetecía salir y Nora tenía planes con Ana, la abuela de la amiga castellana de Camilla, con quien formaba un dúo cada vez menos inocente a ojos de Ingrid, sobre todo en términos de alcoholismo y ludopatía senil, pero Ingrid había tomado la decisión de que todo aquello era cosa de ellas, que ya eran grandecitas para saber en qué vicios malgastaban sus pensiones. Volvió a telefonear a unos cuantos amigos, pero lo único que consiguió fue engrosar la nómina de invitados a la cena del Viernes Santo, que ya superaba la quincena.

Así que, al día siguiente, decidió volver sola a las procesiones, y aquella epifanía que se había activado el día anterior volvió a inundar su alma de forma más intensa todavía mientras Jesús del Gran Poder atravesaba la Plaza de las Pasiegas y pasaba apenas a un metro de Ingrid, que se veía envuelta en el recio vapor del incienso y en la luz amarilla de los cirios, luz superpuesta a la del sol de abril. Un sentimiento de amor la inundó de forma irrefrenable. Aun así, Ingrid reparó en que la mujer que estaba a su lado, contemplando absorta la figura del Nazareno y murmurando rezos entre dientes, lloraba de forma arrebatada y febril. La miró, contempló su llanto carente de cualquier atisbo de vergüenza y, sin darse cuenta, Ingrid se echó a llorar también, lo que provocó que la mujer llorase aún con más intensidad. Es curioso con qué facilidad se contagia la pena.

—¿Está bien? —le preguntó al final Ingrid a la mujer secándose las lágrimas.

Para ello tuvo que levantar mucho la voz, ya que la inmensa banda de tambores estaba pasando junto a ellas antes de introducirse en la Catedral persiguiendo al Nazareno, que sufría la pasión de su cruz meciéndose de lado a lado, despacio, como si no quisiera caminar hacia un destino funesto, un destino sellado por la irremediable tragedia.

La mujer, una rubia de unos cuarenta años, vestida de una forma que a Ingrid le pareció descuidada y que lucía unas enormes raíces negras bajo un tinte rubio maíz, se aproximó a Ingrid, casi boca con oreja para salvar el estruendo de los tambores y del gentío, y, haciéndole cosquillas con su aliento en la parte media del oído, le susurró:

—Mi hijo murió en enero.

Ingrid se giró y la miró. La mujer le aguantó la mirada. La banda entró en la Catedral detrás del Nazareno, lo que hizo que Ingrid, contemplando los ojos empapados de la mujer, pudiera hablarle sin acercarse tanto como ella. La brisa de abril arrastraba el olor dulzón de las flores de primavera. En el cielo apenas había un par de nubes desgarradas.

—Lo siento muchísimo. De verdad. Muchísimo.

Y la mujer, mirando ahora a la espalda de Jesús transportando la cruz hacia su muerte, rompió a llorar por completo. Ingrid le agarró una mano, que estaba seca y áspera, y después la otra. Las personas que tenían más cerca las empezaron a mirar, y la mujer se abrazó a Ingrid. «Ya, ya», le decía Ingrid, «ya», mientras ella lloraba y le impregnaba su camisa azul de seda con lágrimas cálidas, lágrimas que parecían brotar del interior de una grieta oscura. Y ahí, abrazadas, la mujer repitió lo mismo un par de veces: «Mi hijo murió en enero, en enero». Pero en cuando se perdieron los tambores y la gente se empezó a dispersar con pereza, la mujer, de forma entrecortada y prácticamente hablando entre jadeos, le dijo a Ingrid que su hijo se llamaba Maxi y que murió en enero, en enero, repetía,

que un alud lo había sepultado en la cara norte de Sierra Nevada y que estuvo todo un día agonizando, un día, un día de enero. Y siguió llorando, vertiendo lágrimas volcánicas sobre el hombro sedoso de Ingrid, quien solamente acertaba a pensar que, a pesar de haber perdido a su hijo, aquella mujer, a todas luces creyente, no se había rebelado contra los designios divinos: al contrario, estaba allí, tres meses después de que su hijo hubiera muerto en un sudario de nieve —Ingrid recordó el caso, que había aparecido en prensa y televisión—, para postrarse ante las fuerzas que se lo habían arrebatado, para rezarle con ansia y pasión y fe y abnegación y arrepentimiento y humildad al padre invisible que estaba, al igual que ella había hecho, entregando a su hijo.

Todos estos pensamientos golpearon a Ingrid con tal fuerza que, al recuperar la atención, al volver a la plaza sumida en el crepúsculo gaseoso de las velas y del humo turbio de incienso, se dio cuenta de que la mujer se había marchado y de que todo lo que quedaba de ella era un cosquilleo en el oído y una mancha ya tibia en su hombro izquierdo.

Lo vivido en aquellos días convirtió su mente en un amasijo de incertidumbre y compasión que la mantuvo en un estado febril hasta el miércoles, que fue cuando Katja llamó por teléfono. Fue la propia Ingrid quien contestó, quien se encontró de frente con aquel tono zalamero de Katja que tan bien conocía y que tanto había temido en el pasado. Sin embargo, la nueva Ingrid, la Ingrid compasiva que había respirado el incienso hasta abotargar su mente con sentimientos potenciados por la fuerza de lo primigenio, no contempló esta vez amenaza en el tono de Katja, sino simpatía y ganas de agradarla cuando la sueca le dijo:

—Hola, Ingrid, cariño. Verás. Es que… Espera Hans, que estoy hablando por teléfono, hombre. No, espera un momento, solo un momento. Perdona, Ingrid, guapa, es que Hans está muy pesado. Espera, hombre. Vale, ya. Ya estoy. ¿Oye, cómo estáis? ¿Todo bien? Mira, te llamo para comentarte que mañana Hans va a estar aquí en casa todo el día. Ya te dije que está muy mayor. Muy mayor. Le

cuesta muchísimo desplazarse. Está el pobre… fatal. Lo veo muy trastornado últimamente.

—Pobre… —dijo Ingrid casi sin darse cuenta.

—Sí, bueno. Pues como te digo, mañana vamos a pasar aquí el día. Y como no conviene mucho que salga, hemos pensado que podríais venir a merendar. Toda la familia.

—¿Merendar?

—Sí, sí… Una merienda, todos juntos. Os venís después de comer y pasamos un buen rato, ¿qué os parece? Tenemos muchas ganas de veros, de que vengáis a casa. —Pausa, silencio—. Mira, por un lado, Hans te podría firmar el pasaporte de una vez. Y por otro, pues nos gustaría enseñaros esto y recibiros en nuestra casa. Ya que tú siempre nos has recibido tan bien en la tuya, nos encantaría corresponderos.

—No sé, Katja. No me gusta mezclar el trabajo con…

—No, no, cariño —la cortó Katja—. No lo veas así. Nosotras ya somos amigas, no lo consideres trabajo. Lo del pasaporte es… una anécdota. Eso es, sí. Una anécdota. Lo dejamos listo en un minuto y se acabó el trabajo, ¿verdad? Claro que sí. Estoy segura de que a los niños les va a encantar venir. Además, podréis conocer a los padres de Vinbär, a los perros… Anda, mujer, venid. Ya verás, vamos a pasar un rato estupendo.

Y, en ese momento, fueron los nuevos sentimientos de Ingrid los que tomaron el control para contestar:

—Vale, está bien. ¿Qué llevamos?

Y Katja estalló de ilusión. Le dijo que obviamente no tenían que llevar nada y que los esperaban a las seis en su casa de La Umbría. Le dio unas indicaciones básicas para encontrar el camino, que tenía cierta dificultad si no se tomaba la ruta adecuada al empezar a subir a la urbanización, y volvió a celebrar intensamente que Ingrid hubiera aceptado. La llamó «cariño», «cielo», «guapa» y sobre todo, «amiga». Toda la vida habría de recordar Ingrid el día que Katja la llamó «amiga».

Por la noche, durante la cena, Ingrid informó a la familia acerca de la cita del día siguiente y, pese a que Gabriel puso cara de extrañeza, no se comentó demasiado. Solamente Nora dijo que a ella le apetecía el plan, «por variar un poco», y Adam hizo un ligero intento de escaquearse que Ingrid cortó de inmediato. Ya en la habitación, Gabriel, el nuevo elemento receloso de la pareja, sacó el tema de la merienda, quizá abrumado por la actitud que mostraba su esposa, una actitud que hacía apenas unos días habría sido completamente impensable.

Comentó, visiblemente airado, que en qué momento ella, Ingrid, pensaba que ir a merendar a casa de aquellas dos, aquellas quienes le habían causado, por si no lo recordaba bien, tanta inquietud, miedo, ansiedad, nervios y noches sin dormir, y que ella, Ingrid, lo sabía perfectamente, y que él, Gabriel, no entendía por qué, de repente, merendar en su casa era una buena idea. Y que joder, que no tiene sentido, cariño. Finalmente, a modo de colofón, Gabriel, mientras se metía en la cama, dijo con todo el aire malicioso que encontró disponible en sus pulmones:

—Si hasta el domingo pasado pensabas que ellas estaban detrás del tío que se coló en nuestra casa, Ingrid, por Dios.

E Ingrid fue incapaz de explicarle a su marido su nueva coyuntura interior, el pensamiento naciente que se había visto reforzado por un agente externo. Pensaba que Gabriel no lo comprendería y, además, aquel hechizo, aquella epifanía de la que era presa, formaba parte de algo demasiado íntimo como para compartirlo con los demás. Así que se limitó a mirar por la ventana en silencio, a contemplar el jardín sumido en su penumbra de bultos negros, el pueblo mal iluminado al fondo como en una película balcánica y las nubes sangrantes que presagiaban lluvias lejanas. Pasados dos o tres minutos, se giró lentamente y dijo con una timidez casi infantil:

—No sé. Pienso que puede ser una oportunidad.

Gabriel no hizo la pregunta que se le vino a la cabeza, y convirtió aquel momento en una de esas situaciones que quedan definidas por lo que no se dice, en las que es mejor no preguntar para no

saber. Concretamente, no saber para qué era una oportunidad. Porque la respuesta que Gabriel hubiera querido obtener a la pregunta que no hizo era que la oportunidad estaba relacionada con conseguir la firma del pasaporte y poco más. Y la respuesta que Gabriel pensaba que podría haber obtenido a la pregunta que no hizo tenía más que ver con una oportunidad de conocer mejor a dos mujeres injustamente juzgadas en el pasado cercano, a dos pobres viudas que luchaban contra la fría hostilidad del mundo. Eso es lo que no quería escuchar y por eso no preguntó. Por eso apagó la lámpara de su mesita de noche y sumió la habitación en un silencio nuboso, un silencio impregnado de un aire de color gris mate incapaz de reflejar la luz agonizante que entraba por la ventana.

Ya a oscuras, Ingrid también se metió en la cama. Pensó en el día siguiente, en la enorme cantidad de cosas que tenía que hacer. Reflexionó acerca de que debería dejarse más tiempo libre en vacaciones, pero acto seguido se preguntó a sí misma: «¿Libre para qué?». Finalmente, mientras notaba cómo se iba adormilando, pensó en la merienda, y su actitud con respecto a las suecas volvió a ser positiva, impregnada en compasión. Y es que Ingrid era presa de un sortilegio similar al de un tigre domesticado por un domador de circo, o quizá aún mejor sería compararla con un pobre voluntario hipnotizado por un prestidigitador. Víctima de un sentimiento potenciado por un agente externo, Ingrid había caído en el hechizo inevitable, pero, al igual que el tigre o el voluntario de la sala de variedades, a quien una simple palabra clave pronunciada por la persona adecuada basta para traer de vuelta a al mundo, ella también tenía su palabra de seguridad, apenas un par de sílabas que romperían por completo el encantamiento y la sumirían de nuevo en la turbidez de la realidad. La palabra clave de Ingrid sería pronunciada al día siguiente, y obviamente no podía ser otra que no fuera «César».

—Hasta mañana —dijo Ingrid.

Pero Gabriel simulaba dormir y, cuando uno se hace el dormido, es preferible no contestar.

17

Estas son todas las anotaciones escritas por Ingrid en su agenda para el 12 de abril de 2001, Jueves Santo, que superaban con creces la totalidad del espacio que Moleskine, el fabricante de agendas, consideraba como normal para apuntar todos los quehaceres de un día, por lo que la lista, redactada en una mezcla de lápiz, bolígrafo azul y bolígrafo verde, invadía la parte derecha de la página, destinada, según Moleskine, a «notas, recordatorios y efemérides»:

—Llamar a Viktor y Elise (preguntarles también por la semana siguiente!!!!)
—Llamar Guadalupe (¿viene con Roberto? ¿Niños?)
—Ordenar estudio
—Regar interior, exterior si no llueve
—Cafetera
—Llevar arreglos ropa
—YO
—Llamar Pierre → ¿Pasaporte?
—Cena niños
—Que Adam arregle el sótano
—Enviar email a Klara Pålson. Confirmar fechas.
—Supermercado cena: huevos, salmón (grande), 16 solomillos, alcaparras, aceitunas, ¿servilletas?, jabón de manos, patatas pequeñas (2 bolsas), café (3 o 4), bolsas de basura pequeñas y grandes, eneldo, aceite girasol, té negro, cuña queso, algo de embutido, yogures Camilla, casera blanca, pasta cangrejo, galletas merienda, crema depilatoria. ¿Cerveza?
—Depilarme

—18:00 → Merienda casa Katja y Elina. Coger pasaporte y galletas.

A tenor de estas anotaciones, no es difícil imaginar que Ingrid tuvo una mañana ajetreada. Viktor y Elise quedaron en aparecer el viernes sobre las cuatro para ayudar a preparar la cena y montar la mesa. Guadalupe, una diplomática mexicana a quien Ingrid adoraba por su carácter resuelto y divertido, confirmó su asistencia a la cena, y también la de su marido, Roberto, y la de Ernesto y Lupita, sus hijos. Ordenó someramente el estudio, regó las plantas de interior —dejó sin regar el jardín porque la previsión anunciaba fuertes tormentas para el Viernes Santo—, mandó a Gabriel a comprar una cafetera nueva a la tienda de electrodomésticos del pueblo —«la blanca, ¿eh?»— y no llevó a arreglar la ropa a la tienda de costura porque se vio forzada a sacrificar alguna tarea cuando miró por cuarta vez el reloj. Nadie salvo la propia Ingrid conocía el significado de la anotación «YO». Llegado su turno, también la tachó. Después telefoneó a Pierre, quien le confirmó que, en efecto, había un pasaporte sueco retenido en Auxerre, una ciudad situada al sureste de París que, en palabras del propio Pierre, era «uno de esos nuevos nidos de moros».

Al terminar, Ingrid habló con sus hijos sobre la cena del viernes. Los niños estaban muy ilusionados porque asistirían dos parejas de hermanos con los que se llevaban muy bien: los hijos de Jutta y los de Guadalupe. Los seis instalarían su cuartel general en el sótano, donde tenían un sinfín de juegos de mesa —ouija incluida, pero eso Ingrid no lo sabía—, bicicletas para hacer alguna escapada, dos librerías repletas de cómics y una televisión donde conectar la PlayStation que llevaría Ruud. Con respecto a la cena, solo dijeron una palabra: pizza. Así que Ingrid la incluyó en la lista del supermercado con el boli verde y envió a Adam —«Y usted también, señorita, si quiere atiborrarse de pizza, ayude a su hermano»— a arreglar el sótano. Estaba tachando en la agenda la tarea del sótano cuando Gabriel apareció con la cafetera —«Lo siento, cariño, no

había en blanco»—, un trasto negro que Ingrid pensó en devolver de forma inmediata, idea que olvidó instantáneamente porque subió a toda prisa al consulado a enviarle el correo electrónico a Klara Pålson, que llevaba unos días apremiándola a contestar «confirmando y/o modificando» la propuesta de calendario consular.

Era un calendario que abarcaba el segundo semestre del año, donde venían anotados multitud de eventos, reuniones y ciertas fechas límite para resolver asuntos protocolarios y administrativos. También tenía que confirmar su asistencia —«Indique sí o no junto a la propuesta». Ingrid marcó sí— a la cena homenaje a los cuerpos consulares que se celebraría en Estocolmo el 31 de noviembre. Le hacía mucha ilusión acudir a aquella cena y conocer a los reyes de Suecia, pues había algo en la monarquía que a Ingrid le atraía de forma irracional, a sabiendas de que su opinión en público era tajantemente contraria a una institución que calificaba como medieval, pero por la que sentía una inconfesable admiración en secreto. Terminó de redactar el correo y anotó en la agenda, ya en la parte correspondiente a la semana siguiente: «Buscar hotel Estocolmo. Posibles fechas 30 nov - 3 dic». Después cogió el coche —«Joder, ya son las doce y media»— y condujo a toda prisa hasta el supermercado, donde además de lo anotado en la lista compró dos pollos asados y una ración extragrande de patatas fritas en la zona de comida preparada. La familia —a excepción de Adam, que decía estar mal de la barriga y tomó caldo de verduras— devoró el pollo. Ingrid, después de comer, se sentó un rato en el sofá, donde dio una rápida cabezada mientras Nora veía una telenovela absurda en la que una mujer había suplantado la identidad de su hermana para seducir a un tipo exageradamente bronceado, un tipo que tenía aire de cantante melódico o de *playboy* puertorriqueño, pero que trabajaba como cirujano plástico en un hospital hecho a todas luces de cartón piedra, y que había operado la cara a la hermana de la suplantadora, a la que de paso había dejado embarazada de gemelos. Cuando Ingrid despertó, el cirujano y la suplantadora se besaban —sin lengua, como en las películas de los años cincuenta—

y Nora dormía. Subió al baño, se duchó, se depiló las axilas, las piernas, las ingles y el pubis —Gabriel se lo pedía y ella accedía pese a que la depilación púbica le provocaba un par de días de picores afilados— y, finalmente, con todos los propósitos cumplidos a excepción de los arreglos de ropa, que terminaron por no hacerse nunca, por ser olvidados ante lo que estaba por venir, Ingrid dispuso a la familia —«¡Niños, nos vamos! ¡Gabriel, mamá, venga!»— y todos se montaron en el coche y pusieron rumbo a La Umbría. A la casa de las suecas.

—¿Hoy no has ido a ver procesiones? —preguntó Camilla mientras salían a la autovía.

El día estaba envuelto en un gris pesado, como un anticipo de las tormentas que la previsión vaticinaba para el Viernes Santo.

—¿No has visto que no he parado? —contestó Ingrid con sequedad, sin dejar de mirar a través de su ventanilla.

Nadie dijo nada más.

Ingrid contemplaba cómo se acercaban las montañas medio nevadas y cómo la vega inmensa de La Umbría se abría paso a lado y lado, convirtiendo la carretera nacional en una minúscula cicatriz. Miraba en silencio los cultivos de primavera lustrosamente crecidos, verdes como enormes alfombras, y recordaba todas las veces que había recorrido aquel camino —y que nunca había culminado— cuando se obsesionó con las suecas. Recordaba aquellos viajes secretos, aquellos escarceos fallidos, con una mezcla de compasión, de frustración y de pena por sí misma, y un regusto amargo le afloraba al paladar cada vez que evocaba aquellos meses de finales de otoño, aquella espiral obsesiva en la que se extravió.

—Madre mía —dijo Gabriel mientras atravesaban la carretera principal de La Umbría, flanqueada por enormes árboles desvencijados y algunos comercios medio abandonados—, esto es un poco siniestro, ¿no? Parece un pueblo de hace veinte años.

—¿Por qué, papá?

—No sé, Adam. Me da esa sensación. Todo parece… más antiguo. Mira ese bar. Y esa gasolinera, con su taller rollo Medio Oeste —dijo

señalando al lado izquierdo de la carretera—. ¿No parecen de una peli de miedo?

—Un poco sí —dijo Camilla—. De zombis.

Hacía un día algo frío para ser mediados de abril, y una bruma baja cubría el suelo levemente mojado, como si alguien hubiese extendido una gran gasa. Dejaron atrás La Umbría, rodearon el lago Mamut, que despertó mucha curiosidad en Nora y en los niños hasta tal punto que pidieron hacer una excursión en verano, y cogieron la senda que subía hacia Los Picos rodeando el lago. El camino era terroso e intrincado, como si quisiera complicar deliberadamente la vida de quien no lo conociese. Ingrid comentó las indicaciones que le había dado Katja, Gabriel dijo un par de veces «tiene que ser por aquí» antes de efectuar sendos giros y, finalmente, antes siquiera de que apareciera el cartel con el número 4, reconocieron la casa. ¿Cómo no hacerlo, después de haber hablado tanto sobre ella? Es curioso que normalmente, cuando se nos cuentan muchas cosas de alguien o de algo que no conocemos, nuestras expectativas tienden a jugarnos una mala pasada y la imagen de ese alguien, de ese algo, suele decepcionarnos, suele arrancarnos un: «Pues no es para tanto». Pero hay veces, muy pocas, en las que las expectativas no solo se cumplen, sino que la realidad las supera con creces. Aquel fue uno de esos casos. Cuando Ingrid y Gabriel bajaron del coche para llamar al timbre y se situaron frente a la primera cancela, ambos pensaron por separado algo muy similar: que aquella casa y aquel terreno seco, leñoso e inhóspito eran la viva imagen de la desolación.

Katja habló a través del interfono:

—Os voy a abrir la primera cancela. Meted el coche y esperad un poco mientras recogemos a los perros. Es que se ponen bastante nerviosos.

Ingrid y Gabriel se miraron y subieron al coche. La primera cancela se abrió despacio, emitiendo chirridos sordos, e Ingrid no pudo evitar pensar en Karl forzándola para escapar de allí. La cancela se cerró cuando la atravesaron. Y allí se quedaron, como

Karl y Rose el día de los disparos, el día de los perros, el día del miedo.

—Vaya, la casa es enorme —dijo Gabriel.

—Pero enorme —coincidió Nora agachando la cabeza para poder mirar hacia arriba por la ventanilla—. La esperaba más pequeña. Es del tamaño de una de esas casas de famosos. Solo que está un poco…

—Horrible —dijo Adam poniendo en voz alta el sentir común—. Es… siniestra.

—¿Te imaginas que es aquí de donde salen los zombis? —dijo Camilla riendo.

Gabriel se dio la vuelta poniendo voz de narrador teatral.

—Síííííí, aquí están los zombiiiiis, y te van a cogeeeer… —Agarró a Camilla por la camiseta, que empezó a reír a gritos y a intentar zafarse—. ¡A tiiiiiiiiiii!

—Ya, ya por Dios —dijo Ingrid con media sonrisa—. Que pareces tú más crío que ella.

—¡Elina! —dijo Nora. Y levantó una mano (en vano) para intentar saludar a la sueca, que salió fugazmente de la casa, rodeada por algunos bultos negros que entraron a toda velocidad en lo que parecía ser una especie de cobertizo. Elina miró durante un par de segundos hacia el coche con su rostro vacío, se giró, le dio una patada a una gallina para que entrara en una caseta de madera que había frente a la fachada y entró a toda prisa en el cobertizo sin modificar su gesto, su postura y su aire de boba abatida.

Poco después, la segunda cancela se abrió. Gabriel aparcó en la parte izquierda de aquel pedregal al que nadie, absolutamente nadie, habría llamado jardín. Desde allí, si se miraba hacia el norte, se podía ver todo el enorme terreno boscoso que Matilde le había contado a Ingrid que pertenecía, sabía Dios por qué, a las suecas. Katja salió a recibirlos. Venía eufórica, histriónica, nerviosa, con un afán explícito de sobreactuar.

—Ay, ¡qué ilusión de que estéis aquí! ¡Venid, venid todos! ¡Pero por qué habéis traído nada! —dijo cuando Adam le entregó la caja

de galletas danesas que Nora había comprado esa mañana.

Besó a Ingrid, a Gabriel y a Nora. Acarició la cabeza de Camilla y dijo que les iban a enseñar la casa. Que pasaran a través del garaje porque la entrada principal no estaba «muy presentable». A simple vista, aún parecía pervivir en ellas aquella costumbre tan de los noventa de enseñar exhaustivamente las viviendas. Elina se unió a la comitiva balbuciendo algo ininteligible y todos pasaron al garaje, una habitación luminosa gracias a una gran ventana de madera que se incrustaba en la parte alta de la pared opuesta a la entrada y que no guardaba ningún coche, sino que parecía ser una especie de sala de estar a medio hacer, carente de un propósito mínimamente plausible. Más de la mitad de la habitación estaba ocupada por útiles de albañilería: palas, cuerdas, espuertas con cemento, sacos de arena, garrafas de agua…

Todos notaron aquel olor al entrar. Era pútrido y nauseabundo. Y todos esbozaron ese gesto raro, esa mueca de incomodidad que provoca un choque olfativo desagradable. Pero todos, incluso los niños, intentaron de inmediato evitar que no se les notase, así que se forzaron, cada uno en sus respectivos pensamientos, a cambiar rápidamente su gesto de asco por otro, por una mueca amable, como los buenos invitados que no se molestan ante los olores desagradables repentinos. Al fin y al cabo, eso hacen las personas educadas.

—Perdonad por el desorden. Pasad por ahí, que tenemos esto lleno de trastos.

—¿Estáis de obra? —preguntó Gabriel.

—Sí, acabamos de hacer un par de cosas. Las hemos tenido que hacer Elina y yo porque los albañiles nos dejaron tiradas. Esa panda de sinvergüenzas… —Katja esbozó una mueca agresiva—. Dicen ser hombres, pero no lo son. Bueno, solo son hombres para lo que les conviene. No saben cumplir una palabra. Mirad —dijo Katja señalando a un extremo de la habitación—. Aquello lo hemos hecho nosotras. Está recién terminado.

Todos miraron hacia el muro contrario, donde había una estructura de cemento pegada a la pared. Algunos puntos destellaban cuando les incidía la luz de la ventana.

—¿Qué es? —preguntó Ingrid.

Katja la miró incrédula ante la pregunta.

—Pues un sofá, cariño. Un sofá de obra.

—Ah, sí, claro.

—Le hemos puesto teselas, trocitos de vidrio cocido de colores. Estilo Gaudí. Tú lo apreciarás, como escultor que eres.

—Sí, por supuesto —dijo Gabriel.

—Sofá —dijo Elina—. Daño en la mano —añadió.

—Estamos esperando a que termine de secarse el cemento para ponerle los cojines. Esta habitación es muy húmeda, así que le está costando un poco de trabajo. Va a quedar precioso.

Ingrid pensó en la inutilidad de aquel sofá. Quien se sentase en él solo tenía la opción de mirar la pared de enfrente. Además, era completamente deforme: cualquier plano, cualquier línea de aquella horrible estructura tenía curvatura o desviación.

—Es muy original —dijo Nora sonriente.

—Gracias —dijo Katja—. Bueno, subamos. —Pero se detuvo un momento para añadir—: Aquella puerta lleva al semisótano, a lo que llamamos la parte de Hans. Adora meterse ahí. Prácticamente no pisa otro lugar de la casa. En Suecia hacía igual, tenía un sótano enorme que usaba muchísimo. Le encanta la oscuridad a ese hombre. No está hecho para este país.

Mientras Katja hablaba, Camilla caminó hacia el sofá, guiada por su innata curiosidad. Cuando llegó hasta él, Katja se dio cuenta y reaccionó:

—¡Nena! —gritó—. Deja eso, que está fresco y se puede estropear.

Ingrid reprobó a su hija:

—Camilla, cariño, no te separes, anda. Vente.

Y Camilla se volvió, con el rostro completamente desencajado ante lo que había percibido. Pero nadie reparó en su cara porque el

grupo, en fila india, ya subía las escaleras. De vez en cuando se escuchaban rugidos lejanos y ladridos que replicaban otros ladridos que se apagaban de forma inmediata.

—Nosotras hacemos vida en la segunda planta —decía Katja mientras subía—. La primera es para invitados y para alojamientos. Os la enseño rápido, veréis qué bonita es.

—¿Alojamientos? —preguntó Nora.

—Sí, a veces nos sacamos un dinerito alojando jóvenes. Normalmente, solo por unos días. Así que tranquila, Ingrid. No somos competencia.

Ingrid, al final de la fila, intentó hacer un sonido de medio risa que apenas se escuchó. El grupo llegó a la primera planta. Estaba atravesada por completo por un enorme pasillo de moqueta roja. A la izquierda, nada más subir, este se ensanchaba en una especie de recibidor en cuyo centro había una mesa, algunas sillas bajas y un mueble bar con bebidas alcohólicas y vasos. A la derecha se oponían tres puertas, presumiblemente habitaciones. Olía a humedad animal, a una mezcla a partes iguales entre moho y sebo. No había una sola ventana y la iluminación, tenue, anaranjada y titilante, provenía de apliques colocados en las paredes que imitaban de forma artificial tanto el aspecto como la luminosidad de las velas. Las paredes estaban empapeladas en un color burdeos, casi ciruela, que combinado con el rojo de la moqueta conferían al pasillo un aire sangriento, como si uno se introdujera en una gran arteria. Obviamente, lo que más llamó la atención de la familia fueron las esclusas. Cada tres o cuatro metros, el pasillo se interrumpía a causa de unas puertas dobles similares a las que aparecían en las tabernas de las películas del oeste, solo que estas no eran libremente abatibles, sino que tenían un cerrojo y únicamente abrían en una dirección. Hacia fuera.

—Las pusimos por los perros —explicó Katja—. Hemos tenido que instalar este tipo de puertas por todo el pasillo para que no anden a sus anchas. Tomamos la idea de la cancela de la entrada y la reprodujimos en esta planta. A veces molestaban mucho a los

invitados. La mayoría de los perros saben abrir puertas normales, así que se colaban aquí arriba. Pero desde que pusimos estas… Imposible.

En ese momento, se escuchó un ruido de patas chocando con madera, un nuevo eco de gruñidos y bastantes ladridos superpuestos.

—¡Jorge! ¡Raúl! ¡Dejad a Tania tranquila! ¡Como sigáis así, os voy a mandar a César! ¿Me estáis escuchando?

Los gruñidos se apagaron de inmediato y el grupo cruzó la primera esclusa. Allí encontraron una estructura similar a la del tramo anterior: un recibidor a la izquierda —esta vez en lugar de mesa y sillas había dos sofás verdes de aspecto aterciopelado e incómodo— con un mueble bar a rebosar de botellas y un par de puertas cerradas a la derecha. Ingrid, que iba a la cola junto a Gabriel, le susurró al oído a su marido:

—¿Pero qué coño es esto?

En ese momento, a Gabriel lo asaltaba un único pensamiento: que no hacía falta haber estado en una casa de putas para reconocer una al instante. Imaginaba aquel pasillo en una madrugada de sábado, con aquella moqueta sangrienta y aquellas velas temblorosas convertidas en un local de copas tardías a rebosar de puteros furiosos, de individuos inexplicables. Pero contestó, en un susurro aún más inaudible que el de su mujer:

—Un lugar muy siniestro.

Katja, ilusionada, risueña, seguía explicando su casa como si se tratase de la visita guiada a un palacio italiano. De vez en cuando volvía a regañar a Jorge y a Raúl. Quizá por eso, Nora le preguntó por los huéspedes mientras Elina abría las segundas puertas abatibles. Katja seguía narrando:

—Pues ahora mismo no se aloja nadie. Está la cosa un poco floja, la verdad. No obstante, estamos contentas con los animales, porque hemos vendido hace poco un par de camadas de… ¡Hostia! —gritó justo al abrir la puerta doble—. Esperad, esperad, no paséis. Que Margarita ya ha hecho de las suyas. Bueno, sí —dijo tras evaluar la

situación—, podéis pasar, pero con cuidado de no pisarlo. Podéis pasar por el lado derecho, que parece seco.

Ingrid no lo vio, pero lo olió.

—Margarita, mala —dijo Elina.

—Sí, Margarita mala —confirmó Katja—. Se va a enterar esa zorra.

Justo tras las puertas dobles, una gran mancha de orina empapaba aproximadamente un metro cuadrado de la moqueta.

—Lo hace para dar por culo. Para dar por culo, nada más, la muy zorra. —Katja miró las caras atónitas y medio asqueadas de la familia y tuvo que explicar que Margarita era una de sus perras; de hecho, una de sus mejores hembras. A requerimiento de Camilla, confirmó que todos sus perros tenían nombres humanos y, luego, volvió a gritar hacia el fondo del pasillo—: ¡Margarita, zorra asquerosa! ¡Te vas a enterar!

Ingrid estuvo a punto de decirle que no le gustaba que se hablase así en presencia de los niños, pero Katja echó a andar a toda prisa hacia atrás y abrió la puerta que había justo al lado de Ingrid.

—Esperad, que voy a poner periódicos. Creo que hay algunos en esta habitación.

La comitiva se paró y Katja entró. Del interior de la habitación salía una extraña luz vibrante, bastante más brillante que la que emitían los candelabros artificiales de las paredes. Todos se quedaron en silencio. Se escuchaba murmurar a Katja mientras buscaba.

—Joder, tienen que estar por alguna parte… Tienen… que… estar…

Involuntariamente, Ingrid se asomó. Apenas tuvo que girar la cabeza para mirar el interior de la habitación. Dentro había varios caballetes con cuadros empezados, todos llenos de figuras humanas alargadas y extrañas, pero casi ni se fijó en ellos porque su atención se desplazó de inmediato hacia un rincón, al lugar de donde procedía la estela de luz cálida. Allí había una mesita redonda, baja y de madera oscura, cuyo perímetro estaba completamente atestado

de velas moradas, todas encendidas y supurando cera y vapor. Dentro del círculo que formaban las velas y antes de retirar la mirada y volver al pasillo, Ingrid intuyó ver un tricornio de guardia civil sobre lo que parecía ser un trozo de piel de animal recubierto de pelo marrón claro y visiblemente ensangrentado. Se separó de la puerta todo lo que pudo, y Adam la miró con cara de estar empezando a agobiarse. A los pocos segundos, Katja salió con el periódico y extendió bastantes hojas sobre aquel charco que convertía la moqueta roja en negra.

—Ya estoy. Es que si no lo secamos, esto va a estar oliendo semanas. Bueno, si queréis vamos arriba. Aquí no hay mucho más que ver. Seguidme.

El grupo, de nuevo con Katja a la cabeza, volvió sobre sus pasos y subió por la escalera mientras Katja hablaba acerca de los gatos, que vivían en un cobertizo que había en la parte de atrás de la casa. Después explicó cómo funcionaba la cría de gallinas y habló sobre las mermeladas que vendían a una conservera local y sobre los encurtidos que envasaban cada temporada. Escuchando todo aquello, y con la visión de Elina dándole una patada a una gallina, Ingrid pensó que las suecas eran mujeres perfectamente preparadas, tanto física como anímicamente, para vivir en la Edad Media.

Un enorme cambio se hizo patente al subir las escaleras, pues la segunda planta era luminosa, con las paredes pintadas de blanco y el suelo de una piedra granate que parecía de baja calidad a causa de su veteado en exceso artificial.

—¡Bienvenidos a nuestro hogar! Aquí arriba tenemos la cocina —dijo Katja avanzando por el pasillo, encabezando nuevamente la comitiva—, un baño, dos habitaciones pequeñas, que son las nuestras; para qué más, ¿verdad? Y aquí —dijo mientras recorría todo el pasillo a paso rápido hasta llegar al fondo y abrir unas puertas dobles de madera y cristal opaco— está el salón. Lo mejor de la casa.

Todos entraron al salón, que era una estancia exageradamente grande. Mucho más grande que el salón de la casa de Ingrid y Gabriel. La luminosidad contrastaba con la deliberada penumbra que acaparaba del resto de la casa. Gabriel, entornando los ojos, calculó rápidamente que aquel salón tendría no menos de cuarenta y cinco metros cuadrados. Estaba bastante descargado, lo que acrecentaba la sensación de amplitud. Tenía lo que podría intuirse como dos ambientes. La parte más cercana a la puerta parecía ser la zona de descanso, en la que había dos enormes sofás y una mesa de centro alta con enaguas verdosas, cubierta con un tapete de croché blanco. Un mueble empotrado en la pared contraria soportaba una televisión visiblemente antigua y un aparato de vídeo VHS de marca Grundig junto al que había una decena de cintas de vídeo TDK. La zona del fondo parecía una especie de despacho. En el centro se ubicaba una mesa de trabajo con un ordenador que, a diferencia del televisor, parecía ser un modelo moderno. Al lado tenía un módem de alta velocidad y bastantes carpetas abiertas de las que salían multitud de papeles muy desordenados, como si un oficinista hubiera sido sorprendido por un terremoto, o quizás por el inminente nacimiento de su primer hijo y hubiera salido a toda velocidad dejando sobre la mesa documentos sin guardar, bolígrafos destapados e incluso sus gafas abiertas y sudadas. Todas las paredes estaban decoradas con cuadros que tenían la misma estética de figuras alargadas que Ingrid había visto en la habitación de las velas —así la llamaría a partir de ese día, «la habitación de las velas»—. Y al fondo, detrás de la mesa, una librería —mitad libros, mitad objetos variopintos intercalados— culminaba el escaso mobiliario de la habitación. Las cuatro grandes ventanas tenían los vidrios ahumados. Una gran pintura de un matador de toros con la cara deformada en sentido vertical y las orejas élficas ocupaba toda la pared de la televisión. Detrás del torero, dentro del ruedo, aparecían dos hadas con los pechos al descubierto y un par de bestias draconianas. Katja, sin dar muchos detalles, dijo era un cuadro de su marido pintado por ella, «pasado por el filtro de su mundo interior». «Muy bonito», dijo

Ingrid. Pero lo más curioso de la estancia era sin duda el enorme árbol de Navidad completamente decorado, iluminado y musicalizado que se alzaba junto a la mesa.

—¿Eso que suena son villancicos? —preguntó Camilla a Gabriel. Ingrid hizo amago de lanzarle a su hija una mirada fulminante, pero Katja intervino.

—Sí, cariño. A Elina —explicó señalándola— le encanta la Navidad, es su pasión. Y los villancicos la mantienen en calma. Yo ya me he acostumbrado. Casi ni los escucho.

—Navidad —dijo Elina.

—Es raro escuchar villancicos cuando no es Navidad —dijo Camilla.

—Bueno —dijo Katja sonriendo—. Supongo que no está prohibido, ¿verdad?

Ingrid y Gabriel sonrieron con cara de circunstancia y Camilla respondió, también sonriente:

—No, es verdad. Claro que no.

—Pues a mí me resultan agradables —dijo Nora, empeñada ese día en poner ese punto de cordialidad que tienen los buenos visitantes.

—Bueno —dijo Katja cambiando de tema—. Vamos a ir merendando. Pero primero, os quiero enseñar la terraza. Ya veréis qué vistas, venid. Dejad las cosas ahí y seguidme. Será solo un momento, y enseguida tomaremos cosas ricas, ya veréis. Dejad, dejad las cosas. No vayáis cargando con nada porque la escalera es estrecha.

Ingrid y Nora dejaron sus bolsos sobre la mesa del sofá y los niños, algo acalorados a causa de la densidad del ambiente saturado, colocaron sus sudaderas sobre una silla. Subieron —uno a uno— a la azotea a través de una escalera de madera, estrecha y algo inestable que había entre la cocina y el salón. Las vistas eran realmente bonitas. Desde allí arriba se veía gran parte del lago, las montañas con sus puntas aún nevadas y el tapete verde que era la vega de La Umbría, además de un sinfín de bosques sin nombre y

varios pueblos blancos y silenciosos. La masa nubosa había crecido y el ambiente empezaba a ser plomizo y turbio. La tempestad se gestaba en silencio.

—Vaya —dijo Ingrid con asombro mientras el aire le hacía bailar el pelo—. Menudas vistas tenéis, Katja.

—Sí, la verdad es que no nos quejamos. No hay cosa que más le guste a Elina que subir aquí a ver las estrellas. Le encantan las estrellas.

—¿Hasta dónde llega vuestro terreno? —preguntó Gabriel.

—Pues —Katja se dio la vuelta para orientarse hacia la zona boscosa que empezaba tras la casa en dirección norte— prácticamente hasta el inicio del Monte del Oso, que es aquella colina donde está la antena. No entiendo mucho de medidas ni de hectáreas, la verdad. Pero son un buen puñado.

—Buah —dijo Gabriel haciendo visera con la mano—. Es muchísimo terreno.

—Sí, la verdad. Pero no requiere apenas nada de mantenimiento. No hay cultivos ni animales, así que no nos da mucho trabajo. Conseguimos que un muchacho venga un par de veces al año a limpiar un poco el suelo y poco más. Nos viene bien tenerlo para pasear a los perros. Es uno de los secretos de la fuerza y la salud de nuestros perros, que disfrutan del bosque.

—¿Por qué se llama Monte del Oso? —quiso saber Camilla.

—Eres curiosa, ¿eh?

—Sí, sí que lo es —corroboró Gabriel, poniendo una mano sobre el hombro de Camilla.

—Mamá —interrumpió Adam hablándole a Ingrid en voz baja—. Me encuentro mal.

—¿Qué le pasa? —preguntó Katja con voz afectada.

—Que está con la tripa mal desde ayer. ¿Qué necesitas, cariño?

—Ir al baño —dijo Adam tocándose la barriga.

Antes de que Ingrid contestase, Nora preguntó:

—Oye, ¿y Elina?

—No sé —dijo Katja mirando hacia atrás—. Seguro que se ha puesto a preparar la merienda. Dejadla, muchas veces va a su aire. Ahora aparecerá.

—Necesito ir al baño —dijo nuevamente Adam.

—Claro, cariño, claro —dijo Katja—. Baja la escalera y la puerta de enfrente de la cocina es el baño.

Adam bajó y Katja retomó la conversación con Camilla para contarle que aquella colina frondosa y con forma de taza invertida era conocida como el Monte del Oso porque en su base había una cueva muy peligrosa en la que se decía que, mucho tiempo atrás, había vivido un oso que mataba a todos los agricultores que se acercaban. Katja creía que la leyenda no era más que una patraña para disuadir a la gente de que se adentrase en una cueva extremadamente peligrosa. La conversación se extendió unos minutos más hasta que Ingrid reparó en que Adam tardaba mucho en regresar. Nora propuso empezar de una vez la merienda, así que Katja lideró una vez más la comitiva para poner rumbo al salón. Cuando le tocó a Gabriel bajar, solamente Nora e Ingrid quedaron en la azotea, esperando su turno para acceder a la escalera.

—¿Y el padre? —preguntó Nora en sueco.

—Yo qué sé, mamá. Hemos venido a eso, pero ese hombre no aparece.

—Lo mismo está en su habitación, esa que había en la cochera. ¿Quieres que les pregunte yo?

—Bueno, esperemos un poco, a ver. Quizá están esperando a sacar la merienda o algo así. Katja me dijo ayer por teléfono que le cuesta mucho moverse.

Dada su nueva óptica benévola, Ingrid llevaba toda la visita intentando ser paciente, empática y cariñosa con aquellas dos mujeres a las que se había propuesto no juzgar; pero ellas no se lo estaban poniendo fácil. Lo único que Ingrid pedía era algo realmente sencillo: que Hans firmase el documento de una vez.

—¡Chicas! —Katja se había asomado al hueco de la escalera—. ¿Todo bien?

—¡Sí, ya bajamos! —dijo Nora.

Cuando llegaron al salón, encontraron a Adam sentado en el sofá, con gesto muy serio.

—¿Qué tal, cariño? —le preguntó Ingrid.

—Bien, bien. Un poco molesto, nada más. Pero bien, no te preocupes.

—Bueno, pero es mejor que no tomes nada, ¿vale?

—Le vamos a preparar una manzanilla, seguro que le sienta muy bien —dijo Katja—. Voy a la cocina, vuelvo enseguida.

—¿Os ayudo? —preguntó Nora.

—No, no, quédate ahí tranquila. Sois los invitados. —Al ver que todos estaban de pie, tensos, Katja insistió—: Pero sentaos, sentaos tranquilos, de verdad. Voy a por la merienda, ahora vuelvo y os cuento una anécdota muy graciosa, ya veréis.

Así que la familia se quedó a solas en el salón. Nora, Ingrid y los niños se distribuyeron en los sofás; por su parte, Gabriel se quedó de pie y empezó a curiosear. El árbol de Navidad emitía una versión chirriante de *Jingle Bells* desde un minúsculo altavoz. Gabriel ojeó sin interés los libros que había en la estantería y después se acercó a la ventana para contemplar la vega.

—Tienen buenas vistas —dijo.

—Sí, la vega es preciosa —comentó Nora—. ¿Por qué tendrán los cristales ahumados?

—Supongo que por el sol que debe de entrar por la tarde —dijo Ingrid.

Gabriel se acercó al cristal.

—¿Están tintados? —preguntó. Y puso un dedo sobre el vidrio. Al moverlo, una línea blanca y reluciente apareció en la superficie—. ¡Hostia! —exclamó retirando el dedo y girándose con una sonrisa incrédula—. ¡Que es mierda!

Ingrid y los niños se echaron a reír, y Gabriel cambió el gesto de guasa al ver la línea impoluta que había dejado en la ventana. Se miró el dedo. Su yema tenía el color negruzco azulón de una ciruela seca.

—¿Qué hago?

—Limpia toda la ventana —dijo Ingrid riendo—. Lo mismo no se dan cuenta.

Gabriel le contestó que era muy graciosa y por algún motivo empezó a soplarle a la cicatriz que había dejado en el cristal, posiblemente intentando que el polvo circundante tapase la línea, pero aquello era polvo sólido, polvo incrustado, polvo de décadas. La familia sonreía, divertida, cuando Elina entró en la habitación con una bandeja que contenía una cafetera, una tetera y la caja de galletas que ellos habían llevado. Gabriel disimuló como pudo y se sentó en uno de los sofás junto a Adam. Con el objetivo de que nadie se diese cuenta, frotó el dedo sucio contra la parte baja del sofá. Katja miró el cristal en cuanto entró, pero retiró la mirada de inmediato y no dijo absolutamente nada. Las dos se habían retocado los escotes, mucho más generosos que un momento atrás.

La merienda transcurrió con rapidez y pocas conversaciones, con Adam muy serio, con una sucesión interminable de cuatro villancicos en bucle sonando desde el árbol de Navidad, con Katja regañando al aire cada vez que sonaban los gruñidos y con la caja de galletas danesas como único alimento ofrecido por las anfitrionas, quienes habían estado hora y media anunciando que merendarían «cosas ricas». Cuando todo estaba ya agotado, Ingrid hizo un comentario intentando dar por terminada la merienda y haciendo amago de levantarse y coger su bolso. Estaba a punto de preguntar por Hans, pero Katja la cortó.

—No podéis iros sin que el hombre de la casa tome un poco de licor, ¿verdad, Elina? —Elina asintió. Ante la mirada de extrañeza de la familia, Katja apuntó—: Es costumbre en nuestro pueblo. En una visita, se debe ofrecer una copa al hombre de la casa.

Nora pensó que aquellas dos mujeres tenían toda la pinta de inventar las costumbres de su pueblo a su conveniencia. Total, pensó, nadie lo comprobaría.

—No, no, de verdad —dijo Gabriel—. No me apetece. Además, tengo que conducir.

—Vamos, hombre. Las tradiciones son las tradiciones —dijo Katja—. ¡Elina, trae una copa para Gabriel!

Elina salió y volvió con un vaso ancho y una botella de whisky Jean Beam. Sirvió una copa generosa y se la puso delante a Gabriel.

—Para el hombre —dijo.

Afortunadamente, a Gabriel le gustaba el whisky, pero se sentía ridículo siendo blanco de las miradas de todo el grupo esperando a que bebiese, Katja y Elina ilusionadas, el resto de la familia hastiado ya y con la sensación naciente de que estaban siendo sutilmente retenidos. Gabriel intentaba beber a sorbos rápidos y pensaba que en unos minutos estaría medio borracho. Cuando ya le quedaba poco whisky y Nora conversaba con Elina sobre los gatos, esforzándose por usar el mismo vocabulario y la misma sintaxis que uno usaría con un niño de cuatro años, un golpe retumbó en la puerta del salón. Todo el mundo paró de hablar y miró hacia la puerta. Inmediatamente, sonó otro más.

—¿Ya te has escapado? —le preguntó Katja a la puerta.

La respuesta fue un gruñido y otro golpe seco en la puerta.

Como si retomase una conversación anterior, Katja se volvió hacia Ingrid:

—Además, no os podéis ir aún. No os hemos presentado a los perros.

Y sin decir nada más, Katja se levantó y abrió levemente la puerta, lo justo para poder salir, y la volvió a cerrar. Tras los cristales opacos —opacos de verdad— se intuía una sombra oscura. En el pasillo se escucharon ruidos de puertas abriéndose, a los que sucedieron ecos de patas nerviosas, respiraciones y bramidos. Elina dijo algo en voz muy bajita pero la familia, atenta a lo que ocurría en el pasillo, no la escuchó. Solo a Gabriel le pareció oír algo.

—¿Qué? —preguntó.

—Que si habéis terminado —dijo Elina—. De merendar —añadió, mirando la caja de galletas.

—Sí, sí —contestó Gabriel—. Hemos terminado.

—Mejor —musitó.

En ese instante, se abrió la puerta del salón. Fue Camilla quien gritó. Adam se limitó a subir las piernas al sofá en un gesto de defensa primario. Gabriel apretó la mandíbula ante aquella masa negra de perros enormes que entró corriendo, ocupando el salón, todos excitados, todos babeando y gruñendo. Solo uno de ellos habría servido para impresionar a una persona, y allí entraron unos diez *rottweilers* brillantes y musculosos que empezaron a saltar a los sofás, a restregarse contra sus dueñas, a comer de la caja de galletas mientras Camilla gemía aterrada y Katja decía: «Tranquila, niña, no te van a hacer nada». Lo cierto es que los perros apenas prestaron atención a nadie que no fueran sus dueñas. Poco a poco se fueron calmando, y Katja dijo:

—Bueno, queridos, estos son Raúl, Tania, Betty, Jorge, Roberto, Samuel, Liana, Elena, Sara… y la zorra de Margarita.

La perra agachó la cabeza, como si fuese plenamente consciente de lo que había dicho Katja.

—Pero ¿cómo podéis vivir… con todo esto? —preguntó Nora.

Ellas no parecieron entender la pregunta. Haciendo un esfuerzo por explicarse, Katja dijo que los perros eran su vida. Que no solamente representaban un sustento económico —explicó un poco acerca de la venta de cachorros y de los certámenes caninos—, sino que eran para ellas una gran motivación en sus vidas. Que sin los perros, sin su cariño y sin su lealtad, ellas no serían nada. Mientras, los animales estaban calmados, sentados, tumbados algunos. Margarita apuraba las últimas galletas y lamía los bordes interiores de la caja. Camilla se había abrazado a Ingrid y los miraba con recelo.

—¿Queréis ver lo mejor? —preguntó Katja.

Nadie respondió, pero ella se echó las manos a la boca y dio un silbido enorme, un silbido de cuchillo de punta afilada, de daga, de alambre cercenado, al que siguió un silencio absoluto.

—¿Dónde estará? Por Dios, cada día está más sordo.

Pasado un minuto, se escuchó un ruido en el pasillo.

—Ahí viene —dijo Elina.

De repente, todos los perros echaron a andar al mismo tiempo con aire asustado y se apelotonaron en la zona de la mesa, agazapándose junto a la librería y al árbol de Navidad, que emitía una versión chirriante y metálica de *All I want for Chrismas is you*. Los pasos en el corredor se hicieron cada vez más audibles, y los empezó a acompañar una respiración ronca y furiosa.

—¡César! —dijo Katja—. ¡César! ¿Dónde te habías metido?

Ingrid, que era quien estaba más cerca de la puerta, no pudo evitar asustarse ante lo que entró por la puerta. Obviamente era otro perro, pero no tenía nada que ver con el resto, que permanecían agazapados y temerosos, intentando ocupar los rincones más lejanos de la sala. César era enorme, de morro afilado, imperial, salvaje, agresivo solamente por estar presente. Gabriel miró a Ingrid. Camilla se apretó contra ella.

—Tranquila, nena —le dijo Katja—. César está ya muy mayor. Hace algunos años… Entonces sí que habrías tenido motivos para asustarte.

Elina se echó a reír ante el comentario. César se acercó a ella y le dio con el morro en la axila. Estuvo a punto de tirarla de la silla. Acto seguido, empezó a pasearse por la zona de los sofás, miró al resto de perros y a los miembros de la familia, uno por uno. Su andar era augusto, aunque velado por unas maneras universales de anciano. Uno de los perros hizo ademán de levantarse y acercarse a Katja, y apenas hubo dado un paso cuando César gruñó, enseñándole unas mandíbulas ferales y negruzcas. El perro retrocedió y César se acercó a Katja. Ella posó la mano en su cabeza. Llevaba un anillo con una piedra verde bastante grande, e Ingrid pensó que, de ser una esmeralda de verdad, esa sortija costaría mucho dinero.

—César es un ejemplar raro —explicó Katja mientras acariciaba su enorme cabeza—. Hace quince años, una perra se nos escapó. Se adentró en el bosque y apareció a la semana, preñada. No sabemos de qué. El caso es que tres meses después nacieron dos cachorros muertos y César. —Al escuchar su nombre, el perro la miró—. Nunca hemos permitido un cruce. Cada vez que ha ocurrido, porque esas

cosas a veces pasan, los cachorros han sido ahogados nada más nacer y echados al bidón. —Camilla se echó la mano a la boca, e Ingrid hizo amago de decir «Katja» para cortar el discurso, pero la sueca se sobrepuso y continuó—. He de reconocer que César ha sido un perro… complicado. —Lo acarició—. Sí, complicado. También bastante caprichoso y un poco agresivo, todo sea dicho.

—Agresivo —dijo Elina.

En ese momento, César se lanzó hacia Camilla. Al igual que había hecho con Elina, intentó meter la cabeza bajo su axila para que lo acariciara. Ante el rechazo de la niña, Ingrid empezó a decir «César, César», Camilla también dijo «¡César, no, César!» y Katja y Elina se unieron al coro llamándolo, «César, César, ven aquí».

Y de repente, ante aquel «César» superpuesto en los labios de cuatro mujeres al mismo tiempo, volvió a su memoria aquella chiquilla que fue a su casa confundida, agotada, mostrando claramente un cuadro de estrés postraumático y que, cuando colapsó definitivamente, solo pudo atinar a decir una palabra que repitió unas cuantas veces de forma completamente aterrada, y resulta que en aquel momento su hija y ella misma repetían exactamente la misma palabra que Hilda, la pobre criatura de la melena de color maíz —«Allí desaparecen personas»— que vivía casi perdida entre los pliegues de su memoria y que, al igual que Camilla justo en ese momento, solo podía repetir, para intentar canalizar su miedo y su angustia: «César, César…».

—¡César! —dijo de nuevo Camilla.

Y en ese preciso instante, en una fracción de segundo, en un destello, Ingrid despertó. Todos sus buenos sentimientos, toda aquella epifanía compasiva que llevaba arrastrado unas semanas se desmenuzó del mismo modo que se disuelve el vínculo de la fiera con el domador trajeado o el hechizo del prestidigitador, y llegó el momento en el que el pobre voluntario pone su mejor cara de idiota para regresar al mundo antes de que caiga el telón. Para Ingrid, las sombras se retiraron de repente y tuvo una visión cristalina de la realidad, en la que comprobó que todo seguía más o menos en su

sitio. Lo primero que hizo fue reprocharse fugazmente a sí misma haber llevado a su familia a esa casa y, lo siguiente, gritar con ferocidad:

—¡Ya está bien!

Todos la miraron al mismo tiempo, César incluido. Pasados unos segundos, volvió la calma.

—Katja, gracias por vuestra hospitalidad, pero como sabes, hemos venido a que Hans me firme el pasaporte. Y no hemos visto a Hans en toda la tarde. Así que, si no está aquí, nos vamos a marchar ya.

Katja le mantuvo la mirada durante unos segundos. César había retrocedido y ahora estaba pegado a la sueca, mirando también a Ingrid. Hubo un silencio denso, lleno de palabras solamente dichas con miradas. El gesto de Katja se relajó. Sin rodeos, dijo:

—Verás, Ingrid. Hans ha tenido un ataque esta mañana. Le suelen dar con frecuencia, cada vez más. Está muy mayor, se perturba. Le da… ¿cómo dice Jimmy? —Miró a Elina esperando una respuesta, pero Elina se limitó a devolverle la mirada con gesto inexpresivo—. Enajenación. Eso es. Se vuelve loco, grita, le da por encerrarse y a veces por fugarse.

—Pobre —dijo Nora ante la pausa de Katja—. Eso es la edad, seguro.

—Hoy ha tenido un brote y se ha encerrado en el sótano. —Paró de hablar para evaluar el gesto de Ingrid, que era imperturbable—. Si quieres, solo si quieres, más que nada por ayudar al pobre Hans, puedes darme el pasaporte y yo bajo al sótano para que lo firme. A mí, si voy sola, suele hacerme caso.

Katja alargó la mano hacia Ingrid, que tenía el bolso con el pasaporte pegado a su costado izquierdo. Camilla aún ocupaba el lado derecho, encogida, casi en posición fetal. El anillo verde refulgía en el dedo anular de Katja. Ingrid ni se lo pensó:

—Lo siento, Katja, pero no estoy autorizada a hacer eso. Hay un protocolo, y yo no pudo entregar un pasaporte sin firmar.

Conforme hablaba, lanzó una mirada fulminante a Gabriel que él entendió de forma meridiana. Esta vez no pensaba abrir la boca para abogar por las suecas.

—Pero, cariño, no lo estás entregando —argumentó Katja—. Esto es simplemente el proceso de firma.

—Sí, sí lo estoy entregando, Katja. En el momento en que el pasaporte sale de mis manos, lo estoy entregando. Y no estoy dispuesta a tolerar más irregularidades. Si quieres, bajamos al sótano. No me importa. Que Hans salga un momento y eche una firma. Un garabato. Solamente necesito ver cómo lo firma y se acabó, es vuestro. Si quieres, lo intentamos y terminamos con esto de una vez.

Katja pensó. Cuatro, cinco segundos. La familia, Elina, César y la enorme amalgama de perros guardaban un silencio expectante.

—No lo sé, Ingrid. Es que se pone… fatal.

—Ataque —dijo Elina.

—En ese caso, nos vamos a ir ya, Katja.

Katja volvió a pensar.

—Bueno, está bien. Por probar no perdemos nada. Venga, vamos a bajar. Pero te lo advierto, está un poco alterado.

—Yo solo necesito que firme. Puede firmar alterado.

—Pues vamos. Sígueme.

Katja se levantó e Ingrid hizo lo mismo. Después se colgó el bolso y dijo:

—Ahora venimos.

Katja, bolígrafo en mano, e Ingrid, pasaporte en mano, recorrieron el pasillo y bajaron de nuevo al garaje. El olor pútrido persistía, y las nubes, mucho más densas que cuando llegaron, hacían que el ambiente fuese más oscuro y húmedo. Abrieron la puerta del garaje, que daba a una pequeña escalera descendente. Katja habló por primera vez.

—Baja detrás de mí. Es estrecha.

La sueca tiró de un cordel para encender una bombilla que emitía luz triste. Tras bajar la escalera llegaron a un semisótano lleno de

humedades en donde había un inmenso bidón y diversos muebles con herramientas y trastos arrumbados. Un olor químico muy potente invadía toda la estancia. Hacía mucho calor, e Ingrid notó cómo su frente y su labio superior empezaban a transpirar.

—Esta es la sala de la caldera. Ven por aquí, es ahí al fondo. Primero está la habitación de Hans y detrás, el establo. Antes teníamos un caballo, pero murió.

Atravesaron la habitación y llegaron a una puerta de madera con aspecto de estar fabricada con tablas unidas. Katja golpeó la puerta. Dos, tres veces. Ingrid vio una rata cruzar fugazmente desde la parte inferior del bidón de gasoil hasta uno de los muebles. No hubo respuesta, así que Katja volvió a golpear la puerta, esta vez con bastante más fuerza.

—¡Hans! —dijo acercando la boca a la madera—. Hans, ¿estás ahí? La cónsul quiere que firmes el pasaporte. Sal un momento, por favor.

No hubo respuesta, así que Katja empezó a aporrear la puerta, primero con el puño izquierdo y después con el derecho. Finalmente, se giró.

—No quiere abrir. Hoy está fatal. —Dio un paso hacia la cónsul para ponerse realmente cerca. La miró a los ojos y dijo—: Tengo la llave, pero el problema es que podría ponerse agresivo al ver a una desconocida. Déjame el pasaporte, Ingrid. A mí me hace caso. Me lo firma en un momento y salgo.

A punto. A punto estuvo Ingrid de dárselo. Pero no, porque la palabra clave, aquel «César», había roto el encantamiento.

—Katja, ya hemos hablado de esto arriba. No puedo entregar un pasaporte sin firma.

Katja lo hizo de nuevo. Se tomó esos cuatro, cinco segundos para pensar su respuesta.

—Está bien —dijo—. Tú lo has querido.

Sin más, se sacó del bolsillo un llavero de Minnie Mouse que llevaba una sola llave, se giró y abrió la puerta. Entró.

—¿Hans? —preguntó.

Ingrid dio un paso dentro. Olor humano. Penumbra. Polvo flotante. Dio otro paso y pudo ver la habitación. Más polvo. Miseria. Ambiente similar al de una catacumba a reventar de restos humanos, de huesos brillantes y terrosos perdidos en el mar de los siglos.

—¿Hans? —dijo Katja.

A medida que a Ingrid se le iba acostumbrando la vista, se iba dando cuenta de que en el suelo había ropa. También vio, en una esquina, varios cuencos con comida de perro. ¿Sería aquella la habitación que vio el hijo de Matilde? Miró hacia arriba. Dos pequeños ventanucos que podrían dar perfectamente al jardín.

—¿Te has metido en el establo, Hans?

Katja avanzó hasta el fondo de la habitación. Ingrid la siguió, notando blandura bajo sus pies a causa de la ropa que había esparcida por el suelo. Katja abrió una pequeña cuña de la puerta. Se volvió hacia Ingrid:

—Vaya día tiene, el pobre. ¿Hans? Hans, sal, por favor. Solamente tienes que firmarnos el pasaporte. Solo hacer tu firma, ya está.

No hubo respuesta y, en lugar de terminar de abrir la puerta, Katja miró al suelo y empezó a frotarse los ojos. Ingrid lo vio normal, dada la cantidad de polvo que flotaba en el ambiente. Pero a los pocos segundos se dio cuenta de que Katja estaba llorando. Sorbió un par de veces y se recompuso.

—¿Sabes? —le dijo a Ingrid. Su voz sonaba levemente entrecortada—. No podríamos… vivir sin la pensión de Hans. Hacemos todo lo que podemos para ganarnos la vida. Todo lo que te puedas imaginar. Pero es difícil. Ingrid… ¿Sabes lo que dicen de nosotras en el pueblo? ¿Sabes cómo nos tratan? La gente, Ingrid. La gente es cruel. Y aunque haya aprendido a ignorar todo eso, en el fondo me da pena. Me da pena sobre todo por Elina. Que, por cierto, esto que voy a decir, me gustaría que quedase entre tú y yo. —Ingrid asintió—. Elina es un lastre. Un gran peso que llevo con mucho orgullo. Dentro de unos años, dos, tres, Elina se quedará ciega. —Las nubes se abrieron y por el ventanuco entró un poco

más de luz, que permitió a Ingrid ver un enorme mosaico gris de telarañas que cubrían el techo y las esquinas formando una especie de guirnaldas tristes—. Ciega… con todo lo que eso implica, tanto para ella como para los demás. Pero ella aún no lo sabe. Es algo que por ahora Jimmy y yo le mantenemos en secreto. Nos limitamos a darle sus tratamientos y a esperar. Ingrid… —Katja la miró fijamente con ojos húmedos—. Necesitamos esa pensión. El pasaporte caduca en mayo. Si no lo renovamos, perdemos la ayuda que nos permite salir adelante. Por favor. Por favor —repitió—, deja que Hans me lo firme a mí.

Silencio. Ante aquel discurso, Ingrid atisbó un resquicio de su compasión recién perdida, pero apretó los dientes y contestó:

—Katja, lo siento muchísimo. —Pese a su inquietud con tintes de enfado, intentaba hablar con un tono calmado y cariñoso—. De verdad que lo siento. Pero sabes que me debo a un procedimiento. Lo juré con mi cargo, y lo pienso respetar.

Katja no dijo nada, sino que se dio la vuelta con aire resignado y abrió por completo la puerta de la cuadra.

—¿Hans?

Las dos mujeres entraron. El aire era fresco y vivo, y la carga de oxígeno despejó de golpe la mente de Ingrid, embotada a causa de la humedad algodonosa de las estancias anteriores. Todo lo que había en la cuadra era paja en el suelo y una gran ventana abierta de manera obligatoria, ya que estaba completamente destrozada.

—Se ha escapado —dijo Katja con aire de urgencia—. Joder, otra vez se ha escapado. Tiene que estar fatal. Vamos arriba, Ingrid. Tengo que hacer una llamada.

Subieron a paso rápido mientras se cruzaban con algunos perros que saludaban a Katja moviendo la cola con gesto de devoción antes de perderse en las entrañas de la casa. En el salón todos estaban en completo silencio. Nora leía una de las revistas del corazón suecas. Los niños tenían caras aburridas y apenas quedaban un par de perros sentados en la esquina. No había rastro de César. Cuando las

vio aparecer, Gabriel miró a Ingrid con un gesto que era la viva imagen de un interrogante.

—¡Elina! —gritó Katja. Todos la miraron.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriel.

Nora soltó la revista.

—¡Rápido, llama a Jimmy! —le indicó Katja a la otra sueca.

Elina, que estaba junto al teléfono, no reaccionó. Miró a Katja como debían de mirar los indios a los conquistadores la primera vez que aparecían en sus poblados, gesticulando y hablando lenguas indescifrables.

—¡Elina, joder! ¡Lla-ma-a-Ji-mmy!

Elina reaccionó como activada por un mecanismo oculto, levantó el teléfono y empezó a marcar.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Gabriel, ya con aire de enfado.

Contestó Katja:

—Que Hans se ha vuelto a escapar.

Elina terminó de marcar y miró a Katja. Preguntó, en un tono más alto de que empleaba habitualmente:

—¿Abajo?

—No, joder. No ha podido bajar porque la trampilla estaba cerrada, y él no puede abrirla.

Elina se limitó a tenderle el teléfono a Katja con su gesto de boba imperturbable.

—Jimmy —dijo.

—Dame, por Dios —dijo Katja aproximándose a Elina y cogiendo el teléfono—. ¿Jimmy?

No dijo nada durante más de un minuto. Parecía estar escuchando, pues asentía y su rostro iba cambiando. Hizo un par de gestos exagerados de alivio y resopló.

—Gracias a Dios, menos mal. Bueno, pues tranquilízalo y después pasamos nosotras a por él. Sí. Sí. Es que si vamos ahora se va a poner como el otro día. Sí. Y tanto, muy alterado, sí. Sí, entiendo.

No, no. Claro. Después nos vemos. Muchísimas gracias, Jimmy. Vale, vale, cariño. Adiós. Adiós.

Katja colgó y se giró.

—¿Jimmy? —preguntó Elina.

Katja le habló a Ingrid.

—Ha ido a casa de Jimmy. Últimamente, siempre que se escapa se va ahí. Afortunadamente. Las primeras veces se metía en el bosque y cuando lo encontrábamos venía lleno de picaduras, arañazos y completamente cagado encima. Ahora va a casa de Jimmy.

—Jimmy —dijo Elina.

—Jimmy es médico —continuó Katja—. Él lo sabe calmar. Le da algún sedante y charla un rato con él. Hans lo escucha.

Nadie dijo nada. Fue Gabriel quien rompió el silencio.

—Creo que deberíamos irnos —dijo tras ponerse en pie.

—Sí —dijo Ingrid—. Nos vamos. Mamá, niños.

La decepción podía verse de forma limpia en el rostro de Katja, que apenas habló hasta que la familia se montó en el coche. Las cuatro ruedas estaban completamente empapadas de orina de perro. Cuando Gabriel arrancó, Katja dio un par de golpecitos a la ventanilla de Ingrid. La cónsul la bajó.

—Katja… Siento… sentimos muchísimo lo ocurrido. Mañana Hans estará calmado. Siempre lo está después de estos episodios. Si te parece bien, podemos pasar por tu casa para que firme el pasaporte. Queremos dejaros tranquilos de una vez.

Ingrid tenía voz cansada, gesto cansado, aire cansado. Alma cansada.

—Mañana es fiesta, Katja. El consulado está cerrado.

—Es Viernes Santo —apuntó Nora, que también había bajado su ventanilla.

—Cierto… —dijo Katja pensativa—. Es Viernes Santo. Un día… peculiar. ¿Estaréis por casa?

—Bueno, estaremos preparando todo lo de la cena, ¿no? —dijo Nora.

Ingrid hubiera matado a su propia madre en ese momento.

—¡Anda! ¿Dais una cena? ¡Qué bien!

—Bueno —dijo Ingrid, hastiada—. Es una pequeña reunión de amigos. Algo íntimo.

—Sí, claro, entiendo. ¿Te parece bien entonces que pasemos un momento con Hans a lo largo del día? Ni siquiera entraremos. Sales un segundo a la puerta y Hans te firma el pasaporte. Seguro que Jimmy hoy lo deja —Katja hizo el gesto de poner comillas con los dedos— como la seda.

—Mira, Katja —dijo Ingrid—, haz lo que quieras. Yo solo quiero que Hans firme de una vez.

—Perfecto, pues mañana será el día. ¡Adiós!

Gabriel quitó el freno de mano y el coche avanzó.

—¡Adiós! —dijo Nora sacando la mano por la ventanilla.

Atravesaron la primera cancela y después la segunda, y mientras recorrían la urbanización y la carretera que rodeaba el lago, cada miembro de la familia habló únicamente consigo mismo. El lago, una enorme masa color petróleo, reflejaba los cumulonimbos rosados que atravesaban con lentitud el cielo en dirección al oeste, como si quisieran ir a morir junto al sol. Hileras de cañaverales perfilaban la orilla y parecían simular una empalizada. Adam se pasó toda la primera parte del trayecto mirando por la ventana trasera del coche, contemplando cómo la casa de las suecas se iba haciendo cada vez más pequeña hasta que terminó por confundirse con el borde del lago. No tuvieron que pedírselo. Nada más llegar a casa, Ingrid preparó la sauna y la familia entera se metió. Allí también compartieron un nuevo silencio, como si cada uno de ellos quisiera transpirar con atención aquel ambiente que habían vivido, eliminar de su piel el olor a moho, a sebo, a perro, a sótano, a pelo ensangrentado, a bruja, a pantano, a obscenidad.

Durante la cena, relajados y embriagados por los vapores de la sauna, empezaron las conversaciones, en las que apenas hicieron un par de comentarios aislados y generales sobre el episodio de la tarde. Las conclusiones afloraron de forma privada. Cuando Ingrid y

Gabriel ya estaban en la cama, ambos leyendo y dejando de leer de vez en cuando para hacer algún comentario sobre la visita, Adam llamó a su puerta. Pasó y les dijo que quería contarles algo. Se incorporaron con preocupación.

—¿Qué pasa, hijo?

—Nada, mamá. Es que, quería contaros que esta tarde, cuando estábamos en la azotea y bajé al servicio… —Adam se quedó callado, pensando con indecisión.

—Sigue, cariño.

—Pues que me asomé un momento al salón y Elina estaba… rebuscando en tu bolso.

Ingrid y Gabriel se miraron.

—¿Y qué pasó?

—Pues que, al verme, paró de inmediato. Creo que acababa de abrirlo, porque no había sacado nada. Se quedó mirándome al principio, y después se fue a la cocina. Me quedé sentado junto al bolso hasta que llegasteis, para que no volviera a abrirlo.

—Vaya, cariño. Lo hiciste muy bien. No sabes cuánto. Te estoy muy agradecida. Ven aquí.

Ingrid le dio un abrazo que Adam correspondió con incomodidad.

—¿Qué quería, mamá? ¿Robarte?

—No lo sé, cielo. Ya sabes que Elina es una mujer muy rara. Lo mismo solo estaba curioseando, quién sabe. Venga, vete a la cama. Tienes cara de cansado.

—Muchas gracias por contárnoslo, colega —dijo Gabriel.

En cuanto Adam cerró la puerta al salir de la habitación, Ingrid dio un salto y se arrodilló sobre la cama.

—¡Joder! —dijo—. ¡Esto ya es increíble! ¡Iban a robarme el pasaporte!

Gabriel la miró. La miró fijamente y con seriedad durante unos segundos, sin decir nada. Ella le aguantó la mirada y, de repente, ambos se echaron a reír. A carcajadas. Entre risas, ironizaron sobre la comodidad y el buen gusto del sofá de obra con teselas, de las salitas de espera a reventar de alcohol, del charco de orina

espumeante, de los perros comiendo galletas de la caja. Cada vez que uno hacía una broma, las carcajadas regresaban con más intensidad, renovadas; y es que no hay nada mejor que la ironía y el humor, sedantes mentales, para disfrazar el miedo. Estuvieron así durante un rato, comentando todos los pormenores de la visita, riéndose de los perros, de las gafas de Elina y de su cara de idiota irremediable. Finalmente, antes de apagar la luz, Ingrid fue al baño a orinar. Cuando salió, ya en tono calmado y serio, dijo:

—¿Sabes lo que menos me cuadra de todo esto? —Gabriel la miró sin contestar—. Que el argumento de Katja para que fuésemos allí esta tarde fue que Hans no tiene apenas movilidad. Que está muy mal y que apenas puede caminar. ¿Y cómo entonces una persona sin movilidad ha salido por la ventana del establo y ha atravesado la parcela y la doble cancela para irse a casa del tal Jimmy?

Gabriel se encogió de hombros y abrió las manos.

—Le habrán echado también un buen whisky. Es el hombre de la casa. —Ingrid sonrió—. Yo qué sé, cariño. Aquí no hay nada que tenga mucho sentido.

Apagaron la luz y Gabriel se durmió al instante, completamente fulminado. Ingrid pasó un rato atrapada en sus pensamientos, que recreaban sin cesar aquella tarde en La Umbría que llevaba recién impresa en su interior como cuando uno mira al sol y cierra los ojos, aquel sótano maloliente que en su mente se había convertido en algo similar al cubil de una bestia grecolatina, aquella jauría de furia contenida y aquellas telarañas abandonadas. A través de la ventana podría contemplar una luna triste, insomne y llena de cicatrices. Poco a poco, Ingrid se dejó vencer por el agotamiento, que empezó a sumergirla en una oscuridad de textura acuosa.

Apenas faltaban unas horas.

Unas horas.

18

El Viernes Santo amaneció con una tormenta que mostraba las maneras furiosas del Antiguo Testamento. El cielo se había teñido de un negro verdoso que se electrificaba a causa de los rayos que lo atravesaban dejando un rastro fugaz y mágico, una estela salvaje similar a la que dejan en nuestro recuerdo los sueños irrealizables. La mañana era tan oscura que tuvieron que encender las luces de toda la casa, algo que provocó en Nora un regusto de nostalgia nórdica. La familia pasó un día muy tranquilo. Los adultos leyeron la prensa, tomaron café con aire sereno y llevaron a cabo con calma los primeros preparativos para la cena. De vez en cuando surgía entre ellos un comentario espontáneo sobre la visita a la casa de las suecas del día anterior, un latigazo fugaz que iniciaba una pequeña conversación del tipo:

—Mamá, ¿te fijaste en lo mal que olía el garaje?

—Ay sí, Ingrid, hija, calla. Era asqueroso. Casi me viene la comida de vuelta, por Dios. Y también…

Y así seguían hablando unos minutos hasta que parecían obligarse a cortar el tema porque este tendía a ponerse más y más escabroso, diciendo: «Bueno, ya está», y se ponían a hacer cualquier otra cosa. Precisamente en esa conversación sobre el olor de la cochera, Camilla, que estaba junto a Nora e Ingrid en la cocina preparándose un cuenco con fruta, intervino con timidez:

—Pues el olor…

Y ahí paró.

—¿Qué, hija?

—Pues que… —Dio un mordisco a un plátano. Masticó, tragó y continuó—: ¿Os acordáis de cuando me acerqué al sofá?

—Sí, claro —dijo Nora sonriendo—. Katja no te echó los perros porque no los tenía a mano.

—¡Mamá! —dijo Ingrid también en tono burlón.

—Pues ese olor… —continuó la niña—. Esa peste que había en la cochera…

—¿Qué?

—Pues que venía del sofá. De dentro del sofá.

Nora e Ingrid se miraron.

—Yo creo que estaba por todas partes —dijo Nora.

—No, de verdad, abuela. Yo me acerqué y la peste ahí en el sofá era enorme. Me dieron ganas de vomitar a mí también. Era asqueroso.

—Bueno, ya está, hija —zanjó Ingrid—. Venga, tráeme la regadera que me he dejado en el salón, anda. Que estas dos plantas están muy secas. Ve.

A eso de las cuatro menos cuarto llegaron Viktor y Elise, que se pusieron a hacer sus tareas con diligencia y silencio, medio ocultos en la penumbra de la casa oscurecida a causa de las tormentas que se fueron solapando a lo largo de todo el día y que descargaban una lluvia fina y cansina, recta, desprovista de cualquier ápice de furia o prisa. Una lluvia agotadora. Los invitados empezaron a llegar un poco más tarde, siendo Naoko y Esteban los primeros, ya que Naoko iba a cortarle el pelo a Gabriel antes de darse la sauna conjunta de rigor. Obviamente preguntaron por la merienda en casa de las suecas, pero Ingrid, sudorosa y medio mareada, sentada en un banquito de la sauna, dijo que prefería hablarlo en la cena, con un par de copas de vino que la relajasen porque todo había sido «un esperpento». Cuando salieron de la sauna llegaron las dos parejas con hijos: Jutta y Luis primero, y Guadalupe y Roberto una media hora después. Los seis niños se saludaron, se agruparon y fueron a merendar algo en la cocina. Después subieron a la habitación de Adam y Camilla a coger algunas cosas y finalmente se encerraron en

el sótano. Desde allí escuchaban caer la lluvia intensa que emitía ecos metálicos y establecieron un detallado plan de entretenimiento. Primero jugarían a la PlayStation y después empezarían una partida de *Dungeons & Dragons*, un juego de rol en el que Ernesto, el hijo mayor de Guadalupe y Roberto, era todo un experto. Traía figuritas de orcos, enanos y elfos, un libro de mapas, dados de todas las caras imaginables y un cuaderno de papel milimetrado donde esbozaba rápidamente los escenarios en los que se encontraban los personajes para que los jugadores tomaran sus decisiones. Si el tiempo lo permitía, jugarían al fútbol fuera o sacarían las bicicletas para explorar el barranco que había al fondo de la calle. Y por supuesto, cenarían pizza. Adoraban la pizza.

A eso de las ocho de la tarde ya habían llegado todos los invitados, entre los que estaban Sebastián (el jefe de Gabriel que venía junto a Patricia, su nueva pareja, a la que aún nadie conocía) y Carla, la vecina columnista. Otros vecinos con los que Ingrid había coincidido durante esa semana habían sido invitados, pero la mayoría iba a pasar el puente fuera, normalmente en casa de un algún hijo, y otros recibían visita, normalmente la de algún hijo. Michael, el vecino inglés de la casa de arriba, el que les recomendó a los albañiles de La Umbría, le dijo a Ingrid en la cola de la carnicería que quizá se pasaría a última hora a tomar una copa, ya que tenía una cena en Granada de la que no pensaba regresar muy tarde. Todos contribuyeron a poner la mesa, a encender las velas y la chimenea, a llevar al salón los platos que habían aportado los invitados (la regla inquebrantable de Ingrid: «un litro por persona y un plato por familia») y a abrir las primeras botellas de vino. Todo ello mientras Viktor y Elise remataban algunos platos y montaban los canapés calientes; sobre las ocho y media, con las tormentas dando una tregua y con los niños ya cenados y sumidos en sus mundos élficos, dio comienzo la cena.

Las primeras conversaciones fueron encaminadas a conocer a Patricia, la pareja de Sebastián, y a establecer ciertas posiciones ideológicas en torno a algunos temas de actualidad que Gabriel se

encargó de ir sacando entre sonrisas irónicas. Como siempre, Nora iba aplacando y calmando las distensiones con un talante conciliador que le era imposible reprimir y que chocaba de frente con el afán polemista de Gabriel. Obviamente, el tema de las suecas, latente durante toda la cena, hizo su aparición. Fue un poco antes del postre, con bastante vino en el cuerpo y un ambiente mucho más distendido.

—Es que fue todo taaaaaaaaan raro —dijo Ingrid tras terminar de relatar la visita—. Y para colmo, mientras nos estamos despidiendo, me da toquecitos en el cristal, así, ¿sabéis?, así, y me dice: «Ingrid, Ingrid, baja la ventanilla». Y claro, yo la bajo, y ella me cuenta otro rollo del padre. Se pone a decirme que hoy el tal Jimmy lo tendría calmado, así que se pasarían por aquí. Así, a lo loco. Y, para colmo, va y me suelta: «Es que queremos dejaros tranquilos de una vez». Tranquilos, dice. ¡Tendrá valor! ¡Después del rato que pasamos allí!

—¿Y han venido? —preguntó Sebastián, que no conocía nada de la historia de las suecas y estaba alucinando con la narración de Ingrid.

—¡Qué van a venir! —exclamó Gabriel—. Si está más que claro: ese hombre está… —Y puso un rostro cómico que pretendía ilustrar mímicamente el concepto de persona muerta.

—A mí lo que más me inquieta —dijo Naoko, que siempre pensaba de forma benévola, con las suecas y con todo el mundo— es el sermón ese que te echó en el sótano.

—A mí eso me ha puesto también la piel de gallina —comentó Carla.

Jutta intervino:

—Por cierto, esa habitación a la que te llevó tiene que ser la que vio el hijo de Matilde, donde tenían al padre atado. Y la que también vio el pobre Juan Carlos. —Hizo una pausa pensativa—. El pobre Juan Carlos… ¿qué habrá sido de él?

—¿Quién? —preguntó Patricia.

Jutta le contó el incidente del vecino, el piloto de avión que las denunció y después desapareció.

—Alucinante —dijo Patricia mientras Sebastián rellenaba sin preguntar las copas que iba viendo vacías—. Que una persona desaparezca después de recibir una maldición. Joder, es que es… muy fuerte.

—Les teníamos que haber preguntado —dijo Gabriel—: oye, ¿qué tal el vecino? ¿Cómo os lleváis con él? ¿Lo veis mucho?

Todos se rieron, y Guadalupe concluyó:

—Sí, sí, ríanse. Pero, híjole, no sería yo quien se enemistase con esas dos. Ni modo.

Viktor y Elise aparecieron para servir los postres y la conversación se desvió hacia una amiga de Naoko que trabajaba para National Geographic a la que, según contaba, le habían echado una maldición tras entrar sin permiso en una casa de una aldea sin nombre de Japón para hacer una fotografía, y todo su cuerpo se había llenado de pústulas gelatinosas que ningún médico acertaba a diagnosticar.

Por su parte, los niños habían terminado la aventura de *Dungeons & Dragons* y, como ya no llovía, decidieron salir, a pesar de que eran más de las once de la noche. Cogieron bicicletas, monopatines, balones y un par de tirachinas que Gabriel le había fabricado a Adam con los restos de las podas de un almendro. Las calles desiertas estaban empapadas y el asfalto reflejaba la luz vaga de las farolas. El cielo era una gran maraña nubosa y las bocas de los niños exhalaban vapor al respirar el aire que la lluvia había limpiado y humedecido.

—Eh, Adam —dijo Ernesto—. Ven, acompáñame.

—¿Adónde? —preguntó Adam mirando a los más pequeños, que jugaban a marear a Sandra con la pelota. Aunque Ruud tenía trece años, igual que Adam, era aún muy infantil y prefería compartir juegos con los más pequeños. Adam también lo era, pero por algún motivo Ernesto lo incluía en su grupo de madurez. Quizás porque no había nadie más para incluir.

—Ven. Vamos ahí arriba. ¡Eh, Ruud! —Ruud lo miró. Tenía las mejillas arreboladas y los ojos humedecidos y vibrantes—. ¡Échales un ojo a los pequeños, ahora venimos!

—¡Vale! —dijo Ruud levantando un pulgar y dando un toque a la pelota.

—Vente, vamos allí.

Ernesto y Adam subieron la rampa de tierra que había al final de la calle y se agarraron a las ramas de un enorme árbol de especie indeterminada para encaramarse a un promontorio que se elevaba sobre la casa de Ingrid, que era la última antes del monte si uno miraba al oeste. En el promontorio había unas cuantas rocas que podían usarse como asiento. Adam y Ernesto habían jugado allí desde pequeños, aunque a Adam no le gustaba mucho ir desde un día que subió solo porque se había enfadado con Camilla y con sus padres, un par de años atrás. Cuando llegó, vio que cerca del borde había una nevera de playa, una Colleman nueva, reluciente. Se dijo que no debía abrirla, ya que sus dueños probablemente volvieran pronto a por ella. Eso sí, en lugar de sentarse en las piedras, lo hizo sobre la nevera. Pensó, se calmó y decidió volver a casa a disculparse con sus padres. Cuando ya iba camino del árbol que hacía las veces de ascensor, se sorprendió a sí mismo volviendo hacia la nevera. Giró el asa, los cierres se abrieron y levantó la tapa. Primero fue el olor y, justo después, la imagen. Eran cinco. Cinco gatitos recién nacidos. Quietos, medio momificados, con el aire estropajoso de un peluche barato. Se fijó especialmente en uno de ellos, uno que había muerto con el hocico entreabierto, como queriendo mamar. Las paredes interiores de la nevera tenían tímidas marcas de arañazos. Nunca se lo contó a nadie, pero pensó en ello cada día durante mucho tiempo. Y cuando casi lo había olvidado, los gatitos volvieron con fuerza a su pensamiento el día anterior, pues la vaharada que le sobrevino cuando abrió la nevera era prácticamente idéntica a ese terrible olor del garaje de las suecas. Y para colmo, Ernesto lo había llevado allí. Sintió náuseas y le sobrevino un reflujo que sabía a pizza ácida.

—¿Quieres un cigarro? —preguntó Ernesto mientras sacaba un paquete de Marlboro. Acto seguido, encendió uno.

Aquello impresionó mucho a Adam, ya que los paquetes de tabaco eran algo exclusivamente de mayores y aquel Marlboro en manos de Ernesto se veía enorme, descontextualizado, dañino.

—¿Tú fumas?

—Sí, desde hace ya tiempo. ¿Lo has probado?

Adam negó con la cabeza.

—¿Quieres? Mola mucho —dijo tras echar el humo—. Hay que acostumbrarse, pero sabe muy rico.

—No… No, gracias.

Desde el promontorio podían ver el pueblo sumido en una penumbra tristona. Encima de ellos, las nubes se habían abierto mostrando un mantel de estrellas de nombres homéricos. Debajo, a unos quince metros, la calle en la que los pequeños jugaban permanecía completamente desierta de coches o transeúntes. Dormida.

—¿Y sabes? —dijo Ernesto tras expulsar una nueva vaharada de humo, mirando hacia el pueblo—. Ya he cogido.

—¿Qué?

—Eso. Cogido, follado. Que estoy cogiendo con la Bibi, la de segundo. ¿Sabes quién es?

Adam no sabía quién era «la Bibi», pero sí que sabía que no quería ver a su amigo fumar, y mucho menos hablar de lo que Ernesto estaba hablando.

—No, no lo sé.

—Sí, hombre, la de los rizos, la que va con Marta. A Marta sí la conoces, no mames, güey. Está contigo en inglés.

—Ah, sí, sí. Ya sé.

A pesar del escaso interés de Adam, Ernesto se puso a contar detalles de su iniciación sexual. Habló de flujo vaginal, de preservativos, de chupetones y de que:

—Es increíble cómo sabe. Comerse una conchita es lo mejor del mundo. Sabe… sabe… No sé, como a algo fresquito, no sé decirte. —Se quedó pensativo—. Sabe a concha, a bizcochito, güey.

Adam, incómodo, estaba a punto de proponer que bajasen a comprobar que los pequeños estuvieran bien cuando ocurrió. Aunque fue rápido, ambos lo vieron y lo escucharon. Un fogonazo anaranjado seguido de un sonido ronco y seco, como si un tercio español hubiera disparado un arcabuz en la emboscada a un campamento italiano.

—Ernes, ¿has visto eso?

—Sí, pinche. ¿Qué ha sido?

—La farola. Ha explotado. Mira, ya no alumbra.

Sin mediar más conversación, Ernesto apagó el cigarrillo en el suelo y echaron a correr. Sin mediar más conversación, Ernesto apagó el cigarro en el suelo y echaron a correr. Tras bajar por el tronco del árbol, se encontraron con los pequeños, que miraban hacia el fondo de la calle, al punto donde había tenido lugar la explosión. Ruud llevaba la pelota en las manos y Susana iba subida a una bicicleta Orbea que le quedaba un poco grande. El cielo se enrojeció un poco, sonó un trueno y, como si alguien hubiera abierto una llave de paso, la noche rompió a llover con una violencia feroz.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ernesto al tiempo que señalaba al final de la calle. Todo aquel sector había quedado a oscuras y justo debajo de la farola muerta había aparcada una furgoneta negra.

—No sé —dijo Ruud—. La farola ha estallado y justo después ha llegado ese coche. Venía sin las luces puestas y… sin conductor.

—¡¿Sin conductor?! —preguntó Adam.

Pero no pudieron hablar mucho más porque la lluvia creció y creció hasta convertir el aire de la noche en una cortina de agua negra.

—¡Vamos dentro! —dijo Lupita. Su pelo empezaba a chorrear.

Todos echaron a correr hacia el garaje para volver al sótano.

—¡Ahora voy! —gritó Adam, quizás arengado por la inesperada exhibición de hombría de su amigo—. ¡Quiero echar un ojo a ese coche!

—¡Voy contigo! —dijo Ernesto.

El vehículo estaba bañado por la oscuridad lluviosa y de vez en cuando se movía lateralmente, revelando presencia en su interior. Adam y Ernesto, empapados, miraron a través de los cristales frontales. Aparentemente parecía vacío. Después se pusieron frente a los cristales laterales, primero los de conductor y copiloto —vacíos, nada, nadie— y, finalmente, frente a los traseros. En el asiento de atrás había un enorme bulto carente por completo de forma.

—¿Qué es?

—No sé, parecen…

Y en el momento en el que Ernesto iba a decir lo que parecía, llegó el susto. Sus estómagos se derramaron y sus respectivas reservas de adrenalina saturaron por completo sus cuerpos ante las cabezas negras que se abalanzaron sobre los cristales y los golpearon con violencia, con ansia, enseñando aquellas mandíbulas de bestia mitológica y aquellos ojos encendidos que prendían fuego a la triste oscuridad del vehículo. Los niños se retiraron y echaron a correr hacia la casa. Adam fue consciente de que había estado a punto de orinarse encima. Alcanzaron la parte iluminada y entraron a al garaje. El ambiente era cálido y reconfortante. No bajaron al sótano, sino que subieron las escaleras, atravesaron la cocina, a rebosar de platos apilados, latas de conservas abiertas y botellas vacías, y llegaron al salón. El ambiente era caluroso a causa de la chimenea y los adultos hablaban a voces, reían, bebían. Olía a comida, a alcohol, a perfumes solapados, a tabaco rubio. Ingrid fue la primera en darse cuenta de la llegada de los niños.

—¡Pero, chicos! ¡Venís empapados! ¿Qué ha pasado?

Chorreando, nerviosos y jadeantes, Adam y Ernesto contaron de forma ansiosa y fragmentada que estaban despejándose en el descampado, en el de arriba, en cuál va a ser, y que había habido una explosión, sí, una explosión, chispas amarillas, cristales y ruido de repente, y que habían bajado y los otros niños les contaron que había llegado sin luces, pues qué va a ser, un coche, un coche no, una furgoneta, bueno pues una furgoneta, ya está, que se movía como si hubiera alguien dentro y llovía mucho y que no había nadie

delante pero que detrás, que sí, que sí, sin luces ni conductor, y que detrás vieron algo raro pero que no les dio tiempo, porque perros, sí, sí, perros, yo qué sé, cinco, seis, ¿seis?, puede ser, y que ladraban, negros, eran negros, pero todo era negro, eso también es verdad, y que corrieron y aquí estaban porque los perros habían golpeado los cristales y ladrado fuerte, tan fuerte que se escuchaba como si estuvieran fuera pero estaban dentro.

—Vale, vale, calmaos —dijo Gabriel—. Venga, id a secaros, que os vais a poner malos. Adam, subid a vuestro baño.

Adam y Ernesto subieron, dejando un rastro de gotitas tras de sí. Cuando desaparecieron, los adultos estallaron a hablar.

—¿Serán ellas?

—¿Te imaginas?

—No, hombre, ¿cómo van a ser ellas?

—Madre mía, me han dado escalofríos.

—Pues yo creo que sí son.

—Y a mí también me han dado. Mira. La piel de gallina.

—Mamá, por Dios.

—Viernes Santo, casi medianoche… Menudo momento tan…

—¿Tan qué?

—No sé… Mágico. Oscuro al mismo tiempo.

—Qué va, qué va. Calma, por Dios, que estáis desvariando. Mirad. El vecino de abajo, ese que tiene el cortijo en Monachil, ¿sabes quién te digo, Gabriel?

—El rubio.

—Exacto, el rubio. Pues ese tiene una furgoneta y varios perros. Como seis o siete, un montón. A veces se los trae del cortijo para llevarlos al veterinario o a lo que sea, y casi siempre lo hace por la noche, porque están un poco asalvajados y de día se ponen nerviosos aquí en el pueblo, con la gente y eso.

Hubo algunos comentarios de alivio, que Ingrid remató con un:

—Y, además, esas dos no tienen coche. Me lo han dicho varias veces.

—El garaje, desde luego, estaba vacío.

—Cierto.

—Bueno, vacío de coches. Trastos y mierda había para parar un autobús.

Risas.

Pausa.

—¿Y cómo vienen? Al pasaporte y eso.

—Pues no sé. Lo mismo cogen el autobús.

—O las trae alguien.

—Sí, también puede ser.

—Bueno, ¿quién quiere una copa?

Tras un estallido de bastantes «¡yo!» prácticamente solapados, Ingrid arrancó una hoja de papel de un cuaderno pequeño y anotó las bebidas.

—Mirad, ahí viene otro coche —dijo Naoko señalando a la cristalera.

Todos se giraron con rapidez.

—Ese inglés… —murmuró Ingrid levantándose—, siempre a tiempo para una copa. Es Michael —les dijo a los demás—, el vecino de la casa de arriba. Voy a ponerle un whisky porque vendrá con sed. Tenía una cena en Granada y no habrá podido beber por el coche. Vuelvo enseguida.

—¿Te ayudo?

—Sí, eso. Te ayudamos.

—No, no. Tranquilas. Sentaos. Voy a traer una bandeja con las botellas y nos servimos aquí. Sentaos, de verdad. Viktor y Elise lo han dejado todo preparado.

Ingrid echó a andar hacia la cocina con su copa de vino en la mano. Cuando caminaba por el pasillo, sonó el timbre de abajo.

—¡Abrid! —gritó—. ¡Es Michael! —y susurró para sí—: A ese inglés le gusta más un whisky… Bueno, es viudo, tiene que animarse.

En la cocina, Ingrid operaba con calma. Se notaba un poco borracha, animada, quizá algo hambrienta porque siempre le pasaba lo mismo: estaba tan atenta a lo social, a hablar con unos y con otros, que apenas comía. Dio un trago al vino, soltó la copa en la

encimera y encendió la radio. Una locutora anunciaba una promoción en cortacésped usados y animaba a visitar la exposición, donde prometía aún más ofertas; «ofertas sin fin», de hecho. Tras la publicidad, empezó a sonar *Son of a preacher man*. Ingrid subió el volumen y arrancó a bailar. Primero contoneándose suavemente, con timidez, pero, a medida que la canción crecía, Ingrid crecía con ella, moviendo la cabeza y los brazos, deslizándose por la cocina guiada por la cadencia afrutada de la voz de Dusty Springfield y abstrayéndose del mundo, aquel lugar agrio acosado por mil tormentas verdosas. Puso las botellas y una cubitera a rebosar de hielo sobre la bandeja y antes de salir picó unas aceitunas. Iba escupiendo los huesos en su mano y contemplando —fijaciones de borracha— los microscópicos trocitos de carne que se quedaban adheridos al hueso, irregulares, distintos, como si formasen un idioma que algún tipo de médium caribeña o africana o tibetana o mongol o apalache o araucana pudiera descifrar si ella fuese a mostrárselos, e Ingrid imaginó que la médium la miraba con su piel cuarteada por el viento de los desiertos o por los temporales marinos y, con la cara pintada, con el pelo trufado de rastrojos tintados de colores, le decía con una voz de caverna: «Nunca sigas la estela de un sol del pasado porque solo encontrarás la oscuridad del ayer. Ahora vete». Después miró su rostro reflejado en la vitrina de los vasos y pensó que estaba guapa.

Echó los huesos a la basura y cogió la bandeja con las botellas, pero volvió a dejarla en la encimera para apagar la radio. Al hacerlo, notó que las voces del salón se habían extinguido y que los comensales estaban prácticamente en silencio. En ese momento, un escalofrío le recorrió la columna vertebral como una escolopendra asustada, pero no supo reconocer la advertencia estremecedora de los malos augurios. Así que cogió la bandeja y recorrió de vuelta el pasillo, feliz y sonriente por ser la portadora de las bebidas, la matriarca suministradora. Pero cuando puso el primer pie dentro del salón pudo corroborar la materialización del silencio que había intuido en la cocina, ya que todos los invitados, la mayoría de pie,

miraban a un mismo punto cercano a la entrada, un punto que no era Michael, sino una bola mojada que se asemejaba a las marañas de algas de los pantanos salvajes. Aún junto a la puerta, completamente inmóvil, Elina les devolvía las miradas con su pelo empapado y su aspecto miserable, aspecto de lamia de los caminos, de trol de fábula sueca. Sus ojos, ampliados por los gruesos cristales de sus gafas, mostraban ese velo de sombra que confiere la confusión extrema.

—¿Elina? —dijo Ingrid—. Elina, por Dios, estás empapada. ¿Qué…? ¿Qué haces aquí?

Todos miraban a Ingrid, que pudo reconocer tensión en los rostros de sus invitados. Los platos y los vasos habían quedado abandonados exactamente igual que los del Mary Celeste, ese barco que se encontró a la deriva en mitad del océano con la mesa y las bebidas puestas, pero sin rastro alguno de los diez pasajeros que lo ocupaban. A partir de ese momento se sucedieron escenas de confusión. Por mucho que le preguntaban qué hacía allí, qué quería, qué necesitaba, Elina, con el pasmo inocente de los niños, mirando casi siempre al suelo, apenas daba respuestas coherentes. «No sé», decía continuamente. También repetía palabras y frases deslavazadas como «noche», «allí» o «ella», «ellos también». A veces, mientras daba tiritones y sus dientes castañeaban sin control, decía «destino, destino». Siempre dos veces: «destino, destino». Nora apareció con una toalla y, junto a Ingrid y Naoko, la fueron secando como se seca a un perro que se recoge en la autopista en una noche lluviosa de noviembre. Las tres mujeres percibieron que de su pelo y de su ropa emanaba un tumulto de olores inclasificables.

—Venga, cariño. Date la vuelta. Así. Por Dios, estás helada —decía Nora intentando secarle los hombros—. ¿Estás bien, Elina? ¿Eh? ¿Todo bien, cariño?

—No sé —dijo con una sonrisa vagando en sus labios—. Ellos. Todos. Destino, destino.

Después de secarla, la sentaron en un sillón y le prepararon una taza de té. Seguía contestando con frases cortas y carentes de sentido mientras sus enormes pupilas vagaban sin posarse sobre nada, como una bolsa de plástico arrastrada por un temporal o como un colibrí desesperado por encontrar néctar. Sebastián empezó a preguntar por las bebidas y, con la ayuda de Luis y Roberto, consiguió servir las primeras copas. Gracias a ello, la mayoría de los comensales volvieron a la mesa y el ambiente se relajó de nuevo. Junto a Elina solamente permanecieron Ingrid, Nora y Jutta, quien se agachó para ponerse a su altura y tomar la palabra.

—Elina. Elina, ¿sabes quién soy? Mírame.

Elina posó fugazmente los ojos sobre Jutta, pero lo único que dijo fue:

—Ella. Ella.

—Elina, mírame, soy Jutta. Nos hemos visto algunas veces en certámenes de perros… A ti te encantan los perros, ¿a que sí?

—Sí —contestó Elina con vaguedad.

—Pues yo soy la dueña de Káiser, ¿te acuerdas de Káiser? Katja siempre lo llamaba Colita porque no para de mover el rabo. Siempre está muy contento ¿Te acuerdas, Elina? ¿Te acuerdas de Colita?

Elina pensó entrecerrando los ojos y apretando la boca.

—Sí —contestó con una medio sonrisa—. Sí —añadió.

El resto de los invitados habían retomado las conversaciones, pero todos miraban continuamente de reojo hacia las cuatro mujeres.

—Elina… —continuó Jutta—. Elina… ¿Qué haces aquí?

Pero Elina recobró el gesto extraviado para contestar mirando al suelo:

—Destino, destino.

—Tú vives en La Umbría, ¿verdad? —Elina asintió. Jutta continuó—. ¿Cómo has llegado hasta aquí a estas horas?

—Alguien.

—¿Te ha traído alguien, Elina?

—Sí…

—¿Quién te ha traído? ¿Tu hermana?

No hubo respuesta.

—Elina, ¿te ha traído tu hermana hasta aquí?

—Ella, sí. Ella. Ellos. Destino, des…

Nora intervino.

—Elina, ¿qué es eso del destino?

Muy bajito, todavía mirando al suelo, Elina repitió su doble letanía:

—Destino… Des… tino…

—¿Qué es eso? —preguntó Jutta—. ¿Qué pasa con el destino?

Elina empezó a levantar la mirada del suelo. Despacio, muy despacio. Tenía los ojos semiabiertos y el agua que le caía del flequillo le goteaba sobre las piernas, generosamente exhibidas gracias a la minifalda color ciruela que llevaba. Cuando finalmente enderezó la cabeza, abrió los ojos del todo, y sus pupilas gigantes, verdes y amplificadas por las gafas se clavaron sobre Ingrid, dijo:

—Ella es el destino.

Ingrid volvió a sentir el escalofrío, la escolopendra. Nora también se estremeció. Jutta insistió:

—¿Ingrid? ¿Ingrid es el destino, Elina?

Elina no contestó, sino que apoyó las manos sobre los brazos del sillón y se levantó. Sin dejar de mirar a Ingrid, solamente dijo una palabra, la primera que demostraba cierto avance en sus obtusos procedimientos mentales.

—Teléfono.

Y después añadió:

—Llamar. Quiero llamar.

—¿Quieres llamar? ¿A quién quieres llamar? —preguntó Ingrid mirando hacia el teléfono inalámbrico que había sobre una mesilla, junto a la librería.

Pero Elina ignoró la pregunta y las miradas incrédulas de las mujeres y echó a andar en dirección opuesta, directa hacia la cocina. Algunos de los comensales, de pie, interrumpieron sus conversaciones para ver qué hacía. La sueca abandonó el salón a

toda velocidad, aparentemente desprovista de su pastosa parsimonia, y se perdió pasillo adentro. Ingrid, nerviosa, alerta, fue la única en ir tras ella. Gabriel hizo ademán de levantarse, pero su mujer, caminando a toda prisa tras la sueca, le dijo: «Deja, yo me encargo».

Elina había dejado entornada la puerta de la cocina y, efectivamente, parecía estar hablando por teléfono. Sus intervenciones se limitaban a unos suaves cuchicheos sibilantes articulados con su habitual voz de niña atrasada. Girada para orientar el oído hacia el interior de la cocina, Ingrid acertó a escuchar palabras sueltas que transmitían la misma incoherencia que había exhibido en el sillón: «ellos», «todos», «tarde», «dos» y por supuesto, su cansina plegaria: «destino, destino». Para escuchar mejor, Ingrid disminuyó su respiración, inhalando y exhalando muy despacio diminutas cantidades de aire con olor a leña quemada.

Y de repente, el golpe. Cualquier persona que tenga hijos reconoce de inmediato el impacto de una cabeza y una superficie sólida, ese choque seco y picudo que en una viñeta de cómic se expresaría en mayúsculas y entre exclamaciones, con un violento: «¡CLANC!». Sin pensarlo, Ingrid abrió la puerta y encontró a Elina en el suelo, agazapada y gimiendo como un animal aterrado.

—¡Elina! ¡¿Pero qué te ha pasado?!

Y Elina se limitaba a gimotear mirando al suelo, así que Ingrid dedujo que había sufrido un desvanecimiento y se había golpeado con la encimera. Ingrid separó una silla de la mesa de la cocina y la puso junto a Elina. Con mucho cuidado la sujetó por las axilas y la ayudó a incorporarse. Elina colaboró, e Ingrid la sentó en la silla diciendo: «Venga, un poco más, así… Siéntate ahí. Ya está. Ya está». Elina abrió las piernas e Ingrid pudo ver sus bragas, que eran de un rosa químico.

—Elina, ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien?

La sueca parecía mareada. Clavó los codos en sus muslos y echó la cabeza sobre las manos, gimiendo y respirando de manera entrecortada. Ingrid escuchó algo que la hizo mirar hacia la pared. El

teléfono colgaba del cable rizado y, girando sobre sí mismo, golpeaba tibiamente los azulejos. Ingrid se incorporó y lo cogió. Estaba caliente. Antes de devolverlo a la base, no pudo reprimir el instinto de llevárselo a la oreja. Una voz masculina dijo:

—Oye, ¿sigues ahí? ¿Elina?

Ingrid no dijo nada, ni tampoco notó cómo su respiración se aceleraba, presa de la ansiedad.

—Te oigo respirar, Elina. Estás ahí. Escúchame. Escúchame muy bien. O lo haces ya, o te vas a enterar cuando llegues, ¿me oyes? Hazlo o te arrepentirás, Elina.

Silencio.

—Mmmmmm… —gimoteó Elina desde el suelo.

Ingrid salió del trance en el que había entrado al escuchar aquella voz seca y agresiva y colgó el teléfono.

—Elina, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —le preguntó, agachándose.

—A… arriba… Arriba.

—¿Quieres levantarte?

—Sí… arriba.

—Vale, pues vamos arriba. Dame las manos. La otra, sí. Eso es. Ahora voy a tirar de ti, ¿vale? Haz un poco de fuerza, ayúdame. Venga, que te voy a llevar al salón. Eso es, así.

Ingrid consiguió poner a Elina de pie, pero esta se tambaleaba como una espiga de cereal azotada por un aire furioso.

—¿Puedes andar, Elina?

—Sí, sí.

Pero en cuanto dio los primeros pasos, volvió a perder pie. Ingrid estaba alerta y la cogió antes de que se cayera de nuevo. Le pasó un brazo por la espalda para ayudarla a andar, como se hace con los amigos borrachos y con los toreros corneados. Y entonces, ocurrió. Lo que pinchó el costado de Ingrid fue rápido, seco, fugaz; algo instantáneo y rabioso, como la aguja de un torturador, como el aguijón de un escorpión acorralado.

—¡Ah! —gritó Ingrid, soltando a Elina y echándose la mano al costado que empezaba a rabiarle, a irradiar un calor que se extendía

conquistando su cuerpo en todas las direcciones y profundidades.

No tenía duda de que Elina la había pinchado con algo; con una aguja, o quizá con un alambre, así que se giró hacia ella con una inflamación que le azotaba el pecho y le dijo:

—¿Qué me has hecho?

Elina había cambiado por completo. Su mirada de boba se diluyó por un instante para mostrar unos ojos furiosos, cebados de ira y rencor, unos ojos que agredían a Ingrid a través del verdor tornasolado que irradiaban sus enormes pupilas. Su flagrante estupidez se había intercambiado por un rostro agudo, de extraña inteligencia y de ostensible maldad. En los diez segundos que duró aquel intercambio de miradas, Elina sonrió entreabriendo la boca y soltó una especie de risotada sorda, una risa simple que Ingrid escuchó como si viniera desde muy lejos, desde una montaña oscura:

—Je.

Y se giró.

Y salió de la cocina.

Y, rascándose con desesperación aquel picor ácido en el costado, Ingrid salió tras ella.

Y solo podía pensar en segmentos de frases cortas y deslavazadas.

Y se detuvo en el pasillo porque se notaba rara.

Y se apoyó en la pared.

Y notó con su palma el tacto rugoso del gotelé.

Y cuando llegó al salón, Elina ya estaba sentada de nuevo en el sillón.

Y volvía a tener su cara de idiota extraviada.

Y Vinbär estaba sobre su regazo, ronroneando.

Y Jutta hablaba con ella.

Y ella gimoteaba, intentando explicar que se había caído.

Y destino, destino.

—Cariño. Cariño. Eh, Ingrid —Gabriel prácticamente le zarandeaba el brazo—. ¿Qué te ocurre, estás bien?

Ingrid salió del bloqueo y empezó a encontrarse mejor. De hecho, notó cómo aquella sensación cálida que se distribuía por su pecho se iba disolviendo completamente. Miró a su marido, que le hablaba con rostro de preocupación. Le contestó en voz baja.

—Gabriel, ¿qué está pasando? ¿Qué es todo esto?

—Yo creo que está drogada o algo. ¿A quién ha llamado?

—No lo sé. Todo ha sido muy raro en la cocina.

Ambos se acercaron a Elina, que estaba con Jutta en el Rincón. El resto de los invitados, más bebidos y animados, habían puesto música y conversaban mientras miraban las escenas de Elina como quien asiste a un teatro de improvisación en un café cultural de alguna decadente ciudad centroeuropea. En ese momento aparecieron de nuevo los niños, diciendo que el coche raro se había marchado y que había vuelto a los cinco minutos, que se había puesto en el mismo sitio y que no lo conducía nadie.

—¿Cómo no lo va a conducir nadie?

—No, papá —dijo Adam. Llevaba el pelo totalmente empapado—. No tiene conductor. Va solo.

En ese momento, Elina empezó a mascullar palabras inaudibles, igual que esas ancianas que rezan apretando los ojos, de rodillas sobre los bancos de las iglesias.

—El coche —dijo Jutta con el tono eufórico de quien resuelve un acertijo—. La furgoneta esa. Elina, ¿has venido tú en esa furgoneta?

Elina levantó la vista, miró a Jutta y asintió. Después miró a Ingrid.

—Padre —dijo—. Padre.

—Elina —continuó Jutta—. ¿Está tu padre en el coche?

—Sí —contestó sin dudarlo—. Destino, destino.

Fue Gabriel quien continuó con la argumentación.

—¿Acaso has venido con tu padre a recoger el pasaporte y te has confundido un poco, Elina?

Elina miró a Gabriel y sonrió. Vinbär seguía en su regazo, atento, inquisitivo, como si quisiera mostrar a través de su mirada toda la

ferocidad que los ojos de Elina, perdidos, acuosos y destartalados no llegaban ni tan siquiera a insinuar.

—Sí, eso es. Padre. Pasaporte.

Gabriel e Ingrid se miraron.

—Joder —dijo Gabriel en voz baja, girando la cabeza—. Que rara es esta gente, coño.

Aunque se sentía mejor, Ingrid notaba que le pasaba algo, pero no sabía qué. Algo. Y aquello que le ocurría, fuese lo que fuese, le insufló una especie de impulso instintivo que la hizo darse la vuelta, coger su bolso, sacar de dentro el pasaporte —seguía allí desde el día anterior— y no escuchar todo aquel razonamiento que Gabriel le estaba exponiendo y que tenía como premisa que, si había venido su padre, también habría venido Katja, porque siempre estáis juntas, y «Oye, Elina, nada de esto parece tener sentido», etcétera, algo que a Ingrid le dio completamente igual porque descolgó de la percha su chubasquero amarillo, se lo embutió y, espoleada por una energía que brotaba directamente desde su pecho, dijo:

—Ahora vuelvo. Voy a entregar el pasaporte. Hans está en el coche.

Los pocos invitados que la escucharon la miraron con incredulidad. Gabriel intentó disuadirla y Elina la contempló con satisfacción desde el sillón mientras acariciaba al gato. Todos le intentaban argumentar, pero Ingrid no escuchaba. Apenas dijo nada más. Un relámpago rajó el cielo y, mientras abría la puerta, se escuchó el estruendo quebrado de un trueno.

—No tardo nada— concluyó lanzándose a la calle, donde fue engullida por un manto de agua oscura.

La furgoneta estaba situada bajo la farola que según los niños había explotado, por lo que únicamente podía intuirse una masa negra y cuadrada de aspecto fúnebre. Ingrid se sentía renovada, estimulada por un nuevo valor que la hizo caminar deprisa bajo la lluvia, maldiciendo en sueco palabras de corta vida que se perdían en la humedad vaporosa del aire mientras se aproximaba a la furgoneta, que le devolvía la mirada desde la penumbra silenciosa.

Cuando llegó, corroboró lo que decían los niños: no había conductor. Haciendo visera con la mano izquierda, escrutó la zona delantera a través del cristal del copiloto. Sobre el asiento había un mapa de carreteras abierto y las alfombrillas estaban cubiertas de latas de cerveza aparentemente vacías. El cenicero sobresalía del salpicadero y en él no cabía ni una colilla más. Todo lo que Ingrid podía escuchar era el repiqueteo metálico de la lluvia acribillando el techo y el capó de la furgoneta, que se mezcló con otro sonido repentino que provenía de la parte trasera. Cuando miró, una de las ventanillas empezó a bajarse.

Ingrid se acercó despacio, con pasos cortos como los de un niño que juega a no caer al vacío al pisar ciertas losetas del pavimento. La ventanilla quedó completamente abierta y tras ella, Ingrid intuyó un bulto negro. El interior del coche exudaba un olor a cueva, a humedal, a pelo mojado, a fermento agrio. A casa pequeña. Ingrid entrecerró los ojos para aguzar la vista y, en ese momento, sufrió uno de esos sustos que restallan como latigazos en todo nuestro interior precisamente porque estamos alerta. Cuatro, cinco perros ladraron al unísono, sacando las cabezas por la ventanilla; cabezas negras, brillantes, coronadas por ojos rabiosos y descolocados. Ingrid sufrió un segundo de parálisis tras el cual dio un chillido y retrocedió un paso. Su respiración se había agitado y notó cómo la zona del pinchazo volvía a irradiar oleadas ácidas que surcaban su torso en diagonal. Pero antes de que pudiera reaccionar, una voz grave gritó una palabra en las entrañas oscuras del coche, una orden seca que los perros obedecieron, deteniendo aquel coro de rugidos roncos de manera instantánea y retrocediendo hacia la última fila de asientos traseros. Ingrid vio cómo algunos saltaban hacia el maletero y se integraban de nuevo en la quietud tenebrosa. Se echó la mano al costado, se rascó el pinchazo y decidió ignorar todo aquello y marcharse. Volver a casa y gritarle a Elina, porque se sentía muy enfadada e impotente.

Pero en ese momento percibió movimiento en el asiento trasero, un movimiento diferente al de los perros. Un enorme bulto empezó a

moverse muy despacio, con la parsimonia de un ser ancestral que despierta de un letargo de siglos. Los dos perros que aún eran visibles siguieron retrocediendo, asustados ante el despertar de aquella masa sin forma. Ingrid se quedó paralizada contemplando con extrañeza lo que parecían ser varias mantas moviéndose de manera constante, deslizándose por el asiento como una corriente de arena arrastrada por el viento del desierto. La lluvia había llegado a un nivel torrencial e Ingrid miró fugazmente hacia su casa, que le pareció tristemente lejana. La luz cálida que emanaban las ventanas le hizo sentir frío y abandono. Se giró de nuevo hacia el vehículo.

—¿Hay alguien? —preguntó—. ¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

Y justo cuando pensaba en llamar por sus nombres a Hans o a Katja, algo emergió lentamente del interior del bulto. Aguantando las ganas de rascarse el costado, Ingrid entornó los ojos y acercó la cabeza. Era una mano; la mano de un hombre anciano.

Avanzando lentamente, la mano se puso en posición cóncava, como si quisiera recoger un poco de agua de lluvia. Como esperando que alguien le entregase algo. Ingrid no podía ver el brazo que la sostenía porque estaba oculto bajo la capa de mantas. No obstante, se acercó. Por algún motivo que no acertaba a comprender, sentía que tenía que acercarse. Se notaba rara de nuevo. Sintió un hormigueo en el pinchazo y un pensamiento, una idea que no sabía de dónde brotaba, acaparó su mente: la mano era su destino, el lugar al que llegar. Debía acercarse. Lo sentía así. Lo necesitaba. Destino, destino. Así que buscó el pasaporte en su abrigo y lo sacó, porque aquella era la mano de Hans y su misión era entregarle el documento. El pinchazo se había convertido en un fuego furioso que se propagaba por el bosque que ardía sin control en su interior. La mano se alargó aún más, y los ojos de los perros, al fondo, la miraban con una ansiedad amarillenta.

—Toma, Hans. Tu pasaporte —dijo.

Alguien gritó a su espalda cuando estaba a punto de entregar el documento:

—¡Ingrid! ¡Ingrid!

Ingrid se giró. Era Gabriel.

—¡Vuelve, cariño! —gritaba él desde el porche—. ¡Ven!

En ese instante, al girarse, Ingrid notó que regresaba a la realidad, como si hubiera estado durante unos minutos en un lugar cercano pero distinto. Así lo pensó: «Cercano pero distinto». Estaba empapada y no sabía cuánto tiempo había pasado allí, junto al coche. Respondió a Gabriel:

—¡Sí, ya voy!

Y al volverse se dio cuenta de que el mundo se había actualizado y de que todo era diferente. Porque aquella no era la mano de un anciano, sino una mano de mujer, joven y blanquecina que llevaba el mismo anillo verde que el día anterior, una mano que agarró el pasaporte y tiró de él.

El hechizo se había roto.

—¡Tú eres Katja! —gritó—. ¡Eres Katja!

Así que Ingrid sujetó el pasaporte firmemente y tiró desatando un forcejeo, pues la mano también luchaba por el documento con fuerza. En apenas una fracción de segundo, los perros despertaron de su estado de indiferencia y se lanzaron hacia Ingrid, recuperando la rabia perdida y ladrando con todas sus fuerzas, segregando espumarajos y con los ojos encendidos, intentando morder su mano sin morder la de su dueña. En un último intento, Ingrid agarró el pasaporte con las dos manos, apoyó la rodilla en la puerta y tiró con todas sus fuerzas. Uno de los perros le mordió de refilón el pulgar derecho, pero finalmente Ingrid consiguió arrancar el pasaporte de la mano fantasma. Las mantas se agitaron violentamente e Ingrid echó a correr para dejar atrás aquello que en su mente se convertiría en una imagen imborrable: perros y mantas moviéndose en una especie de ondulaciones propias de un mundo irreal.

Primero alcanzó la parte iluminada, donde el asfalto empapado brillaba a causa del reflejo de las farolas y después llegó a la casa. Solamente miró atrás una vez más, mientras forcejeaba con su propia verja, que en ese momento le parecía una muralla inexpugnable. Nada había cambiado en la furgoneta: la jauría seguía

arremolinada junto a la ventanilla abierta, mirándola tras la cortina de agua en la medianoche de Viernes Santo; y, en el centro de esa masa de animales enfurecidos, una mano, una mano muda y joven que para Ingrid representaría desde aquel día la viva imagen del pánico. Gabriel detuvo su forcejeo, la agarró y la llevó prácticamente en volandas dentro de la casa. Y allí seguía Elina, sentada con Vinbär en brazos y con aquel gesto de satisfacción estúpida. Todos miraban a Ingrid consternados, pues su rostro había tomado un cariz mortecino y pálido, de figura de porcelana abandonada en una habitación infantil cuya dueña ya estudia en la universidad. Iba calada hasta los huesos, creando charcos de agua a su paso, agua rosada a causa de la sangre que le brotaba del pulgar izquierdo.

—¡Ingrid, estás herida! —exclamó alguien.

Pero Ingrid no escuchaba absolutamente nada de lo que todos le decían al mismo tiempo, ya que, extraviada por completo en un mar de odio ajeno a su forma de ser y con el pinchazo ardiéndole en el costado, se abalanzó sobre Elina, la agarró de una mano y tiró de ella con violencia. Vinbär saltó y se marchó corriendo, y Elina chilló como chillaría una niña a la que le arrancan un juguete de la mano: con resentimiento explícito. Pero Ingrid no le permitió empezar su retahíla de quejas porque le lanzó un grito que hizo callar a todas las personas al mismo tiempo:

—¡Fuera!

Y siguió:

—¡Fuera de mi casa!

Mientras, Elina ponía cara triste y sus ojos se humedecían.

—¡Que te vayas! ¡Que te vayas de una vez! ¡Tira! ¡Tira! —seguía gritando Ingrid.

Y como Elina era absolutamente capaz de moverse, Ingrid se puso detrás de ella y la empujó. Una, dos veces, sin darse cuenta de que le estaba llenando la blusa de sangre, imprimiéndole borrones rojizos con formas propias de la pintura abstracta.

—¡Que te muevas, joder! ¡Muévete! ¡Fuera! ¡Fuera!

Gabriel y Sebastián hicieron amago de intervenir, incluso masculllaron un tenue «Ingrid», pero cayeron fulminados ante la mirada cortante y agresiva de la cónsul. Nora se echó la mano a la boca. Elina por fin caminó hacia la puerta y, cuando la alcanzó, se dio la vuelta para clavar sus enormes ojos fijamente sobre el pasaporte que la cónsul sostenía en su mano derecha. Ingrid se dio cuenta y le lanzó una sonrisa irónica. Levantó el pasaporte.

—Mmmm, lo quieres, ¿verdad? —Elina no dijo nada—. Quieres esto, ¿a qué sí? ¿A que sí?

—Sí —dijo Elina finalmente en voz baja. Y añadió—: Dámelo. Dámelo, Ingrid. O si no, va a venir alguien.

Era la primera vez que Ingrid escuchaba su nombre en boca de Elina y también la primera vez que esta enunciaba una frase tan larga y bien construida. La miró fijamente, sonriendo con ironía.

—¿Me estás diciendo…? —Todos miraban la escena en silencio e Ingrid caminaba agresivamente hacia Elina mientras hablaba—. ¿Me estás diciendo, Elina, que, además de deslizarme una amenaza, pretendes que viole un protocolo diplomático porque vosotras no sois capaces de traerme a tu padre porque a saber —y repitió—, a saber qué habéis hecho con él?

Los invitados miraron a Ingrid, que se había plantado a unos pocos centímetros de Elina. Por primera vez, la sombra de que a Hans le había ocurrido algo y que ellas eran las causantes se había puesto de forma notoria y explícita sobre la mesa. Elina se limitó a mantener su expresión ausente y a decir:

—Sí.

—Vete de mi casa. Ahora.

Sin mediar palabra, Elina cogió su abrigo de la percha y empezó a ponérselo con lentitud. El mutismo de todos los presentes era tal que podía escucharse el rozamiento de la tela mientras Elina se la enfundaba. Cuando terminó, se dio media vuelta y salió en silencio. Ingrid echó a andar tras ella. La lluvia había remitido y apenas caían unas minúsculas gotas punzantes. Las dos mujeres bajaron las escaleras y atravesaron el jardín sin mediar palabra. Alguien desde el

interior, posiblemente Gabriel, encendió las luces exteriores desde la casa. Ingrid abrió la puerta de la calle y dijo secamente:

—Fuera.

Elina salió con aire cabizbajo e Ingrid empujó la puerta para cerrarla, pero algo se lo impidió: Elina había metido el pie entre la puerta y el marco. Ingrid intentó empujar de nuevo, pero Elina volcó su cuerpo sobre la puerta y consiguió asomar un hombro y la cabeza. Su rostro volvía a mostrar ese gesto inédito que Ingrid había visto en la cocina, completamente desprovisto de su hasta entonces inherente velo de estupidez. Sus ojos —enormes, verdes, estrábicos— se clavaron en los de la cónsul.

—Ingrid, es tu última oportunidad. Dame el pasaporte. Dámelo ahora y todo habrá terminado. —Ingrid no podía dar crédito a ese tono de voz lúcido y sereno—. Estás a un segundo de que todo esto termine… ¿De verdad no quieres que termine? —Hizo una breve pausa.

Silencio.

Siguió.

—De lo contrario… De lo contrario, Ingrid, esto no habrá hecho más que empezar. Te lo repito: es tu última oportunidad.

Descolocada ante aquella metamorfosis y con el costado de nuevo ardiendo, Ingrid tomó aire y contestó:

—Elina, no pienso daros el pasaporte hasta que venga Hans a firmarlo. Lo sabes. Lo sabéis de sobra.

—¿Es tu última palabra?

—Lo es.

—Muy bien. —La sonrisa de Elina se ensanchó, mostrando dos huecos negros en el lugar donde deberían estar los colmillos—. Pues entonces, ya sabes lo que toca.

Ingrid no replicó. Se limitó a mirarla con seriedad.

—A rascarse. A rascarse el costado. Eso es lo que toca.

Elina soltó el pie y se lanzó a la noche, que se la tragó como lo haría una gran fiera oscura. Su olor a ciénaga y a líquenes permaneció durante unos segundos en el aire. Ingrid subió la

escalera y entró en el salón. Gabriel le dio un abrazo y Guadalupe fue quien rompió el hielo:

—Híjole —dijo sosteniendo un whisky con soda—, ¿qué chinga acaba de pasar aquí?

Ingrid sonrió y se encogió de hombros.

—Ahora vengo —fue todo cuanto dijo—. Dejad que me cambie. Estoy helada.

Subió y se desnudó en el baño de su habitación. Se plantó frente al espejo y se miró el costado. En el lugar del pinchazo tenía un minúsculo punto azul. Se rascó. Mucho, muchísimo, y sus uñas dejaron caminos rojizos sobre su piel. Después se desinfectó la herida del pulgar derecho con Betadine y gasas, se la vendó y se cambió de ropa. Cuando bajó, el ambiente estaba mucho más relajado. Le pusieron una copa de vino tinto y la sentaron frente a la chimenea. El suelo estaba recién fregado y el rastro de sangre diluida había desaparecido. Entre varios narradores le contaron que los niños habían vuelto para decir que Elina se acababa de montar en la furgoneta sin conductor y que el vehículo había desaparecido en dirección a la autovía. Por su parte, Ingrid narró con todo detalle lo que le había ocurrido: el desmayo en la cocina, el incidente del coche y la mano, el mordisco y la repentina transformación de Elina en la despedida. En todo momento tuvo mucho cuidado de no hacer mención al pinchazo en el costado porque en su mente operó una especie de proceso de negación: si no hablaba sobre ello, sería como si no hubiese ocurrido. Pero la realidad es que estaba reprimiendo con ansiedad las ganas de rascarse mientras contaba todo aquello y sus invitados la miraban con inquietud.

La noche se extendió al abrigo de la chimenea, de los licores y de varias cafeteras humeantes que Nora traía de vez en cuando de la cocina. Por supuesto, todas las conversaciones giraron en torno a lo que acababa de ocurrir y finalmente se extrajo una especie de teoría general: es posible que Hans estuviera gravemente incapacitado, retenido en alguna parte o directamente muerto, y ellas querían

seguir cobrando su pensión, pero no podrían hacerlo a partir de mayo, cuando el pasaporte caducase.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Patricia en un momento dado.

—Por lo pronto —contestó Ingrid— escribirle a Klara Pålson, la cónsul general. Voy a contarle toda esta locura y le voy a pedir que me permita desvincularme del pasaporte. No quiero tenerlo.

—Haces bien —dijo Naoko—. Yo haría lo mismo.

—Y si tienen la poca vergüenza de aparecer de nuevo por aquí, las remito a la embajada. No quiero saber nada más de ellas.

—¿Te duele la mano, cariño?

—No, no mucho, me he puesto antiséptico.

—Esos putos perros. Hay que ser…

—Bruja.

—Sí, bruja. Y zorra.

—¿Y eso de que «va a venir alguien»? ¿Qué coño ha sido eso?

—¿Y cómo sabía que había un teléfono en la cocina? Fue ella quien echó a andar cuando tú le ofrecías el inalámbrico de la mesa.

—Joder, no había caído en eso.

Y así continuó la inagotable conversación hasta las cuatro de la madrugada, que fue cuando Esteban dijo que debían marcharse. El resto de los invitados coincidió y Gabriel bajó al sótano a avisar a los niños. Los mayores jugaban a la consola y los pequeños se habían quedado dormidos en posturas inverosímiles. Cuando Gabriel consiguió movilizarlos, salieron al jardín como zombis abatidos. Todos los adultos dieron sentidos abrazos a Ingrid y se despidieron del resto de la familia. La noche era húmeda y las tormentas habían tintado el cielo de un malva satinado.

—Gracias a todos por venir. Que no me entere yo de que alguien dice por ahí que mis cenas son aburridas —dijo Ingrid mientras los invitados subían a sus coches y sonreían ante su comentario.

Cuando entró en casa tras despedirse, miró hacia el Rincón. Sobre la mesa quedaba el único rastro tangible de Elina: una taza de té a medio beber. El otro rastro, el inmaterial, solamente podía sentirlo ella, surcando su costado, irradiando desde el punto azul

ramificaciones ácidas que se extendían hasta su cabeza y su pubis. Vinbär se frotó contra su pierna y subió al sillón en el que se había sentado Elina.

Ya en la habitación, Gabriel intentó sacar conversación, pero Ingrid atajó de inmediato:

—Cariño, no me apetece hablar más del tema, ¿de acuerdo? —Gabriel, desnudo, poniéndose unos calzoncillos limpios, asintió—. Mañana daré parte a la embajada y ya está. No tiene sentido volver a obsesionarse con esto.

—Muy bien, cielo. Me parece la mejor actitud posible. Y me encanta que lo lleves así. —Caminó hacia la cama y besó a Ingrid en los labios—. No podemos entrar otra vez en su juego. No lo soportaríamos.

En ese momento, Ingrid evocó las palabras de Elina: «De lo contrario, Ingrid, esto no habrá hecho más que empezar». Intentó desplazarlas de su mente con un pensamiento fugaz. Después apagó la luz y, a pesar de todo lo ocurrido, se durmió de manera casi instantánea. Por la ventana, impresa sobre un claro despejado, asomaba un pedazo de luna que iluminaba tibiamente un par de nubes con forma de cerebro, confiriéndoles una textura similar al óxido.

Esa noche, en casa, todos tuvieron sueños extraños, como si una energía intrusa hubiera parasitado sus pensamientos. Nora soñó que se presentaba a un concurso de televisión cuyo premio final consistía en resucitar a un familiar del ganador. Adam surcó los cielos a lomos de un dragón, que en un momento dado se giraba y le decía: «Voy a arrojarte al cráter de un volcán. Allí morirás a causa de la lava, pero mientras, disfruta de esto», y acto seguido sacaba unos pechos enormes de mujer que hicieron a Adam eyacular violentamente en los calzoncillos. Camilla soñó con un personaje de dibujos animados que le pedía vivir escondido en su armario porque había matado a otro personaje y la Policía de Ciudad Mayonesa lo perseguía para ajusticiarlo. Gabriel soñó que Ingrid se enteraba de que tenía una amante joven, bellísima, una alumna irresistible de su escuela con la

que irónicamente no conseguía tener una erección. Por su parte, los sueños de Ingrid fueron turbios, difusos: iba caminando sola por una calle lluviosa en la que se escuchaban ecos de ladridos y de huesos quebrados, lejanos sonidos de muelles chirriando y maullidos de gatos nocturnos. A medida que avanzaba, notaba unos crujidos bajo sus pies. Cuando miraba al suelo, todo estaba lleno de alfileres azules que se movían como insectos intentando morder sus tobillos. Ingrid pedía ayuda y una figura aparecía al fondo de la calle, una figura que no se acercaba a medida que Ingrid caminaba hacia ella, sino que se mantenía siempre a la misma distancia, e Ingrid corría y corría mientras los alfileres le aguijoneaban los tobillos y, finalmente, la figura, una mujer a la que no podía ver el rostro, decía algo. Dos palabras que en su boca sonaron pesadas y turbias y que hicieron despertar convulsamente a Ingrid:

—Destino, destino.

19

Eran las ocho de la mañana, y la mente de Ingrid parecía estar recubierta por una neblina que le causaba un abotargamiento viscoso y grisáceo. Todos los daños físicos que se había hecho la noche anterior habían evolucionado claramente a mejor: el pinchazo ya no se irradiaba a otras zonas, sino que se había convertido en un picor tolerable y discontinuo, como la picadura de una pequeña araña de jardín, y la herida de la mano estaba bien, solamente le escocía un poco en una zona cercana a la uña. Puso una cafetera, se sirvió una taza muy cargada y subió a su despacho. Allí metió el pasaporte de Hans en un sobre de correo diplomático. Después encendió el ordenador y redactó lo siguiente:

De: Ingrid Sørensen <granada.konsulat@gov.se>

Para: Klara Pålson <madrid.ambassaden@gov.se>
CC: Manel Segovia <info@segutelspain.com>

Asunto: Pasaporte P451292Q

Estimada Cónsul General:

Le escribo para poner en su conocimiento de forma oficial ciertas irregularidades detectadas con relación al documento al que hago referencia en el asunto de este correo.

En primer lugar, me gustaría advertir que he incluido a Manel en copia, ya que él es el encargado de la seguridad del consulado y estimo conveniente que esté al tanto de lo ocurrido. Por eso escribo en español.

Acto seguido, Ingrid enumeraba, de forma precisa y escrupulosamente ordenada en el tiempo, todas las interacciones con Elina y Katja, a quienes identificaba incluyendo también sus respectivos números de pasaporte. Ingrid fue especialmente minuciosa narrando la primera visita de las suecas —haciendo hincapié en que ahí tuvo lugar la primera de varias solicitudes de irregularidad— y el episodio de la noche anterior. También deslizaba que el allanamiento sufrido a primeros de marzo podía estar relacionado con ellas.

Las valoraciones subjetivas las dejó para el final del mensaje, y en ellas expresó sus sentimientos de inseguridad y vulnerabilidad, así como lo mucho que le estaba afectando tanto a ella como a su familia «todo lo expuesto más arriba». Además, Ingrid dejaba caer que, tanto en su opinión como en la de su entorno, todo parecía indicar que a Hans le había ocurrido algo, por lo que sugería una investigación «por parte de las autoridades correspondientes».

Se despedía solicitando a Pålson su permiso para desvincularse del pasaporte y para enviarlo por correo a la embajada.

Firmaba atentamente y deseaba una feliz Pascua.

20

Y esto fue lo que ocurrió: Klara Pålson envió una respuesta breve y áspera que mostraba esa desgana protocolaria tan típica de la diplomacia nórdica. Un correo escueto en el que autorizaba a enviar de vuelta el pasaporte a Madrid y decía tomar nota de la situación, algo que a Ingrid le recordó a cuando, en la escuela, un maestro hastiado le decía a un niño que acudía a él quejándose porque otro lo había tratado mal: «Sí, vale. Ahora le regaño, tú ve a jugar con otros niños y no le hagas caso si vuelve a decirte algo».

El 15 de abril, Lunes de Pascua, Ingrid remitió a Madrid una caja con documentos entre los que iba, levemente arrugado a causa del forcejeo al que había sido expuesto bajo la tormenta, el pasaporte de Hans. Ingrid respiró cuando el mensajero de MRW la introdujo en el maletero de la furgoneta: ya no era asunto suyo.

Y a partir de entonces, el silencio más absoluto se apodera de esta historia hasta finales de noviembre, siete meses y medio más tarde de aquella extraña Semana Santa.

Mayo y junio trajeron por fin la calma que Ingrid tanto deseaba, la ansiada sensación de que en su vida no ocurría nada reseñable, nada fuera de lo común, nada digno de ser contado más allá de las tribulaciones de un ser humano de mediana edad en territorio occidental. Continuaron las visitas de cónsules extranjeros con los que disfrutaba de la ciudad y de la compañía de personas con puntos de vista muy diferentes al suyo; continuaron las cenas en casa, las inquietudes por el vertiginoso desarrollo de sus hijos y, poco a poco, los días se fueron acumulando y sumiendo a Ingrid en un estado de calma, en una ataraxia mental que podía confundirse

con ese mito inalcanzable al que llamamos felicidad. Esta sensación únicamente se tambaleaba cada vez que sonaba el teléfono consular, un teléfono al que Ingrid siempre contestaba con un regusto de miedo en la boca, entrecerrando los ojos para amortiguar el golpe que le supondría escuchar la voz zalamera de Katja y respirando aliviada cada vez que no era ella quien estaba al otro lado del cable. Pero las suecas no volvieron a llamar.

A finales de junio, Ingrid recibió un correo electrónico de la embajada recordándole que se le debían tres semanas de vacaciones, y que según la legislación sueca debía disfrutarlas antes del mes de octubre. Así que decidió unir las tres semanas adeudadas con el mes de agosto, que era de inactividad consular, lo cual hacía un total de siete semanas de completa libertad. Con Gabriel y los niños también de vacaciones, la familia decidió marcharse a Suecia para cambiar de aires. En lo relativo a las tareas consulares, estas pasarían durante ese período a una nueva sede instalada en Marbella, otra concesión de Klara Pålson a la comunidad nórdica pudiente asentada en la Costa del Sol, que a ojos de Ingrid parecía ser muy influyente en las decisiones de la nueva cónsul general.

Julio y agosto trajeron la paz más absoluta. Ingrid disfrutó de unas vacaciones perezosas cuya esencia consistía en ir dilapidando días a manos llenas, sin cargo de conciencia alguno, y pasar las mañanas leyendo al sol, los mediodías tomando un par de vinos más de la cuenta y las tardes durmiendo una gran siesta intercalada con sexo ligero. Por las noches, los cinco se reunían en el porche de la casa de Nora y devoraban platos suecos, recetas de una simpleza y efectividad acorde a sus principios culturales, todas ellas acompañadas de vinos tintos suaves que compraban en una bodega cercana. Los fines de semana solían hacer excursiones, normalmente a parajes naturales o a pequeños pueblos. Cuando se decantaban por la naturaleza, llevaban para hacer un pícnic que disfrutaban en alguno de esos prados suecos florecidos y solitarios, mientras que las visitas a los pueblos servían para acercar a los niños a las raíces

de la cultura sueca y a Gabriel para hacer innumerables fotografías de aspiraciones costumbristas.

Durante ese verano, normalmente una vez por semana, Ingrid acudía a una oficina diplomática situada en el sector de Östermalm, un edificio antiguo rehabilitado y pintado de un discreto color crema ubicado junto al puente de Djurgårdsbron, donde solicitaba un despacho de visitante para conectarse a Internet desde una red segura. Allí revisaba la marcha de los trámites consulares y se desesperaba por la lentitud de la oficina de Marbella, algo que vaticinaba un mes de septiembre a rebosar de papeleo acumulado. Después leía y contestaba el correo electrónico y, finalmente, justo antes de apagar el ordenador, siempre entraba de nuevo en la plataforma diplomática, pero en este caso haciendo los clics de ratón lentos y lo más silenciosos posibles, como si se pudiera navegar por Internet de puntillas. Allí comprobaba el trámite relativo al pasaporte de Hans. Y siempre aparecía el mismo mensaje:

Ciudadano: Hans Mattsen
Sexo: Hombre
Tipo de documento: Pasaporte
Fecha de solicitud: 16/10/2000
Estado: Pendiente de entrega

Era curioso que el único momento en que el pinchazo volvía a manifestarse era cuando leía en la pantalla el nombre de Hans. En ese instante, un escozor vibrante y suave, un calambre inesperado de anguila eléctrica surcaba su costado y la hacía estremecerse unos minutos y rascarse durante todo el trayecto en metro hasta la casa de Nora. «A rascarse. Eso es lo que toca». Pero no daba tiempo a que la ansiedad aflorase. Unos minutos después de bajar del tren, el escozor desaparecía por completo hasta la semana siguiente, hasta que volvía a leer aquel «Hans Mattsen» impreso en la pantalla del ordenador.

Algo también curioso era que todos los miembros de la familia cumplían años en verano; Ingrid y Adam, en julio y Nora, Gabriel y Camilla, en agosto. Así que tuvieron unas vacaciones repletas de tartas en el jardín, de velas iluminando una cara sonriente con los mofletes inflados, de papel de regalo rasgado tirado en el césped, rodeando las sillas de madera. Un verano de deseos entre soplidos. El 29 de agosto, en la celebración del cumpleaños de Camilla, que era el que clausuraba la retahíla de tartas y también las vacaciones familiares, Nora se echó a llorar. Se había tomado un par de vasos de Skåne Akvavit y de repente se le saltaron las lágrimas. Miró a los niños, después a Ingrid y a Gabriel y dijo:

—Gracias. Gracias por…

—¡Mamá! ¿¡Pero qué te pasa!?

—¡Abuela!

—Perdonad, perdonad. Es que… os estoy muy agradecida por… todo. Pero… —Nora hizo una pausa que los demás gestionaron con expectación—. Pero… no quiero ser una carga para vosotros, de verdad. No podría…

—Mamá, por favor, no empieces.

Y es que Nora había dejado caer varias veces durante el verano la idea de que se podría convertir en un lastre para la familia, y que ella nunca podría soportar eso. De hecho, propuso quedarse en Estocolmo. En su casa. Después de hablarlo, Ingrid y Gabriel le dijeron que la entendían, pero que preferían que volviese a España con ellos, al menos por una temporada, y que después verían, ya que, al revés de lo que Nora pensaba, se había convertido en un gran apoyo para ellos, pues ayudaba con los niños y con la casa. Así que los cinco se montaron en el avión la tarde siguiente y aterrizaron en Málaga por la noche, exageradamente abrigados para el golpe implacable de calor y humedad que los recibió en la salida de la terminal del aeropuerto. Compraron bocadillos en un quiosco de comida rápida y cogieron la lanzadera al aparcamiento de larga estancia. Ya en el coche, camino de Granada, sonó el móvil de Ingrid. Era Michael, el vecino.

—Dime, Michael.

—…

—Pues precisamente estamos volviendo ahora mismo. Estamos en el coche. Sí, sí, acabamos de salir de Málaga. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—…

—Pues no, no que yo sepa. Ya. Ya, ya. ¿Y no estaba antes, dices?

—…

—Sí, vale, es de ahora. Pues la verdad es que no…

—…

—Pues no tengo ni idea. Porque una amiga ha estado yendo a regar y a ponerle comida y agua al gato, pero ella va por las mañanas. No tiene por qué encender ninguna luz. Sí. Sí, sí, claro.

—…

—Bueno, de todas formas, ahora lo vemos. Estamos allí en un ratito. Sí. Sí, muchas gracias, Michael. Por cierto, te hemos traído un poco de salmón.

—…

—No, tranquilo. Yo me paso mañana por allí. Vale. Sí, vale. Lo hacemos así. Buenas noches. Gracias por avisar, Michael. Buenas noches.

Ingrid colgó.

—¿Qué pasa, cielo? —quiso saber Gabriel.

—Que dice Michael que ha pasado por delante de nuestra casa hace un rato y que había una luz encendida en el salón.

—¿Y eso?

—Pues no sé. Tiene pinta de que Naoko ha ido esta tarde a regar y se la ha dejado.

Pero cuando llegaron a casa, que mostraba ese olor extraño que exudan nuestras viviendas cuando pasamos tiempo fuera de ellas y que en realidad es nuestro olor, todas las luces estaban apagadas.

—¿Se le notaba bebido? ¿A Michael? —preguntó Nora—. Creo que últimamente bebe demasiado.

—No —contestó Ingrid—. Tenía la voz serena. Si estaba bebido, lo disimulaba muy bien.

Todos habían subido a soltar sus equipajes y a asearse, menos Gabriel, que se quedó abajo abriendo ventanas.

En un momento dado se paró en el centro del comedor, mirando a todas partes, pensando en la luz encendida. Se acercó a la lámpara de pie que había junto a los sofás y tocó la bombilla. Fría. Hizo lo mismo con las dos del techo, que también estaban heladas. Tocó sin esperanzas las bombillas de todas las lamparitas bajas que había repartidas por el salón. Todas tenían el tacto indiferente del cristal abandonado. Solamente le faltaba por comprobar la lámpara de pie que había junto al sillón individual de la esquina, el sillón que desde aquel ya lejano Viernes Santo siempre contenía en su mente la figura fantasma de Elina sentada sobre él. Y a medida que se aproximaba, lo vio. Estaba en el suelo, a los pies del sillón, medio tapado por las enaguas de la mesa camilla, algo espachurrado. Avanzó hasta él, se agachó y lo recogió. Lo miró y tardó cinco, seis segundos en atar cabos, aunque solo había un cabo posible que anudar.

Entonces supo dos cosas: que aquel crisantemo de color malva que sostenía en su mano era idéntico al que, según Ingrid, llevaba el visitante silencioso, y que la bombilla de la lámpara que había junto al sillón individual iba a estar caliente.

La tocó.

Lo estaba.

Y sin apenas pensar en ello más de unos pocos segundos, Gabriel decidió no contar nada a nadie. Ni de lo uno, ni de lo otro. Simplemente metió la flor dentro de un kleenex, la estrujó haciendo una bola y la echó a la basura. «Mejor así», pensó. «Mejor así».

El tiempo siguió pasando en calma. Los niños y Gabriel empezaron el curso, Nora retomó sus actividades lúdico-geriátricas con su amiga Ana e Ingrid tuvo que invertir un buen puñado de horas extra en poner al día toda la documentación que el nuevo consulado de Marbella no había podido atender. De forma

escrupulosa, lo primero que hacía cada mañana al encender el ordenador, con una taza de café humeando entre las manos, era entrar al trámite de Hans y leer aquella irritante expresión: «pendiente de entrega». Después notaba un tenue hormigueo en el costado que se disipaba al par de minutos; y es que Ingrid se había acostumbrado a las irradiaciones del pinchazo como quien, en los días oscuros de lluvia, siente un dolor recurrente en la rodilla que se rompió veinte años atrás: con una sorda resignación.

Y llegamos así a finales de noviembre, al momento en el que todo se precipitó, al momento que hizo que Ingrid constatara una de las reglas inquebrantables del mundo: que las historias, una vez contadas, pertenecen a cualquiera. Fue gracias a la cena homenaje a los cuerpos consulares que se celebró en el Stockholms Slott a la que Ingrid y Gabriel acudieron vestidos de gala, completamente abrumados por el brillo dorado de todo cuanto les rodeaba. El rey Carlos Gustavo dio un discurso de bienvenida en un salón majestuoso en el que alabó la labor del cuerpo consular, que definió como «un faro en la noche del mundo, un pedazo de hogar fuera del hogar». Todos sonrieron con ternura. Su dicción era pulcra, pausada, augusta. Después hubo un saludo protocolario en el que Ingrid, avanzando en la fila y acercándose a los reyes, sintió un cosquilleo en la parte baja de barriga cercano a la excitación sexual. Cuando besó la mano del rey, este la miró sonriendo y le dijo: «Gracias por todo».

Las mesas —rectangulares, largas, decoradas de forma obscenamente ostentosa— habían sido distribuidas por países, como se haría en el comedor de una villa olímpica, y quiso el protocolo de la corona sueca que, en la mesa en cuyo centro se erguían la bandera sueca y la española, Ingrid y Gabriel cayeran sentados justo enfrente de Klara Pålson y de Therese Lindgren, que había sido invitada porque le iban a otorgar una placa a modo de homenaje de su ya extinta carrera diplomática.

Aunque Ingrid también colaboró apuntando, matizando y rectificando con precisión algunas de las exageraciones de su

marido, fue Gabriel quien —con la cantidad de vino exacta para convertirse en un narrador juglaresco— se encargó de tener encandilada durante casi una hora a más de una veintena de personas. Muchas de ellas, las que estaban sentadas en las zonas más alejadas de la mesa, se levantaban de vez en cuando para escuchar mejor ciertos fragmentos de la narración y le reclamaban continuamente que hablara más alto o que repitiera algún detalle, convirtiendo aquella cena de etiqueta en una especie de taberna inglesa de peregrinos medievales. Todo había empezado cuando Gabriel, sin un mínimo atisbo de aplicar paños calientes, le preguntó a Klara Pålson por el pasaporte de Hans. Pålson manifestó inmediatamente que no sabía de qué le estaba hablando. Lili, la cónsul de Marbella, apuntó que el pasaporte le había llegado a su oficina un par de meses atrás, y que seguía en su despacho sin haber sido reclamado. Parecía una persona con buena memoria. Therese Lindgren, que conocía a la perfección el lenguaje no verbal de Ingrid, que miraba todo aquello con aire de inquietud, preguntó:

—¿Qué ha pasado con ese pasaporte?

Así que Gabriel, tras mirar a su mujer, dar un trago al vino y ajustarse el nudo de la corbata, dijo:

—Pues veréis. Esto me llega a mí a través de unos albañiles, que me hablan de dos suecas que viven en su pueblo. Me dicen que son, atención, putas y brujas. Tal cual.

Solamente con la pronunciación de la palabra «putas», Gabriel ya obtuvo la atención de cinco o seis personas más. Y el número de oyentes fue creciendo a medida que iba recreándose en la agresividad de los perros, en los disparos de escopeta a primera hora de la mañana, en los pagos odontológicos mediante favores sexuales, en los detalles de la visita a la casa de La Umbría —ya completamente convertida en un burdel clandestino y en un santuario de espíritus oscuros—, en la estupidez de Elina o en la aparición del visitante silencioso. Así que para cuando llegó al momento culminante, que obviamente fue el episodio del Viernes Santo, los comensales de las mesas colindantes ya escuchaban la

narración completamente absortos, girados sobre sus sillas a riesgo de despertar al día siguiente con una intensa tortícolis. Algo que divertía mucho a la audiencia era el sueco de Gabriel, algo torpe y con una ostensible falta de vocabulario que suplía con giros realmente ingeniosos. Cuando terminó el relato con la devolución del pasaporte al Consulado General, las caras de todos los oyentes mostraban mezclas de sentimientos imposibles de determinar, que iban desde la sorpresa divertida al espanto preocupado.

—Madre mía —dijo Therese Lindgren con gesto de curiosidad inquieta—. Y entonces… vosotros creéis que está… ¿muerto?

—Sin ninguna duda —sentenció Gabriel—. Y creo que está dentro del sofá de obra.

Se escuchó un murmullo.

—No sé, yo no creo que… —dijo Ingrid.

—¿Cómo que no, cielo? —la cortó Gabriel—. ¿Qué sentido tiene allí un sofá, hecho por ellas mismas, donde es imposible sentarse y que para colmo desprende una pestilencia insoportable?

—¿Y por qué iban a tenerlo tan cerca? —preguntó alguien—. Es decir, ¿por qué no arrojarlo al mar o enterrarlo en un bosque, como cualquier criminal que se precie?

—Yo sí que veo claro lo del sofá —dijo otro alguien—. Creo que, para que a uno no lo pillen, es mejor no hacer lo más evidente.

—Lo que está claro es que esto da para una película…, o mejor, para una novela. —Era Therese Lindgren quien hablaba de nuevo—. Pero, Klara, ¿cómo es que tú no has hecho nada?

Una sombra de rabia apareció en el rostro de Klara Pålson, pero ella misma se encargó de disiparla con su implacable respuesta:

—Esto lo tuvo que leer y contestar alguien de mi oficina, estoy segura. Porque es la primera noticia que tengo del caso.

Lindgren miró a su sucesora con lo que a Ingrid —que también conocía muy bien el lenguaje de no verbal de su amiga— le pareció un gesto de reproche, un gesto de «yo me hubiera encargado de eso personal e inminentemente», por lo que Klara Pålson, puesta en

relativa evidencia delante de todo su cuerpo consular, continuó diciendo:

—Ingrid, ¿te importaría hacerme un nuevo informe cuando vuelvas a España, por favor? Me gustaría adjuntarlo al expediente, por si en algún momento hay que tomar alguna medida al respecto. Me da la sensación —concluyó— de que esto no ha acabado.

Pero si hay una verdad inmutable en el curso del mundo es que todo acaba. Todo se ve arrastrado por el vendaval del tiempo. La cena acabó y la visita a Estocolmo acabó. También acabaron el otoño, el uso de las pesetas y el año 2001. Y así, con tanto acabado y a su vez con tanto por acabar, una mañana gélida, casi nórdica, una mañana de 3 de enero que lidiaba como podía con la ola de frío estepario que atravesaba España, el timbre de Ingrid sonó. Dos veces. Los niños dormían y Gabriel trabajaba en una escultura que quería incluir en una exposición que tenía programada para mayo. Ingrid se puso un chaquetón relleno de plumas, se calzó y bajó a abrir. El jardín estaba recubierto por una fina capa de nieve que había caído de madrugada y que luchaba por sobrevivir al sol que emergía con calma por el este, por encima de campos de olivos que intentaban sacudirse la escarcha. Cuando Ingrid abrió la puerta, su mente, desubicada, tardó un par de segundos más de la cuenta en reconocer a Klara Pålson. La acompañaba un tipo enorme, un oso rubio y denso que mediría casi el doble que ella. Pålson miró de frente a Ingrid y lo único que dijo fue:

—Voy a hablar con ellas. Esto no me gusta.

21

Klara Pålson era una mujer rubia, bajita, sarcástica y seria. Una mujer de carácter que había conocido de primera mano las dificultades de hacerse respetar en un mundo tan politizado y masculinizado como el diplomático. Una mujer que nunca levantaba la voz, pero que tampoco la bajaba. Un hueso.

Y Klara Pålson estaba empezando a enfadarse. Cuando recibió el informe de Ingrid, lo primero que hizo fue llamar al número de teléfono que figuraba en la ficha de Hans, un número fijo de Granada de no dio señal. Después consultó la ficha de Elina, pero el número que figuraba era el mismo. La ficha de Katja tenía un teléfono de contacto diferente, un número móvil. Llamó. Una voz de mujer contestó, y Klara Pålson explicó quién era y qué quería. Acto seguido la mujer, que reconoció ser Katja, dijo que en efecto ella pasaba temporadas en casa de Elina, pero que en esas temporadas apenas había visto a su padre. Que Hans solía estar fuera, que «se va a otras casas», como si irse a otras casas fuera un estado natural del ser humano, como si aquel anciano casi impedido fuera una especie de nómada ancestral. Cuando Klara Pålson quiso seguir preguntando, Katja colgó. El teléfono no volvió a dar tono, y ella solicitó acceso a la ficha íntegra de Hans. Allí comprobó sus certificados de vida y sus pagos de pensiones. Siguió enfadándose.

Lo siguiente que hizo fue solicitar a Marbella una copia por fax del pasaporte sin firmar de Hans, ya que alguien de su equipo lo envió allí después de que Ingrid lo hubiera devuelto. La tarde en la que el fax llegó, Klara estaba en su despacho, sola y a punto de echarse a llorar por algo que era insultante y abrumadoramente sencillo: ella,

tan fuerte, tan independiente, tan orgullosa de sí misma, se había enamorado de alguien que no la correspondía. «Solo ha sido un poco de sexo», le había dicho él ese día, durante el almuerzo que hicieron en un pequeño bistró junto al Manzanares, cuya agua mostraba un aspecto limpio y granizado. «Tú lo sabías, Klara». Y lo más triste había sido que él llevaba razón, que ella lo sabía, y aun así había sucumbido a aquello que se había prohibido a sí misma sucumbir después de su horrible primer matrimonio.

«Idiota», pensó Klara mientras, en su despacho ya oscurecido por la luz del invierno, se secaba las primeras lágrimas, que son siempre las más difíciles de admitir, las que intentamos retener a toda costa. Obligándose a serenarse, apretó el botón «OK» del fax, que parpadeaba en verde anunciando una recepción. Cuando salió el papel, Klara lo cortó, lo llevó debajo de la luz del flexo de su mesa y miró con detenimiento la foto de Hans. Cinco, diez, quince, veinte segundos. Esa misma noche, mientras Madrid recibía una nevada silenciosa y deshilachada, Klara, sin dejar de sentirse idiota, hizo la maleta. Después se tomó un somnífero sin cenar, utilizando para tragárselo un vaso de vino tinto.

Pasó el día siguiente arreglando papeles, dejando asuntos zanjados y decidiendo que alejarse unos días de Madrid era lo más razonable para sentirse algo menos idiota. Vergüenza: le daba vergüenza haberse abierto tanto, haberse expuesto. Y se dijo: «Toma nota». Habló con Johannes, una especie de chico para todo que trabajaba en el consulado, y reservó dos billetes de avión. A las siete de la mañana siguiente tomaron el vuelo. Antes de despegar, Johannes le hizo notar que él apenas cabía en los asientos de Iberia y que, por contra, a ella le sobraban varios metros cúbicos de espacio. A Klara le hizo gracia el comentario y se echó a reír por primera vez en varios días. Al llegar, recogieron un coche diplomático en el aeropuerto de Granada. Sin pasar por el hotel, fueron a casa de Ingrid. La cónsul los invitó a un té negro cuyos cuerpos fríos agradecieron. También abrió una caja de galletas de mantequilla. Johannes fue el único que comió. En los veinte minutos que

estuvieron en casa de Ingrid apenas hablaron de nada que no fuesen trivialidades concatenadas: ola de frío, asuntos generales de trabajo, tópicos sobre la vida en Madrid…, cosas así. Agotada la conversación, Klara le dijo a Johannes un seco «Debemos irnos» y cuando ya bajaban las escaleras camino de la calle, le preguntó a Ingrid:

—¿Algo que debamos saber antes de ir a verlas?

Ingrid pensó mientras contemplaba cómo se disolvía el vaho que había expulsado la boca de la cónsul general.

—Que son impredecibles —contestó—. Completamente impredecibles.

Klara bajó un par de escalones más y se giró hacia Ingrid.

—Ingrid —su tono era serio, pausado—. Esta visita no es oficial. Nadie de arriba está informado de que estamos aquí, y por el momento quiero que sea así. Simplemente he venido para tantear un poco el caso, porque cuando contasteis todo aquello en Estocolmo me dio la sensación de que te había impactado bastante, y es algo que he corroborado leyendo tus dos informes. —Ingrid guardaba silencio con los brazos cruzados—. He tenido acceso al expediente de Hans. Lleva casi veinte años en España, y desde hace nueve, según estipula la ley de pensiones de Suecia, entrega puntualmente un certificado de vida firmado por él y por un médico. En teoría, todo está en regla. Uno de los motivos que me ha hecho venir es la fecha en la que entregó la última fe de vida.

—¿Cuándo la entregó? —preguntó Ingrid tímidamente.

—El martes pasado.

La carretera a La Umbría estaba completamente helada y a Johannes, que conducía, le produjo un extraño sentimiento de nostalgia porque le recordaba a la zona pantanosa del sur de Suecia en la que había crecido.

—Es bonito —dijo Klara mientras rodeaban el lago Mamut.

Y eso fue lo único que dijeron en todo el trayecto.

Unos quince minutos después, tras dar un par de vueltas de más, ligeramente extraviados, consiguieron llegar a la finca de las suecas. Ambos bajaron del coche y notaron de inmediato cómo el aire frío transportaba el olor dulzón de los pinos. Miraron a través de la primera reja y Klara hizo notar a Johannes la doble cancela de la que había hablado Gabriel en la cena, aquel sistema donde se habían quedado atrapados sus amigos de la caravana.

—Esto es deprimente —dijo Johannes contemplando el interior de la finca, un campo árido y repleto de basura de todo tipo.

En el centro del espacio visible, que era un barrizal a causa de la nieve derretida, junto al chasis de un tractor desguazado, había tres gatos muertos que mostraban dentelladas por todo el cuerpo.

—Mucho —dijo Klara Pålson.

Llamaron y nadie contestó, pero se abrió una ventana en la casa. Tras ella se intuyó la presencia de un bulto oscuro y, apenas un minuto después, se abrió la primera cancela. Klara y Johannes subieron al coche, y tras llegar al espacio intermedio, se abrió la segunda. Una vez en la finca, cuando se disponían a bajar del coche, salieron. Eran unos diez. Olían el aire, el suelo, el coche, los cadáveres de los tres gatos.

—Joder… ¿eso son…?

—Muchos perros, sí.

—Mierda, son enormes. ¿Qué hacen?

—Creo que intimidarnos.

—Mira qué cabezas. Joder, mira ese. Ese se está comiendo un puto gato.

—Tranquilo, creo que quieren enseñárnoslos. Es lo que hacen con todo el que viene. Toca el claxon. Otra vez. Dale, dale un poco más. Mira, ya los meten.

Los perros volvieron por donde habían venido y, en cuestión de medio minuto, habían desaparecido.

—Te veo muy tranquila.

—Es su numerito. Veníamos avisados. Vamos.

Klara llamó a la puerta de la casa con los nudillos. Cuando se abrió, un olor vegetal y mohoso invadió la entrada. Ahí estaban. Una delante, la otra detrás. Casi a oscuras. Klara no dio muchos rodeos. Desplegando una fotocopia en la que aparecía la página del pasaporte de Hans que contenía la foto y sus datos, explicó que era la Cónsul General de Suecia, su país de nacimiento, y que ya había hablado con Katja —esta asintió— por teléfono hacía un par de días y que necesitaba saber el paradero de Hans Mattsen porque, como ya sabían, había un pasaporte retenido sin firmar, ya que la cónsul de la zona no había conseguido ver a Hans en sus múltiples encuentros organizados para ese fin. Y que, a pesar de ello, Hans había firmado una fe de vida la semana anterior.

—Así que necesito verlo. Seguro que ustedes lo entienden.

—Como ya le dije el otro día, Hans se ha ido. Se marcha constantemente y no sabemos adónde va. Está mal. Fatal. Muy anciano. Perturbado. Él tiene amigos en otras casas y se marcha continuamente.

—Entonces… ¿La fe de vida no la firmó aquí?

—No. No sabemos dónde está. Se lo estoy diciendo.

Klara Pålson miró a Elina, que estaba tres pasos por detrás de Katja, medio a oscuras en el pasillo, como si habitase en un cuadro de Caravaggio. Los gruesos cristales de sus gafas emitían reflejos de animal agazapado.

—¿Y usted? Usted es su hija. Se supone que cuida de él, ¿no?

—Ella no habla mucho. Y tampoco lo sabe —contestó Katja.

—¿Le deja contestar a ella, por favor? —Klara se dirigió a Elina—. ¿Sabe usted dónde está su padre?

—No.

Klara se quedó seria, pensando.

—¿Nos permiten pasar? Quizá podamos hablar más tranquilos sentados.

—Verá, es que íbamos a salir. —Katja habló con dulzura, sonriente—. Vamos a llevar a una perra al veterinario. Tenemos cita. Y realmente creo que no podemos ayudarla, lo sentimos muchísimo.

Hans no está. Si vuelve, le diremos que se ponga en contacto con el consulado, ¿de acuerdo?

En cuanto dijo eso, Katja empezó a cerrar la puerta, pero Johannes cortó de inmediato la trayectoria interponiendo el pie.

—Un momento, señora. ¿No ve que la cónsul general no ha terminado?

—Lo siento. —Katja seguía sonriendo—. Pero nosotras sí hemos terminado. Ya les hemos dicho que no podemos ayudarles. ¿Me hace el favor de quitar el pie? —Su entonación al hablar con Johannes era claramente insinuante, la de una mujer acostumbrada al flirteo continuo.

Johannes afiló el gesto y apretó la mandíbula.

—Katja —atajó Klara Pålson—. Escúchame. Soy una alta funcionaria de tu país. Soy la autoridad aquí. No tengo una orden de entrada porque vengo de manera no oficial, amistosa. Pero puedo conseguirla. No compliquemos las cosas, por favor. —Katja guardó silencio—. Y ahora, como una de las máximas autoridades de tu país en España, te exijo que nos dejes pasar. Vamos a hablar sobre Hans.

Katja no movió el gesto. Si acaso, amplió aún más la sonrisa. Solo dijo:

—No. Ya hemos terminado. Y ahora, retire el pie, por favor. Es la última vez que se lo pido.

Johannes miró a Klara, que le hizo un gesto afirmativo. La puerta se cerró y volvieron al coche. Una docena de nubes con forma de lentejas habían emergido de detrás de las montañas. Las dos cancelas estaban abiertas y los perros empezaron a ladrar armando un estruendo ensordecedor mientras el coche las atravesaba.

—Vamos al Ayuntamiento. Según esto —Klara había abierto la carpeta donde llevaba toda la documentación que había recabado sobre Hans y sobre La Umbría— no tiene pérdida. Está en la calle principal.

El pueblo exhibía una decoración navideña ostensiblemente antigua y sus calles estaban prácticamente vacías. Casi todas las casas expulsaban una humareda blanquecina y densa a través de la

chimenea, por lo que el ambiente estaba acaparado por un denso perfume a madera quemada y a vegetación boscosa. Hubo que mostrar cierta contundencia para conseguir ver a la alcaldesa, que estuvo «reunida» hasta que Klara y Johannes hicieron uso de sus credenciales diplomáticas, que pusieron fin a la reunión casi de inmediato.

La alcaldesa era relativamente joven y parecía tener la cabeza ocupada en muchas cosas, así que Klara fue al grano. Esbozó, sin dar demasiados detalles, un relato del asunto que los había llevado allí y solicitó ver el expediente de Hans para consultar los certificados de vida y la denuncia por posible delito de abandono que interpuso Juan Carlos, el vecino piloto de avión, hacía más una década. La alcaldesa, sin apenas objetar nada y rememorando lejanamente a Hans con un «La verdad es que hace muchísimo que no veo a ese hombre», los hizo pasar a una sala aséptica donde únicamente había una mesa ovalada con seis sillas, una librería con revistas publicadas por el área de cultura del Ayuntamiento y una fotografía de los reyes de España colgada en la pared opuesta a la puerta. Unos diez minutos después, el funcionario del registro apareció con dos carpetas de cartón, una marrón y otra blanca.

—Estos son los certificados —dijo dándole a Johannes la marrón—. Y esto me la han dado ahí, en la Policía Local. Es la denuncia.

Klara le dio las gracias y leyó el informe de la denuncia. Era muy escueto y simplemente reflejaba que el denunciante afirmaba que el padre se encontraba en situación de abandono, «atado, desnudo, sucio y visiblemente mal alimentado». El parte de intervención señalaba que dos agentes habían acudido a la vivienda e identificado a Hans, quien mostraba «un aspecto normal». Klara cerró la carpeta blanca y abrió la marrón. Extendió los certificados de vida sobre la mesa creando una línea temporal que iba desde 1992 hasta 2001. El primer detalle se reveló a simple vista.

—La foto —señaló Klara.

—Es la misma en todos los certificados —dijo Johannes.

Klara cogió el más antiguo, se lo puso a la altura de los ojos y miró la foto con detenimiento. En ella aparecía Hans significativamente más joven, tendría unos cincuenta años, sonriendo con dientes limpios y ojos brillantes. El retrato había sido recortado claramente de una imagen mayor, y en ella podían intuirse árboles al fondo, posiblemente abetos. Klara devolvió el informe a aquella fila de nueve Hans idénticos, nueve Hans felices entre los abetos aún sin nieve.

También constató que todos los documentos estaban firmados por el mismo médico: James Arteaga. Anotó el nombre en su cuaderno.

—Fíjate en las firmas —dijo Johannes.

—¿Qué les pasa?

—Mira la primera y mira la última. Son diferentes.

—Bueno —dijo Klara—. Es normal. Son nueve años de diferencia en la vida de una persona anciana.

—Sí, sí. Eso es obvio. Pero mira.

Johannes separó los certificados en dos bloques. Los tres primeros en un lado, los seis restantes en el otro. Klara alternó la vista entre un bloque y el otro y se giró rápidamente hacia Johannes.

—Ya veo por dónde vas —dijo.

—¿Lo ves? No tienen nada que ver. Estas… con estas.

—Pero nada de nada. Las tres más antiguas parecen estar hechas…

—Por otra persona.

El funcionario que había llevado las carpetas contemplaba la conversación en sueco con gesto interrogante, quizá hasta con una sonrisilla curiosa. Finalmente, Klara levantó la vista de los documentos y se giró hacia él:

—¿Quién se encarga de visar los certificados de vida?

—Yo mismo, señora. Soy el secretario del Ayuntamiento.

—¿Por qué este hombre presenta una foto tan antigua? ¿No le ha pedido que la actualice? ¿Qué aspecto tenía el martes?

—¿El martes?

—Esta fe de vida —dijo Klara señalando un documento— es de la semana pasada. Tuvo que venir a presentarla. ¿Qué aspecto tenía?

—Bueno, verá. —Klara y Johannes levantaron las cejas al escuchar este inicio—. Es que el papel lo trajo Jimmy, el médico. Por lo visto, el hombre está muy impedido. Jimmy es una persona de confianza, colabora con la Cruz Roja y nos ayuda siempre en temas de salud municipal. Así que es él quien nos trae normalmente los certificados de los ancianos. Además, él habla idiomas y aquí hay una barbaridad de extranjeros, muchos de ellos perdidos en casas de montaña. Jimmy se encarga de estos temas.

—Entiendo —dijo Klara.

Sin mediar palabra, se levantó y volvió a la oficina de la alcaldesa. Abrió la puerta, que estaba cerrada, y sin importarle que la alcaldesa estuviese hablando por teléfono, le espetó:

—¿Sabe usted que aquí se están cometiendo irregularidades graves?

La alcaldesa dijo tímidamente «Cariño, ahora te llamo» y colgó. Después, en un tono exageradamente amistoso y conciliador, intentó ilustrar con una enrevesada retórica de político corto de miras una idea básica que repetía hasta la saciedad: que aquello era un pueblo. Por lo visto, esa premisa justificaba que las cosas de hicieran de cualquier manera.

—Ya, pero es algo irregular.

—Sí, sí. Si yo la entiendo, pero le vuelvo a repetir que esto es un pueblo, y que quizá usted esté acostumbrada a que en Madrid todo se haga con mucho rigor. Aquí hay ciertos asuntos que, en fin, son… más flexibles.

Klara no podía más con aquello. Así que concluyó:

—Comprendo perfectamente lo que me está intentando explicar. Y no es que yo esté acostumbrada a algo. Es que hay que hacer las cosas según la ley. Porque, ¿sabe lo que no es flexible? La pensión que mi gobierno paga religiosamente cada mes a una persona que

usted, por ley, debe comprobar visualmente que está viva. Y no lo ha hecho.

Klara y Johannes salieron de allí dejando a la alcaldesa y a su secretario con rostros lastimosos, como cachorros a los que se riñe por primera vez. La última frase, justo antes de dejar sobre la mesa la tarjeta con su número de móvil y salir por la puerta del despacho, había sido de una rotundidad feroz: «Ya pueden ir poniendo de su parte, porque si no veo a Hans en un plazo de cuatro días, daré parte a la Guardia Civil. Buenas tardes».

Y le dijo lo mismo a Katja. Exactamente lo mismo. La encontraron caminando por la parte alta del pueblo, medio envuelta en brumas que bajaban de la montaña mientras Johannes y ella iban camino de su casa. Johannes detuvo el coche en el arcén y Klara abrió la puerta sin llegar a salir del todo. Pese al frío, Katja llevaba minifalda y unos tacones rosa fluorescente. Sostenía una correa con perro enorme, una bestia descomunal a la que tenía que decir constantemente «César, tranquilo» para que no se abalanzase sobre Klara. En la otra mano llevaba dos bolsas de supermercado en las que se intuían latas de cerveza. No parecía venir del veterinario. Dijo que salía todos los días a las cuatro de la tarde a despejarse un rato, pero Klara apenas la dejó hablar mucho más. Solamente le explicó lo mismo que a la alcaldesa después de darle también su tarjeta.

—Ya sabes. Tenéis cuatro días. Si no he visto a Hans el jueves, me voy a la Guardia Civil. Llamadme a ese número.

Cuando Katja fue a decir algo, Klara ya había cerrado la puerta del coche.

Esa noche, tomando una copa en el bar del Hotel Meliá Ganivet, Johannes, algo achispado, dijo:

—Es curioso. Hace un par de años, en las semanas previas a venir a trabajar a España, todo el mundo en Suecia me advertía sobre España y los españoles. —Dio un trago y apoyó el vaso lentamente sobre el posavasos—. Que eran conocidos por su picaresca, por su habilidad para engañar. «Ten cuidado, a los nórdicos siempre nos quieren timar», y cosas así.

Klara sonrió.

—A mí me pasó algo parecido, sí —dijo.

—Y fíjate. En el par de años que llevo aquí, la primera vez que estoy cerca de lo que tiene toda la pinta de ser un timo, las autoras son suecas. ¿No es irónico?

—Brindo por ello —dijo Klara levantando la copa.

—Por los estereotipos —dijo Johannes alzando la suya.

—No obstante —añadió Klara girándose hacia su compañero y sonriendo con malicia—, los mismos que te advirtieron podrían argumentar que, como las dos tienen doble nacionalidad, les ha salido la parte española. Que se han contaminado.

Johannes soltó una carcajada y ambos volvieron a brindar entre risas.

Klara pasó aquellos días en Granada trabajando desde la sala de informática del hotel y paseando por la ciudad. Aprovechó la estancia para visitar la Alhambra y los barrios históricos, para comer caracoles en el Albaicín, para ver espectáculos de flamenco y para intentar sentirse un poco menos idiota. De vez en cuando se lo decía a ella misma, especialmente cuando se despertaba en mitad de la noche, orinaba violentamente las cervezas y las copas y contemplaba en el espejo del baño su rostro sumido en la penumbra: «Idiota. Has sido una idiota». Pero justo después, ya de nuevo inmersa en el calor de la cama, pensaba: «No te hables a ti misma tan mal, por favor». No obstante, cuando a lo largo del día, mientras trabajaba o recorría las calles pedregosas de Granada, volvía a pensar en él —en su cuello robusto, en el vello dorado de sus brazos, en aquellos trayectos en metro hasta su casa segregando dopamina y flujo vaginal— se lo decía de nuevo, fugazmente, una sola vez: «Idiota». Y después agregaba: «Perdón».

Nadie llamó. Ni la alcaldesa, ni las suecas. Así que Klara Pålson, como era de rigor en ella, cumplió con su palabra y empezó lo que, unos meses más tarde, el juez de instrucción calificaría en su auto como «la cadena comunicativa». A saber: Klara levantó el teléfono y llamó al embajador, a quien explicó someramente dónde estaba y

por qué. El embajador, con las mismas, llamó al subdelegado del Gobierno en Granada. Y el subdelegado del Gobierno en Granada llamó a Klara Pålson. La citó en su despacho de la Gran Vía el viernes sobre el mediodía, apenas una hora más tarde de haber recibido la llamada del embajador. La saludó con altanería y le preguntó por Therese Lindgren, con quien, según el subdelegado, «era una bendición trabajar». Klara le tendió el dosier que había elaborado sobre el caso y le habló como le gustaba hablar, con poca retórica y mucha sustancia. Le habló de Ingrid, de la denuncia de Juan Carlos, de los certificados de vida sospechosos y de la actitud de las suecas. Cuando terminó, el subdelegado dirigió la vista hacia la ventana, tras la que bailaban árboles sin hojas al son del viento afilado de la sierra. Los contempló durante unos segundos y se giró de nuevo hacia Klara.

—Vamos a hacer lo siguiente —dijo—. Si le parece bien. Usted me deja toda esta información y yo me encargo de que esto se investigue. No es necesario que haga nada más, no queremos hacerle perder su valioso tiempo. Vuelva tranquila a Madrid y le garantizo que la Guardia Civil se encargará de averiguar qué pasa con ese hombre. Si, llegado el momento, descubrimos algún delito, nosotros nos haremos cargo. Y, por supuesto, me ocuparé personalmente de que le llegue a usted toda la información del caso. Nuestras relaciones institucionales con su país son excelentes y quiero que continúen siéndolo. ¿Le parece bien?

A Klara le pareció perfecto. Si algo le producía placer de su cargo era la facilidad que tenía para abrir puertas en las instituciones, dentro de las cuales solía encontrar políticos españoles, personajes casi siempre de aire torpe que le parecían cortados con el mismo patrón: serviles, retóricos, deficientemente preparados. Y precisamente debido a su notoria incompetencia, vivían en un estado de permanente alerta que los convertía en elementos peligrosos. Un año atrás, cuando llegó a España, el embajador se los definió como «niños pequeños conduciendo coches de lujo por mitad

de la autopista», una comparación bastante más graciosa en sueco que en español, todo sea dicho.

Fue una tarde de llamadas. Primero telefoneó precisamente al embajador para informarle de lo ocurrido. Tras escucharla, el hombre solamente hizo un comentario acerca del asunto: «Eso huele a muerto desde aquí». Después llamó a Iberia para confirmar que Johannes y ella volarían a Madrid al día siguiente en el primer vuelo directo. A eso de las ocho de la tarde, bajó al bar del hotel que, con sus luces bajas, su barra acolchada en piel y aquella infinidad de detalles dorados, le parecía un lugar agradable, quizá más propio de otro tiempo, de uno más lento y civilizado. Pidió un Black Label con agua y llamó a Ingrid. Le dijo que el asunto ya estaba en manos de las autoridades y que no tenía de qué preocuparse. Que se desentendiera. También le habló de sus dos encuentros con las suecas, recalcando lo similares que habían sido sus impresiones con respecto a todo lo que Gabriel había contado en la cena de noviembre. Ingrid se mostró poco comunicativa, con evidentes ganas de zanjar el tema.

—Gracias por hacerte cargo, Klara.

—De nada. Me ha venido bien despejarme estos días. Además, me ha encantado conocer Granada. Me encantaría volver en otoño.

—Creo que es más bonita en primavera.

—Lo tendré en cuenta. Bueno, Ingrid —Klara adoptó un tono que podría calificarse como maternal—, espero que esas dos te dejen en paz.

—Sí, eso espero yo también —concluyó Ingrid.

Pero, a tenor de los hechos, ninguna de las dos tenía ni la más remota idea de lo equivocadas que estaban.

Tres whiskies después, contemplando a través de las cristaleras del hotel un chaparrón de aguanieve recta y persistente, Klara lo llamó. Él le dijo secamente que no podía hablar y colgó a los seis, quizá siete segundos. Y eso provocó que ella subiera a su habitación y se pasara prácticamente toda la noche en vela, recordándose a sí misma lo idiota que era hasta que el efecto aletargante del alcohol

se disipó, y entonces se pidió perdón frente al espejo del baño y se metió en la cama, que estaba helada y le pareció hostilmente inmensa. Y cuando estaba a punto de dormirse, la alarma sonó. Eran las siete de la mañana.

Unas horas después, cuando el comandante del vuelo dijo que se disponían a aterrizar, Klara se asomó por la ventanilla, y al contemplar las afueras heladas de Madrid, aquella ciudad nerviosa y ajetreada, aquel cúmulo de vidas entretejidas como los cables de una gran red eléctrica, como las moléculas brillantes de una densa bola de mercurio, atraídas y repelidas por el azar grotesco y entre las que estaban las suyas, la de él, la de ella, se echó a llorar. Para que Johannes —que escuchaba música en un iPod y cabeceaba rítmicamente con los ojos cerrados— no se diera cuenta, se apoyó contra el cristal de la ventanilla. Contempló los nudos de carreteras de entrada a Madrid atestados de coches, las enormes urbanizaciones familiares de la periferia y, finalmente, los primeros indicios de la ciudad al fondo. Un pitido indicó que se abrochasen los cinturones y Klara sorbió discretamente una bola de mocos, se secó las lágrimas con las mangas de su camisa blanca y se giró hacia Johannes quien, tras mirarla unos segundos fijamente, con un gesto reflexivo de concentración, le preguntó:

—¿Estás resfriada?

—Sí —contestó Klara Pålson.

Y el avión aterrizó.

22

Y la «cadena comunicativa» continuó. Porque lo segundo que hizo el subdelegado del Gobierno tras recibir a Klara Pålson —lo primero fue encender un Marlboro y fumárselo de manera clandestina bajo el marco de la ventana abierta, mirando la danza de los árboles desnudos y sin pensar prácticamente en nada— fue citarse para comer con Manuel Luján, el coronel de la Guardia Civil.

—Manolo, nos ha caído un coñazo —fue su saludo mientras se sentaba a la mesa.

El encuentro se celebró en restaurante Poetas Andaluces, un lugar de la máxima confianza del subdelegado. Ambos pidieron rabo de toro y compartieron una ensalada, queso viejo y una botella de Protos. Manuel Luján escuchó la exposición completa del subdelegado y recibió el dosier que había elaborado Klara Pålson. No hizo ni tan siquiera amago de abrirlo. Se metió en la boca el último trozo de su guiso tras desgarrar la carne del hueso gelatinoso y dio un sorbo al vino. Después dijo:

—Tengo a todo el mundo ocupadísimo, Pedro. ¿De verdad me vas a poner a buscar a un viejo?

—Mira, Manolo. Sabes que normalmente no te molesto con gilipolleces, pero esto viene de arriba y no quiero tonterías con la diplomacia. Necesito que me mires esto, de verdad.

Obviamente, ambos sabían que los intereses del coronel estaban ligados estrechamente a la política, por lo que, tras refunfuñar levemente, Manuel Luján aceptó encargarse del asunto. Mientras les servían el café, que ambos tomaron con un chorrito de Terry Centenario, el subdelegado remató al prisionero:

—Y por Dios, Manolo. No me vayas a mandar dos guardias, que nos conocemos. Que como la sueca se empeñe, me van a pedir informes. Y no quiero poner en esos informes que, estando advertidos, enviamos a Pepe y a Paco. Según la cónsul, aquí puede haber algo turbio, algo más allá de una desaparición. Y si eso es así, quiero escribir que estuvimos a la altura desde el principio. Que mandamos a alguien de la judicial, a alguien bien situado. Porque lo vimos clarísimo. Y si el viejo está en el sofá viendo el puto Canal Sur, pues nos vamos y aquí no ha pasado nada. ¿Te apetece un pacharán?

Así que a Manuel Luján no lo quedó más remedio que levantar el teléfono de su despacho, ya pasadas las cinco de la tarde, y llamar a Carlos Granero, un capitán de la policía judicial con quien mantenía una estrecha relación debido a que sus respectivas esposas eran primas y quedaban cada dos viernes por la tarde para jugar al tenis. Los maridos solían incorporarse más tarde y los cuatro compartían unas cervezas y algunas raciones de embutidos y quesos en el restaurante del club de tenis. Obviamente, Carlos Granero no tuvo más remedio que aceptar, no sin antes decirle al coronel exactamente lo mismo que este le había argumentado al subdelegado durante el almuerzo: que tenía a todo el mundo muy ocupado, pero que, dadas las circunstancias, buscaría a alguien para hacer el trabajo.

Y así es como terminó la «cadena comunicativa». Con una última llamada a eso de las siete y media de la tarde, mientras la ciudad iluminada bullía de gente haciendo las últimas compras de reyes magos y los turistas se refugiaban del frío en las cafeterías humeantes del centro. Cuando sonó el móvil, María se estaba afeitando las piernas. Ella era el último eslabón de la cadena. Había quedado con Carolina, su amiga y fisioterapeuta, y con dos hombres a quienes Carolina llamaba «hombre A» y «hombre B». María los había visto en una foto que Carolina le había enseñado la última vez que había ido a su consulta, y mientras la fisio le descargaba la espalda, María, con una voz que apenas era la suya a causa de estar

boca abajo con la cabeza encajada en un agujero, había dicho: «Como el hombre A se deje, lo voy a destrozar».

Al sonar el primer tono, María dio tal convulsión que estuvo a punto de cortarse en la ingle.

—¡No! —dijo en voz alta—. ¡No, joder!

Y salió de la bañera haciendo desbordar una pequeña ola espumeante, con la pierna izquierda a medio afeitar, mientras Britney Spears sonaba a todo volumen en la radio. Tiró directamente del enchufe y Britney se calló. María corrió hacia su dormitorio, donde el móvil la reclamaba con agitación. Desnuda y empapada, tropezó con un juguete de Carlos en el pasillo y se golpeó el meñique del pie izquierdo. Ignorando el dolor afilado, continuó corriendo hacia su habitación con nerviosismo. Y es que nada había que le causase más ansiedad a María que una llamada a deshoras de Jorge. Cuando vio que era su jefe —una llamada de su jefe a deshoras habría sido lo peor posible hacía un tiempo; «Hay que ver lo que cambian las cosas», pensó María después de colgar— sintió alivio y contestó. Carlos Granero fue directo: le pidió disculpas por la hora, pero tenía que hacerse cargo de una investigación que venía de arriba. En principio, era una tontería, le dijo. Debía revisar un dosier elaborado por la cónsul general de Suecia —«que por lo visto es detective, la señora»— sobre un ciudadano sueco, un anciano que vivía en La Umbría, y comprobar por qué no había forma de dar con él. Cuando María respondió que tenía tres casos abiertos al mismo tiempo, el capitán lo zanjó con sencillez:

—Pues ya tiene cuatro, sargento.

23

—Y encima, el muy cabrón, muerto de risa. Sí, sí. No me mires así, que no es gracioso. Imagínate. Que para una noche que salgo, para una puta noche, que digo yo que tengo derecho, ¿no?, pues va, y me llama. Y yo en un restaurante de la hostia bebiéndome el mejor vino de mi vida y me llama y me suelta que ha tenido que llevar al niño a Urgencias y que no lo atienden si no presenta la tarjeta sanitaria. ¿Y a quién se le ha olvidado pedirme la puta tarjeta sanitaria? Exacto: a él. ¿Y cómo lo plantea él? Exacto: que soy yo la que no se la ha dado. Como antes. Como siempre. Él no tiene nunca la culpa. Le pregunto: «Pero ¿qué tiene el niño?». Y me responde que si voy a cuestionar su criterio, apaga y vámonos. Y ahí me ves. Abandonando una cena, para un día que salgo, joder, con mi vestido bueno, el que me disimula las mollas, mi maquillaje de putón y unos taconazos. Diciéndole al «hombre A» que me tengo que ir, con Carolina a-lu-ci-nan-do y yo pillando un taxi en Plaza Larga, comiéndome un atasco enorme, rebuscando media casa para encontrar la puta tarjeta, esperando a otro taxi y llegando al hospital sin aliento para que el muy cabrón se descojone de risa cuando me ve entrar por la puerta de la sala de urgencias. Y que vaya y me suelte: «Pero ¿adónde vas así vestida?».

»Pero espera. Que antes de que pueda siquiera soltarle una bordería, me viene el niño cogido de la mano de ella. Coño, ya podías habértela dejado en casa, que te la llevas hasta al baño cuando vas a cagar, amigo. Y claro. Ella. Con su cuerpazo, sus quince años menos, su *piercing* de vaca en mitad de la nariz y sus tetas ahí, bien puestas. Y siempre sonriendo. Siempre tan apropiada,

tan perfectita ella. "Hola, María, perdona que te hayamos molestado. Uy, ¿estabas ocupada?". Pues estaba en una cena intentando divertirme un poco, ponerme ciega de vino y follarme de una puta vez a un tío, pedazo de subnormal. Y el niño, ahí, cogido de su mano. Y tiene cojones que es ella la que le dice "Carlitos". ¡Carlitos! ¿Quién coño le dice Carlitos al niño? "Carlitos, corre y dale un besito a tu madre". El niño, claro, estaba un poco cortado con la situación, tenía fiebre y se descolocó un poco de verme llegar así, arreglada y cuando no me esperaba. Pero al minuto se le quitó la tontería y se empeñó en que me quedase. Y yo desesperada por llamar a Carolina y volver, aunque fuera a las copas. Pero nada. El niño allí echado sobre mí hasta que nos fuimos. A las dos y pico de la mañana. Menudo número: yo allí con el vestido y la toda la parafernalia haciendo el papelón, Jorge muerto de risa y la otra allí, con sus mallas de yoga y sus tetas bien apretadas.

»Y, claro, una se compara. Y no es justo, coño. Ella tiene veinticinco años. ¡Veinticinco! A esa edad yo también lo tenía todo en su sitio. Pero, claro, me comparo ahora. Ahora, que he parido un crío, que tengo toda esta celulitis y estas estrías, mira, mira. Y las tetas. Joder, es que se me vinieron abajo y ya no hay forma de compensar eso. Mierda, es que vestida tengo pase; mucho, de hecho. Pero en pelotas no hay manera. Y es que no tengo ni un puñetero minuto para poder hacer deporte, y mira, mira la carne del brazo, coño, ¿desde cuándo me cuelga así? Pero bueno, ya está. Ya está. Las cosas son así, qué le vamos a hacer. Él lo hizo bien. Se enamoró de ella, y vino con dos cojones y lo dijo. "Me he enamorado de otra persona, lo siento muchísimo". Ya te lo dijo la psicóloga: lo habitual es seguir manteniéndolo en secreto, forzar una ruptura a base de pasivo-agresividad o algo por el estilo. Es lo que suelen hacer los hombres. Y él lo hizo bien, ya está. Se enamoró. Son cosas que pasan. Lo siente muchísimo.

»Y coño, mira qué cara tienes. Todo el rímel corrido, y joder, qué ojeras. Tú, que tenías que estar duchándote ahora mismo en casa del "hombre A", con agujetas en las ingles y quitándote el olor a

sudor, a polla, a polvo, y aquí estás, desnuda, mirándote la celulitis, apretando la pelota antiestrés y a punto de arreglarte para buscar a un abuelo sueco, con una resaca que no mereces y, para colmo, para colmo, pareces una loca hablándole a un puto espejo.

»Anda, tómate un café.

24

María llegó temprano a la comandancia de la Guardia Civil, un edificio mitad azul y mitad rojizo que se había construido manteniendo la estética de las urbanizaciones circundantes. Dentro, la calefacción saturaba el ambiente de manera bastante desagradable y María se quitó el abrigo con desesperación mientras saludaba a un par de cabos. Sacó un café de la máquina y abrió su despacho, que estaba al fondo de las dependencias de la Policía Judicial. Mientras encendía el ordenador, Concha, la funcionaria administrativa, dio un par de toques en su puerta entreabierta.

—María, buenos días. El capitán ha dejado esto para ti.

—Gracias, Concha.

Lo primero que hizo al hojear el dosier fue pensar lo mismo que había dicho Granero cuando la llamó. Que quien había elaborado aquello parecía tener ínfulas de detective. Cuando terminó, descartó ese pensamiento y lo sustituyó por la idea de que Klara Pålson era una funcionaria haciendo su trabajo escrupulosamente bien. Para empezar, el dosier mostraba dos informes escritos por la cónsul de la zona, Ingrid Sørensen. El primero era una copia impresa de un email enviado a Pålson en abril en el que Ingrid manifestaba su deseo de desvincularse del pasaporte de aquel hombre, y el segundo era un informe mucho más detallado, aparentemente solicitado por la cónsul general en el que Ingrid exponía su interacción con aquellas dos mujeres de manera pormenorizada. María los leyó con mucha atención y tomó bastantes notas, porque aquello le pareció una historia de novela: una jauría de perros intimidatorios, un

allanamiento, disparos, una mano misteriosa saliendo de un coche, un sofá con olor a muerto.

—Joder —dijo en voz baja.

Detrás de los informes de Ingrid se adjuntaban fotocopias de los pasaportes de Hans, Katja y Elina, así como de varios certificados, entre ellos los de doble nacionalidad de las mujeres, ambas casadas con ciudadanos españoles. Ambas viudas. También había un resumen emitido por la Caja Rural con los cobros de la pensión de Hans en una cuenta compartida con su hija. Los pagos del gobierno de Suecia a esa cuenta empezaban quince años atrás; el último era de apenas diez días antes, del cuatro de enero. Pero lo que provocó la estupefacción de María fueron los seis folios que contenían las conclusiones de Klara Pålson. Le costaba recordar cuando había leído un informe redactado con tanta claridad y precisión. La cónsul general exponía en primer lugar una serie de hechos objetivos, después extraía conclusiones y finalmente hacía conjeturas personales. También hacía un esbozo de las personalidades de Katja y Elina. A Katja la definía con más de quince adjetivos entre los que destacaban «astuta», «suspicaz» o «sibilina». «¿Cómo coño tiene una sueca tal precisión léxica en castellano?», pensó María. A Elina le atribuía, entre otras, cualidades de «estupidez», «imprevisibilidad» y «dispersión». La calificaba como «la parte accesible» del dúo.

María terminó de leer todo el informe, resopló y se levantó para sacar otro café. Pero a medio camino se dio la vuelta, volvió a paso rápido a su despacho y se abalanzó sobre el dosier buscando un dato que creía haber leído en la primera parte, en la de información objetiva. Estaba casi al final: «Según nos dijo ella misma, Katja da un paseo, con objeto de despejarse, cada día a las cuatro de la tarde». «Coño —pensó María—. Va a resultar que sí que eres una detective de la hostia».

Así que sacó el segundo café y se acercó al cuadrante donde figuraban los guardias disponibles para llevarse a alguien con ella.

Moisés Prados le pareció la mejor opción, así que lo buscó y le soltó el dosier de Klara Pålson.

—Te vienes conmigo, Prados. Vamos a pasar por el Ayuntamiento de La Umbría al final de la mañana y después vamos a hacer una espera frente a una casa. Léete todo esto y ponte de paisano. Nos vamos a las doce.

—Por supuesto, mi sargento —fue todo lo que dijo Prados antes de que María se perdiera pasillo adentro.

Después se acercó a hablar con Quintana, el cabo en quien más confiaba, un viejo cabrón que se las sabía todas, y le contó algo que tenía en mente. Quintana, acostumbrado a aquellas excentricidades de María, que, por otra parte, la solían llevar a resolver casos y él lo sabía, la escuchó sin hacer demasiadas preguntas y se limitó a contestar.

—Perfecto, estaré atento al teléfono.

—Esto solo es una posibilidad remota. Pero si ocurre, sales de aquí de inmediato, ¿de acuerdo? Y si alguien, me importa una mierda quien sea, intenta retenerte, le dices que tienes órdenes mías de salir. Yo me encargo después, no te preocupes.

—Gracias, mi sargento.

No fue hasta que volvió a su despacho y se puso a redactar las diligencias de otro caso en el que estaba trabajando —un intento de homicidio con mucha droga de por medio— cuando cayó en la cuenta de que le tocaba recoger a Carlos a las 15:00. Se sentía algo confusa a causa de la mala noche y además, el hecho de haber visto al niño en el hospital, un día que no le correspondía ocuparse de él, la había confundido aún más, así que no tuvo más remedio que exclamar para sí misma «Me cago en mi puta vida» y llamar a su madre, algo que intentaba evitar a toda costa porque aquello empezaba a rozar el abuso.

—Mamá, lo siento muchísimo. Pero hoy también me ha surgido una cosa.

—Nena, que tengo pilates…

—Ay, mamá, perdona. Perdona, de verdad. Ya te dije que voy a buscar una canguro, te lo prometo. Pero es que no paro. No paro, mamá.

—Si ya lo sé, cariño. Si ya sabes que a mí no me molesta. Falto al pilates y ya está. Lo que me da rabia es que…

—Que sí, mamá. Que no me lo digas más. Mi trabajo es así, ya está. —Silencio—. Perdona, perdona. Es que tengo un día de mierda, y mira qué hora es. Bueno, que te dejo. Llévate al niño a tu casa, ¿de acuerdo? Yo lo recojo de allí en cuanto termine.

—Vale, nena. ¿Qué le doy de merienda?

—Yo qué sé, mamá. Lo que pilles.

—No, como estás tan pesada con lo de la fruta ahora.

—Pues dale fruta, ya está.

—Vale. Ya está.

—Anda, no te enfades. Te quiero.

—Te quiero, nena. Intenta no quedarte hasta muy tarde, anda, que Carlos te echa de menos —dijo su madre antes de colgar.

María resopló.

—¡Joder! —exclamó en voz alta, mirando aún el teléfono.

Y es que no podía soportar aquellas frases que le soltaba su madre de vez en cuando, aquellas bofetadas morales que le transmitían que no estaba a la altura: «Que Carlos te echa de menos». «Mierda —pensó María—, me divorcié de la noche a la mañana hace cuatro meses, tengo un crío de cinco años y un trabajo que no entiende de horas… ¿tan jodidamente difícil de entender es?». Agarró la pelota antiestrés y la apretó con fuerza varias veces, respirando y contemplando cómo la goma rosa se contraía y se expandía revelando caminitos de estrías en la superficie, grietas prácticamente invisibles como las que se van formando cada día en el interior de todas las personas.

A las doce del mediodía, María y Prados salieron de los garajes de la comandancia en un Renault Megane azul oscuro rumbo a La Umbría, cruzando la ciudad sumida en un gélido estupor: el termómetro marcaba un grado. Prados era de su agrado porque

hablaba poco y porque parecía una persona templada, y en aquella época María sentía que necesitaba rodearse de tranquilidad para contrarrestar sus nervios en la medida de lo posible. Era un tipo alto, sonriente y mostraba ese gesto involuntario que se tiene o no se tiene y que delata a las buenas personas. El único dato que María tenía de él es que se había casado hacía no mucho.

—¿Has leído el dosier?

—Sí, mi sargento.

—Tutéame, anda. No me hagas más vieja. ¿Qué te parece?

Prados pensó.

—Pues creo que dar tantas largas nunca es buena señal. De hecho, me parece muy mala señal. Y todo lo que supuestamente le han hecho a la cónsul, a la tal Ingrid… No sé. Es muy raro. A ver qué nos encontramos.

Como el resto de los guardias de la Policía Judicial, Prados sentía por la sargento María Infante un profundo respeto, algo que a ella le había costado ganarse mucho tiempo, mucho esfuerzo y muchos casos resueltos con su astucia. Y es que, al principio, cuando María empezó a destacar y a ascender en la Judicial, los que habían pasado de compañeros a subordinados le adjudicaron como apodo «la Pelota» en un zafio intento de desprestigiar su fulgurante carrera. Pero, poco a poco, el trabajo tenaz de María comenzó a dar extraordinarios resultados, a lo que se le sumó el hecho de que resolviera un caso en el que estaba implicado uno de sus propios compañeros, precisamente uno de los que habían sido más crueles con ella en los corrillos, y que fue acusado de haber cometido una violación una noche en la que iba borracho. El susodicho no recordaba nada de la noche de autos y tenía los indicios y todas las opiniones posibles en contra, pero María consiguió demostrar su inocencia. De esta forma, no les quedó más remedio que claudicar, y cuando llegaba alguien nuevo a la comandancia y preguntaba por qué a aquella sargento la llamaban «la Pelota», los demás le respondían: «¿No ves que va todo el santo día apretando una pelota antiestrés?».

La visita al Ayuntamiento de La Umbría siguió una estructura similar a la de Klara Pålson: alcaldesa reunida, mire quiénes somos, pasen por favor. Misma solicitud de documentos, misma habitación con la fotografía de los reyes. La gran diferencia fueron los nervios del secretario, a quien prácticamente le temblaban las manos cuando le tendió a María las dos carpetas.

—Quédese, por favor —dijo María.

E hizo exactamente lo mismo que Klara Pålson. Extendió los nueve documentos. Primero miró las fotos de Hans. Nueve gestos idénticos, nueve rostros que expresaban al mismo tiempo alegría y perplejidad. Y abetos al fondo. Prados separó los bloques tal y como indicaba la cónsul general en su informe. María simplemente asintió.

—Tengo entendido que usted no ha identificado a Hans, sino que lo ha dejado en manos de un médico de su confianza.

Al secretario le salía la voz con dificultad.

—Sí, Así es. Verá, esto es un pueblo y…

—Déjelo. No le vamos a dar muchas vueltas ahora mismo. Dele a Prados sus datos. Probablemente esto se quede en nada, pero hay alguna posibilidad de que algún día le tengamos que llamar. Nos vamos a llevar los documentos. —María cogió las carpetas y levantó la vista hacia el secretario—. ¿Dónde está la Jefatura de la Policía Local?

—Ahí enfrente. Solo cruzar la calle.

—Perfecto. Vamos, Prados.

Allí los recibió un agente cuya barriga era de tal volumen que María inició un fugaz debate consigo misma sobre la talla de su uniforme, sobre si la Policía Local lo encargaría de manera excepcional o si, por el contrario, era una talla que ofrecían en su catálogo habitual. De darse este segundo supuesto, estaban bien jodidos.

—Buscamos a los agentes… —María enseñó fugazmente su identificación y después abrió la carpeta de la denuncia—. Javier Martínez Nieto… y… Raúl… Espere. Raúl Abarca Blanco. Somos de la judicial.

El policía los miró con parsimonia. Mascaba un chicle de color verde que de vez en cuando aparecía al fondo de su boca al hablar.

—¿Qué necesitan?

—Solamente queremos preguntarles por una denuncia que atendieron hace unos años. Algo rutinario, nada serio.

—Pasen —dijo señalando al interior—. Voy a llamarlos por radio. Salieron a patrullar hace un rato.

María y Prados se sentaron en el recibidor mientras el agente avisaba a sus compañeros. Todos los policías que entraban o salían los miraban con aire serio y los saludaban en voz baja, con frialdad. Prados se aproximó a María, que apretaba la pelota rosa, y le susurró:

—Que desconfiados son en los pueblos, ¿eh?

Cuando María fue a contestar, los agentes llegaron. María y Prados se identificaron y les dijeron que tenían unas preguntas. Los dos olían levemente a alcohol y generosamente a tabaco y parecían de bastante buen humor. Propusieron pasar a la oficina, donde otros policías tecleaban en sus ordenadores. La mayoría levantaron la vista un momento y continuaron en lo suyo. Una radio ubicada en una mesa vacía emitía a volumen bajo una canción de Estopa.

—Sí, me acuerdo. La denuncia la puso un vecino. Pero ese hombre les tenía manía a las chicas. No era un tipo muy de fiar.

María no estaba muy acostumbrada a aquellas inferencias. Su mundo policial solamente se regía por la objetividad.

—¿Por qué? —preguntó.

—Pues porque estaba acomplejado. Ellas son mujeres muy… alegres. Que salen, que entran. Que hacen fiestas… Ya me entiende. Las granjeras, las llaman. —El agente sonrió con sorna—. Por aquello de que ordeñan bien. —Hizo un amago de buscar complicidad en la broma, pero nadie se la brindó—. Y él era un hombre muy serio. Un piloto de avión.

—Y homosexual —añadió el otro.

—Entiendo que ustedes las conocen.

—Sí, bueno. —El policía miró al compañero y ambos sonrieron—. Lo normal, vaya. De la vida en el pueblo, básicamente.

Prados continuó.

—Entonces… acudieron a la casa tras la denuncia.

—Sí, claro. Nos pasamos por allí. Les dijimos que el vecino pensaba que no estaban cuidando bien de su padre. Ellas siempre dicen que son hermanas, pero en realidad no lo son. El hombre es el padre de una de ellas, de Elina.

—Las granje… Perdón… Ellas llamaron al padre y el hombre salió. Un viejo normal y corriente. Delgado, pero con buena salud. Quizá algo moreno para ser sueco. No entendía una mierda de español.

—Ah, y le faltaba una mano.

—¡Es verdad! Coño, no me acordaba. Pero no estaba amputada, era una especie de malformación, ¿no?

—¿Tú crees?

—Sí, claro. Ahora lo recuerdo. Perfectamente. Se intuía una mano, pero que no se había formado. Tenía una especie de bolitas pegadas, como los brotes que les salen a las patatas que se pasan.

—Es verdad. Joder. Incluso creo recordar que se movían. ¿Se movían?

—A ver, a ver —interrumpió María—. La observación, perfecta. Impecable. Pero identificaron a ese hombre, entiendo.

Los agentes se miraron con extrañeza.

—Bueno… —dijo uno—. Nosotros llegamos, nos sentamos a tomar algo y salió este hombre. Ellas nos lo presentaron, el tipo no hablaba español… En fin, entendimos que aquel viejo era el padre.

—No hablaba español —repitió el otro, como si aquello fuera un argumento irrefutable a prueba de leyes y protocolos.

María y Prados se miraron con incredulidad ante aquella exhibición de incompetencia. María soltó la carpeta marrón sobre la mesa con desgana, como si las fuerzas la hubiesen abandonado. Como si un vampiro la acabara de morder. Abrió la carpeta con calma y sacó uno de los certificados de vida de aquel Hans de unos cincuenta años que sonreía a medias entre los pinares. Puso la hoja

sobre la mesa, apoyó sobre ella la palma entera de la mano y giró el folio ciento ochenta grados.

—Mírenlo. Quiero que me digan si era este hombre.

Los dos agentes se levantaron, se acercaron y miraron la foto con rostros opacos.

—No —contestó uno.

—No, no era —dijo el otro.

María respiró. Dos, tres veces. Sacó del bolsillo la pelota antiestrés y la apretó. Uno de los agentes dijo:

—El hombre era más moreno, calvo por la zona de la frente y con los ojos claros. Muy claros.

—Sí, como ojos nórdicos —dijo el otro, sumando otro argumento irrefutable al del mutismo idiomático. Ojos nórdicos.

María se giró hacia Prados, dándole completamente igual que la escuchasen.

—Esto es increíble —dijo.

En ese momento se formó un silencio, incompleto a causa de la radio que pinchaba una canción de Jennifer López. Para sorpresa y alivio de todos, el siguiente en hablar fue un agente de los que tecleaban, el que estaba más cerca a ellos.

—Pues yo sé quién es.

Todos lo miraron.

—El tío que decís. Calvo por delante, ojos claros y le falta una mano. Es inconfundible. Vamos, estoy seguro de que todos lo habéis visto. Va pidiendo dinero por Granada. Suele estar a las puertas de las iglesias. Está mucho en la de Gran Vía, no sé cómo se llama.

—Sagrado Corazón —dijo Prados.

Mientras abandonaban la Jefatura de Policía, ni Prados ni María dijeron una sola palabra. Subieron al coche, María encendió la calefacción y, antes de arrancar, Prados la miró con media sonrisa. No fue hasta entonces cuando la sargento también sonrió y dijo:

—Pusieron a un impostor y estos dos imbéciles se lo tragaron.

Pararon en una gasolinera que tenía un restaurante anexo. Un goteo de gente entraba a comprar leña y bombonas de butano. Allí

comieron un par de bocadillos y se tomaron un café rápido. María expuso sus intenciones. Su idea era intentar entrar a toda costa en la casa de las suecas y hablar con Elina.

—Si podemos, nos metemos hasta la cocina. Y si Elina es como nos la han pintado en los informes, creo que es posible. Toma.

María deslizó algo por encima de la mesa.

—¿Y esto?

—Si en algún momento dado te pregunto la hora, esperas medio minuto, no más, y finges un ataque de tos.

—Mi sargento…

—Déjate de chorradas. Es fácil. Tose unas cuantas veces y ya verás como te sale bastante tos. Entonces sacas esto y me dejas hablar a mí.

Prados miraba a María con el vivo rostro de la alucinación.

—No he usado un cacharro de estos en mi vida.

—Pues coño, no tiene misterio ninguno. Mira. Así y así, ¿ves? Te lo llevas a la boca, aprietas y ya está. —Prados asintió—. Bueno, más. Si conseguimos entrar, y lo veo viable, pediré ir al servicio. Tú la entretienes mientras echo un vistazo.

—Perfecto.

—Y otra cosa. Tengo en mente una idea, pero no estoy segura de que vaya a salir. No obstante, hay que estar preparados. Ya he avisado esta mañana a Quintana, que le toca guardia de papeleo. Pues bien, mi idea es intentar llevarnos a Elina a la comandancia.

—¿Está hablando en serio, mi sargento?

—Por supuesto que sí. Creo que hoy es nuestra única oportunidad de pillarlas con la guardia baja. Con Elina sola y sin avisar. Doy por hecho que está enormemente aleccionada por la otra. Pero al menos, contamos con sorprenderla desprevenida. Una segunda vez ya será imposible, porque Katja la pondría alerta. Así que, si todo transcurre igual que con las cónsules, es decir, que no hay padre y nos da evasivas, me gustaría llevármela. *A priori,* solo para charlar con ella.

—Para eso hay que convencerla.

—Sí, claro. Por eso te digo. Todo amistoso. Servil y amable. «Vente, nos cuentas todo esto allí en nuestro despacho para que podamos ayudarte y luego incluso te traemos, no hay problema ninguno aquí. Es solo para que te quedes tranquila de una vez, para cerrar ya esto, etcétera». Ya sabes.

—Vale. ¿Y Quintana?

—Eso, Quintana. Él ya está informado y sabe lo que tiene que hacer, así que, si conseguimos montar a Elina en el coche, discretamente coges el móvil, llamas a comandancia y pides que te lo pasen. Solo tienes que decirle que actúe. Ya está. Él se encarga del resto.

—Entendido —dijo Prados dando el último trago al café y contemplando medio hipnotizado la inmensa chimenea que latía al fondo del restaurante.

Cuando salieron, una niebla densa se había instalado en el pueblo y el cielo plateado parecía amenazar nieve. Prados conducía despacio buscando el camino que subía a casa de las suecas.

—Qué bonito —dijo María mientras rodeaban el lago.

—Dentro hay esqueletos de mamuts —dijo Prados señalando hacia el lago sin mirarlo—. Mi hermana trabajó en un proyecto ahí. Es bióloga.

Pero María no siguió la conversación. Pensaba en Carlos, saliendo a esa hora del colegio y encontrando una vez más a su abuela en vez de a su madre. Apretó la pelota antiestrés, primero con la mano izquierda y después se la cambió a la derecha.

Llegaron a la casa de las suecas a eso de las tres y cuarto, completamente envueltos en brumas bajas y con los cristales del coche cubiertos por una película plateada de escarcha. En la calle, un poco más abajo de la primera cancela, había un coche aparcado, una furgoneta azul con aires de abandono.

—Ponte detrás —dijo María—. Creo que desde ahí vemos la salida.

Prados aparcó detrás y apagó las luces, pero no cortó el motor para poder tener calefacción y radio. Debido a su carácter nervioso,

María no llevaba las esperas especialmente bien. Sobre todo, por la posibilidad de que podían fallar. Que la persona no acuda ese día en concreto adonde se la espera. Que le duela la cabeza, que la televisión emita su película favorita, que se quede dormida o que justo ese día decida acostarse con el vecino. Hay más posibilidades que estrellas en el cielo. Así que, en esos casos, toca retirarse y volver al día siguiente. María no soportaba eso.

Pasaron un buen rato en silencio, escuchando música en una emisora que solamente emitía *rock* y sin perder la vista de la cancela en ningún momento.

—Con el día que hace —dijo Prados rompiendo el silencio—, yo no saldría a ninguna parte.

Estuvo a punto de no terminar la frase porque la cancela se abrió justo en ese momento. María se agachó un poco.

—¡Coño! —exclamó Prados.

Pero quien salió fue un hombre. Iba tan envuelto en un chaquetón rojo que apenas se le veía la cara. Cerró la cancela y miró a ambos lados de la calle. Después encendió un cigarro haciendo barrera con su mano libre para contrarrestar el viento de montaña y se perdió en sentido contrario a donde estaban ellos, completamente arrebujado en su abrigo.

La espera siguió en calma. Fue María la que, presa de la ansiedad, inició un poco de conversación:

—Te has casado hace poco, ¿no?

—Sí —contestó Prados sin dejar de mirar al frente—. En septiembre.

—Vaya, enhorabuena.

—Gracias —sonrió—. Yo la verdad es que no estaba muy por la labor de casarme. Pero a mi mujer le hacía ilusión. Y a mi suegra, bastante más. Las familias, ya sabes… —Y repitió—: Ya sabes. —Hizo una pausa antes de preguntar—. ¿Tú estás casada?

María también sonrió.

—Me divorcié en septiembre. Para compensar lo tuyo.

—Vaya. —Prados se giró hacia ella—. Lo siento.

—No, me libré de un gilipollas, no te preocupes. Nada que no se arregle con algo de tiempo.

A Prados se le fue la mirada a la mano de María, que bombeaba con fuerza la pelota rosa. Quitó la vista de inmediato.

—Bueno, aun así, lo siento. Un divorcio debe de ser duro.

—Lo peor es lo externo. —María hizo una pausa para pensar—. Es curioso. Te iba a decir que lo externo no me deja rehacer mi vida. El niño, que tiene seis años y lo tengo en custodia única. El trabajo, que ya sabes cómo estamos. Y, ¿sabes? —María ensanchó la sonrisa, una sonrisa que traslucía un velo de ironía—, el otro día me nombraron presidenta de la puta comunidad porque falté a la reunión de vecinos. —Prados sonrió echando un poco de aire por la nariz—. Pero, joder. Es que, si lo piensas, eso es la vida. Así es mi vida, y ya está hecha, solamente ha cambiado. No hay que rehacerla. Pero, por otro lado, coño, quiero tener… no sé. No sé si me explico.

—Te explicas perfectamente. Necesitas encontrarte. Tener tiempo para ti. Es normal, mi sargento. Lo importante es que…

—Mira, mira, mira.

Prados se giró súbitamente.

—Hostia, ahí la tenemos.

Efectivamente, Katja salía de la casa con un perro sin atar que orinó la esquina de la cancela en cuanto pisó la calle. De la orina salió un humo blanquecino que se fundió con la niebla baja.

—Joder —dijo María mirando hacia la sueca, que ya bajaba por la calle transversal—. Esa mujer no va abrigada para el puto frío que hace. Coño, si va medio en pelotas.

Y es que Katja llevaba una minifalda gris de lentejuelas y una chaqueta de béisbol blanca y roja, prácticamente abierta y mostrando debajo lo que parecía ser una blusa fina. Su melena de rizos rubios se movía con fuerza por efecto de la brisa helada.

—¿La ves atractiva?

—¿Qué?

—No me mires así. Es que, según el informe, ya has visto que la cónsul dice que parece tener magnetismo para los hombres. ¿Qué te parece?

Katja ya desaparecía calle abajo. Prados la miró.

—Pues si te soy sincero, diría… que tiene morbo. Es distinto de ser atractiva, ¿no?

—Sí —dijo María abriendo la puerta—. Es distinto. Y mucho mejor para ella. Vamos.

María y Prados reaccionaron como todo el que veía por primera vez el terreno de las suecas: con una mueca de desagrado. Toda la parte delantera era un erial de tierra seca y apelmazada a rebosar de decadencia: heces de perro, cadáveres de pequeños animales, latas de pintura plástica desbordadas, un contenedor de escombros, piezas de motor, una bañera llena de basura y una figura al fondo, antes de que diera comienzo la zona boscosa, que parecía ser una maniquí de una tienda ropa, desnuda, con una peluca rosa y con un solo brazo. Prados llamó al portero automático. Tras unos segundos, el altavoz emitió un crujido y una voz de mujer dijo:

—*Hallå?*

—Buenas tardes —dijo María—. ¿Elina?

—S… Sí.

—Hola, Elina. Verás, somos funcionarios judiciales. Nos gustaría hablar contigo. No te entretendremos mucho, solo será un momento. —Pausa, silencio—. También queremos saber si tienes cachorros disponibles, estoy interesada en uno. Es para mi hija. ¿Puedes abrirnos, por favor?

—¿Son… policías?

—Sí, Elina. Pero solamente estamos comprobando una cosa, algo muy sencillo. Si nos dejas pasar, terminaremos en un momento. ¿Nos abres, por favor?

María pasó aquellos diez segundos de silencio apretando con todas sus fuerzas la pelota de goma. Con un zumbido metálico, la primera cancela se abrió. María dijo entre dientes:

—Amabilidad, ¿de acuerdo? Y hablamos siempre en singular. La otra no existe.

Y anduvo hasta la segunda cancela. Esta se abrió y los agentes entraron a la parcela. También se abrió la puerta de la casa. Elina salió. En cuanto la vio, María elucubró varios pensamientos fugaces: «cara de tonta», «manipulable», «lado oscuro», «se deja follar fácilmente». Y también: «cuidado».

—¿Qué tal, Elina? —María tendió la mano. Elina la estrechó con aire serio. Llevaba una falda que imitaba la piel de una serpiente, un jersey de algodón de color verde hoja e iba descalza—. Soy María, y este es mi compañero Moisés.

—Bien —dijo Elina—. ¿Qué queréis?

—Lo primero de todo, me gustaría preguntarte por los perros. Lo otro es una tontería, ya te lo comentamos después. Es que, verás, tengo una hija de catorce años, y resulta que se ha obsesionado con los *rottweilers*. Son su pasión. Ya sabes cómo son los adolescentes. Y bueno, había pensado en regalarle un cachorro. Sé que lo voy a acabar cuidando yo, pero como estoy sola, seguro que incluso me viene bien. Porque… hacen mucha compañía, ¿verdad?

—Sí —dijo Elina con el gesto mucho más relajado—. Son lo mejor del mundo.

María y Prados sonrieron.

—Entonces… —continuó María—, ¿tienes cachorritos?

—Sí —contestó Elina—. Nos quedan cuatro. Ya casi se pueden llevar.

—¡Qué bien! —exclamó María con entusiasmo, acompañada de un sonriente «¡Anda, mira qué casualidad!» de Prados—. ¿Y los podemos ver?

—Sí —dijo Elina—. En el garaje. Venid.

En cuanto la sueca se dio la vuelta, María y Prados se lanzaron una mirada sustituyendo sus sonrisas complacientes por dos gestos serios. María asintió dos veces, ladeó la cabeza hacia Elina y echó a andar tras de ella.

—Bonita casa —dijo Prados.

Elina no contestó.

Mientras cruzaban el pasillo, María iba fijándose en cada detalle que había a su alcance, empezando obviamente por aquel olor mohoso, aquel olor a lodo verde y marrón, a humus, a simbiosis vegetal, continuando con las manchas en el suelo, el desorden de los objetos incoherentes que había sobre los muebles y finalizando por aquellos extraños cuadros de las paredes. En cuando Elina abrió la puerta del garaje, una perra ladró y se abalanzó sobre ellos. Elina la calmó y la perra retrocedió.

—Pasad —dijo.

Acto seguido fueron los cachorros los que se acercaron moviendo la cola y dando brincos. María hizo una exclamación de ternura y se arrodilló. Los cachorros se abalanzaron sobre ella y Prados no pudo evitar reírse ante la escena. Ambos agentes seguían escrutando el escenario en busca de detalles aprovechables.

—¡Pero qué lindos son! —María, aún agachada, levantó la vista—. ¿Cómo son de carácter?

—Buenos —dijo Elina. María pensó que era evidente que la sueca hablaba con la lentitud y la simpleza de quien tiene alguna clase de retraso, y que sus frases muchas veces no eran fáciles de comprender, pero que no era ni mucho menos como lo había planteado Ingrid en sus dos informes, que describían a Elina prácticamente como una niña pequeña y boba.

—Y muy protectores —añadió—. Hacen todo por el dueño.

—¿Y el resto de los perros?

—Allí. Dentro. —Elina señaló una puerta de madera que parecía dar al edificio lateral que habían visto desde fuera.

—¿Cuánto cuestan?

Elina pensó. Sonreía mientras veía a los cachorros amontonarse para jugar con María. De hecho, pareció quedarse trabada ahí, sonriendo con dulzura, mirando a los perros, como un ordenador que se bloquea de repente.

—¿Elina?

La sueca emergió de la desconexión diciendo:

—Creo que ochenta mil. —Aún pensaba en pesetas—. Pero eso… Katja. Se encarga… ella.

—¿Quién es Katja? —preguntó María.

—Es… hermana. Vive aquí. Katja.

María asintió. Después le dijo a Prados:

—Moisés, ¿tienes hora?

Prados miró el reloj con despreocupación.

—Las cuatro y veinte.

—Gracias. —María se giró hacia Elina—. ¿Les habéis puesto nombre a los cachorros?

Elina recuperó la sonrisa. Los fue señalando y nombrando:

—Pop, Salsa, Samba. Nombres de música —dijo sonriendo.

—Ya veo —dijo María—. Y oye, ¿crees qué…?

Pero se detuvo porque, en ese momento, Prados empezó a toser; con timidez al principio, pero en apenas cinco segundos ya sufría un ataque de tos leve que aumentó a grado moderado un instante después. Elina musitó tímidamente un «¿Estás…?» y Prados no contestó, sino que aumentó la intensidad y la frecuencia su tos y se rebuscó teatralmente en los bolsillos del abrigo mientras Elina y María lo contemplaban con gesto de preocupación creciente. Prados tosía más y más hasta el punto de que María pensó «Joder, este tío se está ahogando de verdad», y cuando atinó a sacar el inhalador, aspiró dos cargas y siguió tosiendo.

Elina preguntó:

—Oye… ¿Estás… bien?

Pero fue María quien contestó ante la imposibilidad de hablar de Prados, cuyo rostro colorado reflejaba una naciente ansiedad.

—Moisés padece de asma —explicó—. Necesita sentarse un poco y beber agua. —El agente asintió sin dejar de toser. Habló entrecortadamente para pedir agua—. ¿Dónde se puede sentar tranquilo, Elina?

—Ven arriba alto.

Y añadió, quizás intentando mitigar la incoherencia de su frase:

—Salón, alto… agua.

Y en ese momento, echó a andar escaleras arriba. Los agentes la siguieron hasta la segunda planta. En el rellano de la primera, María echó un ojo al pasillo que según la cónsul tenía toda la pinta de ser una especie de prostíbulo encubierto. Efectivamente, tal y como figuraba en el informe, las paredes estaban pintadas de un denso color burdeos, las luces eran candelabros eléctricos que titilaban imitando velas y a lo largo del pasillo habían instalado unas puertas abatibles similares a la de las tabernas del oeste. De hecho, la primera de ellas no le permitía ver nada de lo que hubiese en el corredor. La segunda planta era un alivio para la vista: paredes blancas y luminosas. Relativa limpieza. Prados se sentó en el sofá mientras Elina presumiblemente buscaba un vaso de agua en alguna parte. María se quedó de pie, observando con detalle la estancia, escrutando la librería, la mesa de trabajo, la televisión y el vídeo VHS, el árbol de Navidad que emitía villancicos en bucle.

—Sigue, sigue tosiendo —le dijo en voz baja a Prados.

Elina entró a la habitación con un vaso de agua que María y Prados miraron con asco: era evidente que había echado el agua en un vaso sucio cuya superficie estaba recubierta de salpicaduras rojizas. Prados intentó librarse de tener que beber reduciendo la intensidad de la tos y musitando un fatigoso: «Ya, ya voy estando mejor», pero Elina le tendió el vaso con aire implacable y dijo con sequedad:

—Agua.

Así que a Prados no le quedó más remedio que beber, dadas las circunstancias. Fue Elina quien preguntó. Solo usó dos palabras. Ásperas. Directas.

—¿Qué queréis?

En ese momento, María sonrió y contestó con un tono sosegado y benevolente:

—Bueno, Elina, hemos venido porque sabemos que el consulado no te deja en paz. —María hizo una pausa de unos segundos antes de preguntar—: ¿Verdad? —Elina, cabeceando despacio, asintió—. El caso es que nos ha llegado un informe sobre la situación de tu padre

y hemos pensado en pasarnos por aquí a echarte una mano con esto. Quizá podemos mediar con el consulado para que te deje tranquila. Solo queremos ayudarte, Elina. ¿Nos dejas ayudarte? —Elina asintió de nuevo—. Bien. Pues, en primer lugar, necesito que me cuentes lo que sepas sobre el paradero de tu padre, porque entiendo que no está en casa.

Los ojos amplificados de Elina se revolvieron tras los cristales de sus enormes gafas. Miró hacia la chimenea apagada. Luego miró a Prados.

—Él…

—¿Sí, Elina?

—Él… se va. Loco. Se va. Grita.

—Vale, Elina. Entendemos que él tiene un comportamiento senil y que se fuga de casa, ¿es así?

—Sí.

—De acuerdo, Elina, muy bien. ¿Y tú sabes adónde va?

—No. A veces… Jimmy.

Silencio.

—Vale, va con Jimmy. ¿Y quién es Jimmy, Elina? ¿Un amigo?

—Médico. Novio. ¿Agua?

—No, Elina, gracias. Ya parece que estoy mejor.

—¿Jimmy es tu novio, Elina?

—S… S… Sí.

—Ah, muy bien. Muy bien. Y… ¿tu padre está ahora con Jimmy?

—No. —Elina pareció arrepentirse de la respuesta porque se corrigió de inmediato—. No lo sé. —Y repitió—: No sé.

—Vale, genial, Elina. Ya casi estamos. Que sepas que te entiendo perfectamente. Las personas mayores son… complicadas. Yo lo viví con mi padre, así que entiendo tu situación, de verdad. Una cosa más —apuntó María—. Cuando tu padre vuelve… ¿Vive aquí? ¿En esta casa?

—S… Sí. La casa es suya.

—Ah, vale —añadió María sin dejar de sonreír—. Eso no lo sabíamos. Bueno —suspiró—, pues yo creo que ya estamos —dijo

levantándose del sofá—. Voy a ir al servicio, si no te importa, y ya nos vamos.

Y acercándose un poco a Elina, bajó la voz para decirle con aire cómplice:

—Cosas de mujeres, ya sabes.

Elina sonrió.

—Está por ahí, ¿verdad? —preguntó María señalando hacia el pasillo.

—Sí.

—Te dejo un momento con Moisés. Verás qué simpático es.

María salió del salón muy despacio y sonriendo, pero en cuanto accedió al pasillo modificó por completo el gesto y apretó la velocidad para entrar directa a la cocina, echar un vistazo general y lanzarse hacia el frigorífico. Nada más abrirlo, aquel olor que nunca más olvidaría le dio tal bofetón que tuvo que llevarse la mano a la boca. Y es que las baldas laterales, a la espalda de la puerta, estaban llenas de latas de comida de perro, todas abiertas, todas a medio gastar, todas rebosando un intenso moho verdusco adherido a las paredes de las latas que incluso había colonizado el exterior de algunas de ellas.

—Mierda —susurró María.

El resto del frigorífico contenía casi exclusivamente tripas de embutido: un chorizo, un par de piezas de lomo embuchado y algunos salchichones y morcillas resecas. María imaginó aquel hedor impregnándose lentamente en la carne reseca del embutido durante días y días, semanas y semanas. Ante una nueva arcada, cerró la nevera.

Salió a toda prisa de la cocina y entró en el baño, que era la siguiente puerta. Lo esperaba más sucio. Al entrar, observó con atención. Dos cepillos de dientes, dos toallas colgadas de unos ganchos tras la puerta. Una báscula con la huella de unos pies grabada por erosión. Buscó rastro de productos de afeitado y de prótesis dentales. Nada. Abrió el botiquín, que parecía bastante completo. Tenía lo necesario para atender un corte profundo, una

quemadura y una resaca. En cuanto a los medicamentos más específicos, lo único reseñable que encontró fueron dos cajas de Valium 10, una de Prozac 20 y once cajas de Postinor, un nombre que María se esforzó en retener para consultarlo más tarde. Por lo demás, era el botiquín de cualquier casa: algún resto de antibiótico para la garganta, un par de jarabes y pomadas para el dolor muscular. Es decir, ni rastro de medicamentos que indicasen específicamente que allí vivía un anciano: ni pastillas para la diabetes, ni para la coagulación, ni tan siquiera para la demencia que Hans supuestamente padecía. Ningún tensiómetro. Por último, María abrió una cesta de mimbre redonda y alta que había en una esquina. Como esperaba, allí encontró la ropa sucia. Revolvió cuidadosamente buscando prendas de hombre, pero todo cuanto vio fueron faldas, blusas finas y lencería; mucha lencería. Los sujetadores eran claramente de dos tallas diferentes y la mayoría de las bragas eran de encaje y muchas de ellas tenían evidentes restos de semen seco.

María salió de nuevo al pasillo sabiendo que no tenía mucho más tiempo. Al fondo se escuchaba la voz grave de Prados y los monosílabos grises de Elina. Rápidamente abrió una de las dos puertas que había enfrente y entró en un dormitorio muy desordenado, con el suelo lleno de pelos oscuros de perro y ropa de mujer por todas partes que ocupaba prácticamente cada superficie disponible. En una esquina había un caballete con una pintura apenas empezada. María cerró la estancia, volvió al pasillo y abrió la otra puerta. El segundo dormitorio no tenía nada que ver con el anterior, pues en comparación con aquel estaba prácticamente vacío. María se fijó primero en lo que llamaba «lo grueso»: una cama, un armario blanco, una cómoda, unas zapatillas de deporte junto a la puerta y una mesilla de noche a juego con el armario. Después buscó «lo fino»: un pañuelo enmarcado sobre el cabecero con el nombre de Elina bordado en punto de cruz, un reloj Casio en la mesilla y una fotografía sobre la cómoda, rodeada por un marco de terciopelo rojo.

—Coño —dijo mientras cogía la foto con cuidado.

Y es que en ella aparecían Hans y dos niñas. Él estaba joven, quizás mediada la treintena. Su gesto era serio, su barba oscura y sus manos fuertes, unas manos que agarraban a las niñas. Una de ellas, la de pelo liso, sostenía un globo. Ninguna de las dos sonreía. Es más, sus caras emitían cierta aura de pena. Es posible que lo que había tras ellos fuese alguna feria de verano. María apoyó de nuevo el marco de la foto sobre la cómoda y salió de la habitación. Pensó en bajar una planta y curiosear por el pasillo rojo, pero decidió no hacerlo porque ya llevaba demasiado tiempo ausente, así que decidió volver al salón haciendo como que se secaba las manos en los vaqueros.

—¿Qué? —dijo mirando a Elina—. ¿A que es simpático?

Elina asintió con algo más de seriedad que la mostrada hasta el momento y Prados se levantó. La sueca también se incorporó.

—¿Bajáis? —preguntó Elina.

Así que bajaron las dos plantas prácticamente en silencio, con María rememorando con asco aquel indeleble olor del frigorífico y elucubrando cadenas de pensamientos imprecisos y oscuros, posiblemente generados a causa del ambiente en el que se encontraban. Cuando llegaron abajo, Elina abrió la puerta de la casa.

—Adiós —dijo.

Sin dejar de sonreír y adoptando aquel tono paciente y didáctico con el que le hablaba a la sueca, María dijo:

—Verás, Elina. Me gustaría decirte que he decidido redactar un informe favorable acerca de este… asunto de tu padre. Después de todo, estás colaborando, ¿verdad?

—Sí —dijo Elina.

—No sé lo que pensará el consulado, pero yo sí te creo. De hecho, pienso que tú eres aquí la afectada. No es tu culpa que tu padre decida marcharse cuando le dan los brotes. No es tu culpa.

—No… No.

—Claro que no. Por eso, como te digo, yo podría redactar un documento para cerrar el caso. Es una comunicación con la que le

diríamos a los suecos que ya nos encargamos nosotros, que se olviden y te dejen tranquila. Un informe favorable.

Elina parecía pensar, procesar todo aquello a su ritmo mental de perro cojo.

—¿Y… —dijo con lentitud— … el pasaporte?

—Bueno —respondió María mostrando un tono explícitamente pensativo—. Lo podríamos ver. Podría poner en el informe que tu padre está impedido y solicitar que tú te encargases de firmar en su nombre… Sí, creo que se podría hacer. Una firma por poderes.

Elina pareció excitarse.

—Se me ocurre una cosa —continuó María—. Vente ahora con nosotros a mi oficina y lo preparamos sobre la marcha. Es que, para poder hacerte el informe favorable, tienes que pasarte por allí a firmar. Es un trámite. Solo tienes que contarme de nuevo lo que me acabas de contar, que tu padre se altera, que se va por ahí y todo eso, y firmar que no sabes dónde está. Solo eso. A partir de ahí, cerramos el caso. Suecia te deja en paz y miramos lo de gestionarte el pasaporte. También podríamos gestionarte una ayuda por ser una persona dependiente. ¿Qué te parece? ¿Nos acercamos y lo dejamos hecho?

Elina mostró un gesto de recelo. La cara que uno le pondría a una pareja de testigos de Jehová, sonrientes y deseosos de saber si acaso alguien en casa no se ha sentido alguna vez vacío y deseoso de una respuesta espiritual.

—Katja… —dijo.

—Ah, no te preocupes por eso. Tú eres la hija, así que solo tienes que firmar tú. Y, además, será cuestión de un momento. Mira, tardamos diez minutos en llegar, diez en preparar el documento y otros diez en volver. En media hora estás aquí, con todo hecho. Liberada de una vez del consulado. ¿Qué te parece, vamos?

Elina pensaba desviando sus enormes ojos hacia arriba y, mientras lo hacía, María luchaba ferozmente consigo misma por no sacar la pelota antiestrés y apretarla hasta reducirla a su mínima expresión molecular.

Finalmente, Elina dijo:

—Zapatos.

—Sí, claro, cálzate —dijo María—. Y coge también un abrigo, que hace frío.

Camino ya del coche, azotados por la brisa helada de la sierra que se encontraba con la bruma densa del lago, Prados sacó el teléfono móvil y quedándose atrás, dijo:

—Dadme un segundo. Tengo que llamar a mi mujer.

—Vale, no tardes —dijo María. Luego se giró hacia Elina y le dijo con sorna:

—Se acaba de casar. Aún tiene que dar explicaciones.

Elina se rio con ganas, y a María le agradó su sonrisa inocente. El trayecto en coche fue silencioso y rápido. De vez en cuando, María miraba el rostro de Elina a través del espejito del parasol, un rostro dominado por sus enormes gafas, sus ojos amplificados y su gesto inmutable de animal arrinconado.

Salieron del pueblo en dirección Granada y entraron por la Avenida Juan Pablo II hasta alcanzar la comandancia. El ambiente frío y pálido de la tarde dejaba en las mentes un poso de melancolía inevitable.

—Qué bonitos, los cachorros —dijo María mientras atravesaban la barrera de seguridad.

—Sí —contestó Elina mirando las gotas que chorreaban por el cristal de su ventanilla.

Mientras María y Prados abrían la puerta trasera para que Elina saliese al aparcamiento interno de la comandancia, en La Umbría transcurría una escena paralela. Quintana, vestido de paisano y apoyado en un Citroën oscuro aparcado justo delante de la cancela de las suecas, esperaba. Quintana era un cabo de la vieja escuela, un agente de calle, duro, seco, sarcástico. Cuando recibió la llamada de Prados, hizo oídos sordos de un sargento que le dijo que no le tocaba salir y condujo a toda prisa hasta La Umbría. Allí, de pie, junto a aquella casa que le dio mala espina desde que aparcó y fumando un cigarro, Quintana pensaba en su nieta, a quien por lo

visto otra niña pegaba en el colegio. Pero interrumpió sus pensamientos en cuanto vio a la sueca. Venía directa hacia él, seria, caminando rápido, con aire desesperado y tirando de un perro —ahora atado con correa— descomunal. Irradiaba desconfianza y Quintana se dio cuenta, solo por su forma de caminar y de mirarlo mientras se iba a aproximando, de que sabía perfectamente que él era policía.

—¿Quién eres? ¿Qué pasa?

Quintana la miró con calma, contrarrestando su prisa. Lanzó la colilla al suelo y la pisó con la bota derecha. El perro evaluaba sus movimientos con aire contenido.

—Pasa —dijo incorporándose de la puerta sobre la que estaba apoyado y enseñando la placa— que tenemos a Elina en comandancia por todo ese asunto de Hans. —María le había dicho que era muy importante que se aprendiera los nombres y los usara con naturalidad. Katja puso cara de pasmo—. ¿Y sabes, Katja?

La sueca no contestó. Se limitó a mirar a Quintana.

—Pues que nos está contando muchas cosas.

Finalmente, reaccionó.

—No os la podéis llevar así por las buenas —dijo con agresividad.

—No, no. No te equivoques. Ella ha venido por su propia voluntad. —Quintana dio dos pasos hacia Katja. El perro tensó la correa y gruñó entre dientes—. Y creo que tú deberías hacer lo mismo. Deberías venirte conmigo. Por voluntad propia, claro.

—No voy a ir contigo. No sé quién eres.

—Soy el cabo Quintana —dijo enseñando la placa de nuevo—, de la Judicial. Y me parece perfecto que no vengas. Pero, insisto, te conviene hacerlo. Porque, como podrás imaginar, tu amiga no te está dejando muy bien parada. No sé. —Se hizo un silencio en el que Katja clavó sus ojos azul hielo en los de Quintana—. Ya te digo, Katja, no sé. Pero pienso que deberías venir y contarnos tu verdad. —Quintana, lentamente, abrió la puerta de atrás del coche patrulla—. Quizás sea lo que te convenga antes de que te salpique

toda la mierda que está saliendo allí dentro. Así que… ¿Qué, te vienes o no?

Katja entrecerró los ojos y los músculos laterales de su rostro desvelaron la enorme fuerza con la que apretaba la mandíbula. Miró con rabia a Quintana, quien permanecía impasible junto la puerta abierta del coche. Finalmente, dijo:

—Dame un minuto que meta al perro.

María tardó un rato en saberlo. En saber que todo había funcionado. Que apenas eran las seis de la tarde, que en la ciudad se estaba desatando una ventisca, que su hijo estaría echándola de menos una tarde más y que las tenía allí en la comandancia, a las dos, asustadas ante las paredes grises de aquel edificio impersonal y hostil, aquel miércoles de nieblas y aguanieve.

Y lo que era mejor todavía: las tenía separadas.

25

Un tiempo después de que Gabriel hubiese encontrado el primer crisantemo junto al sillón, Ingrid encontró el segundo. Fue cuando regresaba, completamente helada y a deshoras, de una cena con una cónsul argentina con la que guardaba una relación estrecha y de una complicidad que iba bastante más allá de lo protocolario. Se llamaba Cecilia y a Ingrid, siempre tan correcta y ajustada a cualquier norma o procedimiento, le encantaban sus visitas —Cecilia tenía su oficina en Sevilla— porque aquel torbellino de cincuenta kilos que decía continuamente «vos», «viste» y «pija» no podía ser más opuesta a ella. Cecilia se desmadraba con una facilidad asombrosa, hacía constantes referencias sexuales y escatológicas —muchas eran las veces que entrelazaba ambos terrenos— y flirteaba continuamente con cualquier hombre o mujer que le siguiera mínimamente la conversación. Cecilia era cónsul por su increíble sentido de la ayuda al prójimo. Había arreglado situaciones que a Ingrid le habrían resultado imposibles de solventar, y aunque no estaba de acuerdo con su excesiva permisividad —le dijo en su momento a Ingrid que ella les habría entregado el pasaporte a las suecas sin pestañear—, la admiraba y la respetaba de forma reverencial. Con Cecilia de por medio, siempre ocurrían cosas.

Aquella noche, mientras cenaban en una pizzería argentina del Realejo, Ingrid, con la pesadumbre lastimera de un cachorro maltratado, había vuelto a hablarle de las suecas, de todo lo ocurrido en Semana Santa y de la visita de Klara Pålson a Granada para investigar lo que estaba ocurriendo. Cecilia se limitó a decir lo que se esperaba de ella:

—Dejá el tema nomás, Ingrid. No parás de caer en sus boludeces. Dejalo, dejalo pasar. Olvidate de esos dos soretes mal cagados de una vez.

Así que Ingrid, evidentemente, no tuvo más remedio que dejar el tema. Acabaron en un pub irlandés charlando con dos músicos sudafricanos que intentaron llevárselas a su hotel. Cecilia no paraba de enredarlos con bromas y dobles sentidos para, finalmente, cuando Ingrid le dijo que se marchaba porque estaba destrozada y algo bebida, despedir a la sueca con un abrazo y marcharse al hotel con uno de ellos. El otro, el que había hablado con Ingrid, no había parado de toser, y cuando la sueca anunció su marcha, él dijo que también se retiraba. Ingrid cogió un taxi al final de la Gran Vía, bajo la estatua de Colón e Isabel la Católica. Sonrió al escuchar el acento argentino del taxista.

Cuando se bajó frente a su casa, el aire de la madrugada de enero arrastraba partículas afiladas que Ingrid intentó contrarrestar subiéndose la bufanda hasta prácticamente los ojos. El taxi se marchó, e Ingrid miró hacia donde nueve meses atrás había aparcado aquel coche lleno de perros, aquel recuerdo que le impregnaba el alma de espanto ahogado y de una especie de regusto penoso. La farola ya estaba arreglada y le habían puesto una luz diferente al resto, más potente, como señalando indefectiblemente el lugar donde todo había ocurrido, donde todos sus miedos se habían materializado un viernes de abril. Arrebujada en su abrigo, entró en casa.

Aquel año, Gabriel se había empeñado en probar un nuevo tratamiento de aguas para dejar la piscina llena durante todo el invierno. Ingrid lo había puesto en duda, pero la verdad era que el tratamiento parecía funcionar y que el jardín lucía mucho más agradable con el agua azul y limpia. Siempre que hacía bueno, ella solía bajar con Camilla después de comer para tumbarse junto a la piscina a leer un rato al sol. Encendió las luces exteriores y miró el reloj: las tres y media de la madrugada. Y cuando la piscina se iluminó, lo vio.

Al principio no supo lo que era. Solo vio algo flotando sobre el agua —rana ahogada, hoja, quizás alguna alimaña cazada y abandonada por Vinbär— y siguió caminando hacia la escalera porque ansiaba entrar al calor de su hogar. Pero hubo algo que la hizo detenerse: aquel color malva que no podía borrar de un rincón remoto de su memoria y que le había parecido ver de nuevo en el agua. Así que retrocedió, bordeó toda la piscina y, a medida que lo hacía, su sospecha se fue constatando. Se agachó y lo sacó del agua gélida. El crisantemo era idéntico al que el visitante había llevado en la mano en todo momento aquel ingrato sábado de marzo, de un malva tan característico, tan único, que Ingrid no podía sino asociarlo a aquel hombre todo silencio, todo melena rubia y gesto oscuro. Y ahí, sosteniendo el crisantemo, lo sintió. No fue un escalofrío normal, el que uno siente fruto del miedo, del frío, del recuerdo de un sufrimiento lejano o de un amor desvencijado. Fue físico. Fue eléctrico, y recorrió la parte derecha de su cuerpo desde la mano hasta el pie, clavándose en la mandíbula, en el oído interno y en la parte derecha del tórax. Como si la flor le hubiera provocado una descarga eléctrica, la soltó con ansiedad. Quedó de nuevo flotando sobre la piscina, emitiendo minúsculas ondas circulares y silenciosas que morían a unos palmos de distancia. El escalofrío se alivió en cuestión de segundos e Ingrid empezó a rascarse el costado. No le picaba, pero sencillamente necesitaba hacerlo. Rascarse el costado se había convertido en una especie de reflejo similar a la tos seca. Entró en casa, calmó su corazón y su estómago contemplando las ascuas brillantes que agonizaban en la chimenea y subió a acostarse. La respiración acompasada de Gabriel se modificó cuando ella hizo algo de ruido mientras se quitaba la ropa. Él preguntó con voz pastosa:

—¿Todo bien, cariño?

—Todo bien —contestó.

Y fue Gabriel quien la despertó unas horas más tarde, quien la sacó de un sueño extraño que no se esforzó por recordar mientras el primer sol, tímido y emitiendo aún rayos fríos para no perturbar

demasiado la escarcha de un invierno furioso, ya asomaba por la ventana del dormitorio.

—Ingrid —dijo—. Cariño.

Ella fue inmediatamente consciente de que era muy temprano, de que se había acostado tardísimo, de que la vejiga le iba a reventar y de que le dolía la cabeza.

—Mmmm… qué…

—Ha llamado Klara Pålson. Lo he cogido porque me ha extrañado que llamase a esta hora. Cariño…

Ingrid abrió los ojos y se incorporó.

—¿Qué pasa? —preguntó con ansiedad.

—Que Elina ha declarado a la Guardia Civil que Hans está muerto.

26

En cuanto María se sentó enfrente de Elina en la sala de interrogatorios se dio cuenta de dos cosas: de que la sueca era más lista de lo que parecía y de que estaba asustada. Muy asustada. Y María pensó que podía usar ambos factores a su favor si los gestionaba bien. Así que trató a Elina con dulzura al principio, buscando puntos de encuentro, inventando continuamente mentiras personales para demostrar que la entendía, que comprendía perfectamente su figura de mujer tímida, de superviviente maltratada por el mundo, de tonta universal sometida por el yugo de Katja.

Evidentemente, para sacar estos temas, María tuvo que ir muy despacio, haciendo bromas, hablado sobre los perros, sobre su propia vida, una vida que iba creando según las necesidades del interrogatorio que Prados y ella habían camuflado de conversación amistosa mientras en los despachos se preparaban los documentos que Elina supuestamente tenía que firmar. Lo armaron de una manera tan plausible —otros guardias entrando para preguntar datos que debían incluirse en los papeles, diciendo que el retraso se debía a que estaban hablando con la cónsul sueca para negociar el tema del pasaporte, reclamando la presencia de María con la excusa de que debía revisar lo que estaban escribiendo para que la sargento pudiera hablar con Katja— que Elina empezaba a parecer incluso cómoda. Tras varias visitas a una y a otra, María tuvo que reconocer el mérito de ambas mujeres, pues era más que evidente que ya habían contemplado aquello, que ya habían preparado respuestas comunes y sin incoherencias a las preguntas que alguna vez

posiblemente tendrían que contestar. Qué extraño es el ser humano: la mayor parte de las veces que llega el día que queremos evitar a toda costa, sentimos más alivio que otra cosa. La inquietud desaparece cuando el miedo nos alcanza. No estaba muy claro que fuese así en caso de las suecas.

Además, María hacía de vez en cuando alguna referencia a Hans, contándole que ella también tuvo que lidiar con un padre con demencia que consiguió desquiciar a toda la familia. Su discurso consiguió incluso conmover a Prados, que la escuchaba de pie, a espaldas de Elina.

—Fue horrible —concluyó con emoción—. Horrible.

—Lo siento —dijo Elina con los ojos húmedos, con la voz levemente quebrada, un momento en el que la sargento comprendió que la mujer era una persona de una gran sensibilidad.

Entonces le ofreció a Elina un té, ella aceptó y María salió de la sala para decirle a un guardia que sacase de la máquina un par de tes con poco azúcar y entró en la sala en la que tenían a Katja. Con ella la estrategia era muy distinta. Con ella estaban siendo agresivos, afilados. La tenían sin agua, en una sala húmeda y sin calefacción. Solo querían que les iluminase el resquicio por donde penetrar en Elina, y María lo consiguió la tercera vez que entró, cuando Katja ya empezaba a decir que se marchaba porque no sabía qué pintaba allí.

—Ya te lo hemos dicho. Queremos que nos hables sobre Hans. Y no nos hablas sobre Hans, Katja.

—Y yo ya os he dicho que no tengo nada que contar sobre Hans. Yo apenas he tenido trato con él. Yo voy a casa de Elina de vez en cuando y él nunca está. Siempre se va, ¿cómo quieres que te lo diga?

—No te creo.

—Me da igual, no me tienes por qué creer, lo mismo que yo no tengo por qué estar aquí.

—Elina nos lo ha contado *todo*.

—¿«Todo»? ¿Qué es «todo»?

—Tú lo sabes.

—Elina no os ha contado nada, salvo que su padre está mal y que se escapa continuamente.

—Entonces…, ¿tú no vives allí?

—No. Vivo con mi novio. Con Jimmy.

—¿Y la habitación que hay en casa de Elina? Perdón, en casa de Hans. Esa que tiene tus cosas.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Me lo ha contado Elina. Te estoy diciendo que nos está contando muchas cosas.

—Es para cuando me quedo allí. —Pensó un segundo y después continuó—. Me suelo quedar de vez en cuando, para que no se sienta sola. Y también porque allí tenemos el negocio de los perros. Tenemos que hacerlo entre las dos.

—¿Van muchos hombres por allí?

—No te entiendo.

—Eso dicen en el pueblo. Que van hombres.

—Va quien nosotras queremos que vaya. Como ocurre en tu casa, supongo. ¿Van hombres por allí?

María le clavó una mirada agria. Katja amagó una sonrisa.

—Elina nos ha contado bastante sobre Hans —dijo Prados, que hasta el momento permanecía en silencio y de pie, apoyado contra la pared, igual que hacía cuando estaban con Elina.

—Lleváis toda la tarde con eso. Y no os creo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —preguntó María.

—Hace mucho tiempo.

—Pero, Katja…, ¿no le dijiste a Ingrid, ese día que ella fue con su familia a vuestra casa, perdón, a casa de Hans, que él había estado allí ese día? —Katja puso cara de enfado y no contestó—. ¿No la llevaste acaso al sótano argumentando que Hans se había encerrado allí apenas un momento antes? ¿Que prácticamente se acababa de esfumar? ¿No le contaste que el día de antes había armado un escándalo, que estaba, según tus palabras, enajenado?

La sueca no dijo nada.

—¿Eh, Katja?

—¡Elina me había dicho que estaba! ¡Me lo dijo ella! ¡Yo solo quería ayudar!

En ese momento, con Katja enfurecida, prendidos los ojos casi transparentes por un odio que afloraba a borbotones, María recordó aquella foto que había visto en la habitación de Elina: ese gesto autoritario en Hans, esa cara de amargura de las niñas que sujetaba, una con cada brazo. Tenía muy claro que eran ellas dos.

—¿Por qué odiabais a Hans?

—¡No odiábamos a Hans!

Katja se levantó, y María también.

—¡Elina sí, Elina sí que lo odiaba! —replicó la sargento con furia, agitando la melena ondulada al hablar—. ¡Todo el mundo lo sabe, Katja! ¡Estaba atado, desnudo, mal alimentado! ¡Tú también lo sabes!

Katja hizo amago de intentar dominarse, pero estaba fuera de sí, desubicada y agazapada como un corzo en la oscuridad del bosque, asustado pero dispuesto a defenderse a toda costa, así que lo que dijo, señalando con el dedo índice izquierdo a María. Le salió del rincón más profundo de su alma:

—Hans era un hijo de puta. Pero nadie lo maltrató. Ten eso muy claro. Nadie. Quiero irme. Ahora. O me dejas marcharme o te pongo una denuncia.

María no dijo nada. Se limitó a apartarse para que Katja alcanzase la puerta. Al llegar a su altura, Katja la miró. Sus caras estaban a menos de veinte centímetros.

—Sé cómo eres —dijo con una sonrisa sarcástica—. Estoy harta de tratar con gente como tú. Con gente que nos mira por encima del hombro, que piensa inmediatamente: «Eh, vaya dos putones, no valen una mierda». Con gente que nos juzga con una superioridad moral repugnante. Así. Así eres.

María sonreía muy levemente. No quería entrar al trapo, pero cuando Katja ya avanzaba por el pasillo acompañada por un guardia, le dijo:

—Yo también sé cómo eres, Katja. —La sueca se dio la vuelta con aire hastiado—. Pero a diferencia de ti, yo te lo voy a demostrar. Cuídate.

Antes de volver con Elina, recogió los vasos de cartón que contenían algo marginalmente parecido al té.

—¿Cómo va, mi sargento? —le preguntó el guardia.

—Estas dos cabronas mienten más que hablan —dijo justo antes de entrar en la sala en la que estaba Elina.

Prados volvió un minuto después. Llevaba un formulario de protección de datos personales y se lo tendió a la sueca solamente para que firmase algo, para hacerle ver que la cosa avanzaba. También había tenido otra idea: dejarle un bolígrafo delante, pues se dice en criminología que si un interrogado tiene un objeto manual a su alcance y lo manipula constantemente, con nerviosismo, lo más posible es que sea inocente. Los culpables suelen ignorarlos. Elina firmó y Prados le dejó el bolígrafo delante. María le dijo que ya estaban terminando los papeles. La sueca empezaba a parecer algo cansada. María le preguntó por su infancia. Fue algo patente —más tarde lo comentaría con Prados— que a Elina no le gustaba el tema. Y María supo que ahí había algo. Así que siguió dando vueltas, haciendo confidencias de su propia infancia inventada solo para la sueca, empatizando con ella hasta dar con una línea de pensamiento con la que Elina se mostró especialmente sensible: lo injustos que pueden llegar a ser los padres con los hijos. María dijo que, a su juicio, su padre había cometido muchos errores con ella, y que lo peor de todo es que ella también los había cometido con él. Elina se emocionó. María siguió por ese camino. Más de diez minutos. Más de quince. Le dijo que le daba mucha pena no poder arreglarse con él, no poder decirle lo mucho que lo sentía, pues había muerto completamente ajeno a la realidad, devorado por la demencia. A Elina se le saltaron las lágrimas.

—Tú tampoco puedes, ¿verdad, cariño?

Elina no contestó, pero negó con la cabeza.

—Te entiendo perfectamente. Es muy triste. Llora, llora si lo necesitas.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas arreboladas de Elina. Prados, de espaldas a la sueca, miraba a María en tensión absoluta. Los ojos de la sargento también parecían acuosos.

—¿Por qué, Elina? ¿Por qué no puedes despedirte de Hans? ¿Por qué no puedes decirle lo mucho que lo sientes? ¿Te pasa lo mismo que a mí?

La sueca asintió levemente y, a continuación, aunque lo dijo tan bajito que apenas fue audible, de su boca salió algo parecido a:

—… to.

—Elina…

Sus ojos lloraban ya sin represión alguna. Era evidente que la mujer se había dejado doblegar por el turbio caudal de la pena. María tendió sus dos manos y Elina se las agarró con las suyas.

—Dilo, cariño. Te va a sentar bien. Te va a liberar. Cuéntamelo y descansa. Cuéntame que no te puedes despedir de tu padre porque está…

—Muerto —dijo Elina.

María parpadeó para calmar la irritación de sus ojos. «Joder, he estado a punto de llorar», fue lo que pensó. Acto seguido soltó las manos de Elina y le dijo:

—Elina.

La sueca había agachado la cabeza. Lloraba cada vez más. Se había echado las manos a los ojos y lloraba incesantemente, convulsionando el pecho y la barriga. Lloraba como un animal herido en la noche que se sabe acechado por peligros inevitables, fieras que esperan agazapadas para devorarlo.

María y Prados se miraron. Prados sonreía levemente.

—Elina, mírame, por favor.

Elina levantó la cabeza. Su cara era de total descomposición y los efectos de la calefacción habían desaparecido de sus mejillas, que adquirieron un tono marmóreo.

—Elina, tengo pruebas de que estás cobrando la pensión de tu padre. Y acabas de reconocer que está muerto. Así que te notifico que desde este momento estás detenida por un delito de estafa.

Elina entreabrió la boca. Su sorpresa fue tal que dejó incluso de segregar lágrimas. Las dos últimas cayeron sobre la mesa. Su cuerpo y su mente parecieron entrar en un bloqueo inmediato. Solo acertó a decir, muy bajito:

—No…

Prados puso un folio encima de la mesa. Tuvo que hacerlo en un lateral para que no se mojase.

—Estos son tus derechos. Tengo que asegurarme de que los conoces. Por favor, léelos bien y firma debajo. Y Elina… —María intentó adoptar un tono de voz dulce—. Para que sigamos hablando… Elina, mírame. Necesitas un abogado. ¿Tienes un abogado, o quieres uno de oficio?

El pasmo de Elina era tal que empezó a caer un minúsculo hilillo de baba por su comisura derecha. No reaccionaba, no movía un músculo. Solamente contemplaba a María con la mayor mirada de decepción que la sargento jamás había recibido.

—Elina, ¿tienes un abogado?

Elina reaccionó. Se pasó la mano por la comisura de la boca y dijo, en un tono casi inaudible pero que era el reflejo inmaterial de la resignación:

—Sí. Preguntad a Katja…, por favor. —Y después de limpiarse restregándose las manos llenas de babas sobre las solapas del abrigo, añadió—: Ella sabe quién es.

27

He aquí la noche de tres mujeres y una sombra.

María es la primera de ellas. Llegó a casa de su madre un poco antes de las doce de la noche, totalmente devastada por una especie de resaca turbia y espesa que abotargaba la lucidez de su mente. Al mismo tiempo se notaba agitada, febril, vulnerable. Removida. Todo el piso estaba a oscuras, a excepción de unos fogonazos que provenían del salón y que iluminaban intermitentemente el pasillo. Su madre dormía en el sofá frente a la televisión encendida.

—Mamá. Mamá.

—Hija…

—Vete a la cama, anda.

—¿Qué hora es? ¿Has cenado?

—Tranquila, mamá, he cenado. Vete a la cama, que es tarde. El caso se nos ha complicado. Anda, ve. Mañana hablamos.

—Pero, hija…, es muy tarde.

—Mamá, ahora no, por favor.

—Está bien. Buenas noches.

Su madre caminó con la inestabilidad de un herido de guerra y cerró la puerta de su habitación. María apagó la televisión y fue a la cocina, donde engulló seis lonchas seguidas de jamón cocido. Bebió un trago de Fanta de limón directamente de la botella y fue hasta la habitación que un día había pertenecido a su hermana Nina y que ahora era la de Carlos. El niño dormía con tanta calma que María no se atrevió a entrar a besarlo. Todo el dormitorio olía a él.

—Bonito mío —susurró en un tono tan bajo que ni ella misma oyó.

Pensó en el mensaje que le había enviado el capitán Granero cuando se enteró del resultado del interrogatorio de Elina: «No era tan difícil, ¿no?», algo que María debía de tomarse como una felicitación, supuestamente. Ya en su habitación, se quitó la ropa y se metió en la cama en bragas. Desde el divorcio se quedaba tantas veces en casa de su madre que había llenado un armario —su armario de adolescente, que tuvo que vaciar entre las risas que le provocaron a su madre y a ella los atuendos horteras de los ochenta— con varias mudas de trabajo, ropa interior y pijamas. Decidió no ponerse pijama porque sentía una tensión tan grande que solamente podía aliviarse a través de dos métodos, y masturbarse era uno de ellos. Apagó la luz, se tapó hasta el cuello con la sábana y se bajó las bragas. A través de la ventana entraba un haz de luz blanca de provenía del rótulo de un hotel de cuatro estrellas que había al otro lado de la plaza a la que daba su habitación. María cerró los ojos y empezó acariciando los labios mayores, despacio, apenas con la punta de las uñas. Notó algo de calor activándose en torno al centro de su cuerpo. Después tocó con suavidad los labios menores, levemente humedecidos, suaves y tibios. Sensibles. Pero a su cabeza —que ella intentaba dirigir hacia hombres que la excitaban, entre los que para su sorpresa apareció Prados, de pie, serio, cruzado de brazos y mirándola con complicidad— acudían constantemente fogonazos de imágenes y sensaciones intrusas: Katja medio desnuda saliendo a la calle helada y brumosa, el pasillo granate de la casa, perros negros de orejas recortadas, dos niñas asustadas agarradas por un hombre ante una feria, el olor de aquel frigorífico, la absurda cara de Elina al ser esposada y conducida al calabozo, su madre yendo a buscar otra vez a su hijo al colegio… Así que, por muchos hombres que intentó evocar, aquello fue imposible. Era como ver una película a la que introducen un corte de publicidad cada minuto. Abandonó. Respiró con resignación, se subió las bragas y fue al baño. Allí abrió un cajón

y sacó una caja de Valium 10, idéntica a la que había en el botiquín de la casa de las suecas, una caja que constituía el segundo método para aplacar aquella tensión insoportable. Tomó un comprimido con agua del grifo, se metió en la cama y notó cómo poco a poco se adueñaba de su consciencia una bruma algodonosa, una flojera que, en la negrura de su pensamiento, iba adquiriendo una textura granulada, como la nieve grisácea de una televisión sin señal. La transición al sueño fue tan fugaz y violenta como la cuchillada de un asesino agazapado entre las sombras de un callejón del extrarradio de Londres en una noche sin luna de 1884. De la luz a la oscuridad. Del todo a la nada.

La segunda mujer de la noche es Ingrid.

Ingrid se encontraba muy animada porque iba a cenar con Cecilia, así que se arregló con alegría, escuchando música y canturreando mientras se pintaba los ojos, los pómulos, los labios. Había pasado el día tramitando algunas reclamaciones, enviando pasaportes e intentando localizar sin éxito a una muchacha sueca cuyo documento de identidad había aparecido en el baño de una discoteca.

Cuando se acicalaba para salir, le gustaba hacerlo en su dormitorio. Sacaba su estuche de maquillaje del baño y usaba para mirarse el espejo de su cómoda, ya que estar en su habitación le permitía contemplar el pueblo y el campo oscurecerse poco a poco a través de la ventana. Gabriel, que estaba trabajando en su estudio, entraba de vez en cuando para echarle algún piropo y acariciarle el culo con ambas manos. Ella se reía y le decía «¡Pero oiga!». Él levantaba las manos expresando inocencia y respondía: «A mí que me registren, señora». Ya estaba preparada y aún faltaba un rato para marcharse, así que les propuso a Adam y a Camilla algo que llevaban unos días postergando, como quien guarda un buen vino para el momento preciso: leer la última fábula sueca del libro. Los niños aceptaron con entusiasmo y se echaron sobre la cama de Camilla. Uno de los motivos por los que a Ingrid le daba pena

terminar el libro era porque aquellas lecturas constituían uno de los últimos reductos de infancia de Adam, que renunciaba por unos minutos a su pose de adolescente impasible y volvía a ser aquel crío impresionable y abstraído en las ficciones. Era algo que Ingrid asociaba a ese libro, y temía que, al cambiar de lectura, al empezar otro libro distinto, ese mágico retorno a la infancia se evaporase.

—¿Listos? —preguntó Ingrid, impecablemente arreglada, aún sin el perfume puesto y sentada sobre el borde de la cama junto a los niños, tumbados en pijama—. ¡Que es la última, chicos! ¡Qué emoción!

Los niños asintieron con júbilo e Ingrid empezó a leer. La última fábula era una típica historia de nacimiento dentro de una familia real. Los reyes de Svealand vivían en una permanente tristeza porque todos sus hijos morían a los pocos días de nacer a causa de unas extrañas fiebres que les llenaban el cuerpo de ronchas y que acababan con sus vidas a los tres días. Siempre a los tres días. Habían traído médicos y druidas de toda Escandinavia, pero ninguno acertaba a explicar aquella terrible enfermedad que estaba privando al reino de su línea de sucesión. Como es normal, se había extendido por toda Svealand el rumor de que una maldición pesaba sobre la familia real. En las tabernas se hacía alusión a la brujería y en los reinos contiguos se observaba con atención la desgracia de los reyes, que empezaba a ser sinónimo de oportunidad. No obstante, ellos traían constantemente niños al mundo con la esperanza de que, aunque fuese por una vez, el mal no acudiese a su encuentro. Pero era en vano: cada nacimiento traía consigo la enfermedad, y a los tres días, la muerte.

—Vaya —dijo Ingrid—. Se están superando en tragedia.

—¡Lee, mamá! —replicó Camilla.

E Ingrid, después de sacarle la lengua a la niña y darle un pellizco inocente, continuó leyendo.

El cuento proseguía con un extraño encuentro en un bosque. Estando la reina embarazada, los reyes habían acudido a la boda de uno de sus guardias reales, que se había celebrado en un pueblo

cercano. En mitad del baile, que transcurría entre barriles de hidromiel, espetones de pescado y música de laúd, la reina rompió aguas. El rey ordenó que trajeran su carro de inmediato y los llevasen al palacio. Por el camino, cuando cruzaban un frío y lúgubre bosque de enebros, una de las ruedas del carruaje se quebró, y este no volcó de milagro. Los cocheros se apresuraron a sustituir la rueda y, mientras lo hacían, los reyes vieron cómo una enorme sombra se movía tras los árboles y se aproximaba con lentitud. Cuando la figura llegó al camino, los reyes, cogidos de la mano, con la tensión del parto y la incertidumbre de la maldición asaltando sus pensamientos, vieron cómo el gigantesco bulto se transfiguraba, quizá por un caprichoso efecto lumínico de los faroles del carro, que habían amplificado la sombra, en una minúscula anciana que decía: «Majestad, majestad, ¿es usted?». Cinco o seis guardias se interpusieron de inmediato entre la anciana y el carro, exigiendo a la mujer que se marchase. Pero ella decía que la dejaran pasar, que era la dueña de una cabaña cercana y que no quería hacerle nada a nadie. La reina la miró con curiosidad y la vieja empezó a levantar y a agitar un pequeño objeto y a decir: «Majestad, mi reina, coja esto. Siempre que su hijo lo tenga cerca, evitará la maldición». El rey ordenó que la hicieran callar, pero la reina lo contradijo al instante y le pidió a un guardia que le acercase el objeto. El guardia volvió con una pequeña muñeca hecha con ramitas de enebro entrelazadas. La reina cogió la muñeca mientras la vieja gritaba tras el muro de guardias: «¡No lo olvide, majestad! ¡Que no se separe de ella! Y es un niño, ¡enhorabuena!».

«¿Vas a hacer caso a esa loca?», preguntó el rey. Pero lo cierto es que la reina dio a luz a un niño esa noche, un niño que, para algarabía de toda Svealand, creció sano, libre de la maldición.

La historia se recreaba durante un par de páginas en la triste vida del joven príncipe Fjölnir, un muchacho que creció obsesionado por vivir cerca de aquella muñeca de ramitas secas que lo mantenía a salvo de una muerte segura. Un príncipe débil y temeroso cuyo carácter había sido completamente condicionado por la presencia de

aquel objeto siniestro. El desenlace de la fábula era cruel, porque el príncipe empezaba a darse cuenta de que la muñeca, como por otra parte era normal, al estar fabricada con materia orgánica, se estaba descomponiendo. Las manitas ya no existían y, cada vez que la manipulaba, el torso soltaba un poco de polvo o se le desprendían algunos trocitos. Así que el príncipe se obsesionó hasta tal punto con aquello que decidió salir una noche, sin decir nada a nadie, en busca de la cabaña de la anciana.

Conocía el sitio de sobra, pues sus padres siempre le habían señalado el lugar cuando pasaban por allí en el carruaje real. La noche era fría y una enorme luna esparcía una sábana brillante sobre los árboles. El príncipe se adentró en el bosque, cuyo suelo estaba formado por un sustrato de ramas muertas que hacían difícil caminar. Poco a poco, tropezando continuamente, consiguió adentrarse un buen trecho hasta que vio una cabaña a unos cien metros de distancia. Pero cuando se quiso dar cuenta, ya no tenía la muñeca. Posiblemente se le había caído del morral —que efectivamente estaba mal cerrado— en uno de sus tropiezos. El príncipe entró en pánico. Se olvidó de la cabaña y se centró en volver sobre sus pasos y en buscar la muñeca. Empezó a notar picor por todo el cuerpo y una especie de rubor enfermizo que lo hacía sudar pese al frío. No podía dejar de pensar en otra cosa que no fuera la maldición de su familia. El problema era que el suelo estaba lleno de ramas secas de enebro, idénticas a las que formaban su talismán. Desesperado, echó a correr en una dirección cualquiera, y ahí fue cuando pisó la trampa para lobos. El príncipe gritó ante semejante estallido de dolor: el cepo le había desgarrado toda la carne de la pantorrilla hasta clavarse con firmeza en la tibia. Intentó abrir el cepo, pero su esfuerzo solo servía para cortarse las manos con la cuchilla. No obstante, no llegó a intentarlo muchas veces, pues la jauría de lobos salió de entre los árboles y se lanzó directa hacia él.

Empezaron el festín dos machos jóvenes, que fueron los que primero se abalanzaron sobre Fjölnir. Mientras gritaba de horror ante

las primeras dentelladas, el príncipe vio cómo se acercaba a él una pequeña sombra que salió de entre los árboles. Era la anciana. Pero, a medida que se aproximaba, la minúscula viejecita iba aumentando de tamaño hasta convertirse en un gigantesco trol que apartó a los lobos de un grito seco mientras se acercaba a Fjölnir, que convulsionaba sobre un charco de sangre. Y antes de abrir sus entrañas y devorarlo, el trol le dijo al príncipe: «Sabes que la muñeca te trajo hasta mí, ¿verdad?».

Así terminaba.

—¡Qué horror! —exclamó Camilla.

—¡Supergore! —dijo Adam sonriendo—. ¡Me encanta!

Ingrid apenas dijo nada, salvo un tímido: «Qué barbaridad de historia». Gabriel, que había escuchado la última parte apoyado en el marco de la puerta, comentó:

—Esta es la más bestia con diferencia. Qué crueldad.

—Las fábulas son para enseñar algo a la gente, ¿no? —dijo Adam mientras se incorporaba—. ¿Qué pretendían enseñar con esta?

Ingrid dijo que el debate se ponía interesante, pero que tenía que marcharse. Así que besó a sus hijos y a Gabriel, se puso el perfume y el abrigo y llamó a un taxi. Aquella historia de la muñeca y el príncipe la perturbó durante el trayecto hasta Granada, quince minutos que invirtió en reflexionar acerca de la pregunta que había hecho Adam: ¿qué pretendía enseñar la historia del príncipe Fjölnir?

Recordó otras de las historias del libro: obviamente, eran advertencias para el ser humano, ejemplos para adquirir ciertas defensas sobre las amenazas intangibles del mundo. Y llegó a una especie de teoría general, a un denominador común de todas aquellas fábulas que nacían de las ascuas ideológicas de su cultura: el miedo solo puede hacernos daños si cedemos ante su presión.

Ya sabemos cómo terminó la noche de Ingrid. Con un taxista argentino y un crisantemo violeta flotando en la piscina como el cadáver de una estrella de *rock* ahogada: tan siniestro como bello.

La tercera mujer de la noche es Elina.

Elina estaba experimentando una sensación que le provocaba náuseas, pues no podía pensar al mismo ritmo que ocurrían las cosas. En otras palabras: su mente y el mundo se habían desacompasado. Mientras hablaba con la mentirosa en la sala de la comandancia, Elina aún pensaba en la visita de los agentes a su casa y en lo contenta que se pondría Katja al ver que ella, «la que nunca hace nada», había vendido un cachorro. Mientras lloraba por su padre junto a la mentirosa, aún le venían a la cabeza las avenidas de la ciudad recubiertas por la bruma helada que había contemplado desde el coche. Elina no comprendía bien del todo nada de lo que le estaba ocurriendo porque su mente iba un paso por detrás de la realidad, y no fue hasta que entró al calabozo cuando sus pensamientos se asentaron sobre el presente como el polvo que se va posando lentamente sobre las ruinas de una casa demolida. Antes de que la dejaran con los dos guardias que la habían llevado al sótano, la mentirosa le había dicho que volvería al día siguiente junto a su abogado y que ella, Elina, tendría que volver a contarle lo mismo por la mañana. Pero ella, Elina, que ya había retomado el control de sí misma, sabía lo que tenía que hacer. Katja y Fernando la habían preparado para cualquier situación, a excepción de una: justo la que había ocurrido. Jamás habían contemplado la posibilidad de que la sorprendiesen sola y de que una mentirosa de mierda la enredase con sus trucos de mentirosa, de puta, de zorra, de asquerosa mierda de persona. No. No volvería a ocurrir. Y, para colmo, antes de irse, la mentirosa le dijo también que había hecho lo correcto, que no se arrepentiría. «Hija de puta», pensó Elina. «Serás hija de puta». Pero lo pensó una hora más tarde, ya encogida sobre sí misma en un rincón del calabozo. Escupió al suelo un esputo verdoso oscuro que dejó un regusto agrio en su lengua y, como no tenía carbón, hizo la señal en el suelo con el dedo.

—*Förbannad* —susurró.

Dejó sin tocar aquella asquerosa cena que le habían traído los guardias y se sentó en el suelo. En aquella sala del sótano hacía un

calor insoportable, no había un solo resquicio para que entrase luz o aire del exterior y las paredes emanaban un olor denso y viscoso. Así que Elina se quitó la ropa y se quedó en bragas y sujetador. Le encantaba estar en bragas y sujetador. Cuando el guarda entró a retirar la bandeja, la miró de arriba abajo y le dijo:

—Señora, vístase.

—¿Por qué?

—Porque no puede estar así.

Elina lo miró fijamente.

—¿Te gusta? —preguntó.

El guardia la observó de nuevo. Elina pensó: «Le gusta». Y el agente salió del calabozo sin mediar palabra.

Volvió a encogerse en una esquina. A pensar. Pensó en Katja, en cómo reaccionaría cuando se enterase de lo que había hecho, de lo que había dicho por culpa de la puta mentirosa y empezó a sentir miedo, un miedo que intentó desplazar moviendo su pensamiento hacia los perros, que eran lo que más quería del mundo, pobres perritos, pobres todos ellos, solos, sin mí, solos con Katja, y sintió pena, una pena espinosa que la llevó a pensar en su padre, en su padre muerto, en su padre sin tiempo, porque en la mente de Elina, regida únicamente por magnitudes absolutas, la muerte era la privación de tiempo, la oscuridad, el vacío, la ausencia, la soledad opresiva, volumétrica, y lo que para Elina era, con diferencia, lo más angustiante: un destierro del tiempo que lo privaba, para siempre, del brillo de las estrellas. Porque si alguien preguntase a Elina qué era lo que más le gustaba de la vida, ella habría respondido sin dudarlo: las estrellas.

Papá.

Muerto.

Sin tiempo.

Sin estrellas.

Y acurrucada, sola, aislada, sin perros, sin Katja, sin padre, sin estrellas que contemplar, y triste y con remordimientos, Elina se durmió.

Y falta la sombra.

La sombra era sombra porque no se atrevió a encender una sola luz. Ni siquiera una vela, un fósforo o un mechero. Alguien que no supiese que estaba allí no hubiese podido verla. Caminaba por la casa a oscuras, sorteando los muebles, los objetos y las puertas como un espectro incapaz de asumir el espanto de la muerte, vagando sin rumbo a través los pasillos apenas iluminados por fibras pálidas de luz que entraban por las ventanas como hebras plateadas, como trasquilones fugaces. La sombra tenía tantas cosas que hacer, tantas que revisar, que se obligó a sentarse un momento en el salón. A pensar. Sobre la mesa había una botella de Dewar's. Desenroscó el tapón y dio un trago directamente de la botella. Pensó. Dio otro trago más y enroscó el tapón. Cuando el whisky —seco, ácido, ahumado— se asentó en su estómago, la sombra se sintió reconfortada, acariciada por una oleada de calor trémulo. Se levantó y contempló el valle oscuro a través de las ventanas. Todo era frío, negrura y nada de viento. Pensó fugazmente que, de pronto, sin saber por qué, aquel era un mundo nuevo, un mundo más turbio. Unas horas más tarde, toda aquella tierra azulada sería escarcha.

Después abrió un armario y sacó una mochila de acampada, una Eastpack de 50 litros que llevó hasta la mesa de estudio. Con cuidado, en silencio, apenas iluminada por el brillo gris de las ventanas, abrió los cajones y fue llenando la mochila con papeles, eligiendo muy bien lo que se llevaba y lo que volvía a dejar en el cajón. Si tenía dudas sobre algún documento, lo metía en la mochila. Cuando terminó, revisó las habitaciones. Metió algunas cosas más en la mochila y fue a la cocina. Se sentó en un taburete alto y descolgó el teléfono. Marcó. Un tono, dos, tres.

—Vamos, coño.

Cuatro.

—Cógelo.

Nada.

Marcó otro número. También de memoria. Este contestó al instante.

—Soy yo —dijo la sombra.

—¿Qué quieres?

La sombra sabía muy bien cómo tratar con animales, con bestias, y también con hombres rudos y secos.

—Necesito que vengas. Y que te traigas las herramientas. Y a Nacho. Tráete también a Nacho. Hay que hacer un trabajo. De hecho, consigue todos los hombres que puedas.

—¿Qué coño estás diciendo? ¿A estas horas?

—Sí, a estas horas. Lo necesito.

—Estoy con mi familia, vete a la mierda.

La sombra pensó. Apretó el cable rizado del teléfono.

—Pero cuando te llamo a estas horas para decirte que tienes una negra abierta de piernas…, ahí sí que vienes, ¿eh? ¿Eh, cabronazo?

Silencio.

—¿Qué hay que hacer?

La sombra se lo explicó. Despacio.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora?

La sombra se lo explicó.

—¿Me estás diciendo que tienes a la puta Guardia Civil encima y que yo tengo que ir allí, a hacer eso? ¿Y que además saque a mis hombres de sus casas y los lleve también? Vete a tomar por culo. Estoy con mi familia.

Así que la sombra le dijo que «por favor», que lo necesitaba, que le haría lo que él quisiera, lo que él quisiera, que se dejaría hacer lo del otro día, que le buscaría dos negras a la vez, o incluso a una niña, como aquella vez, sí; que le conseguiría una niña a la que vestiría como a él le gustaba, pero esto último no se lo llegó a decir al él, se lo dijo a un frenético bip-bip-bip que emitía el auricular después de que él hubiese colgado.

«Piensa», se dijo.

Pensó rápido. Se levantó, abrió un cajón de la cocina y sacó una libreta pequeña. Pasó un par de páginas y volvió al teléfono. Mirando la hoja con dificultad, marcó un nuevo número. Tras hacerlo, echó la libreta a la mochila.

—Soy yo —dijo—. Necesito que vengáis.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Es importante.

—¿Qué ocurre?

La sombra se lo explicó.

—Llevamos trabajando todo el día, hemos llegado ahora mismo. Estamos muertos, de verdad.

—Lo entiendo. Lo entiendo perfectamente. Pero necesito que vengáis. Mira. Escúchame. Si venís, quedamos en paz.

—¿Totalmente?

—Totalmente.

—¿No te debemos nada?

—Nada.

Al otro lado del teléfono, alguien habló de fondo. Una voz de mujer. El hombre le dijo «Shhh».

—Llegamos en veinte minutos.

Así que la sombra invirtió esos veinte minutos en seguir buscando. Bajó a la primera planta, bajó al sótano y metió un par de cosas más en la mochila. Ya estaba casi llena. Las sombras de las nubes se desplazaban imperceptiblemente por la estancia creando figuras fugaces, inciertos dibujos que aparecían repentinamente en las paredes. Cuando escuchó el coche acercarse a la casa, salió y abrió. La lluvia se había alejado y había dejado un rastro de humedad, un halo gaseoso que apenas era una alteración cromática en la tenue luz de las farolas. Dos personas se bajaron del coche. Traían las herramientas. Parecían cansados.

En silencio, entraron a la casa. Todo estaba a oscuras e impregnado en una brisa seca y fría, como en una catacumba visigoda. Tres sombras. Tres sombras que se escabullían entre las tinieblas repeliendo la luz.

Ella los saludó:

—Buenas noches, Viktor. Elise, me alegro de verte. Pasad. Es abajo. En el sótano.

28

«No, joder, no, me cago en mi puta vida, no, no» fue la línea inicial de pensamiento de María cuando vio luz en la ventana. Despertarse espontáneamente, sin la alarma sonando, y ver luz entrando por la ventana no suele ser una buena señal. Miró el reloj: no era tan tarde. «Joder, menos mal». Pero se había dormido, así que echó a correr en bragas por el pasillo hasta la habitación de Carlos y allí se obligó a frenar para despertarlo con calma.

—Cariño. Mi vida. Nos hemos dormido un poquito. —Lo besó en la mejilla, rojiza y ardiente—. Hay que levantarse y darse un poco de prisa. Cariño. Cielo.

El niño lo miró con extrañeza. Tardó uno segundos en ubicarse en el mundo.

—¡Mamá!

Carlos la abrazó, cerrando los ojos, recreándose en el sueño a medio olvidar que aún lo inundaba y en el calor de su madre. María se permitió abandonarse en ese abrazo, en ese olor que le compensaba toda la hostilidad, la ira, el odio, la contemplación constante de la cara oscura de las almas, todo aquello con lo que tenía que lidiar a diario y que —afortunadamente ella era consciente de esto— solía afectar a su carácter sumiéndola en un estado de alerta y antagonismo hacia el mundo.

—Vamos, cariño. Que llegamos tarde. Vístete, que hace frío.

Su madre también se acababa de levantar y preparaba café y el colacao de Carlos. Miró a María.

—¿Qué?

—Nada, hija.

María dejó al niño diez minutos tarde en el colegio y, mientras conducía camino de la comandancia, sonó su móvil. Era Prados.

—María, el abogado ya está aquí.

—Estoy de camino. Llego en cinco minutos, dile que he tenido que atender un caso urgente a primerísima hora. Y por Dios, Moisés, que no se vean. Que ni se miren hasta que nosotros los metamos en la sala.

—No tranquila, ella está en el calabozo. Acaba de bajar Sandra a convencerla de que se vista.

—¿Qué?

—Sí, nuestra amiga ha pasado toda la noche en bragas y sujetador. La verdad es que hace calor ahí abajo, pero…

—Joder. Está como un puto cencerro. A ver por dónde nos sale hoy.

—…

—No cuelgas ni dices nada. ¿Qué pasa? Suéltalo.

—El abogado.

—¿Qué?

—Es Morillas. Un hijo de puta.

—Sé perfectamente quién es Morillas. El pelirrojo de los cojones. Lo que no sé es cómo coño estas muertas de hambre se lo pueden permitir. —María hizo una pausa mientras se incorporaba a una rotonda—. No obstante, tengo mis sospechas. Oye, que estoy casi llegando. Ahora nos vemos.

María dejó el coche en el aparcamiento subterráneo y subió a su despacho. Prados la saludó mientras ella colgaba el abrigo y le tendió un café de máquina, algo que a María, a pesar de que el café era con leche y azúcar —es decir, completamente opuesto a cómo le gustaba— le hizo sentir esa alegría desproporcionada que solamente pueden provocar los detalles inesperados.

—¿Se ha vestido?

—Sí. También ha desayunado. La tenemos ya en la sala.

—Perfecto. Vamos para allá. ¿Y Morillas?

—Ahí lo tienes.

María se asomó a la sala de espera y vio al abogado. —Gordo, impecable, pelirrojo—. Estaba leyendo unos documentos. Sobre la mesa tenía un café de la máquina.

—Letrado —saludó María.

—¡Sargento! ¿Cómo estamos?

—Bien, no me quejo. Tengo entendido que mi compañero ya le ha informado sobre el caso. ¿Vamos?

Morillas se levantó y María constató que era realmente enorme. Alto. Ancho. Su calva brillante, su bigote rojizo y su gesto bonachón le daban aspecto de león marino. Pero a María ya no la podía engañar con su falsa bondad, su intimidación física y su aparente inocencia argumental. Ella sabía perfectamente cómo se las gastaba Fernando Morillas, conocido en media España por la cantidad de casos perdidos que había conseguido defender con éxito.

—¿Me lo cuenta usted, sargento?

—Es fácil, letrado. Como ya le habrá dicho el guardia Prados, su defendida vino ayer por voluntad propia, en calidad de testigo, para explicarnos el paradero de su padre. Ya sabrá que el gobierno de Suecia lo busca desesperadamente. Tras un rato de charla amistosa, Elina nos contó que su padre había fallecido. Y como Suecia, durante el tiempo que el hombre lleve muerto, le paga religiosamente la pensión, su defendida estaría incurriendo en estafa. Además, no sabemos nada del padre, ya que su defunción no consta en ninguna parte. ¿Entramos ya?

Morillas no se movió de su sitio, sino que miró a María y preguntó:

—¿Y cómo fue que se prestó a venir a la comandancia, sargento?

—Muy sencillo, letrado: la invitamos y ella accedió. —María sonrió y señaló hacia el pasillo—. ¿Entramos? Tengo mucho trabajo esta mañana.

María se las ingenió para entrar primero, y antes siquiera de fijarse en el terrible aspecto de Elina, centró toda su atención en evaluar algo esencial: la primera mirada que se cruzasen el abogado y su defendida. No hubo duda: Elina esperaba la entrada de Morillas

con desesperación y el gigante pelirrojo buscó los ojos medio estrábicos de la sueca e hizo un leve gesto de negación con la cabeza que María pudo ver y posiblemente interpretar. Después, María ya pudo fijarse en Elina, quien la miraba con rabia contenida, despeinada, con el maquillaje que traía el día anterior a medio retirar y vestida con la misma ropa.

—Buenos días, Elina —dijo Morillas—. ¿Estás bien? ¿Te han dado comida y aseo?

Elina asintió.

—Vale, Elina. Buenos días —dijo María—. Antes de empezar, tenemos que leerte tus derechos delante de tu abogado. Juan, por favor.

Prados recitó y le pasó al abogado la diligencia de lectura de derechos. Todos firmaron y María se giró hacia la sueca. Mirarla a los ojos era como contemplar un paisaje ártico, helado y silencioso, un lugar completamente blanco donde es casi imposible respirar, atisbar siquiera a dar una bocanada. Ella agachó la cabeza cuando María empezó a hablar.

—Elina, ayer nos dijiste que tu padre, Hans Mattsen, ha fallecido. ¿Puedes contarnos las circunstancias de su muerte por favor?

Silencio. Cabeza baja. Melena despeinada. Raíces morenas brotando de la raya del pelo.

—Elina, ¿cómo murió tu padre?

Silencio. Cara de boba.

—¿Cuándo ocurrió?

Silencio. Mirada a una pared.

—¿Por qué no diste parte a Emergencias o a la Policía?

Silencio. Ojos húmedos.

—¿Por qué no has notificado nada al gobierno de tu país?

En ese momento, Morillas intervino:

—Elina, ¿quieres…?

Pero María lo cortó tajantemente:

—Letrado —dijo con sequedad—. Por favor, no es su turno.

—Disculpe, sargento —dijo Morillas con un regusto de ira silenciosa en su mirada.

—Mira, Elina —siguió María levantándose de la silla y apoyando las palmas de las manos sobre la mesa para echarse un poco hacia adelante—. Te voy a acusar de un delito de estafa y voy a sugerir una investigación por la muerte de tu padre. Aquí y ahora tienes la opción de explicarte.

Elina levantó a la vista y miró a María. Sus labios, carnosos y con restos de pintura seca, amagaron una leve sonrisa. María le mantuvo la mirada, pero la sueca no dijo nada. Solo miraba y sonreía levemente. Pasados unos segundos, Elina eructó sonoramente. Todos se quedaron perplejos, inmóviles, tan sorprendidos que solo supieron mantener el silencio durante unos minutos más. Fue María quien lo quebró.

—Letrado, su turno.

—Bien —dijo Morillas—. Señora Mattsen, ¿cómo la trajeron hasta aquí?

Silencio. Era muy evidente que con aquella pregunta el abogado estaba dejando bastante claro por dónde quería orientar las cosas. Había pasado media hora y aún no se había escuchado la voz de la sueca. María miró a Elina y después a Morillas, y pensó que aquello estaba más que pactado. Miró el bolígrafo que había delante de la sueca. Según la chorrada aquella de Prados, Elina sería culpable, pues no lo había tocado. La sargento se hartó.

—Vale, Elina. Está bien —dijo con brusquedad—. Ya veo cómo van a ir las cosas. No obstante, voy a hacerte una pregunta importante. Y es bueno para ti que contestes. —Hizo una pausa—. Elina, ¿renuncias a tu derecho a declarar en sede policial?

Elina y Morillas se miraron. El abogado parpadeó. Ostensiblemente. Después, Elina agachó la cabeza intentando hacer algo imposible, pues si hay una cosa difícil de esconder en esta vida son unos ojos que empiezan a llorar. Mirando hacia sus propias rodillas, con apenas un ronco burbujeo que pareció más un suspiro que una palabra, Elina dijo:

—Sí.

—Perfecto —dijo María levantándose—. Por nuestra parte, hemos terminado. Prados, vamos a dejar que la acusada y su abogado tengan la reunión que les concede la ley. Pueden usar esta sala, así que dile a Ortega que se quede en la puerta para trasladar a Elina cuando terminen. Letrado —añadió María girándose hacia Morillas—, voy a preparar las diligencias para llevar a su defendida al juzgado. En cuanto las tenga, haremos el traslado. Será esta misma mañana. Tengo mucho trabajo.

—Muy bien, sargento. Iré para allá cuando hayamos terminado. Está de guardia el tres, por si no lo sabe.

—Estupendo, gracias —dijo María. Miró al fondo de la sala—. Adiós, Elina.

Elina musitó un par de sílabas que se perdieron en aquel velo de silencio amargo.

Los agentes entraron en el despacho de María y, mientras esta se llenaba un vaso del bidón de agua, Prados dijo:

—¿Qué te parece?

—Pues me parece —María dio un trago al agua— que lo tienen más que hablado. Y también me parece que se equivocan. Que el abogado y Katja o quienquiera que esté detrás de esto, creen que Elina se tiene la lección bien aprendida. Pero aquí está, ¿no?

—Aquí está.

—Así que, que sigan. Que sigan confiando.

Prados sonrió. María le dijo que fuera a tomar algo mientras ella terminaba de preparar las diligencias para cerrar el atestado. Él era el secretario del caso, por lo que tenía que firmar cada documento. María pasó unos tres cuartos de hora preparando toda la documentación, redactando con cuidado la argumentación con la que intentaba justificar que se investigase la desaparición de Hans y agobiada por la cantidad de burocracia que requería su trabajo, resoplando, rascándose de vez en cuando la cabeza, con ganas de tomar un café pero sin ganas de acercarse a por él. Cuando terminó la última diligencia —«diligencia de entrega de detenido»—, dio por

finalizado el atestado. Antes de acercarse a hablar con Prados, llamó a su madre.

—Me temo que tengo por delante unos días muy complicados, mamá.

Para su sorpresa, la encontró de muy buena actitud. A tenor de la conversación, parecía que su madre también había estado pensando en todo lo que estaba ocurriendo con el niño, el trabajo y la cantidad de circunstancias que asaltaban a María en aquella época.

—No pasa nada, nena. Ya está, qué le vamos a hacer. Ya sabemos que tu trabajo es así.

—Gracias, mamá.

—Perdona si a veces parece que te recrimino cosas, hija. Es que…

—No, mamá, déjalo…

—No, María. Es que mi vida ha sido muy diferente a la tuya. Tan diferente que me choca, y a veces… Pero oye, lo vamos a sacar adelante. El trabajo, el niño. Todo. Sabes que me tienes aquí.

—Pues claro, mamá. Qué cosas tienes, claro que sí. Además, después de este caso y de terminar algunos papeleos, me voy a poder coger un puñado de días. Porque me temo que me va a tocar pringar el fin de semana también. A ver lo que dice el juez. Ya veremos.

—Vale, cariño, no te preocupes. He puesto una lavadora con la ropa de Carlos y estoy haciendo comida.

—Gracias, mamá. Gracias.

María colgó el teléfono. Estaba un poco emocionada, pero no se permitió a sí misma recrearse en su desconcierto. Llamó a Prados, que venía comiéndose una manzana Golden. Prados firmó todas las diligencias y bajó a ordenar el traslado de Elina al juzgado. La llevarían dos guardias de uniforme en un coche de traslado —bicolor y con mampara—, y María y Prados irían detrás en el Renault Megane azul oscuro camuflado. Apenas dijeron nada durante el trayecto, que duró unos quince minutos en los que María condujo atenta al coche que transportaba a Elina mientras que Prados contemplaba el cielo limpio y rugoso de un invierno tenaz como

pocos. Fuera había dos grados y dentro del coche sonaba *Don´t stop me now* a través de una emisora de música nostálgica.

—Una entrega con detenida —dijo María en la ventanilla del juzgado mientras presentaba dos copias del atestado—. ¿Está Susana Palacios?

—Sí, está en su despacho. ¿Sabe usted cuál es?

—Sí, sí. Gracias.

María cogió su copia del atestado y se acercó a Prados, que estaba sentado en una silla de plástico atornillada a la pared:

—Espérame aquí un momento —le dijo.

Y fue hasta el despacho de Susana, su contacto de confianza en el juzgado. Habían estudiado juntas en el instituto y se habían hecho inseparables cuando el novio de Susana la engañó con María. Después de darse tres voces se dieron cuenta de que ninguna de las dos tenía culpa de aquello, por lo que fueron a unos recreativos a verter su ira sobre el muchacho y después a tomar un puñado de jarras de tinto con limón y licor de mora a un bar de Pedro Antonio. Ya no quedaban mucho, pero la verdad es que a María le venía muy bien tener a Susana en el juzgado.

Se saludaron, se besaron y se contaron un par de trivialidades. Susana tenía prisa. María le contó rápido.

—Sí, yo te mantengo informada —dijo Susana mientras recogía unos papeles—, no te preocupes. Ya estamos advertidos, por lo visto ha llamado alguien, supongo que por la parte política. Seguro que la meten rápido.

—¿Qué juez le ha tocado?

—Rodrigo Ibáñez —dijo Susana.

—Su puta madre. Le podría haber tocado Alcántara.

—Bueno, ha tenido suerte.

Y es que Ibáñez era considerado un juez relativamente blando, mientras que Yaiza Alcántara era una magistrada implacable, famosa en el mundillo del derecho por su dureza y su alineación con la versión más dura de la fiscalía. María se despidió de Susana y salió. Recogió a Prados y bajaron al aparcamiento.

No se cruzaron con Elina por medio minuto. La sueca estaba cada vez peor. Había llorado durante todo el traslado, e incluso había golpeado un par de veces la mampara diciendo «Yo no he sido» y «¿Es que no lo entienden?». Ya en el calabozo del juzgado, se había sentado en una esquina y se había echado a llorar con ansiedad, con la cara pegada a la fría pared de yeso, pensando a saber en qué. Quizá en Katja, que estaría triste y enfadada; quizá en sus perros, en sus pobres perros solos en esa casa helada; quizá en la puta mentirosa que la miraba con cara de orgullo, o quizá en su padre, al que estaban molestando en su oscuro descanso ajeno al tiempo. Entraron dos guardias.

—Vamos.

Elina los miró. Sus ojeras se habían prendido en rojo a causa del llanto y aún le quedaban un par de desconchones de carmín en los labios, que parecían un trozo de pared vieja y reseca.

—La espera el juez.

Los guardias la llevaron ante un ascensor en el que tuvieron que meter una llave cada uno. Elina los miró:

—Yo no he sido.

Uno de los guardias, más que acostumbrado a aquello, le contestó:

—Eso dígaselo al juez, señora.

Morillas estaba esperándola en la puerta del despacho. Su gesto tenso puso aún más nerviosa a Elina, que ya de por sí sentía una opresión en el pecho y un aura triste y gélida que envolvía su cuerpo mientras recorría el pasillo esposada y entraba al despacho del juez, todo roble, todo libros jurídicos, todo foto del rey Juan Carlos I y todo aire helado y gris.

Elina entró con su abogado y la puerta se cerró detrás de ellos.

—Siéntese —dijo la voz ronca y rugosa del juez.

29

María pasó el resto de la mañana adelantando trabajo de otros casos. Redactando diligencias, comprobando y sellando algunos informes y sacando una sucesión de cafés turbios de la máquina mientras escuchaba Radio Nacional. Se aproximaba una borrasca de esas que tienen nombre propio. Cuando la locutora dijo que bajarían aún más las temperaturas, María la insultó mentalmente. De vez en cuando miraba el móvil para ver si Susana le había enviado algún mensaje. Nada. Así que a eso de la una y media fue al despacho del capitán Granero.

—Carlos, me voy a acercar a recoger a mi hijo del colegio, que se le va a olvidar que tiene madre.

Granero la miró por encima de las gafas.

—Vale —dijo secamente—. Pero ten el móvil encima, ¿de acuerdo? Que la sueca lleva ya demasiado tiempo allí —miró el reloj que había en la pared—. Ya es hora de que nos digan algo. Dale un beso a mi tocayo, anda.

María llamó a su madre para decirle que iba a ella a por el niño. Cuando Carlos la vio esperándolo en la puerta de la clase y echó a correr hacia ella, María sintió un enorme latigazo en la columna vertebral que la llevó a pensar que no hay nada en este mundo ni en esta vida que se parezca remotamente a lo que despierta un hijo en nuestro interior. Eso la llevó a su vez a pensar en Elina y en Hans, algo que le hizo sentir una momentánea tristeza. El niño le contó que había dibujado un autorretrato, que ya sabía multiplicar —«pero a veces me equivoco, bueno, casi siempre»— y que ahora tenían peces en clase. Caminaron hasta la casa de la abuela y allí comieron

los tres un guiso de carne y después boquerones fritos. El niño fue a su habitación a jugar, la abuela se durmió en el sofá y María volvió a la comandancia. No tuvo que esperar mucho para que sonase el teléfono de línea interna. Era Granero.

—Sargento. A mi despacho.

María recorrió el pasillo acalorada, ansiosa. Pensó en sacar un café, pero el hecho de querer saber la podía. Granero ni la saludó, sino que empezó a hablar en cuanto María entró como si ya estuvieran en mitad de una conversación. Señalaba unos folios sujetos entre sí por una pinza verde.

—¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde que el juez ha escrito esto? Yo te lo digo: cuarenta y cinco minutos. Ni una hora, cojones. Y ya me han llamado —empezó a enumerar usando sus dedos—: el subdelegado del Gobierno en Granada; el comandante Manuel Luján; por supuesto, el juez; la cónsul general sueca, sí, sí, nuestra detective en persona; también me ha llamado la Policía sueca, hablando español, y bastante bueno, por cierto. Y, por si fuera poco, ¿a que no sabes quién me ha llamado también? —María no hizo ni amago de contestar—. La prensa. El puto *IDEAL*. Toma ya. El día que yo me entere, escúchame, María, el día que me entere quién es el que filtra todo en el juzgado, ese día, ese día va a ser un día muy triste para ese pedazo de subnormal. Pero siéntate. Siéntate que te cuente lo que ha declarado la mosquita muerta, que vas a alucinar.

Ingrid se enteró casi al mismo tiempo que María. Acababa de tomar el café con su madre, ambas tapadas con una manta en la mesa camilla y sin hacer mucho caso a la telenovela a volumen bajo que habían puesto en la tele para medio dormitar, cuando Klara Pålson la llamó al móvil. Al igual que María, Ingrid había pasado toda la mañana arreglando papeleo, cuatro pasaportes y alguna documentación adicional para una familia sueca que iba a viajar a Disneyland. Mientras rellenaba los documentos, Ingrid imaginaba sus fotos allí, los cuatro sonrientes, con mochilas a la espalda y sudaderas anudadas a la cadera, abrazados lateralmente a Mickey Mouse.

Ingrid tardó unos minutos en procesar correctamente lo que la cónsul general le estaba contando. Pålson tuvo incluso que comprobar un par de veces que Ingrid seguía al otro lado de la línea o que se estaba enterando de lo que le decía. Finalmente, Klara Pålson le dijo que era muy importante que tuviera en cuenta dos cosas.

—Una: te vamos a enviar por fax un parte diario de la investigación, puesto que la Guardia Civil está obligada a informarnos por protocolo. Sobra decir que esos partes son totalmente confidenciales. Si los vas a conservar, archívalos en el repositorio consular, por favor.

—…

—¿Ingrid?

—… sí, sí, claro. Descuida.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, Klara, perdona. Solo estoy un poco impresionada.

—Lo entiendo, es normal. Han sido… muchas cosas.

—¿Qué es lo segundo?

—Pues que estoy segura de que vas a tener encima a la prensa, porque ya me han llamado de *Aftonbladet* preguntando por Hans, y me lo han dicho tal cual: cuéntenos algo sobre el asesinato del viejo en España. Así que es cuestión de tiempo que empiecen a meter la nariz. Bueno, la cabeza entera. Te van a intentar liar, Ingrid. No caigas, por favor. Es un asunto delicado y morboso, y seguramente querrán que les dé para una historia en muchos fascículos. Y no me da la gana.

—Por supuesto, Klara, descuida. Ya sabes que no tienes de qué preocuparte —dijo Ingrid justo antes de colgar el teléfono.

Después, se quedó en silencio mirando a la pared mientras se rascaba el costado con la mano izquierda, como si en aquel lugar en donde Elina la pinchó se le hubiese incrustado una esquirla ardiente, y al mismo tiempo se imaginaba a Hans, ese hombre sin voz, ese viejo solo rostro, solo ojos de momia, muerto en silencio como muere una vela, una mosca encerrada en un coche, una maceta

olvidada, un gusano atravesado por un arado, un polluelo que cae del nido en mitad de la noche en un bosque sin nombre.

No obstante, Klara se lo había contado a Ingrid con un tacto y una paciencia de los que carecían las frías formas policiales con las que Granero le dijo a María después de que esta hubiera tomado asiento:

—Bueno, sargento, pues Elina ha declarado, y aquí te dejo copia, ahora tú lo lees bien, que cuando llegó a casa de dar un paseo con el perro, se encontró a Hans muerto en el sofá.

Granero levantó las cejas.

—Vale —dijo María.

—Vale. Hasta aquí normal. Pero cuenta que se le pasaron dos ideas por esa cabeza de pajarito. La primera fue que su padre quería un enterramiento tradicional. Palabra textual: «casero». No me mires así, es lo que ha dicho. «Casero». Que en la zona de la que provienen, todo se hace en casa, desde el parto hasta el entierro. Todo. Y lo segundo en lo que pensó, lógicamente, es en la pensión. En que, si daba parte, perdería el pastón que le envía cada mes el gobierno sueco. Chica lista.

Granero hizo una pausa y sacó de un cajón de su mesa una cajetilla de Chesterfield. Mientras encendía un cigarro, María dijo:

—Y entonces lo enterró.

El capitán dio una calada despacio, recreándose en el humo que hinchaba sus pulmones, en las volutas grises y azuladas que salieron de su boca y de su nariz al mismo tiempo y que formaron una tenue borrasca alrededor de la lámpara de su mesa.

—Pues no lo sabemos. Porque el juez, después de apretarle diciéndole que cualquier persona debe dar parte de una defunción, que debía haber llamado a emergencias y que a las personas, al menos en este país, que es casualmente en el que ha muerto su padre, según la ley de enterramientos, hay que darles «un *post mortem* digno», le ha preguntado que cómo lo hizo entonces. Y Elina ha respondido entre lágrimas que se las ingenió. Tal cual. «Me las ingenié». Obviamente el juez ahí sí que le ha apretado, pero en

ese momento ha empezado el numerito. Nuestra querida amiga ha perdido completamente la cabeza. Se ha liado a llorar, a gritar como una loca, a tirarse de los pelos, a coger objetos de la mesa de su señoría y después, ojo, a convulsionar.

—No me jodas.

—Pues sí. Hasta el punto de que la han tenido que reducir. Ha golpeado la mesa del juez gritando frases en sueco y dándole el puto baile de San Vito. Por lo visto, ha tenido que venir personal sanitario para atenderla. Habría que ver a Morillas. —Granero dio un par de carcajadas y apagó el cigarro en un cenicero atestado—. Así que a su señoría se le han hinchado bien las pelotas. —Hizo una pausa antes de continuar—: Ah, se me ha olvidado contarte que, antes de que le diera la locura, el juez le ha preguntado si el padre está en la casa. Los restos, se entiende. Y ella ha asentido. Así que, aquí entras tú.

—Tengo dos preguntas.

—Espera. Antes te cuento lo que pide el juez.

—Vale.

—En primer lugar, ya sabes que estamos muy presionados: Madrid, el subdelegado, Suecia… Así que quieren un trabajo serio. Que no deleguemos.

—Que no delegue yo, entiendo. Porque el resto estáis delegando de la hostia.

—Sargento.

—Está bien. Sigue.

—Pues su señoría acaba de decretar prisión preventiva para Elina. Se la han llevado a Albolote y mañana la va a llamar otra vez a declarar. Además, quiere que precintemos la casa hoy mismo. Hace falta que alguien se pase.

—Ahora mando a Damián y que se lleve a quien haya por aquí. No hay problema.

—Perfecto. Bueno, pues mañana a primera hora hay que ir a la casa. El juez ha ordenado investigarla a fondo. A todos los niveles. Quiere que, si hay algo del padre allí, aunque sea un puto pelo, lo

encontremos. Que removamos todo lo necesario para encontrar el cuerpo, si es que está allí. Eso implica también la parcela. —María puso cara de asombro—. ¿Qué? ¿Es grande?

—Inmensa.

—Pues nada. Hay que poner aquello del revés. El juez está empeñado en saber qué ha sido de ese hombre.

—¿Puedo preguntar ya?

—Puedes.

—Primero: ¿ha dicho algo de Katja?

—Sí. Que no tuvo nada que ver. Que no estaba allí. Que no vive allí.

—Y una mierda. Sabes que ahora mismo estará allí, ¿verdad?

—Bueno, pues como la propia Katja ha dicho que no vive en esa casa, si los que van a precintar se la encuentran, que la manden a tomar por culo. Lo segundo.

—¿Cuándo dice que murió Hans?

—Hace cinco años. Enero del noventa y cinco.

María se echó a reír. Granero también sonrió.

—Justo cuando algunos delitos prescriben, qué casualidad. Me da que esta prefiere ponerse más años de estafa, pero que prescriba otra cosa. Sea lo que sea.

—Tiene pinta, sargento. Pero demuéstramelo.

—Otra cosa.

—¿No eran dos?

—Bueno, tres.

Silencio. Sonrisa.

—¿Y el gobierno sueco? ¿Sabemos si va a hacer algo? —preguntó María.

—Ni idea. El juez ya les ha dicho que el delito fiscal es cosa de ellos. Él no tiene competencia en lo del dinero. Tiene toda la pinta de que aquí no le vamos a poder meter mano con la estafa, así que Suecia tendrá que decir algo. Pero esa gente tiene escarcha por dentro. Ya sabes, muy civilizados, pero están cuajados. A ver por dónde salen.

—Pffff.

—Pues sí. Bueno, resumiendo. Que mañana tienes que llevarte a la casa toda la gente que puedas. A primera hora os quiero allí.

María pensó.

—Creo que con diez estaría bien.

—¿Doce?

—Pues te lo miro, pero creo que sí. Pero como esto se dilate mucho y estemos en la casa todo el fin de semana, la semana que viene no va a trabajar nadie, Carlos. Os va a caer una lluvia de días libres acojonante.

—Ya me encargaré yo de que trabaje alguien, sargento. Vete a casa ya, anda. Que esto promete ser intenso. Mañana el juez ha citado a la sueca a las diez. Cuando sepamos algo, te llamo. Ah, toma. —Granero le tendió a María una bolsa zip cerrada—. Las llaves. Hemos hecho copia, así que puedes darle una a quien vaya a precintar. Encontradme al puñetero viejo.

María llegó a casa a las siete de la tarde después de dejar preparado todo el dispositivo de registro del día siguiente. Un par de guardias ya habían precintado la casa de las suecas y, para su estupefacción, no habían encontrado allí ni personas ni animales. Ni a Katja, ni a los perros, ni a los gatos. Damián Sánchez, el guardia que había llevado a cabo el precinto, un zorro viejo que rebosaba mala hostia y un ingenio desperdiciado por su ilimitada pereza, se lo dijo claro cuando la llamó:

—Le hemos dado todo un día para prepararse. No hemos estado muy avispados ahí, mi sargento.

Ya en su casa, María sintió ese vacío extraño y desprovisto de sentimientos que lo motiven que solo puede rellenar la vacuidad del capitalismo, por lo que le propuso a Carlos ir al McDonald’s a cenar. Su madre vivía en la Plaza de Gracia, así que el de Recogidas les caía cerca. El niño se mostró encantado y cenó con alegría, entusiasmado por su Happy Meal y la figura de Buzz Lightyear que le vino dentro de la caja. Cuando regresaron a casa de su madre, María pensó que la comida basura es el perfecto emblema del capitalismo,

pues toda aquella parafernalia de luces, colores, música y mensajes bien estudiados ofrece un consuelo basura, asquerosamente instantáneo, y que provoca una cierta resaca y el mismo malestar estomacal que el de las hamburguesas de McDonald's.

Cuando Carlos se acostó, María también se metió en la cama y leyó el dosier de la declaración de Elina. Alabó las increíbles dotes de transcripción de la secretaria judicial para plasmar por escrito todos los elementos extraverbales que habían ocurrido en aquella sala: los golpes, los gestos, las convulsiones, la llegada de la atención médica. Y una frase enunciada constantemente por Elina que aparecía sin cesar a lo largo de aquellos nueve folios igual que una plegaria recorre sin descanso un texto litúrgico: «Mi pobre padre».

Esa noche María sí que se masturbó con ganas, hasta el punto de dejar la sábana bajera completamente empapada y tener que poner una toalla sobre la enorme mancha de flujo que tenía forma de ballena o quizás de zepelín, con la esperanza de que la absorbiese durante las horas que faltaban hasta el amanecer.

A mitad de la noche vomitó.

30

Mientras María se preparaba para ir a La Umbría —botas de campo, varias capas térmicas, chubasquero, algo de fruta—, el diario *IDEAL* llegaba a los quioscos con este titular encabezando la sección de sucesos en letra gigantesca y renegrida: «SE BUSCA, VIVO O MUERTO». La noticia contaba que «un juez de Granada y el gobierno de Suecia investigan la desaparición de un ciudadano de dicha nacionalidad, H. M., que hoy debería tener 89 años. Su hija, E. M., ha declarado que falleció hace al menos cinco años, aunque según ha podido saber este diario, no ha dejado claras ni las causas de su fallecimiento ni lo que hizo con el cadáver, pues no ha sido capaz de presentar pruebas de dónde está enterrado o incinerado, ni de la funeraria que intervino, etc. […], pero lo que está claro es que ni el padre ha renovado su pasaporte ni el gobierno sueco ha podido localizar al anciano, a pesar de que su pensión se lleva cobrando ininterrumpidamente desde que se jubiló, en 1985». La noticia iba acompañada de una fotografía de la casa de las suecas tomada desde la esquina de la urbanización. Tenía que haber sido hecha la tarde anterior, justo al rato de producirse la filtración, pues apenas se intuía tras el tejado un resquicio de luz solar, lo que dotaba a la imagen un aire de portada de novela gótica o quizás de antología de los relatos de Howard Phillips Lovecraft. Y terminaba el texto con la siguiente conclusión: «La solución del enigma corresponde a la justicia».

Aunque había anunciada una borrasca, el cielo de invierno amaneció limpio y con algunas nubes redondas, dispersas y tupidas, tintadas de un rosa anaranjado a causa de la aurora que las hacía

parecer pomelos flotantes. Aparcaron los coches fuera de la casa y atravesaron las cancelas a pie. Nada más acceder a la parcela, María estuvo a punto de decirles que no se dejaran embaucar por aquella decadencia patética, por aquel salvajismo hostil, pero se calló por miedo a condicionar a su equipo. Pero lo cierto es que esa aridez escarchada y mezclada con toda aquella basura decrépita provocaba una desazón inmediata en cualquier alma que la contemplase. Las piezas de coche, la bañera, los gatos descuartizados, el maniquí con la peluca rosa, la mierda de perro…, todo constituía una especie de agresión que empezó a notarse desde bien temprano en la cara de los agentes. Caminaron hacia la casa y María les señaló en dirección al terreno.

—Todo aquello es suyo. Ni siquiera se ve el límite.

—Joder con la sueca —dijo alguien.

—Como nos toque peinarlo… —dijo otro alguien.

—Pues creo que deberíamos ir haciéndonos el cuerpo —dijo María antes de echar a andar hacia la casa.

Dentro, los recibió aquel olor a moho marrón, a vegetal simbionte que se integraba en un fondo animal de orina y de sudor humano.

—Abrid una puta ventana —dijo un alguien distinto a los dos alguien anteriores.

—Bueno —dijo María—. Ahora os daréis cuenta de que la casa es muy grande. Así que prestad mucha atención a cómo nos vamos a dividir porque estar tantos no es lo habitual, por lo que corremos el riesgo de pisarnos el trabajo. Esteban, tú vas a mirar exclusivamente papeles. Ve buscando lugares donde pueda haber. Luis, tú a la cocina. Está arriba. Quiero todo fotografiado y catalogado. Sin prisa, ¿de acuerdo?

Y así, María fue asignando tareas a cada agente. Prados y ella harían un poco de todo, y ayudarían especialmente en la clasificación de las pruebas.

—Sed minuciosos, por favor. Nos pagan para eso.

María no recordaría jamás un registro en el que hubiera habido tanto movimiento en tan poco tiempo. Y es que lo que más se

escuchó durante las primeras horas en aquella casa, una casa que conceptualmente pasó a lo largo de aquella mañana de ser simplemente un lugar siniestro y sucio a convertirse en el vivo epicentro del espanto humano, fue: «Jorge».

—¡Jorge! —gritaba alguien en el piso de arriba.

—¡Jorge, ven a la cocina!

—¡Jorge! ¡Salón, por favor!

—¡Jorge, baño de arriba, cuando puedas!

—¡Jorge!

Jorge era el fotógrafo de la unidad, y solamente durante las primeras tres horas de registro hizo más de dos mil fotos. Porque ya en esas primeras horas encontraron varias decenas de objetos dignos de ser fotografiados: una cesta de mimbre de casi un metro de altura llena de preservativos usados, todos apelotonados como babosas traslúcidas; bolsas de basura a rebosar de pelo humano, bragas infantiles debajo de algunas camas; fotografías de escenas sexuales y de personas en la calle, evidentemente espiadas —Ingrid entre ellas—; un enorme hueco que parecía recién hecho en una pared de la planta baja donde, según la cónsul, había un sofá de obra que emanaba un olor putrefacto; varios altares rituales que revelaban algún tipo de hechicería, todos a rebosar de velas y objetos personales como relojes o calcetines; pinturas espantosas que parecían el producto de una mente enferma; comida en descomposición en rincones inverosímiles (¿cómo podía alguien dormir con un muslo de pollo a rebosar de larvas amarillentas dentro del armario?). Una sucesión inagotable de hallazgos —velas de todos los colores con nombres grabados en ellas, calaveras humanas, botecitos con embriones en formol, botecitos con semen congelado, más botecitos con fluidos indeterminados, con uñas, con pestañas— que llevaban a los agentes a requerir sin cesar la presencia de Jorge y a soltar continuamente exclamaciones del tipo:

—¡Joder, no os vais a creer lo que hay aquí! ¡Me cago en la puta!

Antes de llevar ni siquiera una hora en la casa, todos los agentes se habían puesto mascarilla, algo que no podía camuflar sus gestos

de asco y espanto, porque la repugnancia y el horror se expresan casi por completo a través de la mirada. Hacía frío. Muchísimo frío. Prados subió al máximo el termostato de la calefacción, pero los radiadores se mantuvieron completamente helados, impasibles. Por su parte, María pasó casi toda la mañana ayudando a los agentes encargados de la primera planta. Primero, porque era la zona donde había más rincones que inspeccionar, y segundo, porque era, sin lugar a duda, el sitio más descorazonador que aquellos agentes, todos experimentados, habían inspeccionado en sus vidas. Las moquetas anaranjadas que desprendían aquel inagotable olor a orina; las paredes de color granate; las lámparas titilando como velas funestas; los altares de magia negra y la constatación fehaciente de que aquello era un prostíbulo constituían una mezcla de estímulos devastadora, incluso para María, que había vivido al frente de aquella unidad de la Policía Judicial prácticamente todas las situaciones posibles y que estaba experimentando cómo aquella casa le carcomía el ánimo como si fuese víctima de la posesión de un espíritu maligno.

Había algo que ocurría en el salón mientras María ayudaba con la primera planta y que la sargento desconocía: uno de los agentes llevaba órdenes diferentes al resto. Ese agente era Esteban Gil, el especialista en documentación. Él siempre era el encargado de rebuscar cajones y archivadores para clasificar y decomisar todos los documentos relevantes para el caso. Tenía un instinto y un método impresionante para encontrarlos. Por eso, Granero había hablado con él de forma absolutamente confidencial el día anterior. Apenas diez minutos le habían bastado al capitán para contarle el problema a Esteban Gil y para facilitarle la lista. De los siete nombres que figuraban en ella, solamente aparecieron dos en la casa de las suecas: Manuel Luján, el reputado coronel de la Guardia Civil, y Christian Fajardo, un concejal del ayuntamiento de Granada. En silencio, sentado en la silla de despacho de Katja, comprobando que ningún agente lo mirase, Esteban Gil cumplió con la tarea paralela que se le había encomendado en los despachos. Se guardó en la

mochila las fotografías de aquellos dos hombres —las del coronel eran especialmente comprometedoras— y ya por la noche Granero pasaría por su casa a recogerlas y a felicitarle por la «increíble labor» que había llevado a cabo.

Es también conveniente señalar algo relevante: durante toda aquella primera mañana en la que registraron las dos plantas habitadas, no hubo nada, absolutamente nada, que indicara presencia de Hans en aquella vivienda. Y eso era lo sospechoso. La ausencia absoluta. Aun así, María tenía esperanzas puestas en el sótano y en el corral, pues según el relato de Ingrid Sørensen, Katja contaba continuamente que Hans pasaba tiempo en la zona del subsuelo, igual que los vampiros, los chupacabras, las anacondas y los gusanos de Mongolia, algo que, como todo lo que decía Katja, tenía pinta de ser mentira. «Pero nunca se sabe —pensaba María—. A veces no hay mejor forma de engañar a alguien que diciendo la verdad».

El equipo paró a la una y media para almorzar. Prados había reservado mesa para quince en un asador con chimenea y paredes de madera adornadas con cabezas de ciervo y fotos del lago. La comida empezó en silencio, pero poco a poco empezaron las conversaciones acerca de los hallazgos que habían sumido al grupo en aquella desolación apagada y plomiza similar a una borrasca en mitad del desierto, y fue Quintana, con su habitual aire cínico y corrosivo, en una especie de símil bíblico discursivo, quien mejor describió el sentir de la unidad cuando, tras apurar su café cortado y dejando la taza sobre el platito, dijo con aire abatido:

—Los caminos de la miseria humana son inescrutables.

Mientras aparcaban los coches junto a la casa, un fotógrafo empezó a sacarles fotos. A su lado, un tipo miraba los vehículos con aire perplejo, quizás calculando el jugo que podría sacarle a la escena. Los agentes salieron y el tipo lanzó preguntas al aire, como un predicador encaramado a una caja de serpientes en un suburbio de Alejandría.

—¿Se sabe algo del viejo? ¿Fue ella? ¿Ha aparecido? ¡Eh, agentes!

La comitiva policial bajó de los coches y atravesó andando las cancelas en un silencio procesional.

—Agentes, ¿saben qué ha declarado hoy? ¿Sospechan de alguien más? —siguió preguntando el reportero.

María, que cerraba la fila de policías, lo miró con más pena que otra cosa. Pensó fugazmente en su trabajo, en estar ahí toda la tarde bajo el aguijón de aquel frío tenaz, de la borrasca naciente, suplicando por las migajas de sus palabras. Le sonrió con una mueca melancólica.

—Nada por ahora —dijo.

—De acuerdo —dijo el periodista con aire agradecido.

En cuanto entraron a la casa, donde los recibió de nuevo ese olor a ciénaga enferma del que era imposible escapar, el mundo ya estaba cubierto por las primeras nubes negras que auguraban la tormenta prometida. Y fue entonces, a primera hora de la tarde, de manera casi seguida, cuando ocurrieron los dos hechos más relevantes del día: la llamada y el disparo.

La llamada fue de Granero, a eso de las tres y media. El móvil vibró en el chaleco de María.

—Sargento, prepárese. Que vienen curvas —dijo en cuanto María descolgó. Ella guardó silencio, si acaso hizo un sonido tipo «Hmmm»—. Primero, lo más sencillo. Esta misma tarde llega un agente de la Policía sueca. Por lo visto es un investigador muy bueno. Se va a incorporar a tu equipo.

—Pero…

—Sé lo que me vas a decir. Que no te hace ni puta gracia. Pero ya está, no le des ni media vuelta porque es lo que hay. Esto tiene mucho de política, María, ya lo sabes. Vamos a lo importante. ¿Estás en el salón?

—No, en la cocina.

—Vale, pues ve al salón.

Hubo una pausa en la línea en la que Granero escuchaba las voces mecánicas de los agentes y María la respiración sofocada de un fumador compulsivo.

—Estoy —dijo.

—¿Cómo de grande es la chimenea?

María la miró.

—Pues normal —contestó—. ¿Por qué?

—Normal. ¿Dirías que tirando a pequeña o a grande?

—No sé, Carlos. Más bien a pequeña. ¿Me puedes decir qué pasa?

—¿Cuánto dirías que mide el hueco? De ancho, me refiero.

María escrutó la chimenea.

—Yo qué sé… Mmm… —María evaluaba el hueco con los ojos entrecerrados—. Te diría que… unos ochenta centímetros. Noventa como mucho.

—Perfecto, más o menos lo que pensábamos. María, ¿te acuerdas de lo del enterramiento casero?

—Sí, claro.

—Pues Elina le ha contado al juez que incineró a su padre en la chimenea. En *esa* chimenea.

Silencio. Nueva mirada al hueco. Limpio, algunas cenizas en la base. Demasiado pequeño. Leña apilada al lado. Una telaraña rota en la esquina.

—No me jodas, Carlos.

—Y tanto que sí. Dice la señorita que era el deseo de Hans. Que quería una incineración y que la muerte era para él algo muy tradicional, algo de lo que únicamente se debe encargar la familia, sin intermediarios. Y obviamente, que sus cenizas se disolvieran en la tierra oscura. El tono poético no es mío. Lo ha dicho tal cual: «Que se disolvieran en la tierra oscura».

—Suena por completo a texto aprendido.

—A pregunta de examen.

—Su puta madre.

—Bueno, pues nuestra querida amiga se ha vuelto a encasquillar justo ahí. Ha hecho un bis del mismo numerito. Llantos, convulsiones, «mi pobre padre», «ay, Dios mío», etcétera. Ya sabes. Así que se la han llevado de vuelta a prisión. Dicen que se pasa las noches maldiciendo en sueco hasta que se duerme.

—¿Cómo saben que está maldiciendo?

—Por el tono.

—Entiendo.

—Bueno, pues escucha qué vamos a hacer. El juez ha llamado a un profesor de la universidad que colabora con el juzgado para que prepare un informe sobre la chimenea. Para ver si es plausible quemar ahí un cuerpo.

—Ahí no entra una persona. Ya te lo digo yo, Carlos. No entra ni un puto *hobbit*.

—Ya, ya. Pero eso lo tiene que redactar este hombre. Además, va a tomar muestras y va a hacer un estudio científico de la temperatura y todo eso. Como obviamente el perito va a decir que la versión de Elina no es coherente, nos vamos a anticipar. Vas a ir pidiendo ya cita en prisión para hablar con ella. Mañana, sobre la una. Para darle tiempo al perito de decirnos que está mintiendo. Llama ahora por línea interna y después cita también a Morillas. Apriétale a Elina a ver qué te cuenta. Si le da un chungo, al menos los médicos están más cerca.

—Vale, ahora mismo llamo. Sin problema.

—Ah, habrás visto que estamos en el periódico.

—No, pero me lo he imaginado. Tengo en la puerta a una patrulla.

—No quiero que les deis ni los buenos días, ¿estamos?

—Por supuesto.

—Ya se ha decretado el secreto de sumario, creo que no te lo había dicho.

—No, pero estaba cantado.

—Así que, en teoría, todo está blindado, pero algo se escapará. Que lo filtre el cabronazo que suelta todo, pero nosotros, nada de

nada.

—Nada de nada. Descuida, Carlos. Mi gente le tiene alergia a la prensa.

—Perfecto. —Granero hizo una pausa en la que se escuchó el chasquido de un mechero—. Bueno, te dejo. Organiza lo de mañana y llámame luego para contarme. Quizá sería interesante que te acercases al Ayuntamiento de La Umbría a preguntar por los documentos. Me da la sensación de que el juez no va a tardar en llamarlos.

—Vale, Carlos. Está a diez minutos, ahora me paso. Estoy pensando también en hacerle una visita a la tal Ingrid. A la cónsul. No le hemos hecho ni puto caso, y es la más afectada por estas dos.

—Bueno, como quieras. No le hemos hecho caso porque su informe es muy completo. Es más que posible que te cuente la misma película. Pero si le puedes hacer un hueco, pásate. A ver si hay algo que no aparezca.

En cuanto María colgó, como si la hubieran esperado para que no se perdiera la función, sonó el disparo. Todo el mundo levantó la cabeza al mismo tiempo, todo el mundo echó a correr en dirección a la planta baja, algunos desenfundando el arma, otros, gritando: «¡Informen!». María iba la última, corría escaleras abajo tras una espalda que perseguía a otra espalda. Se escuchaban gritos de dolor.

—¡Joder! ¡Mierda! —dijo el primero que vio la escena en la entrada del sótano.

María tardó en llegar. Los gritos —afilados, llorosos— eran de alguien realmente jodido. Se abrió paso. Era Fermín, un cabo muy joven. Estaba sentado en el suelo, junto a un bulto enorme, gigantesco. María consiguió apartar a un par de agentes para contemplar aquella bestia abatida que aún enseñaba las mandíbulas en su ocaso de cancerbero vencido por una gesta heroica.

—¿Qué ha pasado? Mierda. ¿Qué coño ha pasado, Fermín?

La pierna de Fermín escupía sangre y en el aire se había impuesto un olor dulzón a pólvora. En el suelo, la sangre de aquella criatura descomunal se iba extendiendo como la nieve que se derrite el

primer día de calor de una primavera tardía. María no había visto un perro tan grande en toda su vida.

—He… he… abierto la puerta y… se me ha abalanzado. Me ha intentado saltar al cuello, pero lo he esquivado. Después… se me ha enganchado a la pierna… Joder…, qué dolor. ¡Mierda…! ¡Ahh!

—Tranquilo, Fermín. No tiene mala pinta —dijo Quintana—, de verdad que no. Viene una ambulancia, pero tranquilo, que está bien. No sabes qué inventar para escaquearte, ¿eh, cabrón?

Fermín se rio con aire cansado. El olor metálico de la sangre se impuso sobre la pólvora y el poso a liquen sucio omnipresente en el aire de toda la casa.

—Le he puesto la pistola en el lomo y le he disparado. Joder… No me he dado en el pie de milagro.

Efectivamente, María comprobó cómo la bala había atravesado a la bestia y se había alojado en la pared de enfrente. La ambulancia llegó, haciendo las delicias del fotógrafo del periódico. También llamaron a la clínica veterinaria con la que tenían convenio para que retirasen al perro y le hicieran la autopsia patológica, que era obligatoria si un animal hería a un agente.

—El periodista tiene que estar empalmado —dijo Prados.

—Creo que ya se ha corrido —corroboró María. Hizo una pequeña pausa antes de anunciar—: Mañana voy a verla. A Elina.

—Coño.

—Le daré las gracias por esto. Aunque ha sido cosa de Katja, evidentemente.

—Claro que sí. Nos ha dejado el perro preparado.

—Como una puta bomba que se activa al abrir la puerta.

—Si Fermín no llega a ir armado, se lo carga.

—Vaya que sí.

María subió e informó a la unidad de las novedades. Las caras de asombro con el asunto de la chimenea fueron dignas de foto. El primer comentario fue, lógicamente, de Quintana: «Joder con la sueca. La que parecía gilipollas». Todos miraban continuamente a la chimenea como quien mira a un conocido que de la noche a la

mañana se ha hecho famoso. María les recordó que no hablasen con la prensa y les asignó las tareas antes de marcharse. Antes de salir, se acercó a Prados.

—Voy a acercarme al Ayuntamiento a hablar con los lumbreras de los funcionarios. Me da la sensación de que el juez está caliente con ellos.

—Normal. Esos van a terminar pringando, ya verás.

—Como aún es pronto, quiero que te des una vuelta. Toca a las puertas de la urbanización, entra al bar, párate con algún transeúnte… Pregunta por ellas, a ver qué te cuentan.

—Por supuesto, mi sargento. Me muero de ganas de salir de aquí.

—Ya imagino. Bueno, me voy. Con lo que sea, me llamas.

—Sí, descuida. Llevo grabadora, así que cuando haya hablado con un puñado de personas, te hago informe.

—Perfecto, luego hablamos.

María habló con la alcaldesa y con los policías que la habían atendido tres días atrás. Condensó todas las conclusiones en una pregunta que le lanzó a la alcaldesa, quien, sentada con cara de boba bajo un retrato de sí misma en el que mostraba el mismo gesto obtuso, bebía una infusión adelgazante:

—¿Es usted consciente del nivel de negligencia que han alcanzado?

La alcaldesa dio un trago a su bebida, arqueó las cejas y contestó:

—Pues no, sargento. La verdad es que no.

—Ese es el problema —dijo María levantándose y caminando hacia la puerta—. Esperen una llamada del juez.

Cuando salió del Ayuntamiento, Venus ardía pálido en el este. El pueblo olía a leña quemada y a hierba húmeda. Cogió el coche y pensó en que aún le daba tiempo de pasar a ver a la cónsul antes de marcharse a casa. Pero sonó el móvil. Era Quintana.

—Dime.

—María, hemos encontrado algo.

—¿El qué?

—Vente y lo ves. No lo tenemos muy claro.

—Vale, estoy en diez minutos.

Así que dio media vuelta y decidió que visitaría a Ingrid al día siguiente. No era algo urgente. Condujo hasta la casa sumida en pensamientos difusos y cansados, escuchando un CD pirata de Jarabe de Palo que insistía en que todo depende de según cómo se mire. «Pues sí», pensó María mientras aparcaba. «Llevas toda la razón, muchacho».

—Coño —dijo al bajar del coche, al ver que los periodistas se habían multiplicado.

Se acercaron con grabadoras, micrófonos, *flashes* que la deslumbraron.

—Nada que declarar. Por favor, dejen pasar. Nada por ahora, lo siento.

Y entró en la casa, donde las luces encendidas les conferían a los pasillos un aire de decadencia victoriana. Apenas vio a nadie.

—¡¿Hola?! —exclamó.

—¡Baja, María! ¡Estamos en el sótano! ¡Por la escalera que hay al fondo del garaje!

María bajó y la recibió Quintana.

—¿Qué pasa?

—Pues que nos ha extrañado que la calefacción no funcionase. Joder, estábamos helados. Así que he bajado a comprobar la caldera. Y mira, asómate.

María se aproximó al depósito de gasoil que le señalaba Quintana. Era enorme, y la parte de arriba se veía suelta, recortada de forma casera para poder extraerse.

—Le he dado unos golpecitos y parecía lleno. Me he encaramado arriba y me he dado cuenta de que toda la parte superior es una especie de tapadera. Súbete y levántala.

María subió a la escalera y movió la tapa. Uno de los guardias acercó una linterna. No tuvo duda de lo que había dentro de aquel enorme depósito. Cal viva. Kilos y kilos de cal viva. Y entre ella,

asomando y a medio enterrar, trozos de hueso, dientes sueltos y rastrojos de pelo fresco, aún empapados de oscura sangre arterial.

—Mierda —dijo.

31

Se reproduce aquí el breve informe que el guardia Moisés Prados presentó a la sargento María Infante con las declaraciones de las personas que tuvieron a bien pararse a hablar con él. Muchas rechazaron hablar sobre Katja y Elina. La mayoría dijeron algo similar a aquella letanía de Bartleby, el escribiente de Melville: que preferirían no hacerlo.

Carmen María Díaz, vecina (chalé 6B): «¿Sabe lo que le digo? Que son buenas mujeres. Que no se meten con nadie, y que la gente lo que les tiene es envidia. Pero envidia de la mala. Este pueblo es así. ¿Qué? Yo qué sé por qué. La gente funciona así. Envidia a los demás, sin motivo. ¿Cosas raras? No, no que yo sepa.

Luis, dueño bar Luque, calle Romerales: «Buah, cosas raras, todas las que usted quiera. Si todo el mundo lo sabe, hombre. Aquello es una casa de putas. Y a saber qué más. No, no. Yo, jamás. Yo vivo muy feliz con mi familia, no me hace falta relacionarme con ellas. Pero no se crea usted, ahí van más hombres casados que solteros, ya se lo digo yo».

Lucas —no refiere apellido—, transeúnte: «Esas mujeres son una ruina para el pueblo. Tienen chantajeado a todo dios. Consiguen lo que les da la gana, y siempre del mismo modo. ¿De qué modo? ¿Pues de qué modo va a ser? ¿Putas? Sí, claro. Pero eso es lo de menos. Son muy peligrosas. No sé, muy peligrosas, sin más. Hay cada historia… No, prefiero no contar más. Luis, el del bar Luque. Ese suele ir por allí».

Carolina —no refiere apellido—, transeúnte: «Yo estoy divorciada por su culpa. Las granjeras, las llaman. Pues porque les sacan la leche a todos. Sí, sí, a todos. Tienen el pueblo echado a perder, ese par de zorras. Mi ex iba allí. Lo metieron en la droga, en los vicios. Lo volvieron loco. Por lo visto, allí las orgías son tremendas. Allí se puede hacer lo que uno quiera. No lo sé, ya apenas lo veo. No quiere saber nada de mí ni de la niña. Sí, sí, aquello es de locos. Con todos esos perros, la droga, las mujeres. Ya era hora de que alguien preguntase por ellas. A ver si les metéis mano. Porque los primeros que van allí son los policías y los políticos del pueblo, ya se lo digo yo. No, no, yo me cambio de acera cuando las veo».

Miguel Orellana, policía local: «De vez en cuando hay que pasar por allí, sí. Pero vamos, que tampoco es nada tan extraño. Hacen fiestas, van hombres, quizás algo de farlopa…, ya me entiendes. Pero nada grave. Les va la marcha y poco más. No, no creo que haya prostitución allí. Solo fiestas. No, qué va. Solo he ido a nivel profesional, por temas de ruidos y cosas así. Ni siquiera he llegado a entrar».

Varón de unos cincuenta años, habla conmigo a cambio de ocultar su identidad: «A las dos me las he follado. Eso es increíble. No es que estén especialmente buenas, pero son dos fieras, hazme caso. Increíble. Sobre todo, la idiota. Esa te revienta. Pero sí, claro. Aquello tiene putas, sobre todo los viernes. Los viernes es de locos. Ten en cuenta que aquí en el pueblo hay varias peñas de fútbol que se juntan los viernes por la noche para jugar. Y claro, como aquí no hay polideportivo, decimos que vamos al de Dúrcal. Pero ni de coña. Donde vamos es a casa de las granjeras. Pues hombre, a la parienta se le dice que uno viene ya duchado y se acabó. Aquello es la hostia, pero eso sí: esas tienen más peligro que su puta madre. Mejor estar de buenas con ellas. ¿Magia negra? No me extrañaría. Esas son capaces de todo. No lo sabe usted bien. Pero de todo. ¿Qué han hecho ya?».

Rose Smith, chalé 2: «Se habla mucho sobre ellas, pero yo la verdad es que no tengo problema. Es verdad que se ve mucha gente entrando y saliendo, pero poco más. De puertas para adentro, que cada uno haga lo que le dé la gana. Yo me cruzo mucho con ellas, sí, con las dos. Salgo a caminar por el monte y ellas van con los perros. Siempre muy amables, sí. Muy educadas. No, jamás he percibido nada de eso. ¿El padre? No, siempre las he visto solas».

Varón de unos cuarenta años, parece venir a la casa. Cuando me ve, camina rápido en dirección contraria. Me pide que no lo identifique: «Solo quería pasar a saludarlas, sí. Son amigas. Solo amigas, sí. Les hecho un par de arreglos en la casa alguna vez. Albañil, sí. ¿El padre? Pfff, ese hombre estaba hecho una mierda, hace siglos que no lo veo. No me joda que ellas son las que ha dicho la radio. Hostia puta».

32

El terreno árido de la finca los rodeaba como un gran plato que tiritaba a causa del aire gélido de la mañana. Todos los agentes llevaban las manos en los bolsillos y se encogían como aves mojadas.

—¿Por qué no entramos? —preguntó Rasmus, cuya falta de ropa de abrigo tenía a toda la unidad asombrada.

—Estamos esperando al perito —contestó María con sequedad.

—Porque huele a mierda —dijo alguien.

—Pero deberíamos entrar e ir empezando. Aquí no hacemos nada —dijo Rasmus en su español tosco pero funcional, encogiéndose de hombros.

María y Quintana se miraron con cara de desesperación. Un pájaro negro, levemente azulado, se posó en la tierra helada y picoteó una masa del color de las fresas podridas que tiempo atrás había sido un animal pequeño.

Esa mañana, además de incluir una nueva fotografía de la casa y de los agentes de espaldas atravesando las cancelas, el diario *IDEAL* narraba con un dramatismo decimonónico el curso de las investigaciones, titulando: «EL JUEZ DECLARA SECRETAS LAS INVESTIGACIONES SOBRE LA DESAPARICIÓN DEL CIUDADANO SUECO DE LA UMBRÍA». La noticia se hacía eco de que el juez había decretado secreto de sumario y esbozaba un breve retrato de Hans y de Elina. También alardeaba: «Estos hechos, revelados en exclusiva por *IDEAL*, ya poseen repercusión en Suecia, y periodistas nórdicos en misiones informativas en España se están interesando por el caso». Pero lo realmente jugoso estaba en la sección de opinión, donde un tal Juan

Miguel Membrilla titulaba su columna diaria «El sueco», y en ella hacía un retrato de Elina en clave irónica: la calificaba de «valquiria», contaba que «el día que el padre se hizo definitivamente el sueco, la hija decidió hacerse un poco más española», y añadía que Elina «utilizó las dos mitades de su doble nacionalidad: la sueca para callar, la española para trampear». A modo de colofón, concluía su pieza de la siguiente manera: «Granada ya forma parte de la Suecia profunda. Unamuno la gozaría».

Rasmus, el agente enviado por la policía sueca, había esperado a María en la comandancia desde las seis de la mañana, y desde que le dio los buenos días y acto seguido preguntó que por qué empezaban tan tarde a trabajar, se había dedicado a cuestionar todo lo que María le iba contando acerca de la investigación: los tiempos, el número de agentes, la manera de llevar la desaparición, la prensa… Cuando entró al baño antes de salir hacia La Umbría, Quintana miró a María con media sonrisa y la sargento le dijo:

—Lo voy a echar al puto depósito de cal, te lo juro. Qué coñazo de tío.

El perito llegó a La Umbría pocos minutos después que los agentes. Era un tipo rechoncho, calvo y con una enorme barba blanca. El típico suegro a quien algún yerno probablemente llamaba Papá Noel. Todos entraron y todos se echaron mano a la boca ante aquel repugnante hedor que se había acrecentado en la entrada de la casa a causa del charco de sangre seca y entrelazada que habían dejado Fermín y la bestia.

—¿Qué sabéis de Fermín? —preguntó alguien.

—Está perfecto —contestó Quintana—. Lo tienen medio drogado porque le duele bastante, pero no se le ha infectado. El perro no tiene enfermedades, ya le han hecho la autopsia, así que en unos días estará como nuevo.

—Joder, menos mal —dijo Prados.

—Ese ataque era evitable —dijo Rasmus señalando con el dedo hacia la sangre.

—¿Disculpa? —atajó María con aire enfadado.

El resto del grupo ya estaba dispersándose para dedicarse a sus tareas y el perito había subido en dirección a la chimenea.

—¿Cómo se abre una puerta cerrada de una casa *como* esta sin tomar precauciones?

María lo miró con aire de indignación.

—¿Me estás diciendo que en una casa vacía y precintada hay que abrir con cuidado las puertas por si aparece de la nada un *rottweiler* de ochenta kilos que durante todo un día no ha emitido ni el más mínimo ruido?

—Justo eso, sí.

—Perdona que te diga, pero no tiene ningún sentido.

—Ya, pero tenéis un agente herido.

—Mira, Rasmus, una cosa te voy a decir. Me parece que…

—¡Sargento! —gritó Quintana—. ¿Puede venir a la cocina? ¡Jorge, ven tú también!

María echó una mirada de navaja a Rasmus y echó a andar escaleras arriba. El sueco la siguió. Cuando llegaron a la cocina, Jorge ponía un testigo métrico sobre la mesa y fotografiaba un objeto que había a su lado. Quintana lo miraba en silencio. Era una dentadura postiza.

—La he encontrado debajo de aquel mueble. Estaba comida de mierda, lógicamente. Lo mismo es del viejo, ¿no?

—Perfecto, Ramón. Algo es algo. Si es de Hans, sería lo primero que encontramos. Ya era hora, joder. Guardadla con cuidado, voy a ver al perito.

El perito había medido la chimenea y tomado muestras de ceniza. Cuando María entró al salón, preguntó:

—¿Qué tal?

—Voy a encenderla y a tomar datos de la temperatura. Pero como todos habréis podido concluir, aquí no cabe una persona entera. Y dudo mucho de que en esta chimenea puedan alcanzarse temperaturas suficientes para cremar un cuerpo.

—Somos agua —dijo Rasmus—. Un cuerpo fresco no se puede quemar ahí.

—Exacto —corroboró el perito.

Lo dejaron haciendo sus comprobaciones y procedieron al registro del sótano. Como el resto de la casa ya estaba casi inspeccionado, María se llevó a seis agentes. Colocaron focos en los extremos, se repartieron las habitaciones y el fotógrafo empezó a hacer planos generales.

—¿Cómo va el depósito?

—Acércate por allí —dijo Prados—. Todo un espectáculo.

—¿Qué depósito? —preguntó Rasmus.

—Ven y lo vemos —respondió María.

—Poneos mascarilla —dijo Prados.

Los dos agentes encargados de extraer lo que había en el interior del depósito se habían colocado máscaras completas, que les tapaban toda la cara. Iban echando la cal que extraían con palas similares a las que se usan en los supermercados para los frutos secos en unas cajas de plástico puestas a la izquierda, y los restos orgánicos en otras cajas distintas, estas colocadas a la derecha.

—¿Qué es esto? —preguntó Rasmus.

—La caldera. La calefacción no funcionaba, así que comprobamos el depósito de gasoil. Resulta que no tiene gasoil, sino cal viva.

—Y animales —dijo uno de los agentes.

María y Rasmus miraron las cajas de la derecha. El otro agente enmascarado extrajo del depósito un cachorro negro a medio calcinar y lo depositó con cuidado en el recipiente. Hizo un ruido blandito, un sonido leve de cojín de seda.

—Completos, llevamos ya seis cachorros. Tiene pinta de que echan aquí los perros defectuosos. Los criadores son así. También hemos encontrado trozos de otros perros, muy distintos a los *rottweilers*. Evidentemente, conforme bajamos de profundidad, peor están los restos. Es pura geología. Mi teoría es que son perros callejeros o de vecinos que los perros de ellas han matado. Así los quitan de en medio. Y no os lo perdáis —dijo acercándose a una de las cajas, ya cerrada—. Mirad esto.

María y Rasmus miraron la caja con incredulidad.

—¿Son… bebés? —dijo María tímidamente.

El agente se echó a reír y le dio la vuelta a uno para mostrar el rabo.

—Lo parecen, ¿verdad? Pero no, son monos. Monos pigmeos. Llevan aquí ya un tiempo y han perdido todo el pelo.

—Monos… —dijo Rasmus con cara de hipnotizado, sin dejar de mirar la caja—. Estas mujeres me están provocando verdadera curiosidad.

—Bueno —dijo María rompiendo el hechizo—. Seguid sacando lo que haya y haced informe cuando terminéis porque como siga aquí un puto minuto más no voy a comer en un mes. Voy al sótano —María suspiró—. La puta que las parió.

En una de las habitaciones del sótano estaban las barras metálicas a las que supuestamente habían visto atado a Hans. Efectivamente, tal y como como había comentado Juan Carlos, el vecino desaparecido, a Miguel, el marido de Matilde, eran barras de estriptis. Iban de suelo a techo y sus bases eran plataformas de espejos mellados.

—¿Qué es aquello? —preguntó María señalando a un cacharro que colgaba del techo.

Rasmus se adelantó a un agente que hizo amago de contestar:

—Es una máquina de humo. Completamente destrozada.

El registro transcurrió en una nueva sucesión de hallazgos siniestros que seguían alimentando el desasosiego de la unidad pero que no llevaban la investigación hacia ninguna parte.

—¿Por qué lo fotografiáis todo? —quiso saber Rasmus después de que Prados hubiera encontrado un cinturón con un pene de plástico adosado a la parte frontal.

—¿Por qué no?

—Porque si uno se centra en lo superfluo, distorsiona lo importante.

Silencio.

Quintana miró a Rasmus de arriba a abajo.

—¿Por qué hablas tan bien español?

—Mi madre es madrileña.

—Bueno —cortó María—. Me voy a la cárcel. Voy a hablar con Elina. ¿Algún recado para ella?

—Dale las gracias por el perro —dijo Santos.

—Y por lo limpio que está todo.

—Y por las cosas ricas que nos ha dejado en la nevera.

—Y por la calefacción.

—Y por los condones usados.

—Y por los putos monos.

—Ya, ya. Dejadlo ya, coño. Prados, vamos.

—Yo voy —dijo Rasmus.

—Sí, claro —dijo María—. Vamos, Rasmus —y añadió susurrando entre dientes—: Me vayas a dejar sola un minuto. Cojones.

El viaje hasta la cárcel de Albolote transcurrió en silencio, pues en cuanto María hizo un par de comentarios a Prados acerca de la investigación, Rasmus expresó opiniones completamente distintas. Así que María, frustrada por no poder desahogarse con su compañero y sin ganas de discutir con un desconocido, decidió guardar silencio para no alterarse más de lo que ya estaba. Al llegar a la cárcel, les dieron paso al aparcamiento de funcionarios y, en el mostrador de entrada, los tres agentes presentaron sus identificaciones y dejaron sus armas.

—La tenemos aún en el departamento de ingresos —dijo el funcionario—. Os hemos dejado la sala 3, sois demasiados como para usar una cabina. Pasad al fondo y mi compañero os lleva.

—¿Está tranquila? —preguntó María.

—Sí, bastante. Pero no se calla. Está todo el rato hablando por lo bajo. Supongo que en sueco, porque no se entiende nada.

Cuando llegaron a la puerta de la sala 3, Morillas ya los estaba esperando. El bigote, la calva y el traje marrón sobre su cuerpo obeso le daban más que nunca un aspecto de morsa glaciar.

—Buenos días, letrado.

—Vaya, sargento. Veo que trae la artillería.

—Nunca se sabe lo que puede haber tras una puerta —dijo María—. Pregúnteselo a nuestro agente herido.

—Es una pena, lo lamento. No obstante, quizás deberían explorar con más cuidado las casas ajenas.

En ese momento, María fulminó a Rasmus con una mirada que decía de forma inequívoca: «Ni se te ocurra». El agente sueco pareció comprenderla de inmediato porque agachó la cabeza.

—Esperen unos minutos —dijo un funcionario—. La estamos trasladando.

Los cuatro esperaron en silencio. Fue Rasmus quien, después de oler teatralmente el aire como un sabueso, dijo:

—Siempre el mismo.

—¿Qué? —preguntó Prados.

—El olor —dijo dándose la vuelta—. Todas las cárceles huelen igual. No importa dónde estés. El olor a cárcel es inconfundible. Es…

—Animal —dijo Prados.

—No —dijo Rasmus—. Creo que es emocional. Es el olor de mucha gente desquiciada al mismo tiempo.

La puerta de la sala se abrió.

—Pasen —dijo el funcionario.

Al igual que en la comandancia, María se propuso observar la primera mirada que se lanzasen Elina y Morillas, pero le fue imposible porque toda su atención se desvió hacia la sueca. Iba vestida con ropa prestada por la prisión, ropa de anciana completamente opuesta a su agresividad habitual. Su pelo enmarañado parecía una de esas masas de algas que los temporales depositan en la orilla y que suelen llevar multitud de objetos enredados, y su rostro parecía haber envejecido diez años. Elina tenía un nuevo gesto animal, como si perteneciera a una especie poco más que tangencial al resto del mundo, una criatura marginalmente humana. Lo curioso: con las piernas encogidas sobre su pecho y las manos esposadas abrazando sus rodillas, fue ella quien saludó.

—Buenos días a todos —su voz sonaba clara, lúcida.

—Buenos días, Elina. ¿Cómo estás? —preguntó Morillas.

—Bien, tranquila.

María presentó a Rasmus y Elina lo miró y le dijo algo en sueco. Una frase lenta y pausada. María la frenó en seco:

—Rasmus, no contestes. Elina, no puedes hablar en sueco, ¿de acuerdo?

Elina asintió.

—Bueno, Elina. Ya sabes por qué estamos aquí. Ayer declaraste ante su señoría que incineraste a tu padre en la chimenea porque era su deseo, ¿correcto?

—Así es.

—Vale. Pero resulta, Elina, que ha venido un experto a hacer un estudio de la chimenea. Un científico. Y ha dicho dos cosas que chocan de frente con tu versión. Aunque, en realidad, no nos hacía falta que viniera un científico para darnos cuenta de eso, ¿verdad, Prados? —Prados asintió con aire cínico—. Lo primero salta a la vista, Elina, no hay que ser muy espabilado: en la chimenea no cabe un cuerpo adulto. Y, además, en tu chimenea no se puede alcanzar el calor suficiente para quemar a una persona. Así, que… —María miró a Elina a los ojos, amplificados por las enormes gafas—. Te lo vuelvo a preguntar: ¿qué ocurrió con tu padre?

Elina le aguantó la mirada a la sargento y guardó silencio. Dio una convulsión y cambió de postura. Un calefactor de aire caliente dejaba en el ambiente de la sala un olor plomizo a polvo quemado. María empezó a temer que Elina estuviese dando comienzo al *show,* pero miró a Morillas, este asintió levemente y la sueca dijo:

—Es… sencillo. Sencillo.

Después guardó silencio.

—¿Qué es sencillo, Elina?

Su rostro envejecido se contraía de vez en cuando, como quien lucha conscientemente contra un tic facial.

—Cuéntale lo de Jimmy, Elina —dijo Morillas.

—¡Letrado! —cortó María—. No es su turno, no está autorizado a hablar.

—Disculpe, sargento.

—Disculpe, no. No lo vuelva a hacer o aquí vamos a tener problemas.

—De acuerdo. Comprendido.

—Elina —dijo Prados con voz calmada—. ¿Cómo lo hiciste? Te vas a quedar tranquila cuando nos lo cuentes, ya verás.

Elina miró de nuevo a Morillas. El abogado levantó las cejas, como un director de teatro infantil ante el niño que se retrasa en su frase.

—Jimmy… —dijo—. Jimmy.

—Estupendo —dijo María—. Jimmy. ¿Quién es Jimmy?

—Mi… mi… *pojkvän*.

María miró a Rasmus.

—Novio —dijo el sueco.

—Vale, es tu novio —dijo María—. ¿Y qué hizo Jimmy?

Elina pensó.

—Médico… Jimmy…

En ese momento, al escuchar la palabra «médico», María sintió un chispazo mental, pues recordó el nombre de quien firmaba todos los certificados de vida de Hans.

—Elina, ¿Jimmy se llama James Arteaga?

—Sí —asintió la sueca.

Prados se agitó levemente en la silla. Rasmus miraba atentamente la conversación.

—¿Jimmy te ayudó, Elina?

—Sí.

—¿Y cómo te ayudó, Elina? Cuéntanoslo.

Elina empezó a mover las piernas adelante y atrás, rodeadas por las esposas. Parecía un niño en un columpio. Sus ojos se humedecieron. Miró a Rasmus. Ladeó la cabeza para decir.

—*Bitar.* —Una lágrima rodó por su mejilla izquierda—. *Bi… tar.*

Rasmus clavó la vista en María.

—¿Qué? —preguntó la sargento.

—Trozos —dijo Rasmus—. Lo hizo trozos.

—Elina —dijo María muy despacio—, necesito que me hables en español, por favor. ¿Nos estás queriendo decir que Jimmy y tú descuartizasteis a tu padre?

Mientras María silabeaba con calma la palabra «descuartizasteis», Elina rompió a llorar.

—Sí —dijo—. Sí… —Sorbió mocos, restregó su rostro contra sus rodillas encogidas—. Hicimos trozos… luego… luego…

—¿Sí, Elina? ¿Qué pasó luego?

—Luego… los secamos.

María escrutó los rostros de los presentes. Todos mostraban algún tipo de emoción salvo Morillas.

—¿Con qué lo hiciste trozos?

—Jimmy… médico. Él… usó… él… una sierra. De médico. Jimmy…

—Vale, entiendo. ¿Y por qué los secasteis?

Elina metió la cabeza entre las rodillas para llorar. María había visto multitud de circunstancias en los interrogatorios, auténticas barbaridades, pero a pocas personas había visto sufrir tanto como Elina en ese momento. Era la viva imagen de la desolación. Parecía una niña que acabara de tomar conciencia de una desgracia, de un desastre, de un espanto irreparable.

—Chimenea… —Elina sacó la cara de las rodillas, las gafas torcidas, el flequillo pegado torpemente a la frente por el sudor y las lágrimas—. Seco se puede quemar.

—Joder —se le escapó a María—. Perdón —se corrigió.

El interrogatorio se dilató un buen rato más. Finalmente, cuando reconstruyeron toda la información que Elina iba soltando entre balbuceos, entre llantos, entre puntos suspensivos, Prados sacó el ordenador portátil y redactó una declaración. El sonido mecánico de sus dedos tecleando se mezcló con la ronca exhalación del calefactor, y ambos ayudaron a sobrellevar un silencio de casi cinco minutos. Finalmente, Prados salió y volvió con el folio impreso. Morillas leyó la declaración. En ella, Elina sostenía que había encontrado a Hans muerto por causas naturales una tarde de enero, cinco años atrás, y que, siguiendo sus deseos, le proporcionó una

cremación «tradicional». Para ello, contó con la ayuda de James Arteaga, su compañero sentimental, quien poseía conocimientos de anatomía al dedicarse a la medicina como traumatólogo. Juntos descuartizaron el cadáver y dejaron secar los trozos en una habitación de su casa a la que llaman «la cuadra». Después, los quemaron en la chimenea poco a poco, en varias tandas. Finalmente, Elina, en solitario, esparció las cenizas (y trozos más grandes, ya que, según afirmó, el fuego no pudo quemar todas las partes, a pesar de haber usado gasolina para prenderlo) por todo el terreno de su finca, tal y como deseaba su padre.

También respondió a las preguntas sobre el depósito de cal que, tal y como habían supuesto, era la tumba de los perros que nacían con problemas. Según explicó Elina entre balbuceos, la crianza de razas puras acarreaba ciertas desviaciones genéticas.

—Pues me parece increíble —dijo Prados.

Elina lo miró sin expresión alguna en su rostro plano.

Antes de marcharse, María, ya de pie, miró a Elina con un gesto que mezclaba la pena y un sarcasmo enquistado.

—Ah. —Pausa—. Por cierto, Elina. —La sueca le devolvió una mirada boba—. Tienes un perro grande, ¿verdad? Muy grande, uno enorme que tiene una mancha amarilla en el lomo izquierdo.

Elina cambió la mirada obtusa por un gesto de alerta. Sus enormes pupilas se contrajeron.

—César.

—¿César se llama el perro? —dijo María al tiempo que ensanchaba la sonrisa.

Silencio.

—Pues tu querida Katja lo dejó dentro de casa. Y atacó a un agente.

Más silencio. Rabia. Turbidez. Preocupación. Espanto. Frente arrugada.

—Hubo que dispararle, por supuesto.

En ese momento, Elina dio tal chillido y de una forma tan inesperada, que las cuatro personas que la rodeaban descargaron

toda su adrenalina en cuestión de un milisegundo. Fue un grito de los que quiebran los cristales y los tímpanos, un grito de soprano, una raja en el aire que provocó una cesura en el pulso del mundo. Inmediatamente entraron dos guardias y, mientras Elina gritaba, pataleaba y decía «César, César», María, Prados y Rasmus salieron de la habitación sin mirar atrás, dejando a sus espaldas uno de los seres más opacos que jamás habían conocido, un alma presa de un tormento perpetuo, una perfecta candidata a surcar la noche en la retaguardia de la Santa Compaña.

—¿Te crees algo? —preguntó Prados a María en cuanto subieron al coche.

—Por supuesto que no. Esto es un invento de Morillas. Del puto Morillas.

—Ese abogado es bueno —dijo Rasmus—. Elina está bien preparada para ser tan… limitada.

—Muy seguros tienen que estar de que no vamos a encontrar nada para que nos hayan contado esa mierda. Hace falta mirar bien la ley, Prados. Estoy casi segura de que legalmente es el mejor relato posible. Tenemos que encontrar algo de Hans. Por mis muertos que tenemos que encontrar algo. Coño.

—¿Y si es verdad?

—Anda, Rasmus, no me jodas.

No hizo falta consultar la ley. Porque en cuanto María se lo contó a Granero por teléfono, fue el capitán quien preguntó:

—Sabes la dirección que está tomando esto, ¿verdad?

—La intuyo, pero dímela tú.

—Pues que la ley de enterramientos considera la inhumación privada como una falta, y no como un delito.

—Se lo están inventando, Carlos. Es que no tiene sentido.

—Pues claro, sargento. Pero me lo tienes que demostrar. Voy a comunicárselo al juez. Ahora te llamo y te cuento lo que me diga.

Rasmus miraba a María.

—¿Qué?

—Que mientras no haya cuerpo…

—Ya lo sé, joder.

Granero volvió a llamar cuando llegaban a La Umbría.

—María, ya he hablado con el juez. Su señoría quiere que Elina vaya mañana a la casa para hacer una reconstrucción. Le va el teatro al hombre. Dice que, aunque no se cree una mierda, no hay nada que no sea posible. El perito opina que la versión que ha dado Elina está un poco cogida con pinzas, pero que puede ser plausible. Si la reconstrucción es coherente, el juez nos va a dar un par de días como mucho antes de cerrar el caso.

—¿Estás de cachondeo?

—Me da la sensación de que lo están presionando por algún sitio. Y para presionar a un juez en este país, en el que los hemos convertido en semidioses, ya hay que tener poder. Supongo que será la mierda de la diplomacia, que siempre quiere taparlo todo. La declaración de Elina que me habéis mandado por fax ya está en el juzgado, así que veremos a ver con qué estremecedor relato nos despierta la prensa mañana. —Granero amagó una carcajada en sordina y dijo—: Sargento.

—¿Qué?

—Tráeme algo, por Dios. Que esto no acabe así.

Cuando llegaron a La Umbría, la faja naranja del crepúsculo se ceñía al borde oeste del mundo. Toda la vegetación estaba helada y tintada por la sangre cuajada del sol.

María entró a toda prisa en la casa. Los agentes hablaban entre sí, se notaba el agotamiento en sus caras y en el ambiente.

—¿Algo? —preguntó—. ¿Algo de Hans?

Nadie pareció escucharla, todos charlaban o se movían de un lado a otro sin un rumbo claro.

—¡¡JODER!! —gritó María con todas sus fuerzas. Todos se quedaron inmóviles y la miraron con los rostros lívidos de quien se despierta de súbito—. ¿ALGUIEN PUEDE DECIRME SI HEMOS ENCONTRADO ALGO DEL PADRE, ME CAGO EN DIOS? ¡COÑO!

Quintana se acercó lentamente a María, que respiraba con agitación, con las sienes henchidas de sangre extraviada y con la

barriga rabiando de un hambre que no quería escuchar.

—Nada, sargento. Es como si ese hombre jamás hubiera estado aquí. Lo siento.

María respiró.

—¿Y la puta dentadura?

—No, mi sargento. Hans no llevaba dentadura postiza. Lo hemos comprobado. ¿Qué… qué ha pasado?

María les contó a sus agentes lo que Elina había declarado. A las caras de asombro siguieron argumentos que apuntaban en la misma dirección: aquello era un cuento de Morillas para escapar lo mejor posible.

—Es el único resquicio que tienen para eludir el delito penal. Y no me sale del coño que lo eludan. Porque no me lo creo. Así que vamos a salir ahí afuera a rebuscar el puto terreno.

—María, ya es de noche.

—Pues acercamos los coches y echamos los faros.

—Sargento…

—Ni sargento ni mierdas. ¡Todos fuera!

María se dio cuenta de que aquello no tenía sentido casi de inmediato. Encendieron los focos de los coches y rastrearon el terreno más cercano a la casa. Bajo esa luz terrible, todos los objetos amontonados en el suelo parecían sandías luminiscentes que estuvieran a la intemperie sobre una meseta lunar.

—María, esto no tiene ningún sentido.

—Rasmus, cierra la puta boca.

Pero claudicó. No le quedó otra. Su cuerpo temblaba de frío, de rabia, de hambre, de exceso de cafeína. Mientras apretaba la pelota rosa, sus hombres miraban al suelo y caminaban despacio. Parecían la vanguardia de un alzamiento de miserables.

—¡Dejadlo! —gritó finalmente—. ¡Vámonos a casa!

De camino a la calle, se detuvo junto a Rasmus.

—Perdona, Rasmus. Lo siento.

El sueco la miró con sus ojos traslúcidos que reflejaban los faros de un coche patrulla.

—Tranquila, María. He llevado casos así. No te preocupes. Vamos, que hace frío.

Echaron a andar juntos, y María rompió el silencio de la marcha pare decirle:

—Por cierto, Rasmus. ¿Qué te dijo Elina? La frase en sueco, cuando entramos.

Rasmus se detuvo y lo que dijo salió de su boca con un vaho denso y fugaz, como los sueños que empiezan a olvidarse cuando despertamos.

—Que, desde ese momento, estabas maldita.

María pensó. Sonrió.

—¿Maldita?

—Eso dijo.

—Por el coño me paso la maldición. Por el mismísimo coño.

Y María, apretando su pelota antiestrés, pensando en su hijo, que estaría ya casi a punto de cenar, y en las caras satisfechas de Elina y de Morillas, se subió al coche con Prados. Podría decirse que estaba levemente fuera de sí.

33

—Mamá, estás hecha mierda.

—¡Adam! —le reprendió Nora—. No le hables así a tu madre, por Dios.

Gabriel, que acababa de meter un tronco en la chimenea, sonrió y dijo:

—Pero si es verdad, Nora. Cariño —dijo, y se giró hacia Ingrid, que tosía tapándose la boca—, no te enfades, pero es que da cosa verte.

—¡A ver si ahora una no puede pillarse una buena gripe! —La voz de Ingrid sonaba abotargada, áspera, acuosa.

—Lo que tienes que hacer es descansar, hija. Que no paras.

—¿Seguro que quieres mantener la cena de mañana, cielo?

—Sí, sí. Por supuesto. Yo mañana me meto un Frenadol y un buen chute de cafeína y santas pascuas. Necesito socializar un poco. Ya lo sabes.

En realidad, Ingrid no había expresado en voz alta cómo se sentía, y solo había dado una versión ligera acerca de lo que circulaba por su interior cuando veía a Elina en la prensa, cuando leía todos aquellos artículos baratos y afectados que perseguían el morbo desaforadamente, cuando la llamaba un periodista sueco para intentar embaucarla y que le contase algo sobre lo que la prensa sensacionalista había calificado como «el asunto del pasaporte». Ella se había limitado a condensar toda su confusión interior en un tibio: «Estoy un poco harta, la verdad». Pero no era así como se sentía, ni mucho menos.

Ingrid había entrado de nuevo en ese proceso de negación y de minimización tan frecuente en las personas abrumadas por ideas que no aceptan, en personas abrumadas por borrascas emocionales que pretenden disipar soplando con la boca; y eso es algo que nos debería llevar a pensar que nuestra mente, la mente humana, capaz de lograr las proezas más fascinantes, de extraer leyes sobre el funcionamiento del universo, capaz de hacernos ver lo invisible, de descifrar lo metafísico y lo intangible, no es más que una frágil nubecita surcando un océano, y que, en cualquier momento un tifón, un tornado, un huracán, un fuerte golpe de aire, la podrían disolver de manera fulminante, o con suerte la arrastrarían hasta un confín remoto del mundo similar a esas vastas zonas vacías de los mapas antiguos donde los cartógrafos dibujaban enormes monstruos, quizá en un intento absurdo de pensar que el miedo es algo externo al ser humano e ignorando que cualquier forma de horror posible es nuestra y solamente nuestra, sin remisión, sin excusas, sin concesiones. Nuestra.

Esa tarde, Ingrid recibió un fax de Klara Pålson informándola de que Elina le había contado al juez que Hans murió una tarde de invierno, cinco años atrás, y que ella se había ocupado del cadáver en solitario. Así lo expresaba la cónsul general: «ocupado». Contaba que después de eso le había dado un ataque de ansiedad. Así que el juez había dispuesto un registro completo de la vivienda y había decretado prisión preventiva para Elina y secreto de sumario.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Gabriel después de leer el fax.

—Harta —contestó Ingrid con su voz tomada—. Muy harta.

La cónsul pasó la tarde descansando, pensando en que tenía muy descuidado el jardín. Mandó a Gabriel a hacer la compra para la cena, aunque había avisado a los comensales de que estaba atravesado una gripe y que necesitaría que trajesen algo más de comida, ya que ella no iba a poder ocuparse con su eficacia habitual. No obstante, contaba con la ayuda de Viktor y de Elise, que acudirían a su casa a las cuatro de la tarde del día siguiente.

Por la noche, Ingrid subió a darles las buenas noches a los niños. Tal y como había previsto, el nuevo libro que habían elegido leer en voz alta antes de dormir —un volumen de cuentos que homenajeaba a J. R. R. Tolkien— había provocado cierta desilusión en Adam, que ya no atendía a la lectura del mismo modo que lo hacía con el libro de fábulas suecas. Ingrid sabía que aquel libro había conseguido unirla a sus hijos de una manera irrepetible. «Todo es tan efímero que asusta», pensaba al respecto.

Tras terminar uno de los cuentos —flojo, a juicio de Ingrid— y apagar las luces, besó a sus hijos —Adam ya se apartaba discretamente para que el contacto con su madre fuese el mínimo posible— y apagó la luz. Cuando estaba cerrando la puerta, Camilla, con la voz pesada del sueño naciente, dijo:

—Mamá.

Ingrid abrió un poco más la puerta, iluminando una parcela del dormitorio a oscuras.

—¿Sí, cariño?

—¿Por qué viene Katja por las noches?

Ingrid sintió un escalofrío, un pinchazo azul en el costado, una oleada nerviosa, un regusto marrón en la boca.

—¿Qué?

—Katja, la mujer de los perros. Que por qué viene.

—Estás chalada —dijo Adam desde su cama, medio dormido—. Tomas mucho azúcar.

—¿Dónde, cariño? ¿Adónde viene?

—Aquí, a casa. Bueno, aquí *aquí*, no. Fuera. —Camilla señaló la ventana—. Es que, por las noches, Vinbär se va cuando casi me he quedado dormida. Lleva ya varios días así. Y hace un par de noches, lo escuché maullando en la calle. Me asomé y estaba al lado de la reja pequeña, con Katja.

—Cariño…, ¿estás segura de que era ella?

—Sí, mami. Claro que sí.

Ingrid pensó.

—¿Y qué hacía, cielo? ¿Hacía algo?

—No sé lo que hacía. Estaba agachada, como tocando el suelo, pero no sé por qué. Y anoche también vino. Pasó lo mismo. Vinbär bajó con ella y ella se agachó.

Ingrid se sentía abrumada, notaba algo en su interior que podría definirse discretamente bien con las palabras «extrañamiento» e «irrealidad».

—¿Por qué viene, mami?

—No lo sé, cariño. Quizá eche de menos a Vinbär —se le ocurrió a Ingrid a medida que hablaba—. Como vivió con él durante un tiempo, pues lo mismo le apetece venir a verlo. Y solamente puede hacerlo por las noches.

—Pero… —empezó a decir Adam.

—Shhhh —lo cortó Ingrid.

—Sí, seguro que lo echa de menos —sonrió Camilla.

Vinbär los miraba desde la silla de estudio, hecho ya un rosco, esperando a que Ingrid se fuera para pasarse a la cama de su hija.

Ingrid no se lo contó a Gabriel, y cuando él se subió a dormir, le dijo que quería quedarse abajo leyendo un rato y esperando a que le hiciera efecto el antitusivo que se acababa de tomar, pues hasta entonces lo molestaría mucho con los golpes de tos que le brotaban cada dos minutos. En cuanto Gabriel subió, Ingrid fue a la cocina. Como estaba justo debajo de las habitaciones, calculó el ángulo desde donde Camilla veía la reja lateral. Le dolía mucho la cabeza y pensó que probablemente tendría fiebre. Una presión que acortaba su respiración le oprimía el pecho sin descanso. Se preparó un té verde y se quedó asomada a la ventana, de pie, con las luces apagadas, con las manos heladas rodeando la taza, con el costado reverberando un eco afilado y con el corazón empapado en una desazón acrecentada por las sombras de las nubes que se desplazaban a lo largo de la cocina creando figuras fugaces, inciertos dibujos que aparecían repentinamente en las paredes.

No pasó mucho tiempo hasta que vio a Vinbär dirigirse a la puerta lateral. Llevaba andares tranquilos y seguros. Andares imperiales. Se acercó a la reja, se lavó una pata y se sentó. Un minuto después,

apareció Katja. Iba arrebujada en un abrigo que la desbordaba por todas partes, posiblemente una prenda de hombre, y llevaba la capucha echada. Ingrid no se lo pensó: respiró, sintió un golpe ácido en el estómago y salió al jardín por la puerta trasera de la cocina. Cuando llegó a la reja, Katja estaba agachada, tal y como había dicho Camilla.

—¿Qué haces? —preguntó con voz potente y nerviosa a medida que se aproximaba—. ¿Qué haces en mi casa, Katja?

Katja levantó la vista despacio y miró a Ingrid. Llevaba un objeto negro en la mano y había pintado algo sobre la acera. Sus cabellos se arremolinaban circularmente dentro de la capucha como los de una medusa esculpida en un templo griego. El gato se frotaba contra su pierna derecha. Despacio, en silencio, se levantó mirando a Ingrid y sin dejar de sonreír, dijo:

—Hola, Ingrid.

Ingrid no dijo nada.

—Creo que te equivocas —continuó—. No estoy en tu casa. Estoy en la calle, paseando. Me gusta pasear por aquí.

Ingrid no podía soportar aquel cinismo. Su cuerpo hervía de fiebre, de angustia, de furia.

—¿Cómo puedes ser tan cínica? ¿Paseando? Vamos, Katja, por Dios.

—Sí, Ingrid. Me gusta pasear por aquí porque el gato sale a verme. Nos conocemos desde hace tiempo.

—¿Cuándo me vais a dejar en paz?

Katja pensó.

—Tuviste muchas oportunidades. Estuvo en tu mano.

Ingrid miró al suelo.

—¿Qué es eso? ¿Qué coño es eso?

Katja sonrió y arqueó las cejas, como si recordase de repente la tarea que había dejado a medias. Sin mediar palabra, se agachó. Vinbär chocó la cabeza contra su brazo, ronroneando.

—¿Qué haces, Katja?

Pero Katja no contestó, sino que con un carbón fino y afilado dibujaba símbolos ininteligibles, un código críptico que remató con una cruz invertida a cada lado. Tras terminar, se levantó y miró de nuevo a Ingrid a los ojos y sonrió. Después agachó la cabeza y escupió sobre los símbolos. El salivazo sonó como cuando un niño lanza de manera torpe una piedra al mar, una piedra que toma una trayectoria de curvatura lateral, extraña, y que culmina con un seco: «plop». Katja levantó la vista y dijo:

—*Förbannad*.

Y sin mediar palabra, se marchó. Ingrid no vio cómo Katja desaparecía en la noche porque las paredes que flanqueaban la puertecita enrejada se lo impidieron. «*Förbannad*». El pecho le apretaba y la cabeza le ardía. Vinbär echó a andar camino de la casa, como quien se levanta de su asiento del teatro cuando el espectáculo termina, e Ingrid pensó en salir y borrar lo que Katja había escrito. Pero se dijo que estaba demasiado cansada, que la lluvia que iba a caer de manera inminente se encargaría de hacer desaparecer el carbón y la saliva —«*Förbannad*»—, pero lo cierto es que en un estrato un poco más profundo de su geología emocional, Ingrid sentía un miedo atroz de acercarse a aquellos jeroglíficos macabros. Subió y se acostó.

Al día siguiente se levantó mucho peor. Apenas le salía un hilo ronco de voz por la boca y las sienes le presionaban como si llevara puesto un casco de una talla diminuta. Pensó en cancelar la cena, pero no tenía ánimo para hacer tantas llamadas y si se lo pedía a Gabriel estaba segura de que este le contestaría con uno de sus hirientes «te lo dije» que Ingrid no podía soportar. Así que descansó toda la mañana, tomó una cantidad indecente de medicación y, a las cuatro, cuando llegaron Viktor y Elise, les dijo lo que había que preparar y se volvió a acostar. A eso de las siete bajó al salón. La mesa ya estaba puesta y la cocina emanaba un olor delicioso a especias calientes. Elise salió a su encuentro. Ingrid, confusa, le preguntó:

—Elise, ¿dónde está todo el mundo?

Ella, con aquella tímida dulzura que desprendía, contestó:

—Gabriel ha bajado al pueblo a comprar vino y tu madre está con su amiga Ana. Dijo que vendría para las siete, así que estará al caer. Los chicos están en el sótano. Ingrid, ¿estás bien?

—Sí, sí. Muy cansada, pero bien. He cogido una buena gripe.

—Está fuerte este año la gripe, sí. Mi madre ha estado igual. —Elise sonrió, e hizo una pausa antes de seguir—. ¿Podemos hablar un momento?

—Sí, cariño. Claro que sí. ¿Qué ocurre?

El gesto amable de Elise se ensombreció.

—Es que, verás…

—Ven, ven —dijo Ingrid—. Siéntate.

Elise se sentó y le dijo que esa tarde era la última vez que irían a su casa. Que se volvían a Suecia gracias a un asunto que habían conseguido arreglar, y que estaban muy contentos de regresar. Que les sabía un poco mal dejarla así, de un día para otro. Ingrid se alegró muchísimo por ella, por ellos, y le dijo que no se preocupase, que seguro que encontraba a alguien, pero que lógicamente no sería tan estupendo como ellos. Le dio las gracias y le dijo que no la abrazaba porque no quería contagiarle la gripe. Pero Elise la abrazó. Su rostro transmitía una tristeza similar a la que emanan las mujeres pintadas por Edward Hopper.

—Vuelvo al trabajo, ¿vale?

—Vale, cariño. Yo voy a ir vistiéndome. Bajo en un rato y nos ponemos con lo que falte por hacer.

Ingrid se arrepintió de haber invitado a tanta gente. De hecho, es posible que hubiera invitado a la misma de siempre, solo que aquella vez nadie falló. E Ingrid sabía que todos venían muy excitados por el tema de las suecas, casi tanto como los periodistas que la asediaban. A eso de las nueve el salón ya estaba a rebosar de gente de pie, que bebía las primeras copas de vino, reía a carcajadas, charlaba sobre trivialidades introductorias como las obras de la circunvalación o la entrada del euro, gente cuyas voces tapaban por

completo la *bossa nova* que sonaba a volumen bajo a través de los altavoces y que saturaba la cabeza algodonosa de Ingrid.

Obviamente, todos esperaron a estar sentados a la mesa para hablar sobre las suecas. Aquel no era un tema para tratarse de pie. Ingrid empezó con ganas y respondió a la enorme cantidad de preguntas que le hicieron. Se escuchó —una vez más— el relato pormenorizado de Gabriel sobre la visita a la casa de La Umbría y sobre la cena del Viernes Santo, pues había personas que no conocían el reguero de detalles morbosos que su marido contaba con el ansia de un trovador errante en un palacio de Occitania, muchos de ellos añadidos *a posteriori* por él mismo, quien había convertido la historia en una especie de romance que los juglares hubiera ido completando para dotarlo cada vez de más emoción narrativa.

Llegado cierto momento, Ingrid dejó de hablar. Solo oyó. Oyó a Naoko, quien dijo que había escuchado en la radio que Elina vivía desnuda en la cárcel. Y también oyó que Esteban, tras servirse un poco de ensaladilla con una cuchara que no era para eso, decía: «No me extrañaría que se haya follado a un guardia, la verdad». Y oyó que Berta decía que aquello era «muy *heavy*». Y oyó a Andrés, el novio de Berta: «Yo si fuera vosotros hubiera denunciado antes», y oyó a Gabriel responder que no era para tanto, que era a ella —a Ingrid—, a quien le había afectado más todo aquello. También oyó a Jutta imponer su voz para decir que los perros eran temibles y que a ver cómo iba la Policía a entrar a esa casa. Oyó eructar de manera casi silenciosa a un profesor, un compañero de Gabriel que no conocía, y oyó a Luis decir que el *IDEAL* había publicado la noticia esa misma mañana y que a él aquella casa le ponía «los pelos como escarpias». Oyó a Nora pedir más vino, oyó a Gabriel comentar que Elina era menos tonta de lo que parecía, oyó a Naoko decir que lo del Viernes Santo había sido «alucinante», oyó a alguien que dijo que aún no sabía cómo Ingrid había tenido el valor de salir en mitad de la tormenta y aproximarse a aquel coche y también oyó a varias personas decir que estaban de acuerdo. Oyó a Miguel estornudar,

oyó a Carmen reír, oyó a Saúl decir que tenía que pintar un cuadro de todo aquello y, por último, se oyó a sí misma gritar:

—¡Ya está bien!

No parecía ella, no parecía su voz. Todos la miraron. Todos se disculparon. Ingrid también se disculpó. La música se escuchó con limpieza por primera vez en toda la noche y la cena discurrió a partir de entonces de una manera tibia y grisácea. Los comensales se marcharon, Ingrid se tomó unas diez pastillas distintas y le dijo a su familia que, por favor, la dejaran descansar. Parecía que el día no fuese a terminar nunca. Antes de irse, Viktor y Elise se despidieron de ella, ella les pagó y les dio un sobre con una cantidad de dinero extra a modo de agradecimiento. Como si se tratase de un intercambio, Viktor le tendió otro sobre:

—Léelo luego tranquila. Te hemos escrito unas líneas de despedida.

Ingrid abrazó a ambos: primero a él, luego a ella. Viktor le devolvió su juego de llaves —Ingrid no se acordaba de que tenían llave de la casa— y salieron por la puerta principal. La noche los engulló para siempre. Ya arriba, Ingrid se cambió de ropa y se metió en la cama. Gabriel se había quedado abajo viendo un partido de la NBA. Ingrid se puso las gafas de lectura y abrió la carta. Al sacar el papel de dentro del sobre se dio cuenta de que estaba impregnado en un polvo blanco que la hizo estornudar en bloques pares. Dos, cuatro, seis veces. Sacudió la carta y pudo controlar los estornudos. Pensó que el polvo, que se disolvió en el aire hasta desaparecer, sería harina, pues aquella tarde Viktor y Elise habían horneado unos bollos dulces que habían causado sensación entre los comensales. Le causó ternura que hubieran escrito la carta allí, en la cocina. La nota, con bastantes errores gramaticales, estaba redactada en español. Ingrid no entendía por qué. Además, no explicaba nada nuevo. Eran unas líneas en las que contaban que habían conseguido arreglar sus asuntos en Suecia y que volvían a casa. Finalmente, decía: «Muchas gracias de estos amigos que te aprecian mucho. Ellas te dan un fuerte abrazo. Hasta siempre». Obviamente, Ingrid

interpretó que aquel «ellas» era uno de los errores gramaticales tan frecuentes en la pareja, sobre todo en Elise, que era quien parecía haber redactado la carta a tenor de la letra. Ingrid se durmió de manera fulminante y su mundo se sumió en sueños discontinuos, rasgados, incompletos.

Por la mañana, sus pulmones ya eran una losa que apretaba su tronco con una fuerza tiránica. No obstante, Ingrid se levantó obstinada en arreglar el jardín. Se tomó un café y se abrigó ostensiblemente con una trenca, una bufanda y un gorro a juego. Gabriel le preguntó que cómo estaba, le dijo que tenía mala cara y le enseñó el *IDEAL* de esa mañana, donde una nueva columna hacía referencia a Elina y a su carácter excéntrico. «Es la hostia, ¿verdad, cielo?», le dijo mientras dejaba la taza en el fregadero. Después besó a Ingrid, le pidió que se cuidara, que por favor se acostara y se marchó.

Ingrid salió al jardín helado exhalando densas nubes de vaho lechoso. Despacio, a un ritmo muy inferior a su actividad habitual, fue podando arbustos y recortando las plantas de los arriates. Los pulmones le dolían, la cabeza le iba a estallar y sentía que una mezcla incongruente de frío y calor recorría todo su cuerpo en oleadas verticales. Cuando llevaba una media hora, Vinbär apareció con algo en la boca y lo puso junto a ella. Maulló.

—Vinbär —dijo—. ¿Qué traes?

El gato maulló de nuevo e Ingrid comprobó que era un pájaro diminuto, apenas recién nacido, un pequeño animal que parecía hecho de plástico, arrugado y enrojecido.

—Ay, Vinbär, por Dios. Qué asco. ¿Para qué me traes esto?

Ingrid se agachó y, en cuanto tocó al pájaro, en cuanto su dedo notó la textura rugosa y fría de la piel muerta bajo la fina capa de plumas, el rayo la atravesó. Así quedaría impreso para siempre en su memoria: como un rayo. Fue fulminante, lumínico, eléctrico, telúrico. Una descarga que recorrió su cuerpo desde las manos hasta la cabeza y los pies, que la hizo gritar levemente de forma ahogada y caer desplomada al suelo, primero de culo, para quedar finalmente

tirada boca arriba. Ingrid luchó por no desmayarse, pero no podía apenas respirar y sentía que la realidad empezaba a desmenuzarse, que el mundo estaba hecho de arena seca y que alguien, un enorme puño divino, lo estaba golpeando sin compasión. Mientras luchaba contra aquel rayo que la atravesaba, Vinbär se acercó a ella, despacio. Después se restregó contra su hombro, maulló un par de veces, e Ingrid vio cómo se comía el pequeño pájaro muerto. Lo masticaba con calma, triturándolo con la parte lateral de su mandíbula. Pero Ingrid no llegó a ver al gato terminar el proceso de deglución porque todo aquel mundo de arena destrozada se hizo oscuro de repente. Completamente oscuro, como la boca de un enorme pez abisal de esos que viven en el lecho de un mar inhóspito, deshabitado, prehistórico.

Fue Adam quien la encontró. Rápidamente avisó a Nora, que llamó al teléfono de Emergencias. La ambulancia tardó unos diez minutos, y cuando Gabriel llegó a la zona de urgencias del hospital Ruiz de Alda, media hora más tarde, un médico lo recibió para decirle que Ingrid estaba en la UCI y que:

—Su pronóstico ahora mismo es grave.

—¿Por qué, doctor? ¿Qué tiene?

El médico se rascó la barbilla con la mano, levantó la vista del suelo y se quedó mirando al frente con el mismo aire de asombro de quien mira el paso de un asteroide en llamas. Unos segundos después le dijo a Gabriel:

—Porque estamos en un hospital occidental en pleno año dos mil dos y no sabemos qué le pasa a su mujer.

34

Habían pasado tres días ventilando la casa, tres días abriendo puertas y ventanas —a pesar del frío que los azotaba desde las montañas nevadas—, y no había manera: el olor aún era repugnante. Durante el tiempo que duró la investigación, los agentes llegaron a pensar en la existencia de una especie de barrera intangible que impedía que entrara ni tan siquiera un mínimo resquicio de la fragancia de los montes que rodeaban la finca. Aquella masa que flotaba en el aire pesado de la casa y que evocaba olores marrones, verdosos, quizá también un naranja similar a un vómito infantil que contuviera zanahorias, aquel hedor a sepulcro fresco aún poblado por la desdicha, a vendaje de herida que lleva varios días sin cambiarse, bloqueaba por completo el avance de la dulce humedad del lago, de los prósperos enjambres de pinos.

—No se va ni aunque te duches. Qué puto asco, joder —dijo el primer agente que entró aquella mañana en la casa mientras abría una ventana. Era, con diferencia, el día más frío de los tres que llevaban allí.

A eso de las nueve y media, mientras los guardias peinaban el terreno con rastrillos y extraían de la tierra esponjada un nuevo cargamento de objetos inverosímiles —entre ellos, una ingente cantidad de tampones usados, enterrados a poca profundidad y con letras escritas en su base, emborronadas por la humedad y por la sangre—, un eco de voces nerviosas estalló fuera de la casa. Eran los periodistas, que se empujaban y gritaban tras las vallas que María había mandado colocar a pocos metros de las cancelas para preservar la intimidad de la investigación. Elina había llegado.

Los dos coches de la Guardia Civil aparcaron dentro, en uno de los laterales que ya había sido peinado. Ambos eran conducidos por agentes de paisano. Del primero se bajó el juez Ibáñez, un secretario judicial y el capitán Granero. Del segundo, Morillas, Elina y dos guardias uniformados que la flanqueaban con aire imperial. La sueca miraba su propia casa con el extrañamiento de un conquistador que se encuentra con una tribu salvaje en una playa dorada y virgen: frente arrugada, boca semiabierta, rostro de desconcierto. Granero se adelantó y se acercó a María.

—Sargento, el juez quiere hacer esto rápido, dice que no tiene tiempo. No quiere a nadie dentro de la casa salvo a sí mismo, al secretario, a Morillas, a ti y a mí. Ah, y al sueco. El sueco también tiene que estar. Otra cosa: tenemos al médico que la ayudó, al tal Jimmy. El juez nos hizo detenerlo anoche. No te llamé porque había gente disponible y tú ya estabas descansando. Está en otro coche, aparcado a cinco kilómetros de aquí. No queremos más revuelo del inevitable. Cuando termine esta, lo hacemos venir para que nos cuente su versión. Y, sargento, atenta a las incoherencias, por Dios.

—Perfecto, Carlos. Voy a sacar a quien haya dentro y te aviso.

La selecta comitiva subió al salón, y allí el juez habló por primera vez.

—Buenos días a todos. Estamos aquí para reconstruir los hechos acontecidos, según la detenida, en el invierno de mil novecientos noventa y siete. Retírenle las esposas, por favor. Gracias. Bien, señora Mattsen, indíquenos dónde y cómo encontró a su padre aquel día.

Y así, Elina fue explicando lo que ya había contado. Lo hacía con frases cortas y directas, confundiendo tiempos verbales. Cuando colaba alguna expresión en sueco, el juez la interrumpía para decirle:

—En español, por favor.

De vez en cuando, Morillas decía en voz baja:

—Lo estás haciendo muy bien, Elina.

Y María atajaba de inmediato:

—Letrado, no nos obligue a intervenir. No puede decir nada.

Morillas se disculpaba y seguía con atención los pasos de Elina. El juez hacía preguntas muy sencillas, casi rutinarias y carentes por completo de filo, lo que llevaba a María a pensar que estaba deseando que la versión de Elina cuadrase. Rasmus hizo un par de veces amago de decir algo, pero se echó atrás. Se lo veía serio, con aire contrariado.

—Cuéntenos ahora cómo la ayudó el señor Arteaga cuando llegó.

—Lo… cogimos… y lo bajaríamos… papá… en posición horizontal.

—¿Quién lo cogió de los pies?

—Mmmm… yo.

—De acuerdo. ¿Y adónde lo llevaron?

—A un baño… sótano.

—¿Dónde está ese baño?

—No.

—No, ¿qué?

—Ya no… lo quitamos. Obra.

—Bajemos —dijo el juez.

Abajo, Elina contó que el baño que ya no existía porque habían construido la habitación de los perros. Que Jimmy troceó a Hans dentro de la bañera. Que transportaron los restos en cajas de plástico de las que se utilizan para el pienso de los animales. Allí había una caja, y el juez llamó a Jorge para que la fotografiara. Después le dijo a María:

—Me incluye esta fotografía en el informe, sargento.

María asintió.

En ese momento, Elina se echó a llorar. El juez y Granero se miraron con preocupación, con cara de «otra vez no, por favor». Pero la sueca no se encasquilló, sino que tomó aire y contó que César, el perro-bestia, el que había muerto apenas a tres metros de donde estaban, les arrebató y se comió uno de los trozos del cuerpo de Hans. Que lo cogió en un descuido y que fue imposible quitárselo.

—Venga, Elina, venga, va. Que ya estamos casi —dijo Morillas. Nadie lo calló esta vez.

Cuando se calmó, Elina los llevó a la cuadra y explicó, como pudo, que dejaron los trozos a secar allí extendidos. Una corriente de aire gélido entraba por la parte descubierta, lo cual convertía la estancia en un lugar perfecto para secar carne.

—Dos… meses —respondió a la pregunta del juez—. Después… fuego.

Así que subieron. Delante de la chimenea, Elina contó que fue echando las cenizas y los pequeños trozos que no llegaban a quemarse en las mismas cajas de plástico. Explicó que trituraba los pedazos más grandes golpeándolos con un martillo; concretamente, con un mazo redondo. Cuando terminó, arrojó el martillo al lago.

—Señora Mattsen —dijo el juez—. No se ha encontrado ADN humano en la chimenea.

Elina lo miró con cara de pasmo. Miró también a Morillas.

—Mucho tiempo —dijo.

Después salieron a la parcela, donde los guardias parecían una cuadrilla de voluntarios buscando a un *boy scout* desaparecido en un bosque remoto.

—Esto es enorme —dijo el juez.

Elina contó que fue esparciendo los restos por aquel terreno, con calma, día a día. Hacía gestos con las manos que pretendían expresar la totalidad de la finca y que la hacían parecer un explorador que aparta ramas imaginarias. También contó que tiró parte de los restos al lago Mamut.

—¿Cuánto tardó?

—Cinco o seis.

—¿Días?

—S… sí.

—¿Y Katja? ¿Dónde estaba?

—Ella…

—¿Sí?

—No… no vive aquí.

El juez se quedó mirándola con seriedad. María apenas podía contener las ganas de sacar la pelota antiestrés.

—Granero.

—Sí, señoría.

—Que la lleven de vuelta a prisión. Tráigame al otro detenido.

—Por supuesto.

—Letrado, tengo entendido que usted también representa al señor Arteaga.

—Así es, señoría.

—Pues, si no le importa, acérquese al aparcamiento para recibirlo y comprobar que todo esté bien.

Cuando Morillas echó a andar hacia la entrada, María preguntó por Jimmy. El juez le dijo que lo habían detenido la noche anterior en un bar de copas. Que hubo que esperar a que se le pasara la borrachera y que lo había interrogado a primera hora.

—Cuenta exactamente lo mismo —y remarcó—: *Exactamente*. Lo tenemos detenido por falsedad documental, así que no podemos retenerlo mucho. A ver qué nos dice del padre.

Jimmy era alto, recio, y transmitía a primera vista una enorme seguridad en sí mismo, quizá incluso cierta arrogancia. María pensó que sería un hombre en el que se fijaría en un bar. Llevaba barba de tres días y una media melena castaña. Si tenía resaca, no se le notaba.

—Buenos días, señor Arteaga.

—Buenos días, señoría. —El acento era claramente uruguayo.

—¿Todo bien, Jimmy? —preguntó Morillas. Jimmy se encogió de hombros—. ¿Dentro de lo que cabe?

—Sí, sí. Cansado.

—Vamos dentro —dijo el juez.

Y todos subieron de nuevo al salón. Allí, Jimmy contó que, cuando llegó, Hans estaba muerto en el sofá. Que lo comprobó exhaustivamente porque Elina le había pedido por teléfono que llevara instrumental médico. Que tenía toda la pinta de haber sido

un infarto. Que intentó convencer a Elina de que dieran parte, pero que ella le explicó los deseos de su padre.

—Y yo soy muy respetuoso con los deseos de los muertos. Entendeme.

—¿Qué hicieron después?

—Lo bajamos. En posición horizontal.

María sonrió ante la expresión. Era idéntica a la de Elina. Decidió intervenir.

—Señor Arteaga —dijo—. Elina nos ha contado que usted lo cogió por los pies.

—No —atajó Jimmy—. Fue ella.

—¡Sargento! —exclamó Morillas—. ¡No puede hacer eso!

—De acuerdo —dijo María levantando las palmas—. Disculpe, letrado.

El juez miró a María con gesto de reprobación y Rasmus con una media sonrisa que transmitía un «casi», o quizá un «buen intento».

Ya abajo, Jimmy explicó cómo llevó a cabo el descuartizamiento del cuerpo —«no sabés lo fácil que es si se conoce la anatomía de las articulaciones»—, y finalmente contó que, tras ayudar a trasladar los restos a la cuadra, después de que César les robara un trozo y se lo comiera delante de ellos, se marchó. Del resto del proceso decía no saber nada. El juez le preguntó por los certificados.

—En ese momento, Elina y yo éramos medio pareja. Y ella me pidió ayuda. Yo sabía que no tenía dinero, que la pensión era indispensable para que ella saliera adelante… ¿Cómo me podía negar? No pude, señoría. Estoy seguro de que, con un mínimo de empatía, ustedes me comprenderán. Yo firmaba los documentos cada año para echarle una mano a una mujer desamparada. Lo siento mucho, pero creo que, en cierta medida, era justo.

—Ya es suficiente —dijo el juez—. Capitán, trasladen al señor Arteaga a la comandancia. Letrado, tendrá noticias a lo largo del día. Ya hemos terminado.

—Bien, señoría. Lo que usted disponga.

—Salgan todos, por favor. Capitán, sargento, quédense un momento. Usted también —dijo mirando a Rasmus.

Cuando todos hubieron salido, el juez les dijo a los tres agentes:

—Lo primero, antes de que se me olvide: capitán, quiero que me lleve a declarar lo antes posible a los funcionarios del ayuntamiento que procesaron los documentos de vida de Hans.

—De inmediato, señoría.

—Sargento —dijo mirando a María—. Le doy veinticuatro horas para cerrar el caso. El lunes por la mañana quiero tener un informe de la investigación en el juzgado. Si no encuentra algo que contradiga la versión de Elina, tendremos que darla por buena.

A medida que el juez hablaba, María, con la mano en el bolsillo del abrigo, apretaba la pelota antiestrés. Aun sabiendo la respuesta de antemano, no pudo contenerse la pregunta.

—¿Pero… usted la cree, señoría?

—Yo no estoy aquí para eso, sargento. Ya lo sabe.

El juez se dio la vuelta y salió. Granero lo siguió y María se quedó con Rasmus, que la miró con un gesto tierno y le susurró:

—Tranquila.

María, ignorándolo, gritó:

—¡Quiero a todo el mundo fuera! ¡Vamos a poner la finca patas arriba! ¿Me estáis oyendo? ¡Vamos, joder!

Gran parte del instrumental de búsqueda estaba en dos vehículos *pick-up* que habían solicitado al Seprona. María cogió un rastrillo y se unió a la búsqueda. En el cielo de aquella mañana de escarcha se aglutinaban decenas de aves que sobrevolaban la finca en círculos. El chamán de un pueblo primitivo probablemente los hubiera considerado un presagio de algo. A lo largo de la mañana rescataron del suelo cientos de huesos que iban poniendo en cajas de plástico. Julián, el forense, se acercaba a las bandejas para corroborar que todos eran o de perros o de gatos. Justo después de almorzar, Prados encontró el dedo de un simio. Era enorme y, según Julián, no llevaba mucho tiempo enterrado. Estaba recubierto por una capa de vello anaranjado similar al cobre de la bobina de un circuito

eléctrico. Aparte de tampones y más tampones, colillas, restos de comida, preservativos usados, trozos de muñecas y demás objetos incoherentes, no encontraron ningún resto que les contara algo sobre Hans. Aquel hombre había entrado de lleno en el lugar que a todos nos espera más tarde o más temprano: el vasto laberinto del olvido.

María recibió una llamada. Era del laboratorio.

—Sargento, ya hemos estudiado todos los restos orgánicos que sacasteis del bidón de cal.

—¿Y?

—Pues como preveíamos, todos son de animales. Hay perros, muchos gatos, algunas palomas… y los monos.

—Vale, Dani, gracias.

—Está todo fotografiado y catalogado. ¿Procedemos a la destrucción?

—Sí, sí. Adelante.

María cortó la llamada y se metió muy despacio el móvil en el bolsillo. «Otro camino que se cierra», pensó.

A eso de las seis, toda la parte este de la finca se tiñó de naranja y rosa, el sol murió tras las montañas entre promesas de regreso y las primeras estrellas titilaron encima de los pájaros. Los agentes transitaban por la finca como sombras furtivas. Finalmente, después de dejar muy clara la distribución de las tareas para el día siguiente, el último con el que contaban, María envió a todo el mundo a casa.

—¿Dónde te alojas, Rasmus?

—En el hotel Granada Center —respondió—. Todo muy bien, la verdad.

—Buen sitio —dijo María con una sonrisa cansada—. Bien por Suecia.

Ya en casa de su madre, charló con ella durante un rato sobre el caso, que por lo visto estaba empezando a ocupar bastante espacio en los programas morbosos de la televisión matinal. También habían hecho referencia en el telediario. Cenaron espaguetis con carne picada y tomate, y Carlos contó multitud de anécdotas del colegio

que aliviaron a María, que se sintió partícipe de la vida de su hijo tras varios días de ausencia casi total.

Después de cenar se acurrucó con Carlos en el sofá y pusieron el DVD de *Mulán*. El móvil le sonó a eso de las nueve y media. Era Carolina, la fisio.

—Vente a tomar algo, guapa. Vamos muy cerca de casa de tu madre. Viene un buen convoy de hombres.

—Ay, no. No, cariño. Estoy muerta, de verdad.

—Pero, María, que es sábado. Venga, mujer. Ponte algo mono y vente, que seguro que te despejas.

—No, Caro. Estoy con Carlos ya tirada en el sofá. Me siento agotada, pero te lo agradezco mucho.

—¡Pero si al niño lo ves todos los días!

—Ay, Caro, de verdad que no.

Cuando colgaron, María pensó en que había una parte de ella, exclusivamente conceptual, a la que le apetecía salir. Pero la realidad era que no podía estar todo el día ausente ni marcharse siempre que alguien la reclamase. Pensó en Carolina llegando a un pub con un grupo de gente, todos bien vestidos, en sus perfumes entremezclándose en el aire, en las conversaciones despreocupadas tras las primeras copas, en las primeras miradas íntimas. Pensó en los hombres que iban con ella y, mientras se acurrucaba en el sofá junto a Carlos y reanudaba la película, también pensó: «Qué ganas tengo de que me coman el coño bien comido, joder». Después cerró los ojos y se durmió.

El domingo amaneció nuboso y hostil, algo que no ayudó a levantar el ánimo de la unidad, que retomó las tareas con cierta desgana. El *IDEAL* titulaba esa mañana: «INCINERÓ A SU PADRE EN LA CHIMENEA PARA COBRAR LA PENSIÓN» y justo debajo, subtitulaba en negrita: «La ciudadana sueca investigada por cobros ilegales y por la desaparición de su padre trituró los huesos y esparció las cenizas por los alrededores de su casa. El asesinato parece descartado». La noticia iba a página completa y se recreaba en la manera en la que Elina llevó a cabo el proceso. La última columna estaba dedicada a

argumentar el asunto del asesinato: «La Policía Judicial está rastreando sin éxito la vivienda y la parcela en busca de restos del cuerpo, mientras que el juez ha descartado el asesinato, ya que las relaciones entre padre e hija eran buenas, según testimonios recabados por el juzgado. Además, es evidente que la muerte del anciano no favorece los intereses de la hija, pues complica el cobro de la pensión».

Tras leer por encima la noticia, María devolvió el periódico a Quintana y dijo:

—Al trabajo.

A medida que transcurría la mañana sin hallazgo alguno, el desánimo se instaló en el grupo de manera definitiva. María dejó a dos guardias repasando la casa y la finca quedó peinada casi por completo. Fueron a comer al asador con chimenea y todo fue silencio en aquel montón de agentes que llevaban cuatro días prácticamente ignorando a sus familias, colgando llamadas de sus casas y viendo a sus hijos para acostarlos. Sobre las tres y media, María y Rasmus accedieron a uno de los últimos lugares que faltaban por registrar: una abertura en la zona montañosa en la que terminaba la parcela a la que las suecas llamaban «la cueva del oso». Encendieron las linternas y entraron.

—Tened cuidado. Por lo visto, la cueva es peligrosa.

Avanzaron por un pasillo atravesado por una corriente de aire helado hasta llegar a una sala amplia y húmeda.

—Mirad —dijo Rasmus.

Las tres linternas apuntaron al suelo, a una esquina de la sala. Allí había envoltorios de comida, todos muy antiguos. Latas de cocacola que podían tener una década, papeles sin brillo de chocolatinas que ya no existían en el mercado.

—¿Qué es todo eso negro? —preguntó Rasmus mientras posaba el haz de la linterna en un punto. Las otras dos luces se superpusieron a la suya.

—Es… —María dio un par de pasos, se agachó y tocó las manchas negras. Habría más de doscientas. Era como si alguien hubiera

chapoteado en petróleo—. Es cera. Cera consumida. Todo esto fueron velas.

—Velas negras —dijo Prados.

Avanzaron el último tramo hasta llegar al fondo.

—Mirad.

—Coño.

Allí encontraron una enorme piedra. A ella, gracias a una argolla, había fijada una cadena con un grillete.

—Hostia.

Los tres callaron.

Rasmus rompió el silencio:

—¿Sabéis a qué me recuerda?

—¿A qué?

—Al mito de Sísifo.

María y Prados miraron a Rasmus.

—Mal marido. Mal padre. Mentiroso y asesino. Fue condenado a arrastrar una piedra atada a una cadena.

—Ah —dijo Prados—. Y se le caía al llegar a la cima.

—Exacto.

—¿Soy la única que visualiza a Hans aquí atado?

—Cuidado, sargento —dijo Rasmus—. Podrían ser tus ganas de verlo. Mira el grillete. Es demasiado estrecho.

—Pero no tenemos nada más. Aquí termina el registro. —María pensó. Se rascó la cabeza. Iluminó la piedra, la cadena—. ¿Le preguntamos a Elina?

María interpretó el silencio como un «sí», así que, en cuanto salieron de la cueva, llamó a Morillas.

—Letrado, vamos a cerrar el caso. Pero antes quiero que Elina me explique una última cosa.

—El juez ya ha terminado con ella, sargento.

—Soy consciente. Pero hemos encontrado algo que queremos que nos aclare. Pónganoslo fácil: si se reúne con nosotros dentro de una hora en la prisión, letrado, cerramos hoy mismo el expediente.

—Sargento, ¿es consciente de que es domingo?

—Lo soy.

Morillas hizo una pausa.

—Una hora.

María mandó a sus hombres rebuscar y fotografiar la cueva mientras ellos iban a la cárcel. Les pidió que observasen minuciosamente el grillete en busca de algún resto orgánico. Ya en la prisión, accedieron a la misma sala de reuniones y Elina apareció con la misma ropa que el día anterior. Sus ojeras, oscuras y profundas como pozos que esperan la lluvia, parecían maquilladas para un disfraz.

—Cadena… Ahí atamos perros. Los perros que…

—¿Qué, Elina?

—Los que atacan. Muerden… Los… castigamos.

—Ya lo ha oído, sargento. Esto no tiene sentido. Atan a los perros agresivos. Puede que sea cruel, pero ya está. La vida es cruel. Se castiga a los malos. ¿Eso era todo?

María miró a Morillas con cara de odio.

—¿No habéis atado nunca a tu padre ahí?

—¡Sargento!

—Cállese, letrado. Elina, ¿has atado a tu padre a esa cadena?

Elina ensanchó su blanca sonrisa de niña idiota.

—¿Por quién me toma… agente?

María no pudo soportar aquello. Se levantó. Se apoyó en la mesa y se echó hacia adelante todo lo que pudo.

—Pues te tomo por una cruel mentirosa que vive aprovechándose de los demás, te tomo por una psicópata que consigue con el coño y con una estupidez fingida lo que otras conseguimos trabajando, y te tomo por una desgraciada que jamás tendrá el respeto de nadie. Por eso te tomo.

—¡Sargento!

—Disculpe, letrado —dijo María sin variar ni un ápice su tono de voz agresivo—. Me he alterado. Pido disculpas a ambos. Nos vamos.

Y así, María, Rasmus y Prados regresaron en silencio a La Umbría, donde la sargento reunió a su equipo y dio por concluida la

investigación. Granero le mostró el último hallazgo: una botella de licor en cuyo interior flotaban tres embriones de perro. La etiqueta, escrita a mano, decía: «Para verdaderos machos. 1000 pts/chupito».

—Hay que desmontar todo esto. Nos vamos, señores. Qué le vamos a hacer.

Tardaron más de una hora en recoger todo el instrumental de campo y algunas cosas que habían dejado dentro de la casa: cajas de guantes, cintas métricas, algunas bridas… Fueron cargándolo todo en los coches mientras los flashes de la prensa intentaban fotografiar a los agentes. María fue la última en salir de la casa. Echó una mirada al pasillo, apagó la luz y cerró la puerta. Un escalofrío recorrió su espalda y la hizo sentir derrotada. A esas horas de la tarde, ya con las tinieblas establecidas sobre el mundo, la parcela estaba cubierta por un mar de escarcha fantasmal. La sargento apretó la pelota antiestrés y se subió al coche junto a Prados y Rasmus.

Más tarde, ya en casa, mientras preparaban una sopa de pescado para cenar, María anunció que ya casi había terminado con el caso y que al día siguiente Carlos y ella regresarían a su casa.

—Ya vuelvo a los horarios normales. Por ahora.

—Qué bien, hija. Me alegro. Este caso ha tenido que ser duro.

María miró a su madre y suspiró.

—Mucho. Muchísimo. Además, me deben tres semanas de vacaciones. Creo que me las voy a guardar para el mes de julio. Podríamos alquilar algo en la playa, cinco o seis días.

Con Carlos y con su madre ya en la cama, María se preparó una infusión, encendió el portátil y empezó a redactar el informe de conclusiones para el juez. No obstante, el cansancio la venció pronto y apenas pudo escribir un par de párrafos.

El lunes dedicó toda la mañana al informe, donde intentó mantenerse todo lo neutral que pudo. Aun así, incidió en que, a pesar de que no había hallazgos que demostrasen la culpabilidad de Elina respecto a la muerte de Hans, ella no se creía la versión de la sueca. Le parecía forzada, artificial, diseñada por el abogado para

que Elina saliera de aquello lo mejor parada posible. Pero la justicia no funciona así. No hay que probar la inocencia, sino la culpabilidad. A la una llamó al juzgado para comunicar que acababa de enviar el informe y que daba por terminada la investigación. Era turno del juez.

A eso de las tres de la tarde, llevó a Rasmus al aeropuerto. Pese a todo, María era consciente de que le había cogido cariño. Aunque sus maneras exteriores chocasen, María se sentía unida al sueco por sentimientos profundos, por algo así como un ansia de revertir los males del mundo, tal vez un ansia absurda: algo parecido al trabajo de Sísifo transportando la roca montaña arriba.

—Sargento —dijo Rasmus tras bajarse del coche frente a la terminal de salidas—, era un caso difícil y lo ha hecho muy bien. Siéntase orgullosa de haberlo dado todo.

María sonrió. Rasmus también, y le tendió la mano. Después del apretón, el sueco echó a andar y entró a paso rápido en la terminal. De vuelta a la ciudad, María sintió una necesidad apremiante de no volver a la civilización. Había trabajo por hacer, su hijo la necesitaba, su exmarido seguro que la llamaría por alguna idiotez, su madre tendría algo que decirle y también el capitán Granero, y la maestra de Carlos, y el juez, y Morillas, y la fisio la invitaría a salir y ella querría acostarse con alguien, solo eso, estar cerca de otro cuerpo cálido y fugaz, y seguiría haciendo frío y Fermín estaba herido y al final no había visitado a la cónsul sueca y Elina le había dicho «por-quién-me-toma-agente» y el mundo de repente pesaba, pesaba de verdad, sobre su pecho y sobre su cabeza. Así que decidió tomar la salida de la autovía que la llevaba a otro mundo, a un mundo pasado que pesaba mucho menos: ¿no es eso lo que todos queremos a fin de cuentas? ¿Lo que ansiamos continuamente? ¿Que el mundo pese menos?

Llegó sobre las cuatro y media a aquel prado en el que jamás había visto a nadie. Ni a una sola persona. Al principio de su matrimonio, Jorge y ella bromeaban con que lo habían descubierto ellos y que les pertenecía por derecho. Pasado un tiempo,

empezaron a decir que aquel paraje se encontraba en una dimensión desconocida. Nunca, jamás, vieron a nadie más. Y allí se sentaban. A contemplar toda la ciudad desde aquel cerro en el que hacían pícnics y escuchaban música en un radiocasete a pilas y hablaban sobre absolutamente todo con una atención desmesurada, como hacen los amores recién forjados y aún prendidos por la lumbre de la ilusión. Cada vez que iban, hacían el amor sobre una manta, completamente seguros de que jamás aparecería ninguna persona. Porque aquel paraje en el que María se acababa de sentar a ver atardecer era un descubrimiento de ella y de Jorge, dos personas que ya no existían.

Se apoyó contra uno de los árboles y miró la ciudad, nubosa y oscura en el inicio de la noche. Miró también el prado que la rodeaba. Llevaba más de un año sin ir. Se vio a sí misma echada boca arriba en la manta azul, con Jorge sobre ella y ella gimiendo y diciendo todas las barbaridades que se le pasaban por su pensamiento abotargado por el sexo. Vio también a Carlos, muy pequeño, dando sus primeros pasos en aquel lugar, habitando un mundo fantasma, un mundo pasado, un mundo que pesaba menos. Apretó la pelota, fuerte, muy fuerte, con todas sus fuerzas. Pensaba en Elina y en su sonrisa cínica. «A partir de ahora, estás maldita». María apretó la pelota hasta que se hizo daño, pero su rabia crecía cada vez más, tanto que la movió a llevarse la pelota a la boca y a morderla con todas sus fuerzas. Arrancó con los dientes un trozo y lo escupió. Inmediatamente le dio otro bocado: la mandíbula le iba a reventar de la tensión. Lo volvió a escupir y finalmente lanzó la pelota al barranco con desesperación. Después rompió a llorar.

Desde allí, desde aquella cima, podían verse tormentas distantes que ni siquiera se oían, y silenciosos relámpagos como sábanas de luz que hacían palpitar la espina dorsal de Sierra Nevada antes de ser engullida de nuevo por las tinieblas.

—¡Joder! —le gritó María al barranco.

—¡Joder! —le devolvió el barranco a ella.

Después, todo fue silencio y quietud, y María notaba lágrimas calientes volviéndose frías mientras descendían su rostro. Por las membranas y fluidos de su cuerpo circulaba un torrente inagotable de rabia, de pena; un dolor seco y callado.

35

Lo único que recordaba Ingrid del día completo que pasó en la UCI era una inagotable sucesión de personal sanitario que revoloteaba a su alrededor, que ajustaba el suero y el oxígeno, pinchaba medicación, tomaba temperaturas, susurraba datos entre sí y circulaba por los lados de su cama como circula una nube de mosquitos alrededor de una fogata. Todo eso ocurría con Ingrid en un estado de letargo y somnolencia extremos, con la losa del pecho apretando todo su interior y con una sed desértica en la boca.

Esa misma noche, ya estable, fue trasladada a una habitación de aislamiento en la octava planta —reservada a enfermedades contagiosas— y, tras dormir diez horas entre pesadillas insondables y agotadoras, se despertó algo mejor. La enfermera, ataviada con una máscara transparente y una bata de plástico que la hacían parecer una apicultora francesa, le explicó que la medicación parecía haberle sentado bien y la invitó a levantarse al baño, donde Ingrid constató ante el espejo que en un lapso de un día y medio parecía haber perdido un tercio de su peso, por lo que no le quedó más remedio que concluir que se estaba consumiendo.

Una hora más tarde, la doctora le explicó que manifestaba síntomas de una infección grave, que en ese momento no podían determinar cuál era la causa y que estaban llevando a cabo estudios con su sangre, su esputo y su orina. Le contó que su familia estaba fuera, informada en todo momento, y le pidió que se concentrara en descansar. Ingrid escuchó todo aquello sumida en un pozo de indefensión donde resonaba, como el eco oscuro de las mareas, un caudal de rabia sorda y contenida. Desbordada por el asco, intentó

comerse un yogur, pero a las tres cucharadas no pudo reprimir las náuseas y se levantó para vomitar en el baño. Su debilidad la hizo moverse medio borracha, trastabillar y vaciar el estómago a medio camino, sobre el suelo de la habitación y sobre sus pies. El vómito era blanquecino y rezumaba un olor acre que se expandió en el aire de la habitación en oleadas ácidas. Pidió perdón a la limpiadora que apareció con una fregona y que le dedicó una mirada en la que Ingrid intuyó repugnancia y condescendencia. Después, se acostó. Y en ese momento empezaron los sudores.

Durante horas, Ingrid sintió que estaba en el lugar más cálido imaginable: en el oscuro fondo de una mina, en el núcleo incandescente de un volcán hawaiano, en uno de los más profundos círculos del infierno. Porque todo lo que hacía era sudar tan intensamente que las enfermeras no sabían qué hacer para contrarrestarlo. Y, para colmo, fruto del desamparo, le brotaban ataques de llanto que intentaba neutralizar pensando en banalidades absurdas: en los barrios de París, en el *ranking* definitivo de los sabores de helados o en lo poco que le gustaba el cine de Bergman.

—Estás sudando más cantidad del suero que te inyectamos —le dijo un enfermero que le dejó sobre la mesilla un vaso de agua antes de marcharse.

Ingrid dio un trago, sintió una náusea y pensó que todo cuanto bebía le sabía a lágrimas. No podía dejar de temblar, de llorar y de sudar. Y nadie le decía nada. Nadie era capaz de explicarle lo que le ocurría. A media tarde se quedó dormida entre sollozos y despertó a la mañana del día siguiente, empapada en sudor y con una sensación de electricidad interna, como si el rayo que la había atravesado en su jardín se hubiera instalado definitivamente dentro de su columna vertebral y prendiera en llamas minúsculas el interior de todas sus vértebras. Cuando se levantó para orinar —aunque no tenía ganas, pues todos sus poros sudaban continuamente y nada parecía llegar a su vejiga—, contempló sobre la cama su propio cuerpo impreso en sudor, una silueta que se iba secando poco a poco pero que dejaba un halo salino superpuesto a las siluetas

anteriores, de tal modo que Ingrid podía ver su imagen fosilizada en posición fetal, quizás con cierta sensación de movimiento, como si alguien hubiera revelado sobre el lienzo blanco de la sábana una fotografía de un espectro, medio velada, quizá abrasada por un exceso de ácidos.

Por su parte, Gabriel había pedido unos días libres en el trabajo para poder estar en el hospital, a pesar de que aún no se le permitiera ver a su mujer. Sebastián se los concedió sin pestañear y Nora se empeñó en acompañarlo. En un principio Gabriel se negó, pero ante la férrea obstinación de Nora, accedió a que ella le diese relevo por las tardes en la sala de familiares para que él se marchase a asearse y descansar. Al tercer día, sobre la hora de comer, la doctora llamó a Gabriel y le dijo que aún no habían conseguido identificar qué le ocurría a Ingrid, que seguía «grave pero estable», y que al día siguiente podrían pasar a verla con las debidas protecciones. Gabriel protestó ante la incapacidad del equipo médico para establecer un diagnóstico, pero la doctora lo atajó de inmediato:

—Le comprendo, Gabriel, pero créame, estamos haciendo todo cuanto está en nuestras manos. Déjenos trabajar, por favor. Le seguiré informando, ¿de acuerdo?

Así que cuando Nora le dio el relevo, Gabriel, frustrado, iracundo y con la boca rezumando una sequedad visceral, decidió ir a beber. Sabía que si salía por la puerta principal del hospital y cruzaba la Avenida de la Constitución en dirección a los juzgados llegaría a una zona repleta de bares. Entró en una especie de *pub* irlandés cuya decoración carecía por completo de sentido, pero a Gabriel le encantó la oscuridad del lugar, lleno de lámparas bajas. Estaba casi vacío: dos mujeres jugaban al billar y una sombra bebía en soledad en una esquina de la barra. Gabriel pidió una pinta de Guinness y se bebió casi la mitad en al primer trago bajo la mirada indiferente del camarero. Terminó la cerveza en los siguientes tres minutos, mientras pensaba en Ingrid de manera confusa a través de reflexiones atenazadas por la impotencia y la incertidumbre.

—¿Me llenas, por favor? —dijo señalando el vaso vacío.

El camarero cogió dos vasos y los llenó con parsimonia en el grifo negro y brillante. Dejó uno en el posavasos de Gabriel y le llevó el otro a la gruesa sombra que habitaba la esquina, y que emergió fugazmente a la zona luminosa para mirar a Gabriel con la cerveza rebosante en la mano y decirle:

—¡Salud!

—Salud —respondió Gabriel con hastío.

Ambos dieron un trago y la figura sombría llamó al camarero, le dijo algo y el muchacho, que era pelirrojo y por ende ya constituía de largo el elemento más fehacientemente irlandés de todo el bar, llenó dos vasos de chupito con tequila oscuro. Dejó uno en la esquina y le llevó el otro a Gabriel.

—De parte del caballero —le dijo.

Gabriel miró a la esquina sombría, donde solamente podía ver una mano extendida hacia adelante e iluminada por la luz de un frigorífico lleno exclusivamente con latas de Red Bull, una escena similar a un claroscuro de Zurbarán. La mano levantaba el chupito en dirección a Gabriel, que pensó que lo correcto sería acercarse al sombrío personaje que lo había invitado y brindar con él. Así lo hizo. Caminó hasta la esquina con cuidado de no derramar el tequila y, a medida que se acercaba, el tipo emergió de las sombras. Era grueso y calvo, vestía un traje ya arrugado por el ajetreo de todo el día y lucía un bigote pelirrojo que a Gabriel le recordó a una croqueta. Su rostro estaba deformado por la luz indirecta de la lámpara.

—Salud —dijo mientras ofrecía su vaso.

—Salud —correspondió Gabriel terminando el brindis.

Ambos bebieron y ambos articularon ese «ahhh» que aflora tras un severo golpe etílico.

Tardó más de lo esperado en reconocerlo, posiblemente por la oscuridad o tal vez porque su mente estaba abotargada a causa de llevar dos noches casi en vela, pero finalmente lo hizo. Aquel tipo medio borracho era Fernando Morillas, el abogado de Elina.

—¿Me puedo sentar? —preguntó Gabriel señalando un taburete.

—Claro, amigo, siéntate. ¡Luis! ¡Trae su cerveza aquí!

El camarero trasladó la Guinness de Gabriel a la esquina y el abogado le tendió la mano.

—Fernando —dijo Morillas extendiendo una mano gruesa y sudada, prácticamente un molusco.

—Gabriel. Encantado. ¿Me dejas que te invite a otro chupito?

—Coño, pues claro. ¡Luis!

Y así comenzó una charla de taberna en la que a Gabriel no le costó mucho trabajo que Morillas hablase sobre las suecas. Se notaba que iba con cuidado, pero también era patente que la borrachera le hacía hablar más de la cuenta. Luis, el camarero, fue de gran ayuda, ya que —probablemente movido por el morbo del asunto— se unió a la conversación y parecía saber cómo abordar a Morillas. Por su parte, el abogado hablaba de Katja y Elina con un cinismo que a Gabriel le resultaba chocante y desagradable; contaba lo bien que follaban, las fiestas que organizaban, los delitos que cometían y lo mucho que tenían «agarrado a todo el mundo por los huevos».

—Tienen agarrado a todo el mundo por los huevos, os lo digo en serio. A todo dios. Alcaldesa incluida. Hasta a mí, coño. Imaginaos: yo no les cobro nada. Na-da. Eso sí, lo que yo he disfrutado en esa casa…, pfff, no lo sabe nadie. Una noche, hace un par de años, me dejaron darle por el culo a dos chinas. Se la metía a una, la sacaba y se la metía a la otra. Allí te consiguen lo que quieras. Mujeres, drogas, lo que te dé la gana. Aquello es la hostia.

—Qué pasada —dijo Gabriel siguiéndole el juego—. A mí me han dicho que también hacen magia —comentó despreocupadamente tras darle un trago a la cerveza—. Que son brujas.

—Bueno, estos días está saliendo una cantidad de basura acojonante, se dice de todo, ya sabéis. Pero sí, siempre se ha dicho lo de la magia. A veces se las ve por allí, por la casa, con las velas y todas esas gilipolleces. Yo no creo en esa mierda, pero se cuenta que echan mal de ojo y que hechizan a la gente. Yo qué sé. Por lo visto se cargaron así a un vecino. Eso cuentan en el pueblo.

Cotilleos, ya sabéis. Pero lo de las mujeres…, eso es de locos. Tienen unas negras que… —Morillas le hizo un gesto a Gabriel y al camarero para que se acercaran. Cuando lo hicieron, las tres cabezas casi pegadas, Morillas susurró—: Se meten en la boca la polla y los huevos. Todo. Al mismo tiempo. No os podéis imaginar el gusto que da eso. Pero ya se les ha acabado el rollo.

—Por lo del padre.

—Sí, claro, por lo del padre. Poco le hicieron a ese cabrón.

Gabriel se quedó petrificado. Se le tuvo que notar. De inmediato, Morillas se dio cuenta de que había dicho algo inapropiado y desvió el asunto:

—Luis, llénanos, ¿no ves que estamos secos, cojones? Bueno, Gabriel. Y tú, ¿qué me cuentas?

Pero Gabriel estaba completamente cegado por lo que acababa de escuchar.

—¿Qué pasó con el padre?

Luis colocó dos posavasos y puso encima las cervezas. Llenó los chupitos. Morillas agarró el suyo.

—Nada, déjalo. Ese viejo se murió y ya está. Brinda.

—No, no. ¿Qué pasó? ¿Qué pasó de verdad?

—Déjalo, coño. Ya está. Pasó que era un anciano y que la palmó.

Gabriel entornó los ojos.

—No estoy muy seguro.

En ese momento, Morillas levantó la vista y miró a Gabriel fijamente. Sus ojos enrojecidos estaban cubiertos por una película brillante. Tenía los mofletes arrebolados y los labios levemente cortados. Sin decir nada, despacio, se acercó el chupito de tequila a la boca y, con un movimiento ágil de muñeca, se lo volcó en el gaznate. Muy lentamente, al ritmo de un astronauta que se mueve en una gravedad distinta, dejó el pequeño vaso sobre la mesa, todo en un absoluto silencio, y de repente, tras soltar el vaso vacío, Morillas aceleró el mundo entero para pegarse a Gabriel en una milésima de segundo y agarrarlo por la pechera.

—Escúchame. —Sus rostros estaban prácticamente pegados, casi frente con frente—. Como seas un periodista te voy a joder bien. Pero como seas un puto policía esto te va a costar el puesto, pedazo de mierda.

—¡Eh! —gritó el camarero.

—¡No, joder! —exclamó Gabriel—. ¡Tranquilo, coño! ¡Suelta!

Morillas lo soltó. Gabriel se sacudió la camisa a abrió las manos como un predicador semita.

—¿Cómo voy a ser un policía? Soy artista, joder. Escultor. Doy clases de arte.

—¿Escultor? —gritó Morillas—. ¡Y una mierda! —Arrastraba las palabras—. Largo de aquí, me cago en Dios. Porque tú… —Señaló a Gabriel con el dedo—. Tú… Algo quieres, hostia. Algo quieres. Coño, largo de aquí de una puta vez.

Gabriel se puso el abrigo y le preguntó a Luis cuánto le debía. El camarero, serio, le dijo que le diera veinte euros y que se marchara. Morillas seguía señalando e increpando a Gabriel. Las mujeres del billar miraban la escena de reojo.

—A tomar por culo antes de que te meta una demanda por el culo, ¡payaso! ¡A tomar por culo!

Cuando Gabriel salió a la calle había empezado a llover y el neón de rojo del cartel del pub sangraba a causa del agua que le chorreaba. Se notaba borracho y acelerado.

—¿No te has cambiado? —le preguntó Nora cuando llegó.

—No, tenía cosas que hacer y no he pasado por casa. ¿Te han dicho algo?

A Nora se le enrojecieron los ojos levemente.

—Nora, qué pasa.

—Que… que está peor.

—¿Cómo que peor?

—No me he enterado muy bien. Me han enseñado análisis y la doctora me ha dicho que siguen sin saber qué tiene, pero que los valores están cada vez peor. Que está…

—¿Está?

—Muy grave.

A esa misma hora, Ingrid no necesitaba ver ningún gráfico para saber que las cosas no iban nada bien. Se notaba exhausta y sentía que su interior estaba relleno de avispas que clavaban una y otra vez sus aguijones en cada órgano, en cada arteria, en cada tejido de su cuerpo. Atardecía, y, por primera vez en aquellos tres días que llevaba en el hospital, Ingrid pensó que iba a morir. Lo pensó tal cual, con sequedad, con una frase rápida y directa: «Me estoy muriendo». Su mente le suplicaba que se metiera en la cama, pero intuyó que, si se acostaba, no volvería a levantarse. Luchó contra ese instinto. Una vez, en Estocolmo, cuando tenía apenas diez años, Ingrid vio morir a una perra. Fue en la gran casa con jardín de su tía Viktoria. La perra era muy mayor, siempre dormía y ya no tenía ganas de jugar ni de pasear. Aquella tarde, Ingrid estaba leyendo en el porche y escuchó un ruido. Se adentró en el jardín y vio a la perra prepararse para morir. Buscó un sitio en calma, miró al cielo, miró a Ingrid con indiferencia, y se echó de un lado. Su mirada se perdió en el infinito mientras jadeaba con ansiedad. Los jadeos se aceleraron, Ingrid no sabía qué hacer, así que se limitó a dejar que la situación la sobrepasara. Poco a poco, la perra dejó de respirar hasta que se convirtió en una estatua blanda. Sus primas llegaron, gritaron, los adultos llegaron, se echaron las manos a la boca y alguien hizo venir a un veterinario. Ingrid no dijo una palabra. Y allí, sola en la habitación de hospital, se sentía igual que aquella perra. Tenía un sitio tranquilo, un ocaso tras la ventana y unas ganas irrefrenables de tumbarse de lado y cerrar los ojos. Pero intentó luchar. Cojeando, con el dolor insoportable en el pecho y el picor de la aguja persistiendo en el costado, rascándose irrefrenablemente, caminó hacia la ventana y, tras forcejear con el cierre, consiguió abrirla. El aire, que arrastraba un denso olor azulado, un olor a ozono vivo y fresco, golpeó su cara y su cabello sin brillo. Vio nubes, vio las luces naranjas de la ciudad, intuyó la estación de esquí sobre la nieve al fondo. Ingrid estaba al borde de sus fuerzas. Echó un último vistazo a la plaza de La Caleta, donde apenas había nadie. Había parado de

llover. Sus ojos se fueron hacia algo en movimiento: una paloma picoteaba de lo que parecía un enorme charco de vómito. Rápidamente, intentó buscar una imagen más agradable: un par de críos cogidos de la mano de su madre, quizá una pareja abrazada que se cobija del primer aire gélido de la noche. Pero no pudo. Todo lo que había en la plaza era aquella paloma comiendo con avidez de un enorme vómito rosáceo.

Ingrid cerró la ventana con lágrimas en los ojos y pensó fugazmente en el misterio del futuro, donde nadie sabe en qué momento se tuerce el camino ni a qué lugar le van a llevar sus pasos. Pensó en Katja y en Elina. En sus escupitajos al suelo, en aquella mano saliendo del coche en la madrugada de Viernes Santo, en la aguja clavándose en su costado. Pensó en Hans, en sus ojos vacíos. Después anduvo con dificultad hasta el baño, orinó entre jadeos y toses y se echó sobre la cama, de lado y mirando al suelo, llorando con el desconsuelo de sentir que la última imagen del mundo que había visto en su vida era la de una paloma picoteando de aquel gigantesco vómito, pues estaba convencida de que al día siguiente no podría levantarse. Y si algo hemos aprendido de Ingrid hasta el momento es que sus intuiciones solían ser especialmente certeras. Efectivamente, Ingrid al día siguiente no se levantó.

Ese fue el primer día que la pudieron visitar. Primero entró Gabriel, quien se había obligado a no llorar. Y no lo hizo. Ingrid, con apenas un hilo de voz ronca, le preguntó por los niños. Gabriel le dijo que estaban muy bien, que Adam había recuperado el examen de lengua que tenía suspenso de la anterior evaluación y que Camilla había acertado el rosco casi completo de Pasapalabra durante la cena del día anterior Ingrid lloró y Gabriel la consoló. Le dijo que los médicos la iban a curar, que estaban buscando soluciones.

—No hay solución para una maldición —dijo Ingrid.

—No, cielo, no. Esto no es ninguna maldición. Es una enfermedad. Y las enfermedades se curan, mi amor. Solo tienen que encontrar lo que te pasa.

Ingrid sonrió con melancolía. Sus ojos, hundidos y ojerosos, transmitían un vacío oscuro. Después tosió y respiró de la mascarilla de oxígeno. Miró a Gabriel.

—¿Quién hay fuera?

—Tu madre y yo. Y hoy va a venir mi tía Puri, que me llamó ayer por la mañana.

Ingrid sonrió. Después, entre toses y sibilancias, se echó a reír. Gabriel no pudo evitar sonreír también.

—¿Qué pasa, cielo?

Pero Ingrid seguía riendo, mirando a la pared de enfrene. Cuando se calmó, se giró hacia Gabriel.

—¿Sabes cuántas veces he visto a tu tía Puri? —Gabriel negó con la cabeza—. Dos veces. En el entierro de tu padre y en el de tu madre.

Esa tarde, todo se precipitó. Mientras Gabriel leía en la sala de espera, la doctora lo llamó.

—Pase.

—¿Cómo está?

La doctora, una mujer con cara de ave que llevaba el pelo dorado recogido en una trenza que lo hacía parecer una preciosa espiga, no contestó, sino que hizo una pregunta que descolocó a Gabriel.

—¿Sabe si su mujer ha tenido contacto con alguien de Sudáfrica recientemente?

—¿Cómo?

—Hemos recibido un aviso epidemiológico. Necesito que piense en lo que le acabo de preguntar. ¿Sabe si ha tenido contacto con alguien que provenga de Sudáfrica?

—No… no sé. No sé. Verá, Ingrid es cónsul. Ella trata constantemente con gente de otros países. Hace un par de años estuvimos en Sudáfrica. ¿Qué pasa?

—Me refiero a últimamente, Gabriel. La semana pasada.

—No, ni idea. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Mientras tanto, en la octava planta, a Ingrid le estaban haciendo la misma pregunta.

—¿Sudáfrica? —respondió con el diminuto resuello que le quedaba en sus pulmones atenazados—. No… no lo sé. Creo que no.

—Bueno, de acuerdo, Ingrid. Escúchame. ¿Me escuchas?

Ingrid asintió al médico, un latinoamericano bajito y grueso que la miraba con seriedad detrás de su máscara transparente.

—Hemos recibido una alerta epidemiológica. Ha habido un caso en Sudáfrica de una cepa muy extraña de tuberculosis. Y resulta que el paciente del que proviene la alerta estuvo en Granada la semana pasada. Por eso nos han avisado. Es una variante de la enfermedad muy complicada, que no responde a tratamientos habituales. Así que vamos a hacerte una biopsia de pulmón y vamos a intentar localizarla. ¿De acuerdo?

Ingrid asintió. Parecía que el médico le estaba hablando desde el fondo del océano.

—Por si acaso, ya hemos solicitado el tratamiento a un laboratorio; es algo tan específico que no lo tenemos, ya que en nuestro país nunca se ha dado un caso. En el supuesto de que des positivo, estaría preparado. Te van a bajar ya. Luego te veo.

Unos minutos después, un celador entró en la habitación y manipuló los pies de la cama de Ingrid.

—Nos vamos —dijo dando un tirón de la cama.

De camino a la sala de TAC, que era donde le iban a hacer la biopsia, Ingrid sentía en su cabeza una extraña humedad algodonosa que le hacía percibir la realidad como un naufragio interminable. Dos celadores la ayudaron a subir a la camilla del TAC. Llegaron un par de médicos.

—Te vamos a sedar, Ingrid. Cuenta desde diez hacia atrás.

Nueve.

Brazo frío.

Ocho.

Corazón frío.

Siete.

Negro. Nada.

—Ingrid. Ingrid. ¿Me oyes? Eh, Ingrid.

—Está todavía grogui. Ingrid.

Ingrid abrió levemente los ojos. A los pies de su cama estaba el médico latinoamericano y a un lado había dos enfermeras. Junto a ellas, estaba Gabriel. Ingrid hizo un gesto con la cabeza. El médico habló.

—Ingrid, has dado positivo. De algún modo te has contagiado de la cepa mixta de tuberculosis que te dije. Ya te hemos administrado una dosis de tratamiento. Ahora tenemos que esperar a ver cómo respondes. Solo quería que lo supieras. Ahora, descansa.

Ingrid intentó hablar, pero no pudo.

—Luego hablamos. Descansa, por favor.

Pero Ingrid consiguió articular un par de sílabas.

—No… no… —balbuceó.

—No, ¿qué? —dijo el médico.

—No es… tuberculosis. Es… —Todos se acercaron un poco a Ingrid para escucharla mejor—. Es… una maldición.

El médico, acostumbrado a los desvaríos posteriores a la anestesia, sonrió levemente y lo único que dijo fue:

—Duérmete, Ingrid. Tu cuerpo tiene que trabajar. Salgamos, por favor.

Y a partir entonces, todo el proceso que Ingrid había vivido hasta llegar a sentirse a un paso de la muerte se revertió con suma lentitud. Mejoró levemente el primer día, y los tres siguientes los pasó en un estado de calma estable, con los pulmones burbujeando moco y sangre y comiendo exclusivamente puré de manzana —nunca más podría volver a probarlo—. A causa de la virulencia del tratamiento, orinaba sangre por las mañanas. A partir del sexto día, la mejoría fue notable, hasta el punto de que los médicos empezaron a barajar la posibilidad de darle el alta. Durante ese tiempo recibió llamadas y obsequios de gran parte de la diplomacia con la que se relacionaba —Klara Pålson envió un ramo de flores de tal volumen que tuvieron que juntar dos mesillas para ponerlo encima—, y por fin pudo hablar con la tía Puri en un contexto que no fuese funerario. Sus hijos iban a visitarla una tarde sí y otra no, y

cada día la habitación se llenaba de amigos que se iban turnando para acompañarla: Naoko, Esteban, Jutta, Michael, un desfile que la hacía sentirse enormemente afortunada. En todo ese tiempo, ni ella preguntó, ni nadie hizo referencia alguna a Elina, Hans, la investigación o La Umbría… Todo había dejado de existir.

Al final de la tarde, Ingrid se sentaba frente a la ventana a mirar el ocaso arrebolado, la avenida surcada por coches veloces, en silencio, como si la vida se hubiese convertido en una sala de cine mudo. Por las noches, el pasillo de la tercera planta bañaba su habitación en una luz rojiza que parecía emanar de otro planeta y que solía despertarla varias veces. Uno de los últimos días que pasó en el hospital, durante uno de esos despertares, Ingrid sufrió un latigazo que provenía directamente de los caprichos de la memoria: el músico. ¿Cómo no había caído en la cuenta? El pub, Cecilia, los dos músicos sudafricanos. Ella habló durante toda la noche con el que tosía sin parar y que se marchó al hotel porque no se encontraba bien. Él la había contagiado. Y pese a aquel ataque de racionalidad, aquel ramalazo de la lógica más absoluta, dentro del pensamiento más profundo de Ingrid seguía vigente la idea de que había sido maldecida. Los escupitajos en el suelo, los símbolos, las salmodias extrañas, el aguijón en su costado… Todo desfilaba por su mente en una danza macabra. Y ahí estaba la verdadera maldición: en el hecho de ser incapaz de pensar de forma racional, en el empeño de hacer encajar la realidad dentro de un sistema interiorizado de supersticiones que relacionaban a Ingrid con el mundo ancestral más que con su propia época. Podría decirse que Ingrid, al igual que aquellas niñas a quienes los trols habían encerrado para suplantarlas, estaba protagonizando su propia fábula sueca.

El veintidós de enero, martes, Ingrid y Gabriel tuvieron una reunión con el equipo de neumología para recibir las consignas finales acerca del tratamiento: tendría que acudir a fisioterapia pulmonar dos veces en semana. La revisión neumológica será

quincenal, y debería tomar antibióticos durante, al menos, seis meses más. Después de la reunión, Ingrid fue dada de alta.

Entró en casa sumida en un pozo de irrealidad. Se había olvidado de la textura del mundo y todo le parecía extraño: el aire, la luz solar, su propio hogar. Pesaba once kilos menos y tosía sin parar, aunque al menos ya había dejado de escupir sangre. El espejo le devolvía una imagen escuálida, un rostro todo pómulos y las costillas marcadas como las teclas de un piano antiguo. Nora le tenía preparada una sopa de pollo y col que a Ingrid le pareció deliciosa. Después de comer, durmió toda la tarde mientras el viento de la sierra azotaba las contraventanas de su habitación y, cuando bajó al salón y se sentó con Gabriel en el sofá, aún aturdida, Ingrid se dio cuenta de dos cosas. La primera fue que aún no había visto a Vinbär.

—¿Dónde está el gato?

—No lo sabemos —dijo Gabriel—. El día que te ingresaron desapareció y no lo hemos vuelto a ver.

—¿De verdad?

—Y tanto —dijo Nora—. Hemos preguntado a los vecinos y Camilla puso carteles por el pueblo, pero nada.

Se instaló un momento de silencio en el salón, y Gabriel encendió la televisión para ver las noticias. Al comenzar el telediario, Ingrid se dio cuenta de la segunda cosa: no sabía nada de Elina. Absolutamente nada. No había preguntado y nadie había sacado el asunto. Fue el presentador de las noticias el encargado de informar a la familia antes de que Klara Pålson llamase, veinte minutos después. Vestido con un traje negro y con una imagen a su espalda del juzgado de Granada, el presentador explicó que el juez había desestimado la petición del fiscal, que solicitaba cuatro años de cárcel para Elina por estafa. También contó que, con respecto a la muerte de Hans, era imposible imputarle delito alguno.

Ingrid, Gabriel y Nora sacaron la conclusión de inmediato, antes de que el presentador lo dijera: Elina había sido absuelta.

36

María, Prados y Quintana la leyeron al mismo tiempo, los tres cabizbajos y serios. Quintana silabeaba palabras silenciosamente, como hacen los niños que acaban de soltarse a leer solos. A través de la ventana del despacho podía contemplarse un día limpio y azul, un anticipo joven de la primavera. Prados fue el primero en reaccionar. Arrojó su copia sobre la mesa y dijo:

—Mierda.

Y miró a la sargento esperando su reacción. María terminó de leer y, en lugar de explotar en el arranque furioso que Prados esperaba, dejó con cuidado su copia de la sentencia sobre la mesa, cogió su taza de café y la apuró de un trago. Miró a Prados. Miró a Quintana.

—No he podido hacer más —dijo con aire triste.

Podría concluirse que, en ese instante, María era la viva imagen de la resignación.

La sentencia —«emitida en un tiempo récord», según publicaría *IDEAL* al día siguiente— ya podía intuirse a tenor del escrito de acusación que había elaborado el fiscal un par de semanas atrás. No obstante, la benevolencia del juez Ibarra sorprendió a todo el mundo, desde la opinión pública hasta el propio Morillas, del que cuentan que celebró la absolución con un puro cubano de 31 centímetros que llevaba reservando en el frigorífico de su bufete desde que terminó la carrera. En el escrito previo de acusación, el fiscal había expuesto de forma resumida una serie de conclusiones. En primer lugar, decía que no se había podido acreditar la versión de la acusada en lo referente a la muerte de Hans, pero que tampoco había ninguna evidencia en contra, pues la investigación había

concluido «sin hallazgos físicos relevantes». En segundo lugar, no procedía la imputación por un delito o falta de enterramiento ilegal, pues este ya habría prescrito. Por ello, centraba su acusación en los cargos de estafa y falsedad documental pues, según exponía el fiscal, Elina había estafado 14,3 millones de pesetas a la Seguridad Social de Suecia. Solicitaban para ella una pena de cuatro años de prisión. Además, acusaba a Jimmy de falsedad documental por haber firmado los documentos de fe de vida.

Posiblemente apremiado por presiones diplomáticas, la Audiencia Provincial apenas se demoró un par de semanas en emitir una respuesta al escrito de acusación en forma de sentencia. En ella, el juez argumentaba de manera similar al fiscal en lo referente a la muerte de Hans. Dudaba sobre «el método escogido» para deshacerse del cuerpo y ponía en duda la versión de Elina, pero no podía acusarla de delito alguno. Con respecto a los cargos por falsedad documental, consideraba responsables a los funcionarios de La Umbría y señalaba con dureza su «escaso celo» y la «flagrante negligencia» que habían cometido; no obstante, el juez entendía que no podía derivar hacia ellos la responsabilidad penal, puesto que «las falsedades fueron cometidas por imprudencia, al no cerciorarse de que Hans Mattsen vivía, y este delito únicamente puede ser perseguido en su forma dolosa», concluía.

Finalmente, el juez consideraba que el delito de estafa a la Hacienda sueca era «incuestionable», pero añadía que «la jurisdicción para el conocimiento de esos hechos es la sueca y no la española». Por ello, remataba la sentencia exponiendo que no había lugar a juicio y que, en lo tocante a la justicia española, Elina era libre de todos los cargos.

En los días que siguieron a la emisión de la sentencia, María recibió multitud de llamadas y mensajes cuyo tono condescendiente la mantuvo en un estado de irritación constante. Su nueva pelota antiestrés —que imitaba una pelota de tenis— ya estaba cuarteada de tanta presión. El caso, como es normal, fue desapareciendo de la prensa y de la televisión. Tras la emisión de la sentencia, Morillas

ofreció unas declaraciones a la puerta del juzgado donde obsequió al mundo con uno de esos discursos manidos y lastimeros basados en el axioma «Se ha hecho justicia». Elina apareció en un par de fotos en el periódico, despeinada, con unos kilos de menos y mirando a la cámara con gesto alucinado, y también en televisión, en una fugaz caminata desde la puerta de los juzgados hasta un taxi. Los periodistas intentaron que hablase haciéndole con voz melosa las típicas preguntas amables: «Elina, ¿contenta?» o «¿Confiaste siempre en la justicia?», pero la sueca no levantó la vista del suelo, como quien busca un pendiente extraviado en una fiesta, como un zahorí persiguiendo un rastro subterráneo de agua. Después de eso, la televisión matinal la sustituyó inmediatamente por el siguiente drama morboso, pues el circo de la miseria ajena es un pozo inagotable. En conclusión: Elina regresó a la misma oscuridad de donde había emergido.

Un par de semanas después, con María trabajando en casos más pequeños, Granero la citó en su despacho y le propuso invitarla a cenar el sábado siguiente: «Mi mujer está en un congreso y creo que nunca hemos hablado tú y yo fuera de aquí», le expuso. La sargento aceptó y Granero la llevó al restaurante Las Tinajas, donde compartieron una botella de vino, una ración de croquetas y una pierna de cordero.

—¿Qué crees que ocurrió? —Granero ya iba un poco achispado.

—Que se les murió. —María también parecía algo bebida. De hecho, ya habían pedido la segunda botella—. ¿Qué quieres que piense? ¿Que lo embrujaron?

Granero sonrió con ironía.

—Mi mujer cree que se lo cargaron sin querer. Que se les fue la mano con una medicación o algo así.

—Te voy a decir lo mismo que nos dijo el juez. ¿Te acuerdas?

—No, pero me lo imagino.

—Nosotros no estamos para eso.

Granero sonrió, levantó su copa y María brindó. Bebieron.

—¿Qué sabor de boca te ha dejado el caso?

María pensó.

—Malo. Creo que había mucha más política de la que pensábamos.

—Pero si pensábamos que había mucha…

—Pues eso. Más todavía.

—No te frustres, sargento.

—No, no te preocupes. Ya no me afecta como antes. Me cabreo rápido, pero se me pasa rápido. Ya me conoces.

—¿Has visto todas las vacaciones que se te deben?

—No lo he mirado, la verdad.

El camarero dejó sobre la mesa la carta de postres y les dijo que fuera de carta tenían torta real de Motril. Pidieron dos raciones y un par de licores de hierbas.

—Tienes casi un mes acumulado. Deberías ir cogiéndote algo, ¿no?

—Bueno, ya lo veré. Por ahora no estoy cansada. —María apuró su copa de vino—. Creo.

Después de la cena con Granero, la sargento llamó a Carolina, que estaba a punto de salir de casa. Quedaron en un *pub* junto a los jardines del Triunfo y María no tardó en echarle el ojo a un amigo de un amigo de Carolina que también se fijó en ella. Ya en la discoteca, el muchacho —Samuel: alto, un poco de barriga, barba, divertido, hombros recios—, que parecía pensar igual que María en materia de ligues, es decir, que llegados a cierta edad uno no está como para perder el tiempo, la interceptó de camino al baño y, mientras sonaba *One More Time* de Daft Punk, le preguntó que si podía besarla, a lo que María contestó —sonriendo— que quién coño se había creído, a lo que él replicó: «Me he creído el tío que te va a besar dentro de medio minuto». Ella dijo que no estuviera tan seguro, y él no dijo nada, sino que se quedó mirándola fijamente a los ojos.

—¿Qué pasa? —dijo María.

—Que estoy esperando a que pasen los treinta segundos.

Fueron a casa de él, un piso levemente desordenado en la calle Paz, y esa noche María por fin pudo hacer algo que ansiaba con

locura: perder la cuenta de los orgasmos. Después del sexo, Samuel se vistió y la acompañó hasta la casa de su madre. Por el camino se compraron un trozo de pizza cada uno.

—Vente mañana.

María lo miró con extrañeza mientras mordisqueaba su pizza.

—Vamos, mujer. Si no tienes planes, que ya me lo has dicho. Vente a comer y vemos una película o algo así.

María sonrió.

—¿Ya ofreciendo planes de domingo? ¡Eres todo un romántico!

Samuel la miró. Su pelo y su barba estaban anárquicamente despeinados.

—Es que va a llover.

María claudicó ante aquel argumento irrefutable, pero al día siguiente Carlos amaneció con fiebre y no tuvo más remedio que cancelar el plan. Intentó por todos los medios que no sonase a excusa, pero, tras colgar, se sintió como si acabara de ofrecer un pretexto barato, el que dan todos los padres cuando quieren anular algo: el niño está malo.

El lunes prometía ser un día anodino. María tenía previsto invertir toda la mañana en rellenar papeleo, y por la tarde quería pasarse por una cafetería a interrogar a un testigo de un apuñalamiento, aunque estaba pensando seriamente en mandar a Prados, que estaba de guardia. Mientras se tomaba el segundo café de la mañana, sonó el teléfono.

—¿María? —La voz se escuchaba lejana, como si aquel hombre hablase desde una remota base de investigación extraplanetaria.

—¿Sí?

—¡María, hola! Soy Rasmus. Rasmus, de Suecia.

—¡Coño, Rasmus! ¿Qué tal?

—Bien, bien. ¿Tú qué tal?

—Bastante bien, no me quejo.

—Ya me enteré de lo de Elina. Tenía pinta de que iba a acabar así, la verdad.

—Qué le vamos a hacer.

—Sí, sí, qué te voy a contar. Oye, te llamo porque no he tenido más remedio que acordarme de ti.

—¿Y eso?

—Pues porque esta mañana estaba comprobando las cámaras de seguridad de la plaza Stortorget. Hay un grupo de carteristas que andan robando a los turistas. Poca cosa. Bueno, pues estaba viendo el vídeo y resulta que en un momento dado aparece una persona, al fondo, dando de comer a un grupo de palomas. Sale de lejos, muy pequeñito. Más adelante hay un tramo del vídeo en el que los carteristas entran en escena y justamente esa persona se levanta y camina hacia la cámara. Por eso me he fijado en él, porque justo en el momento que nos interesaba, el hombre da la casualidad de que se acerca hacia nosotros. Cuando estaba a punto de cerrar el programa, me he dado cuenta de algo. Y ahí es cuando me he acordado de ti. ¿Tienes un ordenador cerca?

—Delante.

—Pues entra al correo electrónico. Al que aparece en tu tarjeta. Te acabo de enviar un par de capturas del vídeo.

La línea quedó en un silencio perturbado por la acústica simétrica de dos comisarías: cajones chirriando, mecheros prendiendo cigarros, tazas que se apoyan sobre la mesa y susurros broncos de despacho.

—Vale, sí, aquí está.

—Abre el adjunto.

María abrió las fotos, que le provocaron un instantáneo golpe de estupefacción. Un puñetazo seco.

—No puede ser.

—Ya lo sé. Pero es. ¿O acaso no es?

—Sí… pero… No… no…

—Claro que es, María.

María se acercó ostensiblemente al monitor para contemplar a aquel hombre congelado en el momento de lanzar un trocito de pan a un grupo de palomas cabizbajas en la primera foto, y que caminaba hacia la cámara en la segunda captura. Aquellos ojos

perdidos, aquella mirada turbia, aquel cuerpo delgado y fibroso que María había visto en los álbumes decomisados de casa de Elina. No había duda.

—La hostia puta, Rasmus —dijo María, y añadió dos palabras que jamás pensó que saldrían de su boca—: Es… Hans.

—Yo también he alucinado.

—…

—¿María?

—Joder, perdona. Estoy muy descolocada ahora mismo, Rasmus. ¿Es…?

—Tranquila, que ya te resuelvo el misterio. —En la voz de Rasmus se notaba un ligero aire mordaz—. Quería que sintieras lo mismo que yo.

—Soy toda oídos.

—Después de ver la cámara, he buscado a Hans en la base de datos. No había mucha información, la verdad. Se nota que es viejo y que lleva bastante tiempo fuera. Es la misma información que os llevé cuando estuve allí. Pero —siguió, y después repitió con tono de revelación de truco de magia—, pero, he descubierto que Hans tiene un gemelo, Fredrik. Fredrik Mattsen. Nuestro amigo de las palomas.

—Coño, Rasmus. Esto es…

Rasmus se rio sonoramente.

—Cosas que he averiguado —dijo Rasmus a modo de lista—: provienen, efectivamente, de una zona rural, que en su momento, era un lugar muy aislado, pero ahora ya no. El progreso, ya sabes. Más: Fredrik vive en Estocolmo, y creo que él puede ser la clave de la relación entre las suecas y España.

—¿Por qué?

—Porque su mujer se llama María del Carmen Sánchez.

—Hostia, pues sí.

—Y más cosas. He revisado las cámaras de los días anteriores. Fredrik va cada día, sobre la una de la tarde, a la plaza Stortorget. Me da la sensación de que se toma el aperitivo en una terraza de las que hay en los soportales de la plaza. Después, se sienta en el

banco unos diez minutos a echar de comer a las palomas. Por lo que he visto, parece ser una rutina. Voy a hablar con él. Tengo la intuición de que puede tener algo que contar.

—No, no, no, no —dijo María, tajante—. Vamos a hablar con él.

—¿Cómo que vamos?

—Me voy para allá. —María hablaba movida completamente por un arrebato irracional, por un ansia de saber que le atenazaba el estómago y la mente—. Me deben más de un mes de vacaciones. Me voy para allá.

—¿Y el vuelo?

—Mi exmarido trabaja en Iberia. Voy a llamarlo. No sabes la de favores que me debe ese cabronazo. Dame un número donde pueda localizarte y no te acerques todavía a ese tío, por Dios te lo pido.

María anotó el móvil de Rasmus y llamó a Jorge. Lo había pillado en el trabajo, por lo que en diez minutos podría decirle algo. Jorge tenía algo de lo que María era consciente: un callado sentimiento de culpa. «Poco aprovecho yo eso», pensaba María de vez en cuando. La llamó antes de que pasaran los diez minutos.

—Necesito que me respondas rápido porque tengo los billetes bloqueados. Podrías ir el miércoles a Estocolmo, pero tendrías que hacer escala en Milán. La vuelta sería lunes por la tarde.

—¿Este miércoles?

—Sí, claro. Pasado mañana.

—Reserva ahora mismo. Ya.

—Vale, vale, tranquilidad. No puedes llevar maleta facturada, ¿de acuerdo?

—Sin problema.

—El primer vuelo es a las doce de la mañana desde Málaga. Llegas a Milán a las dos y media. Allí estás dos horas y llegas a Estocolmo sobre las siete de la tarde. ¿Bien?

—Perfecto.

—Vale, pues dame un momento… —Se escuchaba un sonido machacón de teclas de ordenador—. ¿Tu DNI sigue siendo el mismo?

—Anda ya, gilipollas.

—Vale… Metemos esto… y listo. Ya los tienes, María. Te los envío al correo.

—Jorge, de verdad, muchísimas gracias. No sabes cuánto…

—¿Y Carlos? —cortó Jorge.

—Con mi madre.

—Ahora vive allí, por lo visto, ¿no?

—Ay, ahora no, de verdad. Haber pedido la custodia compartida si tanto te preocupa dónde pasa tiempo. No me calientes la cabeza, que estoy muy liada.

Jorge encajó el golpe desviando el tema.

—Ya tienes los billetes en tu mail. Los he pagado yo, así que hazme una transferencia cuando puedas. El precio está en el correo. Te dejo, que tengo que seguir trabajando.

—Yo también. Muchas gracias, Jorge.

Sin pararse a pensar, María fue a la mesa de Concha, la administrativa, y allí solicitó diez días de vacaciones desde ese mismo lunes.

—¿Y tus casos?

—Tengo poco lío ahora. Quintana se encarga, ahora hablo con él.

Después llamó a Rasmus para que le buscase un hotel barato cerca de la plaza a la que iba Fredrik. Rasmus le dijo que por allí había un par medio decentes, que lo dejara en sus manos y que la recogería en el aeropuerto a su llegada. Después fue al despacho de Granero para mentirle. Le contó que se había dado cuenta de que necesitaba un descanso, y que iba a pasar una semana en una zona rural de Cantabria. Se le ocurrió eso porque era algo que en realidad le apetecía hacer. Granero la miró con aire socarrón:

—¿Acompañada?

Y como María sabía que la sociedad ve extraño que una mujer viaje sola, claudicó para sonar más convincente:

—Acompañada.

Granero puso cara pícara.

—Pues hala, a disfrutar, sargento.

A su madre también le tuvo que mentir, pues tenía a todas sus amigas pendientes del caso, intentando sonsacarle información, especialmente en lo tocante a quien aquellas señoras llamaban «la asesina». Y otra cosa no, pero su madre tenía la lengua un poco larga, así María no podía decir que iba a Estocolmo porque sabía que daría que hablar. Para igualar mentiras, volvió a recurrir a la zona rural de Cantabria. Su madre no opuso excesiva resistencia. Invirtió esa tarde y la del martes en pasar tiempo con Carlos —fueron al cine y a jugar a los bolos y le compró un par de juguetes—, y el miércoles a las tres de la tarde ya estaba almorzando un trozo de pizza margarita en el aeropuerto de Milán.

En el segundo vuelo, en el que la llevaba a Estocolmo, la tarde pareció acelerarse, como si las horas transcurrieran a una velocidad distinta. Cuando el comandante anunció que se disponían a realizar la maniobra de aterrizaje, María dejó el libro que estaba leyendo y miró por la ventanilla. Un sol sanguíneo y muriente se deslizaba tras la densa alfombra de nubes como una naranja podrida. Rasmus la recibió con una sonrisa y un apretón de manos, la llevó a su hotel —decente, limpio, con vistas a una minúscula calle peatonal— y le dijo que pasaría a recogerla a las doce del día siguiente. Esa noche, María paseó por Estocolmo como un explorador que se adentra en tierra inhóspita, sin mapa, sin rumbo alguno, sin la certeza de si encontrará vida hostil, vida salvaje.

Al día siguiente, a la hora pactada, se aproximaron a Fredrik con mucho cuidado. Estaba sentado en una terraza tomando una cerveza y una bolsa de cacahuetes. Lo saludaron por su nombre y le preguntaron si hablaba español.

—¿Quiénes sois? —preguntó con cara de sorpresa.

María se notaba impactada, abrumada por ver a aquella copia exacta de Hans hablar, moverse, gesticular, comer cacahuetes. Era la resurrección del fantasma que habitaba su negro castillo.

—Solo queremos hablar contigo. —Rasmus usaba el español. El de Fredrik era muy parecido al suyo: tosco y funcional—. Nada de esto va a tener repercusión alguna.

—Venimos como ciudadanos, no como policías —dijo María—. Yo he sido la que ha dirigido la investigación sobre tu hermano y tu sobrina allí en España.

Silencio. Veinte, treinta segundos.

—¿Y qué quieres? —Fredrik parecía no tener muy claro si ser amigable u hostil.

—Quiero algo muy sencillo: saber la verdad. El caso está cerrado, supongo que ya lo sabes. Pero no para mí. Porque no somos máquinas, Fredrik. Somos personas, y las personas nos vinculamos. Es inevitable. Y yo… necesito saber. Necesito entender qué ocurrió ahí. Porque no sé qué pasaba en esa familia, y pienso que es algo, sea lo que sea, que venía de tiempo atrás.

Fredrik apuró su cerveza.

—¿Tú qué crees que pasó?

—No lo sé. Y nunca lo voy a saber. Pero sí quiero saber el porqué.

Fredrik clavó la mirada en María.

—Pues yo no lo sé —dijo mientras se levantaba y se marchaba sin mediar palabra.

—Mierda —le dijo María a Rasmus mientras Fredrik se perdía calle abajo.

Pero volvieron al día siguiente, y Fredrik sonrió al verlos cruzar la plaza en dirección a la terraza.

—No tengo nada que decir, ¿es que no lo entendéis?

—Fredrik —dijo Rasmus—. Solo queremos que nos hables un poco de tu hermano, de tu sobrina…, de Katja. No sé, que nos cuentes cosas sobre ellos. Aunque sean simples anécdotas. Solo queremos…

—Saber. Sí, ya me lo dijisteis ayer. Queréis saber. Queréis saber demasiado, diría yo. ¿Sabéis qué ocurre?

—¿Qué? —dijo María en un tono plano.

—Que, si uno remueve la mierda estancada, huele peor todavía. Dejadme, por favor.

Esa tarde, María fue con Rasmus a la comisaría para poder usar un ordenador seguro. Se sorprendió porque esperaba una comisaría

más moderna, más luminosa, más nórdica, Pero aquello parecía una comisaría de extrarradio de cualquier ciudad portuaria de la España de los setenta.

—¿Puedo imprimir?

—Sí, claro. Envíalo y sale por allí.

El sábado, de camino a la plaza Stortorget, María le pidió a Rasmus una tarjeta de visita. La metió en el sobre donde llevaba los dos folios que había impreso en la comisaría.

—No pienso hablar con vosotros. Y creo que me estáis acosando.

—Mira, Fredrik —dijo María—. Te voy a enseñar algo.

Sin sentarse, María se acercó a la mesa y abrió el sobre marrón caramelo. Sacando el primer folio, dijo:

—Esta es la habitación donde Elina y Katja tenían a tu hermano atado. Encadenado, desnudo en ese sótano, muerto de frío. ¿Sabes qué comía? —Fredrik miró a María sin abrir la boca—. Comida de perro. Y mira. —María extrajo del sobre la segunda fotografía—. Esta es la foto que tu sobrina quiso presentar para renovar el pasaporte de Hans. Míralo, Fredrik. Está muerto. Muerto. Según el forense, recientemente muerto. Y tuvo la sangre fría de hacerle una foto.

Fredrik miró a María. Siguió en silencio.

—Fredrik, me voy el lunes. Mañana es mi último día aquí. Esto no es periodismo, no es cotilleo. Es comprender por qué; y eso, Fredrik, es una forma de justicia. Dentro del sobre está la tarjeta de Rasmus. Ahí nos puedes localizar. Mañana no vamos a venir porque vamos a esperar a que nos llames tú y que nos cuentes la historia de tu familia. Porque estamos convencidos de que aquí hay una historia. Y que esa historia tiene mucho que ver con lo que ha ocurrido en España. ¿Me equivoco, Fredrik?

Fredrik seguía mudo, los ojos clavados en los ojos muertos de Hans, que eran exactamente iguales a los suyos pero inánimes, glaciares, ajenos para siempre del flujo incansable del tiempo. Por la tarde, Rasmus llamó a María, que paseaba por un parque a rebosar de deportistas que parecían inmunes por completo al frío.

—Fredrik me ha llamado.

María no respondió.

—Y nos ha citado mañana a las once.

—Hostia. ¿En serio?

—Y tan en serio. Dice que quiere vernos en un pueblo que está a tres horas de aquí, en el campo. Al norte.

—¿El pueblo del que provienen?

—Exacto. Dice que quiere enseñarnos algo.

Así que, al día siguiente, Rasmus recogió a María en un Skoda azul petróleo a las siete y media de la mañana, mientras un viento tiránico azotaba Estocolmo con un látigo de escarcha invisible que a María le restallaba en las sienes, donde podía notar su propio pulso.

—Me cago en todo, qué puto frío —dijo tras subir al coche.

El trayecto transcurrió entre silencios y comentarios banales sobre el paisaje, que a María le parecía de cuento, todo campo nevado y granjas aisladas donde criar niños rollizos. Rasmus le explicó que iban a una zona rural ubicada a unos veinte kilómetros de Ovanåker, un pueblo de unos cinco mil habitantes.

—Hace unos años, este trayecto hubiera durado más de seis horas. Esto estaba en medio de la nada.

En el último tramo del viaje hablaron sobre algunos casos peculiares que habían investigado. María se notaba tensa, atenazada, medio ausente, y estrujaba y estrujaba la pelota antiestrés mientras Rasmus explicaba cómo un compañero suyo al que apodaban Sherlock desmontó a una testigo argumentando que frente a su casa había árboles de hoja caduca, y que era imposible que en julio, que es cuando ocurrieron los hechos, hubiera podido ver lo que vio, pues lo árboles no se lo habrían permitido.

A eso de las diez y cuarto, Rasmus tomó un desvío, condujo durante unos minutos por un camino de tierra empapada y dijo:

—Ahí es. Hemos quedado en el Drop Kaffe.

La brisa era aún más fría que en Estocolmo y transportaba los aromas condensados del campo escandinavo en su letargo de invierno. Un golpe de aire de chimenea los abofeteó al entrar. El camarero, detrás de la barra y con un trapo en el hombro, los miró

extrañados. En la zona de mesas solo había una persona, sentada al fondo, encogida sobre una taza de té. Fredrik. María y Rasmus lo saludaron y el camarero se acercó a tomar nota. Cuando se marchó, el hermano de Hans rompió el hielo de inmediato.

—¿Sabéis por qué os he citado?

—No —dijo Rasmus.

—Por remordimientos. Por eso.

Su voz se notaba levemente emocionada. Dio un sorbo a su té y no dijo nada más.

—¿De qué tienes remordimientos, Fredrik? —preguntó entonces María.

Él levantó la vista y miró por la ventana, donde se veían las primeras casas del pueblo y un pedazo de cielo del color de una manta infantil. Después miró a María.

—De lo que ocurrió en ese pueblo. De mi hermano. De esas niñas. Yo… yo no era así… yo no… Eso tiene que quedar claro, ¿de acuerdo?

—Vale, Fredrik, no te preocupes. ¿Por qué no nos cuentas qué ocurrió?

—Porque no sé ni cómo empezar. No sé cómo haceros entender… que…

—Bueno —dijo Rasmus—. Háblanos de las… niñas. De tu hermano. Cuéntanos lo que tú creas que es el principio.

Pero Fredrik repitió el sordo estribillo que a partir de entonces gobernaría toda la conversación.

—Eran otros tiempos.

El camarero llevó los cafés de María y de Rasmus. Fredrik lo miraba fijamente, con una evidente ansiedad por que se marchase. Cuando volvió a la barra, la narración de Fredrik explotó como explota la energía que lleva decenas de milenios acumulada, como explotan los volcanes o las supernovas en el silencio del universo. Fredrik empezó haciendo un esbozo de su hermano. Contó que Hans siempre fue una persona profundamente respetada en la pequeña comunidad en la que vivían, y utilizó una expresión que repetiría

muchas veces a lo largo de la conversación: «Era un pilar de la comunidad». De niño, contó, tras morir su padre —coceado en la sien por un caballo negro—, Hans dejó la escuela y sacó adelante a su familia trabajando en la granja todas las horas posibles del día. Los adultos del pueblo y de las granjas cercanas contemplaban al pequeño con admiración, asombrados de cómo crecían sus cosechas, de cómo prosperaba su ganado y de cómo consiguió darle una vida digna a su madre y estudios a sus dos hermanas y a Fredrik, a quien nunca le pidió nada salvo que estudiase.

—Somos dos mitades, me decía. Uno trabaja, el otro estudia. Lo abarcamos todo, decía sonriendo. Pero tenéis que entender que yo no era como él, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —respondió Rasmus.

Cuando murió la madre, siguió contando Fredrik, Hans se quedó solo en la granja, donde contrató a varias mujeres para poner en marcha algo inaudito en aquella época en el campo sueco: algo parecido a una factoría. Envasaba leche, mantequilla, huevos, legumbres, harina…, y usaba ya una imagen corporativa, un logotipo y una manera personal de vender. Un método empresarial. A su lado, el resto de los productores parecían estancados en una edad histórica muy anterior. Unos años después, se casó con una de esas mujeres que trabajaban para él, una morena estrábica, medio tonta y casi muda que se llamaba Astrid, y unos meses después de la boda, a la que acudieron, según Fredrik, más de doscientas personas para homenajear al gran Hans Mattsen, nació Elina.

—Pero nadie en el pueblo veía su otro lado. Su carácter… oscuro. Para todos, él era el pilar de la comunidad. El gran hombre. El que estaba consiguiendo prosperidad para toda esta región. La persona, de largo, más respetada de la comarca.

—¿Qué quieres decir cuando hablas de su... carácter oscuro? —preguntó María.

—No sé explicarlo. Era siniestro, de una crueldad… extraña. Desde pequeño disfrutaba ahogando las camadas de gatitos que nacían en la granja y luego iba a comulgar tan tranquilo… No sé,

cosas así. No, no es un buen ejemplo; no vienen a cuento los gatitos. No sé explicarlo bien. Y además… —Fredrik se quedó callado, apretó los labios, miró al frente.

—¿Qué, Fredrik?

—Que creo que hoy día mi hermano podría definirse como un… depredador sexual. Pero, y esto es importante, siempre —y repitió con énfasis—, siempre, lo que hacía lo hacía de puertas para adentro. Es muy importante que entendáis que, hacia afuera, Hans era el ciudadano más ejemplar que jamás dio esta región. Daba trabajo, contribuía a causas sociales y a la iglesia. Ayudaba realmente a las personas. Los gatitos los ahogaba en el silencio de la granja. Creo que debería matizar lo del sexo. Lo que acabo de decir. Os voy a contar lo que me dijo una noche de Navidad. Yo había venido de Estocolmo a la granja a pasar unos días con él. Por aquel entonces, ya había conocido a Carmen, mi exmujer; ya éramos novios, pero vine solo. Hans y yo estábamos muy borrachos y nos sinceramos sobre muchas cosas. Lo típico, ya sabéis. Lo que uno guarda y está deseando soltar y lo suelta cuando lleva seis o siete copas. Embriagado por el aguardiente, me dijo algo así como que solo le gustaba el sexo cuando él tenía superioridad. Algo por el estilo. Pero recuerdo claramente la palabra: «superioridad». Le gustaban las prostitutas sumisas y todas las mujeres a las que él consideraba inferiores. Como Astrid. La tonta de Astrid. Pero Astrid, la pobre, murió unos meses después de aquella Navidad de una extraña pulmonía que ningún médico, y Hans trajo médicos de todas partes, acertó a curar. Dicen que echaba sangre hasta por los ojos. ¿Y sabéis? —Fredrik hizo una pausa, dio un sorbo al té, que probablemente ya estuviera helado, y dijo—: Desde entonces, desde que Astrid murió, Hans tuvo en casa, a mano, a la mujer más inferior de todas.

—A Elina.

—A Elina —corroboró.

Silencio. Cinco, seis segundos.

—No obstante, no es tan sencillo —continuó Fredrik—. Pero hay una cosa que sí que es sencilla: mi hermano se metía en la cama de Elina cada noche. Cada noche. —María y Rasmus hicieron con el rostro dos gestos leves que a pesar de ser distintos expresaban la misma angustia—. Y ella… —Sonrió con amargura—. Ella era… afortunada. A pesar de haber perdido a su madre, tenía un bienestar económico envidiable y su padre era un pilar de la sociedad, el gran Hans Mattsen. ¿Cómo se iba a quejar? ¿Cómo iba a salir aquello a la luz? Esa niña era una privilegiada. Una privilegiada violada, cada día, durante años y años.

—¿Qué edad tenía Elina cuando su madre murió?

—Once —dijo Fredrik, pensativo—. Once.

Entonces explicó que Hans, dos años después y a través de unos amigos que formaban una especie de lo que calificó como «grupo extraño», se enteró de que una de las mujeres que trabajaban para él —de la que no recordaba el nombre y que tenía fama de ser bruja en toda la región— fue la que maldijo a Astrid, y que por eso no la pudieron curar. Por lo visto, su idea era seducir a Hans aprovechando su vulnerabilidad tras fallecer su esposa, pero no pudo, posiblemente porque él no vio en ella la inferioridad que activaba sus ansias sexuales. No obstante, Hans, que se tomaba en serio el tema de las maldiciones, cuando se enteró no quiso armar un escándalo público, y se limitó a despedirla. Pero luego encargó su asesinato. Dos tipos le sacaron las tripas delante de su hija, una niña asustada que se llamaba Katja.

María hizo ademán de hablar, pero solamente movió la boca, como un crío que se asombra al echar vaho en una mañana de invierno.

—Esa niña se quedó sola. Sin nada. Al poco tiempo, ya era un personaje que vivía de la caridad, que vagaba por el pueblo y por las puertas de las granjas, que se comía las sobras de los animales. No sé cómo ocurrió, pero Elina se hizo su amiga. Más que eso, pienso. Yo creo que fueron un poco más allá, que se hicieron algo parecido a amantes. Tened en cuenta que ya tendrían quince años o así. Pero

yo diría que no eran amantes movidas por una… pasión, sino por otra cosa, por algo mucho más fuerte.

—¿El qué?

—El instinto por sobrevivir. Eso son Katja y Elina, y eso serán hasta el día de sus muertes: dos supervivientes natas.

Fredrik levantó la mano e hizo un gesto de escribir en el aire con un bolígrafo invisible. El camarero llevó la cuenta y Rasmus pagó.

—Vamos a dar una vuelta —dijo Fredrik—. Ya hace menos frío.

Una vez fuera, los adentró en un camino rural que les empapaba los zapatos en un barro pegajoso y de olor dulzón. A lado y lado todo eran campos de cereal nevado y arbustos cebados de bayas rojizas. El cielo era un velo espectral de ozono y el sol parecía un reflejo filtrado de sí mismo. Fredrik se detuvo frente a un olmo y lo contempló en silencio. Después se giró y dijo:

—Yo lo sabía. Yo sabía lo que mi hermano le hacía a su hija. Y no hice nada.

—Bueno, Fredrik, no te… —empezó a decir María.

Pero él, sin escuchar una sola palabra, la cortó:

—Pero no era solamente mi hermano. Con el paso del tiempo, sus amigos, los que formaban aquel… grupo, también se metían en la cama con la niña. Todos esos hombres respetados, todos esos pilares de la comunidad que proporcionaban bienestar y representaban el progreso, la luz, todos aquellos que convirtieron una subdivisión rural casi en vías de desarrollo en un territorio económicamente próspero, todos, todos ellos, abusaban de esa chiquilla, de la tonta, de la niña de las gafas. Y lo hacían con tanta discreción, de una manera tan silenciosa, que era imposible que se supiera. —Fredrik miró a María—. Bienvenida a la Suecia profunda. No es oro todo lo que reluce, ¿verdad? —Se giró de nuevo hacia el árbol—. Y yo lo sabía. Yo lo sabía y no hice nada. Eran otros tiempos, eso hay que entenderlo. Sí, eran otros tiempos, ¿verdad?

—¿Qué fue de Katja? —preguntó Rasmus.

—Que Hans la acogió en su casa. No sé los términos ni las condiciones. Solo sé que Elina y ella se convirtieron en inseparables.

A ella, imaginaos, aquello le cayó del cielo. Hans lo arregló para vender la casa de Katja; él podía arreglar cualquier cosa en aquel entonces, era el gran jefe de todo esto. Después de eso, Katja se mudó a la granja.

—¿También abusaban de ella?

—No lo sé. Eso no lo sé.

En ese momento, Fredrik se apoyó en la corteza leñosa del olmo, se giró en dirección contraria a donde estaban María y Rasmus y rompió a llorar. Lloró en silencio durante unos veinte segundos y después se recompuso con esfuerzo. Se limpió los ojos.

—Yo… —dijo—. Yo lo sabía. Yo sabía que a mi sobrina la maltrataron durante años, él y toda aquella gente. Y no quise verlo. Miré para otro lado, y esa es la realidad. Esa es la realidad que tengo que asumir. —Se dirigió entonces a Rasmus, quizás viendo en él la encarnación del concepto de patria, como si él fuera el representante de toda la sociedad sueca, y le dijo—: Lo siento muchísimo.

—¿Y ella? ¿Ella cómo llevaba eso? —quiso saber María.

—Ella… —Fredrik pensó, miró a la granja amarillenta del fondo y se giró hacia María—. Ella fue educada según los principios de la zona y de la época: no protestes, no digas nada, no toques nada. Teme a Dios. Teme a los adultos. Teme a tu padre. Y eso fue lo que la niña hizo. ¿Que cómo lo llevaba? —Fredrik bajó la mirada—. No lo sé. Era tan callada, tan buena, tan… invisible. Era la niña tonta de Hans. Supongo… Supongo que lo llevaba como podía.

Empezaron a caer densos copos de nieve que poco a poco acolchaban el campo y acrecentaban su silencio. María se echó la capucha del abrigo sobre la cabeza.

—¿Sabéis? Un día me prometí a mí mismo hablar con mi hermano. Pensé incluso en amenazarlo con denunciar, con airear lo que le hacía a Elina. No sé. Me podían los remordimientos. Tenía unos días libres, así que cogí un tren en Stockholm C y vine. El tren me dejó allí. —Señaló la entrada del pueblo, quizás un kilómetro más al sur de donde estaban parados—. Caminé hasta aquí. Toda aquella

zona de casas no estaba, claro. Y llegué a este árbol. —Fredrik dio una palmada al olmo que apenas emitió sonido—. Me quedé aquí, de pie, tal y como estamos ahora. La granja está ahí, apenas a cincuenta metros. Algunos trabajadores iban y venían, salía humo por la chimenea. Y… —Fredrik dudó, balbuceó algo ininteligible, miró al edificio amarillo del fondo. Parecía que iba a romper de nuevo a llorar—. Y… me di la vuelta. Regresé a la estación y me emborraché mientras esperaba un nuevo tren que me llevara a Estocolmo.

Un pájaro con el pecho de color limón se posó en una rama del olmo, miró oblicuamente al cielo y se marchó sin emitir un solo sonido. La nieve empezó a arreciar.

—¿Cómo acaba todo esto en España? —preguntó Rasmus. Sobre los hombros de su abrigo negro se habían formado dos pequeños montículos de copos blandos.

—Bueno, eso podría decirse que fue a través de mi mujer, pero vamos, la cosa fue que se fugaron. Huyeron en cuanto tuvieron la oportunidad. Era el año setenta y pico. Hans tuvo que ir inevitablemente a Finlandia a cerrar un negocio de maquinaria porque la granja empezaba a quedarse un poco atrás en temas de tecnología. Así que Carmen le propuso que nos enviase a las niñas a Estocolmo. Bueno, digo niñas, pero ya tenían dieciocho años. Yo ya daba clases en la facultad, he sido profesor cuarenta años, y Carmen creo recordar que entonces estaba sin trabajo. Así que Elina y Katja se vinieron a casa un par de semanas. Allí coincidieron con Joaquín, un primo de Carmen que era torero o algo por el estilo. El sinvergüenza con la cara más dura que he visto en mi vida. Venía de vez en cuando, se corría cinco o seis juergas seguidas, nos sacaba algo de dinero y volvía a España. Aun así, Carmen lo adoraba. Era la típica persona con ese encanto irresistible. El caso es que los tres desaparecieron de un día para otro. Yo me fui a trabajar y Carmen salió a hacer recados. Cuando volvió, habían dejado una nota sobre la mesa de la cocina: «No nos busquéis». Hans se enfadó muchísimo. De hecho, dejó de hablarme para siempre.

La nieve caía cada vez con más fuerza y Fredrik echó a andar en dirección a la granja. María y Rasmus lo siguieron. Los tres iban encogidos sobre sí mismos y con las manos metidas en los bolsillos. Los olmos, las vallas de madera cuarteada, los animales, los caminos, todo, absolutamente todo, se estaba cubriendo en silencio de un manto de espuma brillante, casi irreal. Y Fredrik miraba el edificio amarillo como si contemplase un mundo que solamente él podía ver: ecos, sombras, voces, espectros que el tiempo ya había exorcizado.

—¿Esa es la granja de Hans?

—Esa es. Allí —Fredrik señaló un edificio medio en ruinas— tenía los animales. Y la casa amarilla era donde vivían. Allí estaban las niñas.

María se quedó mirando las ventanas con visillos y el tejado de color rojo inglés mientras la nieve crepitaba en su cabeza al caer sobre la capucha.

—Un tiempo después de que se fueran, me enteré de que el cabrón de Joaquín casó a Elina con un hindú o algo así; por lo visto, el tipo les pagó una buena pasta por los papeles. Después se fueron a un pueblo de Sevilla, y ahí les perdí la pista. No sé qué ocurrió en años; en décadas, mejor dicho. Hasta que, hace no mucho, me encontré en Estocolmo con Erik, un amigo del pueblo con quien jugábamos de críos. Nos metimos en un bar a tomar unas cervezas y me contó que a Hans le había dado un derrame cerebral, y que Elina había venido desde España a llevárselo a su casa. Quienes la vieron contaron que estaba muy interesada en que se fuese con ella, a pesar de que el gobierno de aquí le daba algunas soluciones para internarlo en residencias suecas. «Nadie mejor que yo para cuidarlo», le dijo a la mujer de Erik. Y eso es todo lo que sé. Que se lo llevaron. Para cuando Hans sufrió el derrame, su granja ya era una ruina, porque el peligro de poner en marcha la rueda del progreso es que ya no tienes más remedio que seguirle el ritmo. No obstante, seguía siendo una de las personas más respetadas de toda

esta comarca. Y ya después de eso, lo único que sé es todo lo que ha salido en prensa.

Fredrik miró a María.

—¿Qué pensáis que ocurrió con él? —preguntó.

—Nosotros no pensamos —contestó María—. Buscamos pruebas y sacamos conclusiones a partir de esas pruebas. Pero cualquiera podría llegar a pensar que Elina y Katja se la devolvieron a tu hermano. Y bien devuelta, en mi opinión.

Fredrik miró al frente.

—Entiendo —dijo.

La nieve había cobrado tanta fuerza que tenían que moverse continuamente para que no los cubriese. La conversación mostró signos de agotamiento, se llegó a ese momento en el que alguien suele dar las gracias por la asistencia a los demás y propone disolver la reunión. Pero ahí permanecieron los tres, dando pasos cortos en torno a la granja que albergó la pesadilla de dos niñas abandonadas, de dos personas marcadas por la urgencia de la supervivencia extrema.

—Una cosa, Fredrik —dijo Rasmus.

Fredrik lo miró sin decir nada.

—¿Todos tus remordimientos son por no haber denunciado? Es que… no sé…

En cuanto Rasmus dijo aquel «no sé», Fredrik cambió por completo la cara. Su rostro se volvió aún más lívido y sus ojos adquirieron esa consistencia acuosa que confiere el miedo. No dijo nada, se limitó a alejarse de María y de Rasmus. Tres, cuatro pasos inscritos en la nieve con pisadas fugaces. De espaldas, apenas susurrando palabras que se llevó la ventisca, Fredrik musitó:

—Yo… yo… solo fue una vez, lo prometo. Solo fue una vez. Habíamos bebido y ella creyó que yo era su padre. Solo fue una vez y eran otros tiempos. Eran otros tiempos. —Y, girándose hacia Rasmus y María, con los labios temblorosos y los ojos estallando en lágrimas que ya nacían medio congeladas, preguntó—: ¿Verdad?

Y ante el mutismo de los agentes, repitió, en un tono de súplica desesperada:

—¿Verdad?

A diferencia de lo que pueda pensarse, durante el trayecto de vuelta, María y Rasmus apenas hablaron. Si sacaron conclusiones sobre el horror humano, sobre el machismo arraigado en las purulentas raíces del mundo o sobre la inocencia arrebatada, solamente fue en sus cabezas. De vez en cuando, María abría levemente la boca para decir algo, pero callaba. Nada salía de sus labios. Rasmus miraba al frente sin desviar la vista ni un instante. A mitad de camino, cuando atravesaban una zona de árboles sin hojas, esqueletos del invierno, encendió la radio y sintonizó una emisora de música clásica que los sumió aún más en sus pensamientos. La tristeza que conferían las densas bandadas de pájaros migrantes y las nubes trasquiladas hizo que los dos agentes sacasen sus conclusiones en silencio: no cabía más pena en ese momento. Ya en Estocolmo, en la puerta del hotel, se abrazaron durante casi un minuto.

—Gracias.

—Gracias a ti por venir.

Se quedaron un momento en silencio, quietos, mirándose, pero la ciudad siguió en movimiento: un camión descargaba verduras en la puerta trasera de un supermercado, dos parejas de adolescentes fumaban con despreocupación y una anciana cruzaba la calle con un andador mientras los conductores la contemplaban con cierta prisa que intentaban camuflar con miradas compasivas.

—Eran otros tiempos —dijo Rasmus.

—No —dijo María clavando la mirada en los ojos casi transparentes de Rasmus—. Los monstruos no entienden de tiempos.

Durante el vuelo de vuelta, una ansiedad tenaz empezó a apoderarse del interior de María. Pero no provenía de haber conocido el horror indescriptible de Elina, ni de imaginar lo que le podrían haberle hecho a Hans. Lo que sentía era algo primitivo, algo

que la remitía a la parte atávica de nuestras emociones, a momentos prehistóricos donde el espectro de sentimientos humanos quizá fuese más sencillo, pues María, mirando la turbia capa de nubes sangrantes, teñidas de reflejos fucsia, a diez mil metros de altura, lo único que deseaba era llegar a casa y abrazar a su hijo, a su dulce niño.

Y nada más.

37

Ingrid lo recordaría después, mucho tiempo después, como un vaivén: olas que alzan y hacen descender un barco ingobernable, la oscilación nerviosa de un día caótico en la bolsa de Nueva York, el electrocardiograma de un piloto de *rally* recién accidentado… Muchas son las imágenes posibles para narrar el inicio de aquella primavera en la que Ingrid vivió un desequilibrio emocional que le resultó —si no, no podría llamarse un desequilibrio— horroroso, desconcertante, turbio y emocionante a partes iguales.

La publicación de la sentencia se mezcló con la dureza de la rehabilitación y las secuelas en sus pulmones para hacer de Ingrid una especie de roedor asustado, siempre en su madriguera, esperando la llegada de la noche para salir a respirar un poco de aire y quizá alimentarse y cumplir con sus funciones vitales mínimas.

El golpe que la sumió en una tristeza aguda y torrencial se lo propinó Klara Pålson, la misma Klara Pålson que se había plantado en Granada y que había agitado el avispero de La Umbría sin que la mano le temblase lo más mínimo hasta conseguir que Elina acabase en un juzgado. La misma Klara Pålson a la que Ingrid le pidió explicaciones por teléfono cuando la cónsul general la llamó para preguntar por su recuperación. Ingrid, sincera y sin rodeos, le preguntó lo que todo el mundo había pensado en cuanto se conoció la sentencia, pero que nadie se había planteado seriamente porque el caso pasó al olvido como un ramo de flores marchitas:

—¿Me puedes explicar por qué Suecia no se ha presentado como acusación?

—Verás, Ingrid, no es tan sencill…

—¿Cómo que no? Es sencillísimo, Klara. Una mujer, cuyo padre ha muerto en circunstancias… Bueno, eso lo obviamos. Que ha muerto, ya está. Una mujer que ha estafado muchos millones de coronas a nuestro país, que se ha demostrado en un juzgado y que está identificada… ¿Y el gobierno no denuncia esa estafa? ¿Sabes la imagen que estamos dando?

La cónsul general no mostró un mínimo atisbo de irritación o de tensión, y ante el alegato nervioso de Ingrid, que estaba cerca de destrozar el cable espiral del teléfono, se limitó a argumentar en tono tibio:

—No es mi competencia, Ingrid. Y tampoco sé de quién es. Pero la orden, haya venido de donde haya venido, ha sido clara: dejarlo pasar.

Ingrid no dijo nada. Respiró con agitación y con dificultad a causa de las secuelas que aún arrastraba de la tuberculosis y dejó pasar unos segundos que establecieron una tirantez sorda en el silencio eléctrico la línea.

—No lo entiendo, Klara. Y como afectada, me indigna que, en calidad de país, nos comportemos así. Nuestro deber es ayudar a los ciudadanos suecos, tratarlos con respeto e igualdad, nuestro deber es…

—Los billetes.

—Perdona, ¿qué?

—Los billetes de avión, ¿te acuerdas?

—Qué… ¿qué billetes?

—En octubre del año dos mil, solicitaste dos billetes de avión con carácter urgente. Un favor personal. Exteriores te los proporcionó el mismo día, para volar al día siguiente. Ida y vuelta. Quiero que sepas una cosa: para que tú pudieras viajar y atender con rapidez a tu madre, una familia fue desalojada, Ingrid.

—¿Y qué me quieres decir con eso, Klara?

—Que el gobierno está para ayudar a los ciudadanos suecos, tú lo has dicho. Y el caso es que tú fuiste ayudada. Pero hay veces en las que deben tomarse decisiones, Ingrid. Se tomó una decisión contigo,

y se ha tomado una decisión con ella. Y, como te he dicho, yo no he tenido aquí nada que ver. Pero te traslado la forma de pensar de quienes sí toman las decisiones.

—Ya —dijo Ingrid con aire sarcástico—. Ya veo. Pero ¿sabes qué ocurre, Klara? Que, a diferencia de ella, yo no he cometido ningún delito. Y lo que más me jode de todo esto, Klara, es que estas palabras y este argumento mafioso venga de ti, que removiste cielo y tierra buscando justicia. Te creía más… honesta. Más fiel a lo que representas.

Al otro lado del teléfono, la cónsul general no se inmutó ante el afilado alegato de Ingrid. Se mantuvo serena y se limitó a replicar:

—Es el mal menor, Ingrid —y repitió con aire triste—: El mal menor.

—Entiendo —fue lo último que dijo Ingrid.

Ingrid y Klara Pålson solamente hablaron una vez más. Fue en junio de ese mismo año, cuando Ingrid le presentó su renuncia al cargo. Pero eso es algo que no forma parte de esta historia.

Al miedo insomne de roedor atenazado le siguió la indignación. A raíz de la conversación con la cónsul general, Ingrid pasó un par de semanas rabiando por los pasillos, mirando en los recortes de periódico las fotos de la casa de La Umbría, la cara de niña lenta de Elina en el juzgado, la finca acordonada por agentes, y, al ver todo aquello, sentía cómo el manantial de su ira desbordaba oleadas de un furor que la desgarraba, la inflamaba, la convertía en alguien que únicamente veía el mundo a través de un filtro de amargura insoportable. E imaginaba a Katja y a Elina continuando con su vida como si nada hubiese ocurrido, haciendo fiestas, esnifando cocaína, dándoles whisky a los perros y dejándose bajar las bragas por albañiles sudorosos y embrutecidos. Pero todo aquel torrente de rabia se disipó un martes de mediados de marzo, cuando el timbre de la casa sonó y tras la puerta apareció, con cierto aire de estatua trágica, la sargento de la Policía Judicial María Infante, quien se presentó, se sentó, sacó una pelota antiestrés que imitaba la cabeza

colorada de Elmo, rechazó una bebida y, de una forma directa, como alguien que sin previo aviso da una bofetada, le dijo a Ingrid:

—He venido a disculparme porque te olvidamos por completo en la investigación. Ni siquiera hablamos contigo, y probablemente tenías algo que decir. Además, he pensado que necesitabas saber lo que pasó con esas niñas.

Esas fueron las primeras palabras de aquella conversación que empezó con el sol iniciando su descenso a otro hemisferio y terminó con un cielo completamente sanguíneo y oscuro, y con María diciendo mientras abrazaba a Ingrid:

—Tranquila, Ingrid. Ya está. Ya está. No llores más.

Pero en ella se había producido una explosión emocional que culminaba dos años de sufrimiento, de angustia, de preocupación y de obsesión por esas mujeres a las que María les había otorgado algo que Ingrid necesitaba: una motivación.

Cuando se tranquilizó, no sabía cómo dar las gracias a la sargento. Lo hizo tantas veces y de tantas formas que María llegó a sentirse ligeramente incómoda. Cuando María se marchó, dejando un leve rastro de perfume cítrico, Ingrid se quedó absorta mirando por la ventana, contemplando las últimas luces de la tarde, el pueblo que emitía un resplandor gaseoso. Se sentía triste, difuminada en el aire raro y silencioso de la casa, sentada en el mismo sillón en el que Elina decía sin cesar aquellas dos palabras que aún perturbaban y martirizaban su mente como una letanía de muertos alzados en el Monte de las Ánimas: «Destino, destino». Ingrid habló con Gabriel y con Nora, que la invitaron a olvidar todo aquello apoyándose en la historia triste que María le había contado y que Gabriel remató con una conclusión que parecía ser una especie de cita literaria o filosófica:

—El grado sumo del saber es contemplar el porqué.

Y ahí empezó de nuevo la lucha. Una lucha interior en la que Ingrid se debatía entre el desprecio hacia Katja y Elina y la compasión, la misma compasión que ya había sido capaz de atisbar aquella Semana Santa y que se quebró tras el par de días que Ingrid

no soportaba recordar —cristal sucio, whisky, pinchazo, coche—, una compasión que la llevaba a ver a Elina como una criatura a la que le han pegado tanto y con tanta intensidad que no había remedio posible para paliar mínimamente el destrozo de su triste interior devastado. ¿Era aquello realmente así? ¿O acaso tenía que olvidarse de toda esa misericordia y limitarse a juzgar a Katja y a Elina simplemente por la crueldad que habían mostrado con ella? Cada vez que Ingrid, insomne, hastiada, humillada, pensaba en todo esto, el pinchazo de su costado volvía a activarse, a irradiar oleadas de calor y de picor y a emitir un bombeo ácido y venoso, como si la hubieran apuñalado estando anestesiada y el tajo, vertical y profundo, empezase a reclamar tras el letargo el papel que le correspondía en el mapa de su desolación.

En mitad de esta lucha interior, y con el objetivo de no bloquearse, dado que la rehabilitación pulmonar avanzaba más rápido de lo previsto, Ingrid tomó decisiones e instaló nuevas rutinas. Por un lado, decidió darse unos meses para dejar en orden todo lo referente al consulado y presentar su renuncia antes del verano. No quería seguir formando parte de aquello. Por otro lado, habló con Berta para negociar de nuevo los términos laborales de los hoteles y volver al cincuenta-cincuenta. Berta se alegró mucho, y ambas trabajaron juntas en la temporada turística del final de la primavera y de principios de verano, donde preveían una ocupación total de los tres hoteles. Además, Ingrid empezó a sentir un ardor sexual completamente desaforado. Cada noche, prácticamente sin excepción y sin saber qué le estaba ocurriendo, pensando que quizás podría ser una estrategia antiestrés que su cerebro estaba siguiendo de manera unilateral, se entregaba al sexo más violento y crudo que había practicado en su vida. Cuando calculaba que los niños se habían dormido, se abalanzaba sobre Gabriel, al que prácticamente arrancaba la ropa, le lamía la boca, el cuello, el pecho, y le decía:

—Fóllame. Fóllame todo lo fuerte que puedas.

Y justo cuando la lucha moral, el dilema, el choque de aguas empezaron a resolverse en favor del olvido, del «Ingrid deja ya todo esto y concéntrate en tus hoteles en tu familia, en follarte a tu marido y en disfrutar de tus amigos, y, por Dios santo, olvídate de eso de todo eso, de ellas, que ya se ha terminado, y vive un poco», justo cuando la redención y la calma se asentaban sobre su vida, justo cuando la bisagra que llevaba a Ingrid de la angustia a la liberación ansiada y merecida, ocurrió. Otra vez. Y empezó como siempre: con una llamada de teléfono. Era una tibia mañana de marzo.

—¿Sí? —contestó Ingrid, que estaba a punto de marcharse a la oficina del Odysseus.

Pero al otro lado, lo único que se escuchaba era una respiración seca y sibilante, tranquila, un murmullo pulmonar que parecía provenir de una era prehistórica anterior al desarrollo del lenguaje.

—¿Sí? ¿Diga? —Silencio, respiración—. ¿Hola?

Como la mente de Ingrid ya había progresado a un nuevo estado, más tranquilo e inocente, al principio contempló la posibilidad de que fuera un fallo técnico del teléfono, una broma incluso, pero cuando ya pensaba en colgar ante el mutismo de aquel ser meramente respiratorio que había al otro lado de la línea y en continuar trabajando un rato antes de marcharse al Odysseus, un ladrido ronco, canino, voraz e inconfundible estalló tras la boca que respiraba en su oído, e Ingrid notó cómo su costado se activaba, cómo volvía a segregar ácido, cómo una aguja caliente y fantasmal se clavaba en sus costillas hasta colonizar la oscura cavidad de sus entrañas. Otros ladridos salvajes replicaron la llamada inicial, e Ingrid sintió de nuevo aquel miedo visceral y atávico. Los perros. Ellas.

Colgó.

Esa misma tarde, asolada de nuevo por pensamientos febriles sobre maldiciones, masas negras de perros aglutinados, manos espectrales y pinchazos envenenados, aprovechando que los niños estaban en casas de amigos y que Nora había cobrado la pensión, lo

que conllevaba una visita al bingo Europa junto a su amiga Ana, Ingrid sentó a Gabriel en el Rincón, abrió dos botellines de cerveza Alhambra y le contó lo del pinchazo. Gabriel la escuchó con atención; quizá —según Ingrid intuía— también con cierto aire de incredulidad.

—Entonces, siempre que aparecen o interaccionas con ellas, se te activa.

—Siempre. Es como un recordatorio, como una huella.

Gabriel la miró con compasión.

—Pero, amor…, eso fue hace dos años. ¿Qué sustancia podría permanecer dos años ahí? Y con la cantidad de pruebas que te han hecho. La de medicación que has tomado.

—No lo sé, cielo, pero el caso es que…

—Mira, Ingrid, es que justamente ahí, en el pecho, has tenido la enfermedad. Te han mirado esa zona con lupa, te han hecho resonancias, tacs, yo qué sé. De todo. ¿No crees que habrían visto algo irregular si realmente tuvieses ahí lo que sea que te hubieran… inoculado?

—Entonces, ¿qué piensas?

Gabriel puso una cara que Ingrid conocía muy bien, un gesto de «pienso algo que no te va a gustar escuchar», así que Ingrid insistió:

—¿Qué? ¿Qué piensas?

—Cariño, creo que es posible que sea algo… somático. No sé, que simplemente ella te rozase con algo al intentar levantarla, o que te pinchases accidentalmente con lo que sea, algo así, no sé. Todo fue muy confuso aquella noche, y puede que hayas asociado ese episodio a ellas. Y tú misma, de manera inconsciente… pues… lo activas.

Ingrid miraba a Gabriel sin expresión.

—Es que no hay muchas explicaciones, cariño. No me mires así… Han pasado dos años, te han hecho pruebas. No puede haber nada.

—Gabriel, no me pinché accidentalmente.

—Vale, vale, perdona. Solo quería decir que aquella noche fue muy extraña, que todos estábamos confusos y nerviosos, que

muchas veces, en esas circunstancias, nuestra percepción…

—Gabriel —cortó Ingrid—. No me estoy inventando nada.

—Mira —dijo Gabriel con aire más sereno, con tono de querer dar otra perspectiva a sus argumentos—. Las fábulas. Las fábulas suecas que les leíamos a los niños.

—¿Qué les pasa?

—Pues, cielo, les pasa que hablaban de eso. Precisamente de eso. ¿Te acuerdas de la familia aquella de trols que se apoderaba de una familia humana? —Ingrid no contestó—. Recuerda que los trols les podían hacer daño justo porque ellos, los humanos, creían en su poder de hacerles daño. Ellos los habían creado. Al final, una de las niñas propuso la solución: destruirlos con su mente. Cariño… todo esto de las maldiciones, los pinchazos, los hechizos… solo existe porque tú quieres que exista.

—Pero, cielo, a mí me pincharon. Y me duele donde me pincharon. Y me maldijeron, y justo después me caí al suelo y…

—Ingrid, Ingrid. Calma. Otra de las fábulas. La del príncipe y la muñeca, ¿te acuerdas? —Ingrid asintió—. Creo que era una bruja o algo así. Ella condicionó a toda la familia para que pensara en algo, y ese algo precisamente los llevó a lo que querían evitar. ¿No te suena?

—Mira, Gabriel. No estoy para cuentos. Solo quería desahogarme un poco, y te agradezco tu intención, de verdad. Tengo rehabilitación, llego tarde.

Ingrid besó a Gabriel en la mejilla, se puso una chaqueta fina color crema y abrió la puerta dejando un poso a perfume floral en el salón. Justo antes de que se marchara, Gabriel le dijo:

—Cariño, no existe.

Pero no llegó a saber si Ingrid lo escuchó.

Cuatro días después, un sábado por la mañana, Ingrid arreglaba las macetas de los arriates —que necesitaban con urgencia una buena poda y abono— mientras todos los demás dormían. Su taza de café, apoyada en el marco de la ventana, expulsaba volutas de humo blanquecino y cremoso, a juego con las nubes bajas que se

habían acumulado tras el amanecer. Ingrid escuchaba un programa de variedades de Radio Nacional con los auriculares puestos. Por eso no pudo escuchar cierto rumor a su espalda. Pero una de las veces que se giró en busca de la regadera notó cierta presencia tras la verja trasera, un bulto. Algo. Alguien. Se giró despacio, como quien no quiere hacer ruido en una casa donde todos duermen. Y allí estaban. En silencio, como dos figuras de atrezo de un museo antropológico, quietas, mirándola, contemplando cada paso que daba. Katja estaba en primer plano, Elina un poco detrás.

Lo primero que Ingrid pudo articular fue un murmullo lejano, un susurro completamente impregnado en la más absoluta incredulidad:

—No…

Ellas no hacían nada. La miraban. Miraban cómo la realidad de Ingrid volcaba y se convertía en un mundo de coordenadas rotas, mientras ella seguía murmurando, cada vez en un tono más alto. Pero no les hablaba a las suecas; tampoco se hablaba a sí misma. Era imposible conocer el destinatario de aquellos susurros aterrados que Ingrid pronunciaba mirando sin querer mirar a aquellas dos estatuas pasmadas:

—No, no, no…

Katja sonrió. Su jersey amarillo se había descuadrado y mostraba el arco de la clavícula derecha. Miró a Ingrid a los ojos y, muy despacio, agachó la cabeza y escupió al suelo. El salivazo —enorme, denso, espumoso— emitió un sonido líquido al impactar contra la acera. Fue Elina la que dijo:

—*Förbannad*.

Y Katja repitió:

—*Förbannad*.

Y el costado de Ingrid, activado por el negro revés de la memoria, explotó en un golpe de rubor ácido que se ramificó por su torso, por sus senos y por su barriga con tanta violencia que tuvo que agacharse, sostenerse la tripa como las dos veces que rompió aguas, claudicar ante una versión torcida de la realidad. Ellas sonrieron con cinismo, se dieron la vuelta y se marcharon calle abajo

como dos espectros flotantes. Ingrid caminó hacia la entrada, toda impregnada en aquel picor nervioso que le brotaba del pecho, pero ya no alcanzó a verlas. Abrió la reja y miró al suelo. Allí estaba el salivazo de Katja, aún con los bordes burbujeantes, y bajo él, dibujadas con tiza amarilla, unas piernas. Sin cuerpo. Simplemente dos piernas amputadas que Ingrid miraba mientras continuaba con su letanía susurrante:

—No, no, no…

Al día siguiente, cuando volvieron, Ingrid estaba en la cocina. Era aún más temprano, el cielo mostraba la tintura rosácea de la aurora, y mientras preparaba el café, las vio desde la ventana de la cocina. El pinchazo, ya dormido desde la tarde anterior, se activó de inmediato. Katja sacó una tiza amarilla y se agachó. Ingrid apagó el fuego de la cafetera, se cerró la bata y salió al porche. Ellas la miraron y sonrieron, e Ingrid notó en ese preciso momento cómo su cordura empezaba a desvanecerse. A medida que la cónsul se acercaba, Katja se fue incorporando hasta ponerse de pie. Ingrid se plantó delante de ellas, con la reja de por medio, abrumada por un odio y una compasión que en su interior habían colisionado como dos galaxias cercanas que habían generado un marasmo tan luminoso que todo su pensamiento se hallaba cegado por completo. Apenas unos centímetros las separaban. Ingrid no pudo disimular un rostro de sufrimiento cuando dijo:

—Sé lo que os pasó. De niñas.

Pero ellas mantuvieron la mueca sonriente, el gesto inexpresivo de vaca.

—Os comprendo —continuó Ingrid en un tono que ya era de súplica—. De verdad, os comprendo. —Silencio, sonrisa—. Por favor, dejadme. Por favor os lo pido. —Ingrid agarró un barrote de la reja, su voz ya estaba quebrada, sus ojos levemente húmedos—. Por favor.

Katja miró a Ingrid y sonrió echando el aire por la nariz. Después miró al suelo, a las piernas que nuevamente había dibujado, y escupió. Levantó la cabeza y dijo:

—*Förbannad*.

Dio un paso atrás para que Elina se acercara. Ingrid lloraba, musitaba monosílabos que se extraviaban en el curso de la mañana templada. Elina también escupió. Y también le dijo a Ingrid, mirándola a los ojos:

—*Förbannad*.

Después se marcharon en silencio, levemente curvadas sobre sí mismas, como dos monjes capuchinos, desoyendo las súplicas de Ingrid del mismo modo que los torturadores ignoran las de sus torturados y los dejan atados a una silla para volver más tarde. Ingrid pasó un rato así, agarrada a los barrotes, vertiendo algunas lágrimas y susurrando cada pocos segundos:

—No, no, no…

Cuando salió del bloqueo y antes de volver a casa, miró el dibujo de las piernas sobre la acera, los salivazos brillantes, y supo que le pasaba algo. Algo más allá del pinchazo. Sus manos empezaron a temblar, su piel se transmutó en cera seca y, cuando se notó al borde del colapso, lo sintió de nuevo. Eléctrico, violento, afilado: el rayo. Entró por la parte superior de su cabeza y llegó hasta los pies, haciéndola caer al suelo de costado, apretando los dientes, clavándose las uñas en las palmas de las manos. ¿Cuánto tiempo pasó en el suelo? No supo decirlo. Pero consiguió levantarse y subir a su habitación. Gabriel se estaba afeitando y, cuando la vio meterse en la cama, le preguntó:

—¿Estás bien, cielo?

—Sí —contestó Ingrid con un diminuto hilo de voz—. Me encuentro muy cansada. Necesito dormir.

No quiso bajar a comer, y Nora le subió un plato de sopa que no tocó. Permaneció todo el día tapada y encogida sobre sí misma y empezó a llorar de miedo y a temblar de frío; o quizá fuese al revés: quizá temblaba de miedo y lloraba de frío, porque para Ingrid, aquel domingo, el frío y el miedo pasaron a ser la misma cosa. A eso de las seis de la tarde, se levantó a orinar. Para entonces, ya cojeaba.

Al día siguiente, lunes por la mañana, Ingrid bajó a hacer los desayunos, y aunque la intentó disimular, todos notaron su cojera. Un dolor punzante le recorría toda la pierna izquierda, un dolor que no provenía de ningún sitio ni terminaba en ningún sitio, un dolor que la hacía caminar como un futbolista que abandona el campo lesionado de gravedad.

—Ayer por la mañana —explicó a su familia con aire despreocupado— intenté hacer algo de deporte. Y claro… Adam, pásale la mermelada a tu hermana, anda. El caso es que estoy tan desentrenada después de la tuberculosis, que me dio un buen tirón. Lo tengo todo agarrotado.

A partir de entonces comenzó una época de verdadera obsesión, de locura, de pinchazo, de una cojera sorda y de un dolor líquido en la cadera que se agrupaba intensamente en la rodilla izquierda. Llamó a Berta para decirle que la dispensase unos días de ir por el hotel porque no se encontraba bien, e invirtió un puñado de mañanas consecutivas en dormir, en mirar por la ventana en dirección a la reja y en alimentar sus obsesiones. Como su dolor y su cojera se incrementaban día tras día y las suecas no aparecían, sacó una conclusión: «No tienen que volver porque la maldición ya ha hecho efecto». Arrastrada por la desesperación, entró en Internet a buscar remedios para el mal de ojo, y en aquel laberinto siniestro encontró soluciones que iban desde la inocencia de beber infusiones o quemar plantas purificadoras, hasta otros más turbios como ahogar gatos con seis días de vida, beber la orina de un niño ciego o machacar a martillazos la cabeza de una gallina antes de decapitarla y guardar el amasijo resultante un durante un mes en la nevera. Afortunadamente, Ingrid se limitó a seguir cultivando su sorda obsesión en silencio.

Una noche, mientras leían en la cama antes de apagar la luz, Gabriel dejó el libro en la mesilla de noche, se quitó las gafas despacio y se giró hacia Ingrid.

—Cielo.

Ingrid dejó de mirar el libro de Almudena Grandes que fingía leer —pues toda su mente estaba colonizada por el dolor espumoso de la pierna, por el frío punzón que llevaba clavado en la rodilla, por una sucesión infatigable de pensamientos grotescos— y se giró hacia Gabriel sin decir nada.

—Me gustaría que hablásemos. —Gabriel usó un tono realmente bondadoso y cordial, un tono que enterraba el hacha de guerra antes de que alguien la blandiera—. Quiero saber si estás bien. Estoy preocupado.

Ingrid no reaccionaba. Había escuchado lo que le había dicho su marido, infería la preocupación en sus palabras y en su tono, pero era incapaz de salir del bucle de pensamientos obsesivos que habían convertido su mente en una espiral incesante. Sin darse cuenta, articuló una palabra:

—Ellas…

—¿Ellas? ¿Ellas qué?

—Nada, cielo, nada —dijo Ingrid tomando el control de lo que decía.

—Oye, cariño. Oye, mírame. Ingrid.

Silencio.

—Mírame, por favor.

Mirada inexpresiva.

—Nada de eso existe.

Silencio.

—Nada existe, mi amor. No existe. No existe. Repite conmigo.

—No voy a repetir contigo.

—Por favor, por favor, cielo. Hazlo por mí. Por favor.

—Gabriel, no pienso…

—No existe. Vamos, cariño. No pienso callarme hasta que lo hagas. Venga, repite: No.

—…

—Vamos: No.

—No.

—¡Genial! Repite: No.

—No.
—Existe.
—Existe.
—¡Así, muy bien! No existe.
—…
Ingrid resopló ostensiblemente.
—No existe —dijo.
—Mi amor, ese es el contrahechizo. Repite: No.
—No.
—Existe.
—Existe.
—No existe.
—No existe.
—¡Bien! No existe.
—No existe.
—No existe.
—No existe.
—No existe.
—No existe.

Ambos hicieron una pausa, sonrieron levemente como dos niños que acabaran de aprender un trabalenguas, tomaron aliento y, por un momento, Ingrid se sintió insuflada de un breve resquicio de la valentía que pretendía transmitirle su marido.

—Quiero —dijo Gabriel— que te lo recuerdes constantemente, por favor. Que nada de eso existe. Ni el pinchazo, ni las maldiciones, ni lo que sea que creas que te están haciendo. ¿Vale?

Ingrid no respondió, solo se limitó a mirarse la rodilla, que irrigaba dolor en todas las direcciones posibles, y a seguirle el juego a su marido porque no tenía ganas de insistir en que, para ella, todo aquello era tan real como el susurro del viento que se colaba desde el jardín. Gabriel insistió:

—¿Vale?

—Vale —respondió Ingrid con media sonrisa.

Gabriel se aproximó a ella, la besó en el cuello y le retiró suavemente un mechón de pelo. Acercó su cuerpo al de Ingrid, volvió a besarla y le acarició la barriga.

—¿Te apetece follar?

—Cielo… me duele mucho la pierna. No puedo ni moverla. Hoy no, de verdad.

Gabriel cambió su gesto bondadoso por una mueca de decepción. No obstante, no tardó mucho en dormirse tras desearle a Ingrid buenas noches con frialdad.

Una hora más tarde, una luna enorme asomaba por la buhardilla y encharcaba de luz blanquecina la habitación, e Ingrid daba vueltas y vueltas en la cama, mezclando la aguja con los escupitajos, el «no existen» con la tiza amarilla, la niña violada con la mujer que decía «*förbannad*», la cordura con el averno de las almas desquiciadas. A eso de la una de la mañana, no pudo soportarlo más. Salió de su habitación cojeando en silencio y cruzó el pasillo hasta el consulado. Allí solamente tenía ropa formal, pero si se vestía en su dormitorio se arriesgaba a despertar a Gabriel, y no quería que se enterase de lo que iba a hacer. Así que se puso el traje menos serio que encontró, se calzó unos zapatos planos y bajó a la cochera. Sacar el coche fue un suplicio, pues cada vez que pisaba el embrague su rodilla izquierda lanzaba un latigazo de dolor que le recorría medio cuerpo en sentido vertical. Sin encender la radio, solo escuchando el ronquido del motor del coche, Ingrid cruzó las calles desiertas del pueblo, alumbradas por farolas tenues que proyectaban un halo de humedad, atravesó la zona boscosa que parecía ser propiedad de los búhos y finalmente salió a la autovía.

—No existen —dijo. Sin mucha fe, pero lo dijo.

Cuando llegó a las urgencias de traumatología, explicó en el triaje que tenía un dolor completamente insoportable. El médico, que acumulaba cuatro vasos de la máquina de café vacíos delante del teclado, le hizo sin muchas ganas algunas pruebas de movilidad. Le dijo que no parecía nada serio y que pasara a la sala de espera. Pero no tuvo que esperar mucho tiempo, pues mientras leía un cartel con

las normas para un correcto lavado de manos, una voz cálida dijo a su espalda:

—¿Ingrid?

Le costó un poco reconocer a Andrés, el novio de Berta.

—¡Andrés! —Ingrid se levantó y le dio dos besos.

—He leído Ingrid Sørensen en el ordenador y he dicho: tiene que ser ella. ¿Qué te pasa?

Ingrid, visiblemente nerviosa, le explicó la violencia y la intensidad del dolor que le recorría la pierna y la cadera izquierda. Andrés frunció el gesto y solo le hizo una pregunta:

—¿Cómo te lo has hecho?

—No me lo he hecho. Me ha aparecido, de buenas a primeras.

Andrés puso una mueca de sorpresa.

—Ven, vamos a verlo. Hoy la guardia está tranquila.

La hizo pasar a un corredor que los condujo a una zona de consultas. Por el camino, Andrés le preguntó por Gabriel y le hizo un par de comentarios distendidos sobre Berta. Ya en la consulta, la exploró y dijo que todo parecía normal, pero Ingrid le dijo que nada estaba normal, que el dolor era insoportable.

—Está bien, vamos a rayos. Te hacemos una resonancia y salimos de dudas.

Es posible que uno de los lugares más desoladores que existan sean los pasillos desiertos de un hospital de madrugada. Andrés dejó a Ingrid en la puerta de una sala de rayos y le dijo que vendría a por ella después de la prueba. El técnico la metió en la máquina, le dio unos auriculares para amortiguar el ruido y la introdujo en aquella máquina inhóspita. Cuando terminó, volvió al pasillo. Quince minutos después, Andrés llegó en su busca y la llevó de nuevo a la consulta.

—Hemos hecho resonancia de cadera, de rodilla y de tobillo. —La cara de Ingrid transmitía una ansiedad que chocaba frontalmente con la tranquilidad del médico—. Está todo perfecto, Ingrid. No hay lesiones ni inflamaciones. No tienes nervios obstruidos, nada. Está todo normal.

—¿Entonces?

Andrés se encogió brevemente de hombros.

—No lo sé. Porque tampoco es muscular. La exploración también está normal. No parece que tengas contracturas ni roturas fibrilares. No sé, Ingrid. No te has dado un golpe, no te has caído, ¿verdad?

—Ya te he dicho que no. No. Empezó de repente. Ellas…

—¿Ellas?

—Nada, déjalo. Me voy. Muchas gracias, Andrés, de verdad.

Ingrid se levantó con ansiedad y cogió su abrigo, que estaba sobre una camilla.

—Espera, Ingrid. Vamos a verlo con más calma, podemos…

—No, déjalo. Me voy. Gracias, Andrés. Gracias.

Ingrid recorrió los pasillos mal iluminados sin darse cuenta de que estaba llorando. Salió de urgencias, bajó al aparcamiento y condujo hasta casa intentando no romper definitivamente a llorar porque las lágrimas le impedirían conducir, intentando decirse: «No existen, no existen, no existen», pero su voz interior, secuestrada por la amargura y la pena, contraatacaba de inmediato: «Sí existen, sí existen, sí existen».

Llegó a casa a las cuatro de la mañana. Todo seguía en calma absoluta y el salón aún olía levemente al estofado de la cena. Con la ropa formal puesta, se tumbó en el sofá y elevó la pierna. El dolor era insoportable. Nuevas lágrimas afloraron en sus ojos. Agotada, puso la vista en la librería y vio el lomo: *Fábulas suecas*. Recordó los argumentos de Gabriel y se levantó con dificultad, encendió una lamparilla y cogió el libro. «¿Y si Gabriel lleva razón?», se dijo en un alarde de pensamiento de supervivencia. Miró el índice y fue a la fábula de los trols. La leyó con ansiedad, intentando captar los matices profundos, el entramado simbólico que se escondía tras la sabiduría milenaria de su pueblo. Poco a poco, fue dándose cuenta de lo que Gabriel había intentado transmitirle, lo que aquella resonancia magnética le acababa de contar sin palabras, una idea que remató una de las niñas de la fábula sueca justo antes de aquel final incierto: «Nosotras los hemos creado, así que nosotras podemos destruirlos. Soñemos eso. Que los destruimos». Y ahí fue

cuando, por primera vez, Ingrid consiguió callar su voz interior, que intentó gritarle ante el primer atisbo de rebelión «Sí existen», pero ella gritó aún más fuerte, agazapó a su conciencia con un chillido que resonó en su mente como el eco del Big Bang, aún presente en el pulso eterno del tiempo: «¡No, joder! ¡No existen!». Y bajó al garaje. «No existen». Tenía —«no existen»— muy claro —«no existen»— adónde ir. «No existen».

A La Umbría.

«No existen».

Podría decirse que, mientras conducía, el pensamiento de Ingrid se movía de manera similar a las grandes borrascas que aparecen en los mapas meteorológicos; se expandía y se contraía de forma ramificada, nubosa y espiral. Atravesó La Umbría con el cielo empezando a clarear, con las últimas estrellas disolviéndose en el albor de las luces nacientes del día. Mientras rodeaba el lago Mamut, cuya superficie se rizaba a causa de una brisa tenue, la aurora ya se gestaba en el este.

—No existen —decía Ingrid continuamente en voz alta—. No existen.

Y, cuanto más lo decía, más se daba cuenta de algo increíble: podía hacer remitir el pinchazo seco del pecho, que se activaba cada vez que pensaba en ellas, pero se apagaba al decir: «No existen». Aunque en realidad no era tanto el hecho de decirlo —empezaba a notar Ingrid—, como el hecho de interiorizarlo. «No existen». Atravesó a toda velocidad los caminos que la introdujeron en la zona boscosa de parcelas y llegó a la casa. «No existen».

Su estómago era una gran bola de nervios, la ansiedad le restallaba en las sienes y una rabia visceral y primitiva, una rabia de siglos, de milenios de gestación, se acumulaba en su boca y pedía salir y extenderse por toda la corteza del mundo. «No existen». Dejó el coche en mitad de la calle, se plantó delante de la cancela, pulsó el botón del timbre y, completamente fuera de sí, se puso a gritar:

—¡Abrid! ¡Abrid la cancela!

Varios pájaros salieron volando de la copa de un álamo. Ingrid volvió a pulsar el botón, creyó percibir cierta música de discoteca que provenía de la casa. Eran las siete de la mañana y el mundo se acababa de reiniciar. Todo estaba a disposición de cada ser humano.

—¡Abrid! ¡Eh! ¡Abrid la cancela!

Ingrid pulsó de nuevo el botón sin levantar el dedo, hasta que finalmente la música de la casa cesó y en la finca se instaló un silencio doloroso, casi artificial. La puerta de la casa se abrió suavemente. Primero salió Katja y detrás, Elina. Mientras Ingrid seguía gritando, llorando, pulverizando saliva, caminando lateralmente como un animal cojo que sabe que su libertad está tras esas rejas, ellas permanecieron quietas, mudas, posiblemente asombradas por ser por vez primera las que estaban al otro lado de la reja, acosadas en su propia casa por una mujer secuestrada por la ira, por el desengaño, por el más profundo arrebato de justicia.

—¡Katja! ¡Katja! ¡Abre la puerta! ¡Elina! ¡Abridme ahora mismo!

Durante aproximadamente tres minutos, Katja y Elina siguieron calladas, absortas, confusas, como quien mira con mudo asombro un aerolito caído del cielo justamente a sus pies, pensando en que Dios ha fallado por muy poco su intento de lapidación.

—¡Abrid ahora mismo, joder! —gritó Ingrid con toda la fuerza de sus pulmones.

Fue entonces cuando Katja accionó el mando a distancia que llevaba en la mano. Las cancelas se abrieron. Fue también entonces cuando salieron los perros.

Ingrid echó a andar hacia ellas. Los perros la rodearon, pero ella ni siquiera los miró. No veía más allá de aquellos dos rostros que hasta entonces habían sido la personificación de la oscuridad más temida por cada ser humano, la oscuridad del sufrimiento, del dolor, la oscuridad que no queremos pensar que nos aguarda tras la muerte. Pero mientras Ingrid caminaba y ellas la esperaban medio desnudas y en la casa se escuchaban los últimos hombres brindando y riendo a carcajadas espantosas, los postreros gemidos tristes de mujeres abiertas de piernas para ellos, Ingrid se repetía

constantemente en voz baja: «No existen, no existen, no existen, no existen». Y así llegó hasta ellas, cojeando, susurrando aquella letanía cansina de negación y de luz, de liberación y de pena al mismo tiempo. Miró a Katja, apenas un metro la separaban de ella.

—No existes —le dijo.

Después se giró hacia Elina, a quien le asomaba medio pezón por la parte superior del sujetador.

—No existes, Elina. No existes.

Y después gritó, gritó con todas sus fuerzas:

—¡NO EXISTÍS! ¡VOSOTRAS DOS NO EXISTÍS! ¡NO OS PERMITO QUE EXISTÁIS!

Katja sonrió.

—*Förbannad* —dijo.

—No —dijo Ingrid—. No existes, Katja. No existes.

—*Förbannad* —dijo Elina.

—No existes.

—*Förbannad*.

Ya lo decían al mismo tiempo, con una sincronización perfecta de conjuradoras.

—No existís.

—*Förbannad*.

—No existís.

—*Förbannad*.

—¡NO EXISTÍS!

Mientras gritaba, Ingrid se acercó aún más a ellas, absolutamente convencida de que su vida, su destino y su alma solamente le pertenecían a ella, y de que era imposible que nada ni nadie pudiera mermar aquel arrojo feroz. Elina dio un paso atrás, los perros un paso adelante, e Ingrid se quedó prácticamente frente con frente con Katja, que había perdido la sonrisa cínica y la miraba con un gesto vacío. Se quedaron medio minuto así, mirándose a los ojos; los de Ingrid insuflados en fuerza, los de Katja, en una confusión tibia y grisácea. Fue Ingrid la que rompió la mirada. Se agachó y escupió a los pies de Katja. El salivazo cayó al justo al lado de su pie descalzo.

—No existís —dijo Ingrid, que era la que ahora sonreía con cinismo. Y repitió—: No. No existís.

Y Katja y Elina se dieron la vuelta en silencio, con el séquito tenebroso de perros negros tras ellas, todos cabizbajos como si fuesen almas extraviadas en el purgatorio, almas muertas cuyo único destino posible era torcer su rumbo en los laberintos del tiempo. Mientras se retiraban, ya convertidas en personajes meramente simbólicos, en fantoches de fábula sueca, Ingrid seguía repitiendo:

—No existís. No existís. ¡NO EXISTÍS!

Y la puerta se cerró. Y, de pronto, el mundo pareció despejarse, como si hasta ese momento toda la atmósfera terrestre hubiera estado recubierta de una densa capa de nubes tan oscuras como el último confín del universo y se hubieran disipado dejando un cielo tan limpio que casi pudiese oírse la combustión del sol. Ingrid se dio la vuelta y echó a andar en dirección al coche mientras dejaba atrás a aquellas dos sombras engullidas por la luz brillante de la aurora, a dos niñas destrozadas y encerradas para siempre con sus demonios insomnes, con sus muertos perdidos, con todos aquellos huesos ahogados en cal viva. Dos mujeres desprovistas de existencia, dos cuerpos que envejecerían sin alma, sin aliento que pudiera hacer vibrar la piel que recubre sus costillas, sin más palabras malditas que dieran forma a su mundo.

Cuando subió al coche, Ingrid ya no cojeaba.

Edición en formato digital: abril de 2026

Ilustración de cubierta: Laura Breitfeld
Diseño de cubierta: Departamento de Arte Grupo Anaya

© Nicolás Díez, 2026
Autor representado por EDITABUNDO, S.L., Agencia Literaria.
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 979-13-87596-46-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.